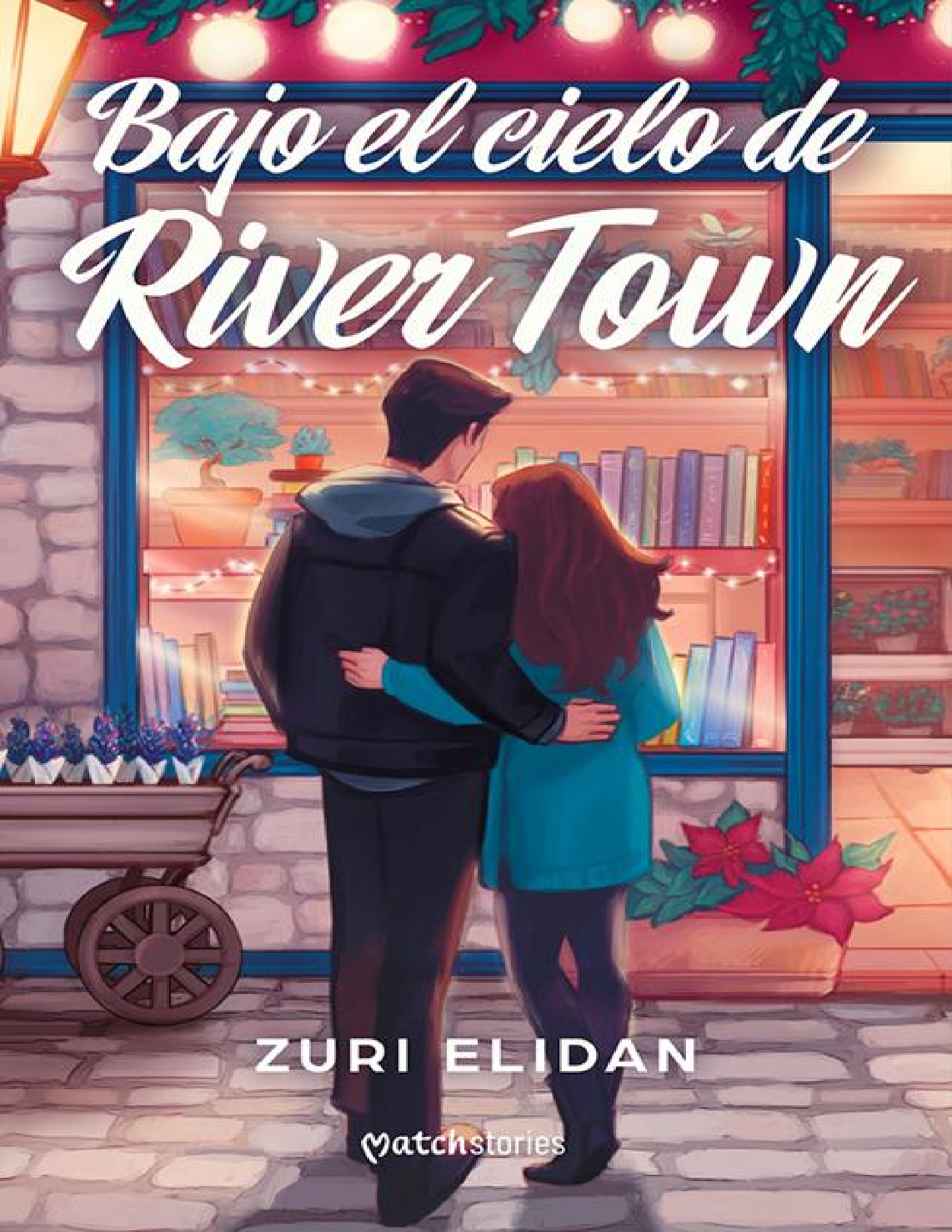

Bajo el cielo de River Town
ZURI ELIDAN
Matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Canciones que han inspirado esta historia

Prólogo

Primera parte. El principio de todo

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41

42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63

Segunda parte. Cuando las heridas no se cierran bien, sangran

64
65
66
67

68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

Bajo el cielo de River Town

Zuri Elidan

matchstories

A los que creen en ti antes que tú mismo,
a los que impulsan sin pedir nada a cambio,
a los que sostienen en silencio y celebran en voz alta.
Gracias por ser viento bajo las alas de mis sueños.
Esta historia es gracias a ti.

Canciones que han inspirado esta historia

«Te regalo» – Carla Morrison
«Feel It» – Michele Morrone
«The River» – Daisy Jones & The Six
«The Boy Is Mine» – Brandy
«Say You'll Be There» – Spice Girls
«Ain't No Mountain High Enough» – Marvin Gaye y Tammi Terrell
«California Love» – 2Pac, con Roger Troutman & Dr. Dre
«Good Golly, Miss Molly» – Little Richard
«Johnny B. Goode» – Chuck Berry
«Great Balls of Fire» – Jerry Lee Lewis
«Disfruto» – Carla Morrison
«Unwritten» – Natasha Bedingfield
«Hola perdida» – Luck Ra y Khea
«Wee Wee Hours» – Chuck Berry
«Cuando hables con él» – Aitana
«The First Time» – Damiano David
«All I Want for Christmas Is You» – Mariah Carey
«Jingle Bell Rock» – Bobby Helms

Prólogo



Os voy a contar la verdad. Me he imaginado esta situación más veces de las que quiero y puedo recordar. Mi cerebro parece estar paralizado por lo que acaba de salir de su boca y pensaría que estoy soñando si no fuera porque sé que es real, sé que está aquí, y, aunque me niegue a expresarlo en voz alta, francamente, nunca se fue.

Tardo más de lo normal en reaccionar a sus palabras; dos palabras sencillas, cortas y directas, que me han dejado en absoluto shock, desarmada y sin saber cómo actuar.

Y a pesar de que, en un acto de falsa valentía, he sido yo la primera en romper el silencio que se había acomodado en la habitación, también soy yo la que ahora no sabe qué decir.

El miedo toma las riendas y contesta por mí, intentando... ¿qué?, ¿protegerme?, ¿de él?, ¿de mí? No lo sé. Opto por seguir con los escudos en alto, primero en modo defensa, después en contrataque, y por último hago lo que al parecer mejor se me da cuando se trata de nosotros.

Mentir.

Primera parte
El principio de todo

El hogar no es donde naciste, el hogar es donde cesan todos tus intentos de fuga.

NAGUIB MAHFUZ

1



A las doce menos cuarto de la noche, a tan solo quince minutos de que finalice el día de mi cumpleaños, salgo de la casa de mis padres, con una pequeña bolsa de ropa y el dinero necesario en mi cuenta para empezar de cero en algún lugar, lejos de ellos.

Cojo un taxi que me deja en la estación de autobuses. Miro el listado de destinos en el panel informativo y hay uno que me llama la atención; su nombre me recuerda a una de mis canciones favoritas de un grupo de rock de los setenta. Daisy Jones & The Six había sonado tanto en mi habitación que tenía el disco completamente rayado. «The River» es una de mis preferidas de la banda y por eso a las dos de la mañana estoy poniendo rumbo al sitio en el que espero sanar: River Town.

En este momento ignoro, ni siquiera puedo imaginarlo, que a partir de aquí dará comienzo mi verdadera historia.



El trayecto es peculiar, por decirlo de alguna manera. Resulta que, entre población y población, hay kilómetros y kilómetros de nada, carreteras con tramos sin asfaltar, grandes charcos en mitad de los caminos de tierra y bosques sumidos en una niebla espesa de donde parece que en cualquier instante saldrá algún vampiro sediento o un hombre lobo de los que no conocen las camisetas, aunque haga frío.

Justo a tres kilómetros de la entrada de River Town, según el chófer, el autobús se para. Hay un tronco en mitad de la calzada, que posiblemente se ha caído por una tormenta, y es imposible continuar el viaje. Me va a tocar andar hasta llegar a mi destino. Después de lo intenso que fue el día anterior, las horas de autocar y lo poco que he dormido, esto es justo lo que necesitaba (nótese la ironía). Además, una vez que llegue al pueblo, lo primero que tendré que hacer será buscar un alojamiento donde pasar la noche. El conductor me informa de que River Town cuenta con un hostal en el que seguro que podré alojarme algunos días mientras busco algo para alquilar a largo plazo, o incluso comprarlo si me alcanzan los ahorros.

Comienzo a sentirme un poco abrumada y me invade la duda de si todo esto ha sido una buena idea. ¿Habré actuado de forma demasiado impulsiva, dejándome llevar por los momentos de tensión y la ebullición de sentimientos? Aunque la respuesta ya da igual, no me queda otra que confiar en que todo saldrá bien.

La temperatura es agradable para estar a finales de otoño, pero, a juzgar por las nubes que hay en el cielo, una tormenta descargará su ira en cualquier momento; sin embargo, el olor a hierba húmeda que envuelve el ambiente me reconforta y hace que me sienta mejor con la decisión que he tomado. Es como una recarga de energía, aunque lo último que me falta sumar a mi lista de desdichas es mojarme, así que me pongo a caminar más rápido.

Debo de llevar un kilómetro más o menos cuando un Jeep negro llama mi atención. Está parado en dirección opuesta a mí, con las luces de emergencia encendidas. Justo cuando paso a su altura oigo como se baja la ventanilla y veo que por ella se asoma una mujer de unos cincuenta años.

Tiene el pelo totalmente blanco, rizado y por los hombros, alguna arruga adorna su piel blanca llena de pecas y sus ojos son los más verdes que he visto jamás.

—Niña, ¿vas al pueblo?

Sus palabras me sacan de la ensoñación en la que me he sumergido por sus ojos, tan verdes y a la vez tan transparentes; al mirarlos sientes algo parecido a un abrazo de esos que reconfortan.

—Hola. Voy a River Town, espero estar siguiendo el camino correcto —digo, y mi voz suena muy cansada, me sorprendo al oírme—. El autobús en el que venía no ha podido continuar el trayecto porque hay un tronco caído en medio de la calzada. El conductor me ha dicho que siguiera todo recto, que no tenía pérdida; que solo faltaban unos tres kilómetros para llegar.

—Embustero. Para llegar aún quedan unos ocho kilómetros, cariño. Sube y deja que te lleve. Yo vivo allí. Me llamo Margorie... y, por cierto, en unos diez minutos empezará a llover otra vez y tienes cara de estar agotada o de haber pasado unos días horribles. En todo caso, no creo que empaparte sea lo que más necesitas ahora mismo; además, cogerías una pulmonía —indica—. Tres kilómetros, ¡qué poca vergüenza!, dejar a una niña tan joven a merced de la nada, caminando sola... —murmura Margorie.

—Muchas gracias, pero no quiero molestarla, de verdad. Caminaré más rápido y espero que el tiempo juegue a mi favor y la lluvia me dé tregua. Además, mi abrigo tiene capucha.

—¡Qué tregua ni tregua! Sube, niña, sube. Precisamente, como ya me conozco a esos descarados autobuseros y sé cómo se las gastan, he decidido venir y esperar aquí por si alguien aparecía perdido como lo estás tú. Verás... No suele venir mucha gente por estas tierras, y menos en estas fechas, pero ese tronco lleva ya dos días imposibilitando el paso y no hay otro modo de llegar a River Town, así que me he quedado coincidiendo con el horario de llegada del transporte para echar una mano si hacía falta. No me hagas el feo y sube, que no me cuesta nada acercarte. En River Town nos gusta tratar a todo el mundo como si fuera parte de nuestra familia.

—Está bien, muchas gracias, Margorie. Yo me llamo Acalia, encantada de conocerla.

No tengo muchas más opciones y la verdad es que solo deseo encontrar el hostal, poder darme una ducha de agua caliente y comer un poco; llevo muchas horas sin probar bocado y empiezo a notar que mi estómago se queja.

Me monto en el Jeep. Es algo antiguo, pero lo tiene muy cuidado y desprende un olor a canela y clavo que me lleva directamente a la calidez del invierno, esos olores que te invitan a tomar un chocolate caliente frente a la chimenea. Me fijo en que uno de los posavasos tiene un vasito de cristal, y es de donde sale este olor tan agradable.

—Por favor, no me trates de usted, que añades más canas a mi blanca melena. Tienes un nombre muy especial, Acalia. Y una mirada pura, que, aunque ahora parece algo apagada, seguro que vuelve a brillar igual que una estrella.

Sonrío algo tímida.

—Muchas gracias. Mi nombre siempre ha sido una incógnita para mí. Cuando era más pequeña intenté buscar su significado, pero no me resonó nada de lo que encontré.

—Pues es muy bonito, querida. De todas maneras, lo verdaderamente importante no es su significado, sino el alma que lo lleva, estrellita.

—¿Y sabes lo que significa el tuyo?

—La verdad es que sí. Mi nombre significa «perla». Y qué te voy a decir, en este caso yo sí que soy toda una joyita —dice riéndose para sí.

Hay algo en Margorie que me hace sentir como en casa; no sé explicar muy bien qué es... Supongo que a veces conoces a personas que son luz, y la mujer que está a mi lado en estos momentos, sonriéndome, tiene toda la pinta de ser una de ellas. No es nada habitual, o por lo menos no lo es en mi mundo, cruzarse con personas que te brindan su ayuda sin esperar nada a cambio. La vida me ha enseñado que todo tiene un precio y que nada es gratis; por eso, encontrarme con ella es como ver un trébol de cuatro hojas en medio de un prado.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le planteo. Si alguien puede ayudarme con esto, sin duda es ella.

—Claro, niña, las que quieras. Venga, dispara.

—Necesito encontrar un alojamiento. Me han hablado de un hostal en el pueblo, ¿lo conoces?

—Por supuesto que sí, El Refugio de los Sueños. Lo regenta mi hermana, Millie. Lo heredó de nuestros padres. Es un lugar muy peculiar, pero ya lo descubrirás por ti misma. Vas a estar como en casa.

Automáticamente pienso que no, que ojalá no esté como en casa, pero me limito a sonreír y asiento con la cabeza.

Enseguida veo el enorme cartel que da la bienvenida a River Town.

—Si quieres, se me ocurre que podemos hacer un *tour* por el pueblo para que te sitúes y conozcas algunos lugares. No es bonito sentirse una forastera en ninguna parte —me propone con la mayor de las sonrisas—. Pero lo primero es lo primero, y debes comer, muchacha, que tienes cara de estar desfallecida.

—Me encantaría conocer bien River Town y, si puedes enseñármelo tú, mejor que mejor.

—Será un placer, pero antes has de instalarte, alimentarte y descansar... Pobre angelito, qué carita tienes.

Y debe de ser así por cómo me está mirando la mujer y su insistencia en que me alimente.

2



De camino aquí se ha puesto a llover de forma torrencial (agradezco infinitamente que Margorie haya insistido en traerme), pero la tormenta ha llegado tan rápido como se ha ido, dejando un agradable aroma a tierra mojada en el aire.

Me bajo del Jeep con la mochila colgada al hombro y abro la verja que conduce al que espero que sea mi alojamiento por unos días. Por fuera es una gran casona de piedra, con unos farolillos metálicos negros adornando cada esquina de la propiedad y un camino de losetas también de piedra que conduce hasta la puerta principal. Lo que más llama mi atención es que una de las esquinas de las paredes es completamente de cristal; rompe del todo con lo rústico de la construcción, dándole un toque muy moderno y especial. Se puede ver el interior de la estancia inferior, en el que hay un sofá de tela verde oscuro, una gran chimenea de piedra y una alfombra, todo en perfecta armonía.

Cuando abro la puerta de entrada el tintineo de unas campanitas me da la bienvenida. La recepción es muy acogedora. Hay un mostrador con todas las llaves de las habitaciones colgadas detrás, una puerta con unas flores pintadas, que no tengo ni idea de a

dónde conduce, unos sillones color beige y una escalera de madera que conecta la estancia con la segunda planta. Huele a hogar.

De la misteriosa puerta aparece una mujer, y supongo que se tratará de Millie. Tiene el pelo castaño, una media melena peinada a la perfección. Es muy delgada y con un estilo totalmente opuesto al de su hermana, más elegante; el de Margorie digamos que es más bohemio, pero las dos comparten la misma mirada. Diría que es algo mayor, pero no deben de llevarse mucho.

—Hola. Estoy buscando alojamiento y su hermana me ha dicho que quizá pueda ayudarme.

—Buenas tardes y bienvenida a El Refugio de los Sueños. Mi nombre es Millie y mi hermana te ha informado muy bien: si buscas un sitio donde descansar, este sin duda es tu lugar. Te daré una de las habitaciones más especiales de las que dispongo... A juzgar por la mirada triste que tienes, creo que te hará falta. —Coge una de las llaves y me la ofrece—. Sube por esa escalera de madera y, cuando llegues a la puerta que está al fondo del pasillo, verás un cartel en el que pone «Los secretos». Todas las habitaciones están bautizadas con nombres en vez de números. Tiene baño privado. En un rato te subiré algo de comer, que seguro que tienes hambre; mientras tanto, ponte cómoda. Y puedes tutearme, por favor.

—Jo, muchísimas gracias, Millie. Mi nombre es Acalia. De verdad que lo de la comida te lo agradezco un montón y estás siendo muy amable conmigo, pero ¿no necesitas antes mis datos, o que concretemos el pago o algo? Mi idea es quedarme unos días mientras busco algo más a largo plazo, pero no sé lo que tardaré en encontrarlo.

—Mañana hablaremos de todo eso, cielo, no te preocupes. Ahora creo que tienes necesidades más urgentes a las que debes

prestarles atención. En un rato te llevo la comida. Ponte cómoda y descansa.

—Gracias, muchas gracias.

Y subo la escalera en busca de LOS SECRETOS.



Cuando abro la puerta me quedo totalmente alucinada. La habitación es un sueño hecho realidad. Algunas paredes están cubiertas de madera oscura que, junto con la piedra, queda preciosa. La cama es enorme y cerca de ella hay un gran ventanal que ocupa casi toda la pared, con un sillón desde el que se puede contemplar el paisaje que se extiende frente a él. Al lado hay una mesa con dos sillas; también veo un armario cerca de la cama y una neverita pequeña junto a un recibidor muy acogedor.

El baño tiene una bañera increíble con patas doradas y mi agotamiento solo me deja pensar en meterme dentro y relajarme. Con lo intensas que han sido mis últimas horas tengo dolorido cada músculo del cuerpo; creo que me duele hasta el pelo, que es un auténtico nido de pájaros. La idea de desentumecerme en esa bañera cada vez me apetece más, así que abro el grifo y dejo que se llene de agua. Me dirijo hacia la cama, donde he dejado mi mochila, en busca de gel y champú, aunque no recuerdo si los metí o no. Finalmente los encuentro (¡Gracias, cerebro, por funcionar tan bien aun en una situación de estrés y locura!) y vuelvo al baño.

No sé cuánto tiempo llevo en remojo, lo único que sé es que es uno de los mejores baños que me he dado en mucho tiempo, justo lo que necesitaba. El gel de lavanda que he añadido para hacer un poco de espuma ayuda mucho a que este momento se convierta en

un placer absoluto. Me estoy quedando adormilada dentro del agua cuando llaman a la puerta; supongo que será Millie con la comida.

—¡Voy ahora mismo! —grito.

Mientras me incorporo en la bañera busco con la mirada una toalla, pero no hay ninguna a la vista. Mis ganas de darme ese baño han sido tan grandes que no he reparado en prepararme unas toallas para cuando saliera, ni en dejar una cerca siquiera, para poder secarme sin problemas. No he abierto el armario, seguro que las toallas tienen que estar allí. Voy en busca de mi objetivo desnuda y mojada, abro el armario y..., ¡bingo, aquí están! Cojo una y me envuelvo rápido en ella. Me abrazo en la suavidad de sus rizos y un rico olor avainillado me invade por completo, haciéndome soltar un pequeño suspiro.

—Acalia, cielo, te dejo la comida en la puerta —oigo a Millie—. Si necesitas algo, mi casa está al otro lado de la recepción, tras la puertita con flores pintadas que hay detrás. Descansa y mañana hablamos. Sirvo el desayuno de siete a diez, baja cuando quieras.

—Vale, muchas gracias, Millie, que descanses tú también. Hasta mañana.

En ese momento, cuando me dirijo hacia la puerta envuelta en la toalla, al pasar por delante del ventanal me doy cuenta de que hay alguien al otro lado, a unos metros del camino, junto a una fuente de hierro y con visión directa a mi habitación. Un chico con el pelo moreno que debe de tener más o menos mi edad. ¡Maravilloso! He paseado mis posaderas y mis melones frente a un desconocido, sin saberlo. Espero que por lo menos no lleve mucho rato ahí parado, o que, en caso afirmativo, no sea un huésped para no tener que verlo mañana en el desayuno; me moriría de vergüenza.

La comida de Millie está buenísima, es lo más rico que he probado nunca. Después de cenar caigo rendida en la cama.

Esa noche, envuelta en esas sábanas, duermo profundamente y, si sueño, no lo recuerdo.

3



El día amanece despejado. He dormido prácticamente del tirón, me siento superdescansada. Me doy una ducha rápida y me visto con unos pantalones de chándal *oversize* y una sudadera que no me sientan mal porque no soy demasiado alta, pero tampoco baja; de estatura media, vamos. Tengo curvas, pero no diría que tengo un cuerpo despampanante. Luego me recojo mi largo pelo castaño en un moño despeinado, porque me apetece estar lo más cómoda posible, y ya estoy lista para empezar la jornada.

A las nueve menos diez de la mañana bajo a la recepción en busca de Millie, ya que no tengo ni idea de dónde está el comedor en el que sirven los desayunos y, la verdad, me muero de ganas de tomar un buen café. Soy un poco adicta a la cafeína, lo reconozco.

Mi sorpresa es que Millie no está; en su lugar me encuentro a Margorie, que me recibe con una sonrisa de oreja a oreja y me da un abrazo de buenos días.

Debo confesar que no soy, ni nunca he sido, una chica de abrazos, todo lo contrario, pero los de esta mujer tienen algo especial que hacen que te sientas reconfortada; son curativos, no lo puedo negar.

—Buenos días, niña. Supongo que buscas el comedor.

No sé cómo lo hace, pero una vez más me ha leído el pensamiento.

—Buenos días. La verdad es que sí. Necesito un café, pero tu hermana solo me indicó la hora en la que se servían los desayunos, no a dónde debía ir, perdón —le digo un poco avergonzada.

—No te preocupes, en realidad te estaba esperando para acompañarte. Millie no ha querido despertarte para darte esa información, ya me ha dicho que se olvidó de explicártelo.

Asiento y la sigo.

Para mi sorpresa, salimos al exterior y el aire fresco me golpea en la cara; no he sido consciente del calor que hacía dentro hasta que he puesto un pie fuera. Como no he cogido el abrigo, toca pasar un poco de frío. Seguimos un camino de gravilla que rodea la casa y llegamos a una especie de casita de madera y piedra. Es lo bastante grande como para acoger a todos los huéspedes cómodamente para comer, como un anexo del hostal. Entramos y agradezco volver a sentir el calor en el cuerpo. La decoración va acorde con la casa grande, sencilla pero muy acogedora. Hay varias mesas de madera dispuestas por toda la estancia, una gran barra con un *buffet* variado y mi ansiado café.

—Sírvete lo que quieras y tómatelo tranquila. Voy a avisar a mi hermana de que ya estás aquí y después te espero en la recepción; recuerda que ayer te prometí que te daría un *tour* por el pueblo. Además, no creo que venga nadie más a desayunar porque me parece que el resto de los huéspedes ya lo han hecho, así que puedes disfrutar un poco más de la paz y el silencio —me dice Margorie.

—Muchas gracias. No sé cómo voy a poder pagaros lo bien que me estáis tratando, en serio; os estaré eternamente agradecida.

Ardo en deseos de que me enseñes el pueblo y me cuentes más sobre él.

No estoy acostumbrada a que nadie se preocupe tanto por mí y me sorprende que haya personas así, que acaben de conocerme y se muestren tan amables. No llevo ni veinticuatro horas en River Town y ya lo siento más como mi hogar que la casa de mis padres, donde he vivido mis diecinueve años. Estas dos mujeres han velado más por mí en ese corto período de tiempo que mi madre durante más de la mitad de mi vida, y para qué mencionar a mi padre. Es difícil de explicar y quizá de creer, pero esto es una verdad innegable: por primera vez desde que tengo uso de razón siento que respiro sin esa presión en el pecho que me ha acompañado todo el tiempo.

—Nos vemos luego, estrella —se despide—. Millie, ¡¿dónde estás?! —grita al otro lado de la puerta que supongo que da a la cocina.

Me sirvo un café, le añado un poco de espuma de leche y canela y cojo una tostada. Me siento a la mesa más alejada del comedor. Llevo unos minutos aquí cuando oigo que la puerta se abre y me tenso pensando que quizá se trata del chico de la ventana, que sigue rondando por mi mente, pero en su lugar veo a una chica joven, más o menos de mi edad. Va vestida completamente de negro, lo que contrasta con su piel blanca y su melena rubia hasta la cintura. Entra dando saltitos y me contagia un poco de su alegría. Le sonrío en el mismo instante en que su mirada se posa en mí.

Se sirve un café, coge una manzana y viene directa a mi mesa.

—Hola, soy Samara. ¿Me puedo sentar contigo? No eres de aquí, ¿verdad? ¿Cómo te llamas? ¿Te vas a quedar mucho en el pueblo? —La miro con los ojos muy abiertos, y ella capta mi sorpresa ante la retahíla de preguntas que me ha soltado y la rapidez con la que lo

ha hecho—. Perdona, lo sé, demasiadas preguntas y muy aceleradas, me lo dicen siempre —añade un poco avergonzada.

—Sí, no, Acalia, no lo sé. En ese orden.

Le sonrío a la vez que muevo una silla para que se siente a mi lado.

Hay algo en ella que me ha gustado desde que la he visto aparecer, Samara tiene una energía de esas que atraen.

—Y no me has molestado en absoluto, pero me ha chocado que hayas podido hablar tan rápido, yo soy incapaz de tener esa rapidez verbal. ¿Te alojas aquí?

—No, pero Millie hace el mejor café de todo River Town y vengo casi todas las mañanas. Por cierto, me encanta tu nombre, es superoriginal. ¿Cuánto tiempo llevas por aquí? No te había visto antes.

—Es que llegué ayer por la tarde.

—¿Llegaste? Has venido sola, entonces. No quiero meterme donde no me llaman, pero si necesitas algo aquí me tienes, aunque seguro que Millie te va a ayudar en todo lo que le pidas —afirma justo antes de tomarse el último sorbo de café—. Me tengo que ir, pero, si te apetece, esta tarde estaré en El Tres. Es el bar de los padres de un amigo, no tiene pérdida porque es el único del pueblo y solemos reunirnos por las tardes allí. ¡Anímate!, ¿vale? Seguro que lo pasaremos bien.

Le sonrío, pero no digo nada. No creo que me pase por allí, aunque es agradable que haya contado conmigo; sentirme incluida es algo a lo que no estoy acostumbrada y me gusta la sensación.

Al poco, termino mi desayuno y me voy camino de la recepción, al encuentro de Margorie, que supongo que está esperándome, tal como me ha dicho.

4



El *tour* por River Town no nos lleva demasiado tiempo y, durante la visita, especialmente del centro, Margorie me enseña lo más esencial para que pueda pasar estos primeros días: el mercado, la librería/floristería, que es donde ella trabaja, la farmacia y El Tres, el bar del que me ha hablado Samara, que queda al final de la última calle.

El pueblo no es muy grande, sobre todo comparado con la enorme ciudad de la que vengo, pero prácticamente dispone de todo lo necesario para vivir sin tener que salir de aquí. Casi todos los edificios son de piedra y madera, con techos de tejas negras; parece sacado de un cuento. Hay algunas tiendas que ya han empezado a poner la decoración navideña y me fijo en las fachadas, en las que veo pequeñas bombillas que las contornean; estoy deseando verlas encendidas, porque debe de ser algo mágico. Tengo muchas ganas de perderme por estas calles.

—Parece un sitio muy tranquilo —le comento a Margorie mientras voy mirando los escaparates de la calle principal.

—La verdad es que ahora sí, hija. Antes recibíamos muchas visitas, pero cada vez vienen menos turistas..., y no me extraña; no

es nada agradable venir de vacaciones y quedarte tirado en mitad de una carretera —responde, y su tono de voz se ha vuelto más agrio; resulta evidente que es un tema que le molesta, y no me extraña. Si no llega a ser por ella, quién sabe cuánto hubiera tardado en llegar —. Y eso por no hablar de los múltiples tramos en los que no hay ni asfalto y que nadie se molesta en reparar.

—Esto es muy distinto del lugar de donde vengo. Allí siempre hay ruido, la gente va con prisas y es un agobio. Estar aquí debe de ser muy relajado. ¿Quiénes viven encima de los comercios?

—Generalmente, los dueños; es algo muy común en lugares con historia como River Town. Antes se optimizaba el espacio y, además, es una forma de estar siempre cerca del negocio.

—Con «historia» te refieres a antiguos, ¿verdad?

—Es otro modo de decirlo, niña —contesta sonriéndome de una manera que me reconforta—. Ya lo descubrirás por ti misma, pero en este pueblo nos conocemos todos, somos como una gran familia.

—Qué bien.

Cada cosa que averiguo de este sitio me gusta más que la anterior. Aunque la palabra *familia* me transporta a lugares a los que preferiría no volver.

De vuelta en El Refugio, lo primero que hago es buscar a Millie, que está en la recepción ordenando unos papeles.

—¿Tienes un momento? —le pregunto al llegar al mostrador.

—Para ti, siempre. ¿Qué necesitas?

Millie deja lo que tiene entre las manos a un lado y centra toda su atención en mí.

—Me gustaría hablar del tema del pago del alojamiento. Mi idea, como te comenté, es quedarme en River Town una larga temporada, así que buscaré algo para alquilar o comprar, pero, mientras lo encuentro, me hospedaré aquí.

—De acuerdo. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, sin ningún problema. Respecto al pago, aquí se suele abonar la estancia por noche, pero, sabiendo que la tuya va a ser algo más larga, si quieres puedes hacerlo a semana vencida; ¿te parece bien?

—Sí, me parece genial. Muchas gracias, Millie.

—De nada, preciosa. Y en cuanto a tu búsqueda de algo más permanente, puede que tenga ya algo en mente. Hay una casita en las afueras del pueblo que quizá... —me dice pensativa—. Ay, pero no quiero adelantarte nada hasta tenerlo más o menos atado. No quisiera hacerte perder el tiempo. Deja que haga unas cuantas llamadas y veré lo que puedo hacer, ¿vale?

—Vale. Gracias de nuevo, de corazón. Tu hermana y tú os estáis convirtiendo en mis hadas madrinas.

Le sonrío y ella quita importancia a lo que acabo de decirle con un gesto de la mano mientras vuelve a sus papeles.

Subo a mi habitación a descansar un poco. A pesar de que la visita ha sido muy agradable, estoy agotada, posiblemente del cansancio acumulado que llevo a cuestas a pesar de haber dormido bien esta noche. Al entrar recuerdo que mi teléfono lleva apagado desde que me marché de mi casa y, aunque no quiero, sé que debo encenderlo y enfrentarme al golpe de realidad, esa que he dejado atrás junto con mis padres.

Quizá estéis pensando que el móvil echará humo de las llamadas perdidas y mensajes que me voy a encontrar; por desgracia, no es así. Lo único que hay son cuatro llamadas —dos de mi madre, una de mi padre, otra de un número desconocido— y dos mensajes. La verdad es que no me sorprende esa falta de preocupación por parte de ellos, pues es a lo que Mike y Leticia me tienen acostumbrada, pero sí me hiere su indiferencia.

Por mucho que pase el tiempo, creo que algo en mi interior siempre anhelará que cambien, que todo sea como se supone que debe ser. En mi mente, unos padres tienen que buscar constantemente el bienestar de un hijo, protegerlo y cuidarlo. Yo no he tenido nada de eso, pero día tras día he esperado que cambiaran; he esperado tanto que he terminado perdiéndome. Me hubiera ido de esa casa de todas formas, pero me habría gustado marcharme de otra manera, no de esta tan apresurada y traumática que me ha llevado al límite.

Los dos mensajes son de mi madre. Uno dice «¿Dónde narices estás?» y el otro, simplemente, «Llámame».

Llamarla es una de las últimas cosas que me apetece hacer en este momento, pero, por otra parte, es algo necesario; una forma de cerrar el círculo, despedirme y poder comenzar de nuevo del mejor modo posible.

Busco su contacto en la agenda y le doy a la tecla de llamada. Un tono, dos...

—¿Sí? Acalia, ¿eres tú? Acabo de cambiar de teléfono y no tengo los números guardados —me suelta como si tal cosa.

—Sí, mamá, soy yo. Quería... Verás... Te llamo para despedirme. Después de lo que papá me contó, ya no puedo más con esta situación y lo mejor para mí, creo, es empezar de cero lejos de vosotros.

—¿Que tú no puedes más? ¿Tú te crees que puedes irte de casa sin dar ningún tipo de explicación porque te apetece y soltarme ahora este rollo de empezar de cero? No sé de qué me estás hablando. Esperaba una disculpa para tu padre y para mí, la verdad, por marcharte sin decir nada.

—¿No te ha contado papá lo que pasó? ¿Ni por qué me fui? Mamá, llegué a casa y lo que vi... —Me quedo callada unos

segundos mientras aquellas imágenes vuelven a mi cabeza, tan vívidas como si estuviera otra vez allí—. Me tuve que ir porque, después de aguantar todos estos años vuestras peleas y discusiones, viéndome atrapada en una vida que no me pertenecía porque viajaba a la deriva de vuestras malas decisiones, no pude más. Le planté cara, ¿y sabes qué me dijo?, ¿sabes qué me contestó? Claro que lo sabes, ¿verdad? Tú misma lo has permitido. Fue la gota que colmó el vaso, mamá. Yo no puedo seguir viviendo así; ni puedo, ni quiero, ni lo merezco. Deseo ser feliz, y con vosotros cerca es algo que jamás voy a lograr. No quiero seguir formando parte de este puente que no se sostiene, que se cae a pedazos. Ojalá todo fuera diferente, pero esta es la realidad, lo siento.

Silencio, eso es lo que encuentro al otro lado de la línea...

—¿Mamá? ¿Me oyes?

¿Me ha colgado? Me ha colgado. Muy típico de ella, lo de huir me viene de familia, al parecer. Me quedo mirando la pantalla del teléfono un rato; en su silencio encuentro muchas respuestas. Ojalá me hubiese dicho que todo lo que me contó mi padre era mentira; que volviese, que juntas lo podríamos arreglar, que juntas podríamos con todo. Ojalá me hubiese elegido. Pero estas palabras... nunca saldrán de la boca de la mujer que me trajo al mundo.



Después de comer algo ligero que me ha traído Millie, continúo dándole vueltas al comportamiento de mi madre. Cuanto más lo pienso, menos lo entiendo y peor me siento. No comprendo por qué sigue aceptando aquello cuando es evidente que ella lo está pasando fatal y por eso han vuelto a discutir. Nunca he sido

suficiente para ella, siempre ha terminado aceptándolo todo de él, anteponiéndolo a mí y al mundo. Su hija se ha marchado de casa, se ha abierto a ella y le ha dicho que no podía más, y su respuesta ha sido colgar el teléfono y, una vez más, dejarla sola.

Necesito despejar la mente, tomar un respiro, así que decido ir a dar una vuelta por el pueblo y dejarme llevar. Seguro que un poco de aire fresco me ayudará y me hará ver las cosas desde otra perspectiva.

5



Debo confesar que mi orientación no es que sea mala, es el siguiente nivel; por ello, que prácticamente la mayor parte de River Town se extienda en línea recta es maravilloso para alguien como yo, porque no hay pérdida, «todo recto hasta el amanecer».

Disfruto de un paseo por el pueblo sin prisa, fijándome en los diferentes escaparates con los que me voy encontrando. El más bonito, al menos para mí, es el de Margorie, una perfecta combinación de libros y flores. En la puerta tiene una mesita con ramitos pequeños de paniculata de distintos colores, preparados para quien quiera coger uno; me parece un detalle precioso y muy original. Los ramitos están envueltos en conitos de papel que simulan ser páginas de libros antiguos, y en un lado de la pared hay un columpio de madera con una flor de Pascua encima. El contraste de los colores de todo el conjunto es increíble, y de pronto me invade una melancolía al caer en la cuenta de que esta va a ser la primera Navidad que pasaré fuera de casa. No es que en esas fechas mi situación familiar cambiara, pero al menos cenábamos todos juntos en Nochebuena, aunque la reunión siempre terminara con un

sabor agridulce. Supongo que este año me tocará empezar una nueva tradición sola conmigo misma.

Las calles están bastante desiertas y es agradable no sentir que estás rodeada de gente, tener tu espacio para caminar con calma, no como me pasaba en la ciudad. Otra cosa distinta y que me llama la atención es que todo el mundo me sonríe y saluda al cruzarse conmigo. Acostumbrada a sentirme invisible, ser consciente de que me ven es una sensación nueva.

Sigo andando hasta llegar, sin percatarme, a El Tres, el bar donde me ha dicho Samara esta mañana que iba a estar esta tarde. Me quedo fuera mirando, dudando entre entrar o no hacerlo, hasta que oigo una voz a mi espalda.

—¡Hola, Acalia! Te has animado a venir. Me alegro, sabia decisión. Ven, vamos dentro y te presento a mis amigos cuando lleguen. No somos muchos, pero mejor pocos y de calidad, ¿no te parece? —me dice Samara con una sonrisa de oreja a oreja.

Me alucina su entusiasmo y la manera que tiene de integrarme, como si nos conociéramos de toda la vida, así que decido dejarme llevar. Total, ¿qué puede salir mal?

—Estaba un poco indecisa, pero acabas de convencerme.

Le sonrío.

Dicho esto, entramos.

No sé qué es lo que esperaba, me imagino que algo anodino, cuatro mesas, una barra y poco más, pero El Tres, sin duda, es **EL BAR**, con mayúsculas y en negrita. Tiene una gran barra de madera, con taburetes altos y redondos tapizados en rojo; un cartel de neón enorme en el que se puede leer el nombre del local; botellas y vasos colocados a la perfección, así como una televisión muy grande y varias mesas dispuestas por todo el espacio. Las paredes están adornadas con vinilos, mástiles de guitarras, baquetas y un montón

de pósteres y fotos de diferentes bandas de música. Me resulta imposible apartar la mirada de cada detalle.

—Mola, ¿eh? Los padres de Kai, uno de mis amigos, son los propietarios. Son amantes de la música rock de los cincuenta y este es su preciado tesoro —me cuenta Samara entusiasmada.

—La verdad es que sí, me encanta todo lo que tenga que ver con la música. Me quedaría horas admirando solo la decoración. Esto es una auténtica pasada.

Si algo desprende este lugar es eso, música; mires donde mires, algo hace referencia a esta. Incluso hay una *jukebox* antigua que al parecer sigue funcionando. Me muero de ganas por probarla y poner algún tema. Este establecimiento es como una especie de viaje en el tiempo, como transportarte a otro lugar; es mágico. Y, por si fuera poco, los menús tienen forma de vinilo y los cócteles tienen nombres de diferentes grupos musicales. Te puedes tomar un Jerry Lee on the Rocks, un Rockabilly Gin, un The Beeterita o un Bohemian Ron-Soda. No sé de quién habrá sido la idea, pero me parece algo brillante.

Nos sentamos a una mesa al fondo del local y pedimos algo para beber mientras esperamos a que lleguen los amigos de Samara. Empiezo a ponerme muy nerviosa; es algo que me pasa siempre que tengo que enfrentarme a gente nueva, no lo puedo evitar.

Al poco rato entran dos chicas y dos chicos de nuestra edad, a los que Samara saluda haciendo movimientos con la mano.

—Chicos, ella es Acalia, acaba de llegar al pueblo. Acalia, estos son Kai, Heather, su hermano Hugo e Isabella —nos presenta cuando sus amigos llegan a donde nos encontramos y se sientan con nosotras.

Con el que más congenio es con Kai; ambos tenemos más o menos el mismo humor y hace que me sienta integrada en el grupo

y en las conversaciones. Lo que más me ha llamado la atención de él en un primer momento ha sido lo alto que es y lo rizado que tiene su pelo rubio oscuro.

—Las cartas con forma de vinilo y el nombre de los cócteles fueron idea mía, por eso estos llevan nombres de grupos algo más variados. Les costó aceptar la propuesta cuando la formulé. —Ya me ha contado Samara esta mañana que Kai es hijo de Mark y Louisa, los dueños del bar. Es evidente que ha heredado la pasión de sus padres por la música, lo que me facilita mucho el tema de conversación con él.

—Realmente es superoriginal; a mí, desde luego, me encanta —le digo.

Nunca he visto algo así y me parece una buenísima idea.

—Gracias. Si hubiera sido por mis padres, en este local solo estaría representada la música rock de las décadas de los cincuenta y sesenta. Son muy poco flexibles en cuanto a rock se refiere.

Lo dice sonriendo. Está claro que, aunque no estén de acuerdo, tiene una buena relación con ellos.

—¿Cuándo volvéis a la universidad? —pregunta Samara a los demás.

—Mañana —contesta Hugo—. El finde se ha pasado superrápido. A la vuelta, a mi hermana le esperan varios exámenes, y yo tengo unas pruebas importantes de atletismo. Se nos ha ocurrido, mientras veníamos hacia aquí, que podríamos celebrar una fiesta pre-Navidad cuando regresemos al pueblo..., ya sabéis, juntarnos todos, bailar un poco... Tu primo seguro que estará dispuesto, nunca dice que no a una buena juerga.

Heather y él son hermanos, pero son físicamente opuestos: ella tiene el pelo castaño y rizado y él es rubio con el pelo liso, aunque la sonrisa de ambos hace ver su incontestable parentesco.

—Eso sería genial —comenta Isabella superentusiasmada. Su belleza es indiscutible. Es impactante. Morena, pelo largo alisado a la perfección, ojos verdes, un cuerpo de infarto y unos labios supercarnosos—. Yo me marcho también mañana y siento que el finde ha pasado sin pena ni gloria, así que hacer una fiesta a la vuelta me parece *ma-ra-vi-llo-so.* —Lo dice así, remarcando cada sílaba—. La podemos hacer en casa de tu primo, ya que tus tíos nunca están. Si queréis, se lo pido yo, que siempre me dice que sí. —Y, por alguna extraña razón que no entiendo, me mira a mí cuando añade esto último, como desafiándome.

Debo confesar que me siento algo intimidada por ella; en ocasiones es demasiado directa y me hace sentir un poco incómoda por la forma en la que me mira, como si yo fuera una intrusa que quisiera robarle algo.

Desvío la vista, porque me siento algo tensa, y me encuentro con los grandes ojos marrones de Kai, que me miran de manera cómplice. Empieza a gesticular levemente imitando a Isabella y me hace reír. Me devuelve una comodidad que él no me ha quitado y que agradezco.

—No sé, se lo tendríamos que preguntar. Oye, Acalia, tú te apuntas también, ¿verdad? —me pregunta Samara con una sonrisa enorme.

—Bueno, la verdad es que no lo sé. Me lo pensaré, ¿vale?

—Vale, mi nueva amiga se apunta también —suelta guiñándome un ojo—. En cuanto llegue mi primo le proponemos el plan y a ver qué le parece. Aunque seguro que le gusta la idea.

El tiempo pasa volando entre conversaciones y risas.

—Yo estoy un poco nerviosa, cada vez está más cerca el momento de empezar las prácticas en la clínica y, aunque tengo muchas

ganas, va a ser la primera vez que viva tan lejos de aquí —nos confiesa Heather algo apenada.

Ella es mayor que Hugo y está cursando el último curso de carrera.

—Tía, vas a estar superbién, y seguro que conoces a algún médico macizorro que te haga olvidarte del pueblo rápidamente —la anima Samara, ante la atenta mirada de Hugo.

—De médicos macizorros, nada, que no quiero pensar en la vida de mi hermana como un capítulo de *Anatomía de Grey* —replica Hugo soltando una sonora carcajada mientras Heather le propina un manotazo que estoy segura de que él recibe como una caricia; se nota que es deportista y que está en forma.

El buen rollo que se respira entre todos es palpable y me estoy sintiendo muy cómoda, algo que es nuevo para mí, como todo lo que estoy viviendo en River Town.

—Y tú, Caria, no nos has contado qué te ha traído por el pueblo. ¿Has venido sola? Háblanos un poco de ti —me pide Isabella.

Nota mental para la Acalia del futuro: Nunca debes adelantarte a los acontecimientos y decir lo cómoda que estás en un sitio, porque hay una ley no escrita que hará que se tuerza.

La pregunta no es nada del otro mundo, pero el tono que usa al hacerla me hace sentir otra vez incómoda, tensa. Hablar de mí no es mi tema de conversación favorito, por no mencionar que lo más seguro es que haya dicho mal mi nombre intencionadamente.

—Es Acalia —respondo con una sonrisa un poco forzada; la idea tampoco es ser borde—. Y, sí, he venido sola. Necesitaba un cambio de aires. Lo cierto es que no sé cuánto tiempo me quedaré aquí, pero en principio me gustaría probar algunos meses y ver qué tal..., aunque por el momento me está gustando y quizá acabe quedándome indefinidamente, nunca se sabe.

—Claro que sí —interviene Samara—. Yo me alegro de que hayas aparecido en el pueblo. Ellos pasan muy poco tiempo aquí, vacaciones y algún fin de semana suelto, pero yo me quedo plantada, más aburrida que una piedra, así que tener compañía es fantástico. Mi primo, Eiden, y yo trabajamos con nuestros padres en un puesto en el mercado. La tienda es de productos *gourmet* y de importación. Normalmente solo abrimos por las mañanas, así que dispongo del resto del día libre, por lo que tenerte va a ser genial. Eres mi salvadora, no te vayas nunca. —Me abraza—. Anda, mira, si antes lo nombro...

6



Me giro para mirar y no puede ser verdad... No puede ser él, ¿no? El chico que me vio desnuda en mi habitación viene directo a nosotros. Empiezo a rezar y a encomendarme a todos los santos que estén disponibles para que no me reconozca, por favor, por favor...

—¡Ey! ¿Qué pasa, chavales? —saluda cogiendo una silla de una mesa de al lado y tomando asiento donde estamos todos.

Es que encima es guapísimo: alto, bronceado, con ojos azules y el pelo castaño y algo revuelto; no llega a ser rizado, pero tampoco lo tiene liso. Lleva unos vaqueros estilo cargo que le quedan genial, y al acercarse a nosotros se ha quitado la chaqueta y la sudadera, dejando ver una camiseta negra que insinúa que debajo de ella hay un cuerpo musculoso. Nuestras miradas conectan y siento un cosquilleo por mi cuerpo, pero al segundo desvío la vista al suelo.

—Justo estábamos hablando de ti, pero primero te presento —dice Samara dirigiéndose a su primo—. Ella es Acalia, es nueva en el pueblo.

—Hola, yo soy Eiden. Creo que ya te había visto por aquí, ¿no? —me suelta posando sus ojos en los míos. Su media sonrisa delata que, efectivamente, el chico de la ventana es él, mierda.

Si lo que intenta es hacerme sentir vulnerable, lo lleva claro, porque su comentario hace que me venga arriba y, además, el que tiene que estar avergonzado es él por quedarse mirando en ventanas ajenas. No va a amilanarme si es lo que pretende.

—La verdad es que a mí no me suenas de nada. Juraría que no nos habíamos visto nunca, aunque puede que tengas razón y no haya sido consciente de tu presencia.

Por la risa que suelta me queda claro que ha entendido lo que le he querido decir.

—Colega, hemos pensado en hacer una fiesta pre-Navidad, y en ese punto es donde entra tu casa, tío —le comenta Hugo frotándose las manos.

—Hostia, pues estaría muy bien, aunque todavía falta para Navidades... Y esta vez hay que comportarse, no me la lieis como en la última fiesta o mis padres me cortarán los huevos, Huguito.

—Ya sabemos que falta, por eso es pre-Navidad, que hay que explicártelo todo —responde el rubio dándose golpecitos en la sien con el dedo índice.

—De todas maneras, se lo voy a consultar y ya os diré qué me contestan. Recuerdo que tienen programado un viaje para hablar con un nuevo proveedor, pero no sé exactamente cuándo. Ya lo iremos organizando. Y tú, Lia, ¿también te apuntas?

Me dispongo a contestar, pero Isabella se me adelanta.

—Ella no sé, pero yo seguro que sí iré, Eiden, que la última fiesta me supo a poco y aún me debes un baile.

Me hace gracia la reacción de Samara y de Kai, pues ambos ponen los ojos en blanco, como si esa fuera la manera habitual de actuar de Isabella. No sé qué tipo de relación tendrá con Eiden, pero por mí puede estar muy tranquila, no tengo ningún interés en él.

Realmente, en mi lista de prioridades cualquier chico se encuentra en la última posición en estos momentos.



Salimos del bar, está anocheciendo y me da pena que aún no estén encendidas las luces de Navidad; supongo que lo bueno se hace esperar. Me parece que es buen momento para volver a El Refugio, aunque la verdad es que las horas que he pasado con ellos me han servido para despejarme por completo de la (no) conversación con mi madre y de lo mal que me he quedado después de eso.

Cuando me voy a despedir, Samara le susurra algo a su primo al oído y me miran.

—Lia, te acompaño hasta tu casa, que me pilla de paso, así no vas sola —me propone Eiden; evidentemente, su prima le ha pedido que lo haga.

Agradezco que diga «casa» y no «hostal» porque no les he contado dónde me estoy quedando, pero él y Samara sí lo saben.

—No te preocupes, no hace falta, pero gracias.

—Eiden, yo también vuelvo sola... —plantea Isabella con clara intención de ser ella quien vuelva a casa en su compañía.

—Isabella, vives justo ahí —le contesta Samara señalando una casa situada supercerca de donde estamos—. Puedes ir tú sola, sin necesidad de que mi primo te acompañe; además, yo voy a mi casa y es en esa misma dirección. Él tiene cosas mejores que hacer que acompañarte a ti.

—Bueno, yo me voy. Lo he pasado muy bien, espero que nos veamos otra vez pronto, chicos —me despido mientras me alejo,

aprovechando que Isabella y Samara siguen hablando y están todos distraídos con la discusión de ellas dos.

Pongo rumbo a El Refugio. La verdad es que sienta bien notar que formas parte de algo. Que un grupo de personas de mi edad me acepte es una experiencia que pocas veces he vivido, y me ha gustado pasar tiempo con ellos solo por el placer de estar, sin preocupaciones.

Llevo un ratito caminando cuando capto unos pasos detrás de mí. La noche ya ha caído y las pisadas suenan cada vez más y más cerca, y es justo entonces cuando noto una mano que me toca el hombro.

7



—¡Mierda, Eiden! ¡Qué susto me has dado! —exclamo con el corazón en la boca.

—Perdona, Lia. No quería asustarte, pero has hecho una bomba de humo en toda regla, ha sido un visto y no visto; para cuando me he querido dar cuenta ya no estabas, así que no me ha quedado más remedio que ir al acecho detrás de ti. Debo reconocer que me ha costado un poco alcanzarte, menos mal que estoy en forma —dice mirándome, sonriendo y guiñándome un ojo.

Desde luego, sí que lo está, por lo menos por lo que se intuye a través de la ropa que lleva, aunque ahora, con la sudadera y la chaqueta puestas, no se vea tanto. Y así de cerca es aún más guapo, no me había fijado en los hoyuelos que le salen cuando sonríe.

—Ya te he dicho que no era necesario que me acompañaras, sé cuál es el camino de vuelta.

—¿Siempre eres tan borde con la gente, Lia? ¿O solo es conmigo?

—No soy borde, pero de verdad que no necesito guardaespaldas para volver, y me llamo Acalia, no Lia —contesto haciéndome la

dura, aunque en el fondo me ha gustado que se haya tomado la molestia de seguirme para acompañarme.

—Vale, vale —dice levantando las manos a modo de rendición—. Me queda claro que no necesitas que nadie cuide de ti, pero es un poco absurdo que caminemos cada uno por su lado cuando vamos los dos en la misma dirección, ¿no te parece Aca-Lia? Voy tres noches por semana al hostal de Millie para ayudarla con las cenas. Le echo una mano y, a cambio, ella me enseña sus secretos culinarios.

—Oh, vaya, no tenía ni idea. No quería sonar borde contigo, pero llevo unos días..., bueno, un poco difíciles. Lo siento. La comida de Millie es buenísima... Francamente, lo último que hubiera imaginado es que te interesara la cocina.

—Soy una caja de sorpresas, Lia. Quién sabe qué más esconderé... —me suelta mientras levanta las cejas varias veces.

—Vas a seguir llamándome Lia te diga lo que te diga, ¿no?

—Sí —me responde con una amplia sonrisa y sin más explicaciones—. Bueno, Lia, ¿y qué me dices de ti? ¿Cómo has acabado en River Town?

—Pues verás, primero fui a la taquilla de la estación de autobuses; luego pagué, a una señorita que había detrás de una ventanilla, por el billete, me monté en el bus y después de unas horas acabé aquí —respondo con una amplia y falsa sonrisa.

Nos acabamos de conocer, ni de coña le voy a contar mi vida.

—Vale, vale, lo pillo. Pues entonces te voy a contar yo cómo he llegado hasta aquí —dice sonriendo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me conozcas y quiero conocerte. Y así se conoce a las personas, Lia, sabiendo cosas las unas de las otras.

—Si tú lo dices...

—Samara y yo somos prácticamente hermanos, nos hemos criado juntos. Mis padres son los encargados de buscar proveedores nuevos para la tienda y de negociar con los que ya trabajamos, así que viajan sin parar y pasan mucho tiempo fuera de casa.

—Entonces, ¿te has criado con tus tíos?

—Algo así, sí. Hasta que consideraron que era lo suficientemente mayor para dejarme solo, después de insistirles un montón.

—¿No se fiaban de ti, o qué?

—No del todo, supongo, aunque, teniendo en cuenta el resultado de la última fiesta que organicé en casa mientras ellos no estaban, quizá nunca tendrían que haberme dado ese voto de confianza.

—¿Tanto la liasteis?

—Sí. Podría intentar tirar balones fuera, o poner alguna excusa para parecer un niño bueno. Pero no voy a mentir: la lie gordísima y mis padres casi me matan cuando volvieron al día siguiente.

—Y si sabías que iban a volver al día siguiente, ¿por qué te arriesgaste a hacer una fiesta? —pregunto tratando de entenderlo.

—Digamos que no estaba muy centrado por aquel entonces.

—¿Y ahora sí?

—Ahora sí, Lia —afirma serio, mirándome directamente a los ojos.

Una corriente eléctrica me sube por la espalda y me hace sentir un escalofrío cuando el azul de sus ojos conecta con el pardo de los míos.

—¿Y te han puesto cámaras de vigilancia o algo por el estilo?

—Mucho peor, me han puesto a mi tía de perro policía. Las últimas veces que se han ido, y ante mi negativa a irme a su casa, ha venido a vigilarme una media de veinte veces al día. Horrible. —Se lleva la mano a la frente resoplando.

—Ya será para menos, Al Capone...

—¿Te gustan los mafiosos, Lia? —me pregunta levantando las cejas.

—El único mafioso que me gusta es y será Thomas Michael Shelby.

—Así que te gusta Tommy, ¿eh? Me lo apunto. Nunca se sabe cuándo tendré que usar la carta de *Peaky Blinders* para impresionarte —expone guiñándome un ojo.

Me hace reír y me gusta que haya pillado la referencia que he hecho sobre la serie.

—En realidad, somos una familia que está muy unida. Se han esforzado mucho por darnos un futuro, tanto mis padres como mis tíos. Empezaron desde cero y les costó mucho trabajo levantar el negocio; hace unos años que comenzó a funcionar realmente y es admirable ver todo lo que han conseguido con su esfuerzo y dedicación.

Me gusta la manera en la que me habla de su familia, cómo le brillan los ojos al hacerlo. Me provoca cierta envidia que se refiera a sus padres y sus tíos con tanto cariño, es algo que yo nunca podré hacer, por lo menos de manera sincera.

—Vamos a jugar, que nos estamos poniendo un poco intensitos —propone con cara de interesante.

—Jugar, ¿a qué? ¿Al pillapilla? —pregunto riéndome por su propuesta.

—Sería complicado teniendo en cuenta la poca luz que hay por el camino. Te podrías caer, hacerte daño..., y entonces tendríamos que jugar a los médicos... —replica con sorna—. No, en serio, ya te he dicho que quiero conocerte mejor. Yo te hago una pregunta y tú, otra a mí.

—Vaaale... ¿Y si hay algo que no quiera contestar?

—Pues te quitas una prenda, y yo miro.

—Ya te gustaría...

—Anda, venga —suelta una carcajada—, si hay algo que no quieras contestar, pues no lo haces y punto.

—¿*Oklahoma* como palabra de seguridad?

—*¿Oklahoma?* Bueno, vale, aceptamos pulpo...

—Empieza tú.

—¿Comida favorita, señorita?

—Hummm... Me gusta la comida asiática. A ver, me toca. ¿Has tenido alguna relación seria?

—Eh, eh, frena un poco... Primero dice que no quiere contestar y luego va a la yugular en cuanto tiene la primera oportunidad.

—¿Oklahoma? —pregunto pensando que quizá prefiere no responder.

—De eso nada, Lia, soy un valiente y pienso morir matando. No, no he tenido ninguna relación seria, algún rollete en alguna fiesta. ¿Y tú?

—¡¡¡Eeeh!!!, eso no vale.

—Venga, va, contéstame —suplica poniendo cara de cachorrito abandonado.

—No, no he tenido ninguna relación seria.

—¿Ni algún Romeo enamorado al que le hayas roto el corazón?

—No te adelantes, guapo, que me toca a mí preguntar. ¿Color favorito?

—¿Te parezco guapo?

—Contesta —le digo desafiándolo.

—¿Pasamos de relaciones a colores? Ahora que esto comenzaba a ponerse interesante —comenta levantando las cejas exageradamente.

—Venga, contesta.

—Mi color favorito es el negro.

—Qué poco original...

—Lo poco original que soy en cuanto a colores lo compenso siéndolo en otras cosas...

—Eres un flipado —replico riéndome, y lo golpeo en el brazo.

—Ponme a prueba cuando quieras y te lo demuestro...

Me vuelvo a reír y pongo los ojos en blanco. Dejamos de jugar y hablamos un poco de todo y de nada, cosas banales sin importancia, pero más que nada nos reímos casi todo el recorrido; hacía mucho, muchísimo tiempo que no me reía tanto. Creo que Eiden es una de esas personas que da igual como estés, siempre consiguen hacerte sonreír, o se esfuerzan sinceramente por hacerlo. Me pregunto si, debajo de esa capa de despreocupación, de verdad no se esconderá alguien mucho más frágil y con muchos más matices de lo que puede parecer a simple vista.

—Bueno, pues ya hemos llegado. Muchas gracias por la compañía, la verdad es que el camino se me ha hecho más corto contigo, Eiden.

—De nada. ¿Ves? Si al final me estás dando la razón. Ya iremos viendo con qué otros actos terminas dándome las gracias. —Y esto suena más como una proposición que como una frase hecha.

—No te lo tengas tan creído, no vaya a ser que el que termine dándome las gracias a mí seas tú.

Ante mi respuesta, él suelta una sonora carcajada; su risa suena sincera.

—Bueno, Lia, nos vemos pronto —se despide mirándome de forma intensa a mis ojos de color pardo.

Pongo rumbo a mi habitación. El momento de separarnos ha sido un poco raro, no sé, como si los dos quisiéramos que el trayecto fuese más largo, y a la hora de despedirnos simplemente ambos

esperásemos que el otro hiciera algo para seguir juntos un rato más, aunque ninguno se haya atrevido a dar el paso.

8



Me dispongo a darme una ducha, pero esta vez me acuerdo de coger antes una toalla y me sorprendo soltando una risita mientras voy al baño. Creo que nunca más me olvidaré de llevarme una. Me desnudo y abro el grifo; no tarda mucho en llegar el agua caliente, lo que agradezco de inmediato. Sienta bien ducharse en completo silencio, solo oyendo el agua caer y notando como cada gota roza tu piel. En este instante, no sé por qué, me acuerdo de Eiden y de la primera vez que creo que me vio; en algún momento le tendré que preguntar directamente y sin tapujos qué es lo que llegó a vislumbrar a través de la ventana, aunque me da una vergüenza mortal solo de pensar en planteárselo.

Salgo de la ducha, me recojo la melena en un moño despeinado y me pongo un pijama; en realidad es una camiseta vieja de un grupo de música, varias tallas más grande que la mía, y unos calcetines blancos, para no estar descalza. Pese a que fuera la temperatura ha descendido varios grados, dentro de El Refugio es muy agradable; Millie consigue que todas las estancias estén caldeadas.

No he comido casi nada desde la sopa que me ha subido la dueña del hostal este mediodía, aunque hemos picado algo en El Tres, así

que tengo un poco de hambre, pero estoy tan cansada que lo último que me apetece es ir al comedor. Rebusco en mi mochila y encuentro un paquetito de galletas saladas, que siempre suelo llevar; nunca se sabe cuándo van a ser de utilidad.

Oigo unos pasos que suben la escalera y de pronto tocan a la puerta de mi habitación; supongo que es Millie y abro.

—Jooooooder, perdón —dice mirándome de arriba abajo lentamente, recorriendo mi cuerpo, haciéndome sentir deseada—. Esto..., hola de nuevo.

No es Millie.

—Hola otra vez, Eiden.

No, desde luego que no es ella. Él lleva una chaquetilla negra de cocina que le queda muy bien y marca sus bíceps a la perfección. En las manos trae una bandeja con dos platos y unos cubiertos.

—La jefa me ha pedido que te subiera la cena. Me ha contado que casi no has almorzado y que seguro que no ibas a bajar al comedor, así que... aquí estoy, servicio de habitaciones, supongo. Dime dónde quieres que te deje esto. —Señala la bandeja con la cabeza.

—Sí, claro, pasa. Puedes dejarla en la cama. —¿En serio? De entre todas las cosas que hay en la habitación, ¿tengo que decir ¡¡¡«cama»!!!? Automáticamente siento como mi cara arde en fuego —. Perdón, quería decir en la mesa, ahí al lado del ventanal. No es que estuviera pensando en ti y mi cama. —«Anda, guapa, intenta arreglarlo cagándola más, reina», pienso—. Es que estoy algo cansada y bueno, en fin, mejor me callo.

—Tú mandas —responde, pero la carcajada que suelta lo vuelve a delatar; sin duda mis palabras le han hecho gracia.

Deja la bandeja encima de la mesa, tal como le he indicado, y me dirijo hacia allí... y sin querer, al pasar por su lado, me tropiezo con la pata de una de las sillas, me tambaleo y estoy a punto de caer de

bruces al suelo. De repente, sus grandes y fuertes manos me cogen por la cintura, me ayuda a recuperar el equilibrio y nuestros ojos se encuentran; son segundos, pero es como si el tiempo se detuviese. Observo como su nuez sube y baja con dificultad. Estamos muy cerca el uno del otro, me mira los labios y se lame los suyos. Nuestras respiraciones suenan agitadas y sus dedos rozan levemente los míos. Es solo un roce, pero una corriente eléctrica recorre cada parte de mi cuerpo. Entonces oímos un ruido en la escalera y al instante nos separamos.

—Espero que disfrutes la cena, Lia, y que descanses.

—Gracias, Eiden.

—Ah, una última cosa: recuerda coger siempre la toalla antes de meterte en la ducha, esa ventana no deja nada a la imaginación..., aunque, si te soy sincero, creo que podría pasarme horas mirando a través de ella. —Me guiña un ojo y cierra la puerta.

Me doy cuenta cuando se marcha de que, desde que nos hemos separado, he estado conteniendo la respiración, así que tomo una bocanada de aire y suspiro.

¿Qué narices acaba de pasar? Tengo dos cosas claras: una es que podemos confirmar que, en efecto, Eiden ha visto cada centímetro de mi piel gracias al ventanal de mi habitación y, dos, que me siento total y absolutamente atraída por él, como Ícaro por el sol.

9



La primera semana se me ha pasado casi sin darme cuenta. Después del acercamiento o lo que fuera que tuvimos Eiden y yo en mi habitación he intentado guardar las distancias, así que me he mantenido alejada del centro del pueblo y del comedor los días que él ha venido a ayudar a Millie en la cocina, pero me resulta inevitable recordar cómo sentí el roce de sus manos sobre mi piel... y no os voy a mentir, he comenzado a imaginar cómo será sentirlo en otras zonas de mi cuerpo.

Lo dicho, bajo el cielo de River Town el tiempo se me pasa casi en un suspiro. He ayudado a Millie con la decoración navideña de El Refugio y también me he centrado en mí misma, haciendo planes que no han requerido esfuerzo físico ni mental por mi parte, como salir al jardín a leer o dar algún paseo por las afueras del pueblo, para oxigenar la mente y el corazón y, también, evitar a cierto moreno de ojos azules.

Además, entre Samara y yo se ha instalado una especie de rutina no escrita, pues todas las mañanas desayunamos juntas.

—¿Qué tal está mi morena favorita? —pregunta cuando se sienta a mi lado a la mesa del fondo del comedor que ya sentimos como

nuestra, como si fuera el sofá del Central Perk, donde se sentaban Monica, Chandler, Rachel, Ross, Joey y Phoebe a arreglar el mundo.

—Bien. La verdad es que cada vez estoy mejor, pero no sé si es adecuado sentirme así.

—Si lo dices por los imbéciles de tus progenitores, que los jodan, tía.

Le conté que me marché de casa y que ya no tengo relación con mis padres, pero aún no he entrado en detalles.

—Ya, pero al final son mis padres y ha pasado poco tiempo, no sé...

—Son tus padres, sí, pero les queda grande ese nombre y, aunque no me lo hayas contado todo, sé lo suficiente como para tener claro que no te merecen. No hace falta que te diga que estoy aquí para lo que necesites, ¿verdad?

—Lo sé —afirmo sonriendo tímidamente.

Tarde o temprano tendré que abrirme a ella y contarle todo lo que he vivido y lo que me ha traído hasta aquí, lo que me ha empujado a empezar de cero en un lugar alejado de ellos, pero creo que aún es pronto para rememorar todo aquello y exponer mis heridas.

Suelto un suspiro que Samara pilla al vuelo y cambia de tema; en cuanto siente que me estoy poniendo triste, me cuenta alguna anécdota de cuando era pequeña y la liaba un poco.

—¿Sabes? En mi clase había un niño, Tony, con el que siempre jugaba a las casitas, pero me decía que, como era chica, mi obligación era ocuparme de las tareas, lógicamente imaginarias, del hogar... Vamos, que me mandaba a limpiar y cocinar.

—¿En serio? —pregunto.

—Y tan en serio, hasta que un día me harté tanto que le pegué un puñetazo en la cara —me contesta orgullosa.

—¿Y qué pasó después?

—Pues que el muy desgraciado fue diciendo a toda la clase que yo me comía los mocos, para que así nadie jugara conmigo. Pero con lo que Tony no contó fue con que esos rumores llegarían a oídos de mi primo.

—Sorpréndeme: ¿qué hizo Eiden cuando se enteró?

—Le pidió amablemente, y mi primo tiene la amabilidad en el culo, que contara la verdad delante de todos..., o bien él contaría a todo el colegio el motivo real de por qué se había inventado que yo me comía los mocos. Y, claro, no le quedó más remedio que confesar.

El pobre Tony aprendió que se había metido con la niña equivocada, primero por el puñetazo que se llevó y segundo porque Eiden y Samara forman un *pack* y siempre están el uno para el otro.

—Me hubiera encantado ver la cara del pobre chaval —comento antes de tomar un sorbo de café.

—La verdad es que fue un momentazo. Mi primo, cuando quiere, se muestra muy protector y, aunque hubiera podido gestionar yo sola la situación, fue muy guay ver como me defendió ante toda mi clase. Por cierto, ha estado preguntando por ti, por si ibas a pasarte algún día por El Tres.

Casi me atraganto al oírla decir que Eiden ha preguntado por mí, pero disimulo como puedo.

—Ah, ¿sí? No sé, quizá quiera decirme algo sobre Millie, ya sabes que viene algunos días a echarle una mano en la cocina —vacilo mientras juego con la tostada que he cogido para desayunar.

—Sí, supongo, pero, no sé..., lleva un poco raro desde la otra noche, cuando te acompañó aquí. Tal vez a los demás les ha pasado desapercibido, pero yo lo conozco tan bien que lo he notado. No sé qué será lo que está pasando por su cabeza estos días, pero algo le pasa, de eso estoy cien por cien segura.

Hago lo único que se me ocurre, levanto los hombros y pongo cara de «Ni idea de qué puede ser».

Y como nos ha sucedido durante toda la semana, nos dan las diez de la mañana parloteando como cotorras y procurando arreglar un mundo que, claramente, no está en nuestras manos poder arreglar.

—¡¡¡Vosotras dos!!! —Millie sale de la cocina—. Ya es hora de que levantéis esos culos de las sillas. Tú —le dice a Samara—, tendrías que estar trabajando desde hace una hora, tus padres han llamado para saber si estabas aquí, y tú —esta vez su dedo me apunta directamente a mí—, mi hermana te espera en la recepción, hay algo que nos gustaría comentarte. Así que moveos ya, las dos.

—A sus órdenes, Millie. —Mi amiga se cuadra—. Tienes toda la razón, se me ha ido el santo al cielo y no me he dado cuenta de la hora mientras charlábamos —se excusa mientras se levanta—. Nos vemos mañana, Lia. Adióóóóóóóós.

Me quedo unos instantes pensativa porque no tengo ni idea de qué quieren hablar conmigo Millie y Margorie. Me pongo bastante nerviosa y en mi cabeza empiezan a reproducirse mil escenarios posibles, a cuál peor, como una película apocalíptica. Eso es algo que me ocurre a menudo, siempre pienso que algo malo puede suceder en cualquier momento, sobre todo ahora que me siento en la mejor época de toda mi vida. Quizá se han cansado de ayudarme, quizá las he molestado, quizá han cambiado de idea respecto a que me quede aquí, quizá, quizá, quizá...

—Cielo, no pongas esa cara, que no es nada malo. Vete hacia la recepción, que enseguida voy yo para reunirme con vosotras —me aclara Millie.

Se suele decir que la cara es el espejo del alma y ella ve lo que pasa por la mía.

Asiento y pongo rumbo hacia donde se encuentra su hermana.

Los nervios van a acabar conmigo, es lo único que tengo claro en estos momentos. El no saber lo que me tienen que decir hace que vuelva a mí una extraña sensación de inseguridad.

10



Entro en la recepción y me quedo mirando el gran árbol de Navidad que decora una de las esquinas de la estancia. Hace dos días nos dedicamos a poner los adornos las tres juntas, como si fuera algo que hubiéramos hecho año tras año. Margorie y Millie tienen una gran colección de ornamentos navideños, la mayoría son antiguos y los llevan guardando desde que eran unas niñas. Que me dejaran participar en su tradición anual me hizo sentir muy dichosa y, aunque parezca mentira, también querida, todo lo contrario de cómo me estoy sintiendo en estos momentos en los que me consume la preocupación, porque no tengo ni idea de qué quieren decirme.

Cuando llega Millie yo ya estoy que me subo por las paredes. A veces, cuando me pongo nerviosa me empieza a picar la piel de los brazos y me sale como una especie de minisarpullido, y el izquierdo está ya al rojo vivo de tanto que me estoy rascando. No puedo esperar más.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —pregunta la recién llegada a su hermana.

—Se lo digo yo —contesta Margorie—. Verás, Acalia, creemos que, llegados a este punto y tras hacer unas comprobaciones, es hora de

que te marches de El Refugio.

—Oh, sí, eh, claro, entiendo... —respondo con un hilo de voz.

Aunque no estoy entendiendo nada. ¿Realmente me están diciendo que quieren que me marche de aquí? Pero ¿cómo puede ser? Debo de estar interpretándolo todo mal.

—Qué bruta eres, Margorie, la has asustado haciéndole creer que queremos que se vaya. ¡¡¡Dios, qué mal te has explicado siempre!!! El día que se repartió el don de la palabra tú debías de estar perdida en el limbo. Verás, cielo —toma el relevo Millie fijando la mirada en mí—, lo que mi hermana ha querido decir es que pensamos que ya va siendo hora de que tengas tu propio espacio en el pueblo y no solo una habitación. Hemos estado haciendo unas gestiones sin contarte nada estos días para ver si era posible y no darte falsas ilusiones, y ayer por fin nos confirmaron que sí, que, si quieres, tenemos una casita para ti, para que te instales de manera oficial en River Town. No es gran cosa, es algo antigua y está bastante apartada del centro, pero pensamos que tiene todo lo que puedes necesitar y, lo más importante, privacidad para empezar de cero. ¿Qué respondes? ¿Te apetece ir a verla?

Tras sus palabras lo único que puedo hacer es abrazarlas y comenzar a llorar emocionada. Soy una persona a la que le cuesta exteriorizar sus emociones, pero estas dos mujeres están dando tanto por mí que me siento pletórica, llena de amor, algo que nunca había creído que podría sentir, un calor interior del que espero no tener que desprenderme jamás.

—Muchísimas gracias a las dos, no me puedo creer la suerte que he tenido al encontraros, soy muy afortunada. Estoy deseando ver la casita, seguro que es perfecta.

—Hemos tenido que regatear un poco el precio para no pasarnos del presupuesto del que estuvimos hablando el otro día mientras

adornábamos el árbol de Navidad, porque esa casa lleva vacía mucho tiempo y está cogiendo polvo y empezando a deteriorarse por no estar habitada. El caso es que el propietario es un viejo un poco cascarrabias y tacaño, aunque a tercas y justas no nos gana nadie y finalmente ha accedido a nuestras condiciones —me explica Margorie sonriéndome de una manera cómplice.



Ponemos rumbo al que podría convertirse en mi nuevo hogar. Casi puedo sentir el inicio de mi nueva vida en la punta de los dedos. Voy a lograrlo, voy a empezar de cero como siempre soñé.

Ante mis ojos se presenta una imagen que, de no saber que es real porque estoy yo in situ, habría pensado que se trataba de la estampa de una postal. Es mucho más de lo que nunca imaginé. Una puertecita de madera en una verja da acceso a un camino estrecho rodeado de flores que lleva hasta una pequeña cabaña de madera y piedra que, como ya me ha pasado antes en River Town, parece sacada de un cuento. Está rodeada de árboles y tiene un porche chiquitito y un balancín que sin duda han visto tiempos mejores; además, la hierba está tan alta que parece un maizal, pero sin duda, con un poco de cariño y trabajo, todo esto volverá a lucir como nuevo.

La casa por dentro es muy sencilla y, aunque le hacen falta algunas reformas y varias capas de pintura, me parece perfecta; para mí es mucho más que eso, es mi sueño hecho realidad, lo que siempre anhelé mientras vivía en mi jaula de oro en la gran ciudad. En la planta baja está la cocina, pequeñita pero con todo lo necesario, y al lado cuenta con una diminuta despensa. El salón es

bastante amplio y hay un mueble de obra para poner el televisor y sitio para una estantería que ya estoy visualizando llena de libros. En esta misma planta hay un aseo con una ducha pequeña. La parte de arriba consta de dos habitaciones y un baño completo. Las habitaciones son abuhardilladas; suerte que yo no soy demasiado alta y no tendré problemas de darme en la cocorota. Por un instante me imagino viviendo ya aquí y la siento mía, mi hogar, mi propio refugio.

—¿Qué te parece? Hay que hacerle algunos arreglillos antes de que te puedas instalar, pero, como te he dicho, el precio se ajusta al presupuesto que estuvimos comentando, así que, si te gusta, es tuya —me dice la mayor de las hermanas.

—Me parece un sueño, Millie... Pero ¿de verdad que se ajusta a lo que puedo pagar?

Se me hace increíble que este lugar pueda llegar a ser mío.

—De verdad, cariño. El señor Collins quería venderla desde hace mucho, ni siquiera vive en el pueblo ya, pero al ver que estábamos realmente interesadas ha intentado incrementar el precio, el muy cara dura, aunque no hemos pasado por el aro. Y aparte de nosotras nadie más ha preguntado por la propiedad en mucho tiempo. Le estás haciendo un favor comprándole esta vieja casa —aclara Millie.

—Pero...

—Pero nada, niña, no vamos a seguir discutiendo. Si la casa te gusta, ese es el precio que hemos conseguido para ti, así que tú decides —interviene Margorie, que, como siempre, es la más directa. No sé si tiene don de palabra o no, pero desde luego no se anda con medias tintas.

Cuando el otro día las ayudé con la decoración de Navidad en El Refugio, me preguntaron cuánto era el tope que podía permitirme para invertir en una casa. No es muchísimo y no sabía si sería

suficiente, pero, una vez más, mis hadas madrinas particulares han logrado lo imposible. Un regalo de Navidad por adelantado.

Nunca me ha gustado pedir ayuda a los demás, pero en ocasiones hay que saber coger las oportunidades que te ofrece la vida y estas personas están brindándome un comienzo para salir de una vida que está en ruinas.

Al ser un pueblo pequeño y con edificaciones tan antiguas, la verdad es que los precios son bastante asequibles.

Sé lo que estáis pensando, lo normal no es comprarte una casita con diecinueve años, y menos en un pueblo en el que llevas apenas una semana, pero yo podría ser la excepción que confirmara esta regla. En mi casa el dinero nunca ha sido un problema, tenemos más del que podemos gastar. Mi madre heredó un buen número de acciones muy rentables y casi genera dinero sin mover un dedo, así que, no, definitivamente el problema nunca ha sido la pasta..., y eso quizá tampoco ha ayudado.

—La verdad es que es perfecta, más de lo que jamás habría imaginado. Muchas gracias, no veo el momento de empezar a arreglarla y mudarme a vivir aquí. Es todo lo que siempre he soñado, me habéis hecho muy feliz, gracias.

Vuelvo a abrazarlas, completamente emocionada.

—Haremos una lista de todo lo que necesitaremos para la puesta a punto de la casa, y mañana te acompañaré a comprarlo si te parece bien, Acalia —propone Margorie.

—Sí, sin duda me harán falta unas cuantas cosas y tu Jeep para traerlas todas, quiero ponerme manos a la obra cuanto antes. Voy a echar un vistazo e iré apuntando el material que necesitaré. ¿Podría quedarme aquí un rato y luego me pasas a buscar, Margorie?

—Claro, niña, quédate todo lo que quieras, como si fuera tu casa —responde guiñándome un ojo—. Yo pasaré por la tarde a

recogerte, así tendrás tiempo de organizarte con tranquilidad. Por cierto, te he traído un metro, por si quieres tomar medidas. Habrá que cambiar las camas, o por lo menos la de tu dormitorio, que da miedo verla. Además, mi hermana te ha preparado algo de comer, así que no te morirás de hambre mientras lo anotas todo... y bueno, esto..., antes de nada, también queremos darte una cosa, es un detallito de parte de las dos. Lo vimos y pensamos en ti, esperamos que te guste.

Me dan una bolsita con algo que sobresale de ella. No tengo ni idea de qué puede ser, así que me dispongo a abrirlo; sea lo que sea, está perfectamente envuelto en un papel azul con pequeñas estrellas plateadas. Cuando veo el regalo, me pongo a llorar de emoción y alegría.

La bolsa contiene un cartel para colgar. Es de madera y está tallada. Se puede leer SUEÑA GRANDE, PEQUEÑA ESTRELLA. Esas dos mujeres que tengo enfrente me lo han dado todo sin apenas conocerme. Están reconstruyéndome pedazo a pedazo cuando ellas no me han roto.

—Guau, es precioso. De corazón, muchas gracias por esto, bueno, por todo —les digo sin poder contener la emoción.

—De nada, niña. ¡Mira, creo que justo ahí quedaría genial! —exclama Margorie señalando la puerta principal. Acto seguido lo cuelgo y las miro sonriendo.

—No sé cómo agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí, es que no tengo palabras suficientes...

—No hay nada que agradecer —me interrumpe Millie agarrando del brazo a Margorie como tirando de ella—. Vamos, Margie, que se nos está haciendo tarde y tengo muchas cosas que hacer en el hostal.

Se giran para irse y corro hacia ellas para fundirme en un fuerte abrazo; no saben todo lo que me están dando, la oportunidad que han puesto en la punta de mis dedos, ni lo afortunada que me siento de que estén en mi vida.

Cuando se marchan, sobrepasada por tantas emociones, necesito unos minutos para soltar lo que tengo dentro. Me tiembla todo el cuerpo y siento que en cualquier momento me despertaré y veré que todo esto solo ha sido un sueño, que nada es real. Estoy aprendiendo a gestionar las emociones positivas que a veces me abruman y me sobrecargan. Cuando prácticamente toda tu existencia la has pasado en alerta y sobreviviendo, bajar la guardia y limitarte a disfrutar de las cosas buenas que te pasan no es fácil.

Saco una libretita de mi bolso que siempre llevo conmigo y me dedico a apuntar todo lo necesario para empezar con el lavado de cara de mi nueva casa. Mido las habitaciones de arriba, tal como me ha sugerido Margorie, y luego las de abajo, y me digo que lo primero será pintar las paredes y reparar un poco el suelo. También aprovecho para limpiar con los productos que me he encontrado en la casa (seguro que gracias a Millie y Margorie, que parece que no han dudado en que iba a quedarme con ella), ya que la vivienda ha estado muchos años cerrada y tiene un montón de polvo acumulado.

Para cuando me quiero dar cuenta está anocheciendo. ¿Cómo ha pasado el tiempo tan rápido?

Oigo el sonido de unos neumáticos que frenan al lado de la casa y supongo que es Margorie que viene a buscarme, tal como hemos acordado. Me asomo por la ventana y veo el Jeep aparcado, así que cojo mis cosas apresuradamente y salgo a su encuentro, pues no es mi intención hacerla esperar.

Me monto sin pararme a mirar quién va al volante, pero de alguna manera lo sé sin tener que comprobarlo.

11



—Hola, Lia. Margorie me ha pedido que pasara a recogerte, ella estaba liada en la tienda.

Su mirada me abrasa la piel y un escalofrío me recorre entera.

—Hola, Eiden —lo saludo nerviosa sin poder mirarlo.

Lo que este chico provoca en mí, simplemente con estar los dos en el mismo espacio, no lo he sentido con nadie. Es como estar en una sauna, me cuesta respirar y el ambiente está cargado de una extraña corriente eléctrica, pero quizá solo me pasa a mí; quizá tantas emociones están haciendo que me vuelva un poco loca y sienta cosas que no son reales.

—Qué efusividad. No esperaba cohetes, pero, un poco más de alegría al verme, sí. Más guapo que Margorie soy, ¿no? —dice con tono irónico y una sonrisa socarrona—. Además, también conduzco mucho mejor. Y esta vez por la ventana de tu casa no he visto nada que no debiera. —Y en ese momento me deleita con su presencia esa sonrisa pícara y esos hoyuelos que aparecen en su rostro cada vez que sonríe y que hacen que me pierda un poco y me invada un vértigo que provoca que me ponga a la defensiva.

—¿Eres siempre así de graciosillo? En serio, llevo un día movidito y la verdad es que no esperaba que fueras tú quien viniese a por mí. Había quedado con Margorie y no imaginaba que iba a mandarme al chico de los recados.

En cuanto las últimas palabras salen de mi boca, ya me estoy arrepintiendo de haberlas dicho, porque su expresión cambia inmediatamente, se pone muy serio y me parece vislumbrar algo de tristeza en sus ojos azules.

—No te preocupes, nena, la próxima vez me ocuparé yo mismo de que venga alguien con más categoría a hacerte el favor de recogerte y no tan solo el chico de los recados —responde claramente molesto por mi comentario anterior.

Al darme cuenta de que me he excedido, intento enmendar mi error.

—Perdona. A veces me paso de borde, no pretendía hacerte sentir mal. Os agradezco mucho todo lo que estáis haciendo por mí, de verdad. Quizá he sido un poco desagradable, pero llevo un día lleno de emociones y estoy un poco desbordada; ¿podemos hacer como que esto no ha pasado? —Hago uso de mi mirada de gatita triste al más puro estilo *Gato con Botas*, que nunca falla para ablandar los corazones más duros.

—No me mires así, Lia. Está bien, no pasa nada, lo entiendo. Te has quedado en shock cuando has visto que era mi divina presencia la que estaba al volante de este coche. No te preocupes, sé que soy irresistible, nena —dice guiñándome un ojo.

—No tienes remedio —contesto sin poder aguantar la risa—. Pero bájate esos humos, que aquí lo único irresistible va a ser el chocolate caliente que me voy a tomar de postre. Por cierto, ¿acabas de llamarme «nena» dos veces?

—Tres, nena...

—Ya veo que te encanta vacilar... ¿Eso te suele funcionar con otras, *nene*?

Pongo los ojos en blanco porque va de chulito conmigo y no puede estar más equivocado, pero, aunque me cueste admitirlo, sus palabras resuenan en mí como una promesa de algo más íntimo y me producen un cosquilleo en alguna zona un poco más al sur de mi vientre, por no hablar de que mi corazón decide alterar su ritmo habitual.

12



Arranca el Jeep y ponemos rumbo hacia la tienda de Margorie. Ella se ha quedado porque tenía que preparar algunas cosas en la floristería. La recogeremos allí e iremos los tres hacia El Refugio.

Durante el trayecto lo pongo un poco al día y le enumero entusiasmada lo que he apuntado que voy a necesitar para la puesta a punto de la casa, y él parece disfrutar de todo lo que le cuento. Eiden cambia de tema y pasamos a hablar de cosas más personales.

—Así que tú también eres una especie de friki de la música rock, como Kai, ¿no? —me pregunta.

—Para ser sincera, soy friki de muchas cosas, no solo de la música, pero sí es cierto que ha sido algo a lo que he recurrido muchas veces a lo largo de mi vida. Me ayuda a evadirme, y lo mismo me pasa con la lectura; siempre he sido chica de auriculares y libros.

—A mí me ocurre con la cocina. Cuanto más mierda ha sido mi día, más necesito preparar alguna receta. Cocinar me calma. Puede sonar algo contradictorio, porque hay que estar pendiente de muchas cosas a la vez, muy atento, pero yo encuentro una paz de la hostia en esa locura.

—Es fácil creer que a ti te dé paz algo que suele resultar tedioso para los demás mortales. ¿Y eres de esos que cocinan en absoluto silencio megaconcentrados, o de los que prefieren hacerlo con Spotify de fondo?

—Soy de los que les gusta cocinar concentrados, pero meneando el trasero —dice mientras hace un pequeño baile moviendo los hombros y poniendo morritos.

—¿Y qué música le gusta escuchar a tu trasero?

—¿No deberíamos tener una cita antes de que me hagas preguntas sobre los gustos de mis posaderas? —suelta haciéndose el ofendido.

—Venga, dime, ¿qué música te gusta? Igual me sorprendes y coincidimos en algún grupo.

—Soy chico de rap, tengo alma de adolescente de los noventa. Y aunque suene a topicazo, me flipan 2Pac, Snoop Dogg, Ice Cube... La costa oeste mola más.

—Vaya, pues sí que es toda una sorpresa. Yo te hacía escuchando Rebecca Black, te pega mucho más.

—Le estás cogiendo el gusto a esto de vacilarme. Me alegra ser la diana de tus burlas y, por cierto, no tengo ni idea de quién cojones es Rebecca Black.

—¿No conoces la canción «Friday»?

Canturreo un poco la letra moviéndome al ritmo de una melodía imaginaria.

Eiden niega con la cabeza.

—A la cama no te irás sin saber una cosa más. Cuando era una adolescente se convirtió en un fenómeno de internet y se hizo viral en YouTube con una canción de dudosa categoría que hablaba de las ganas que tenía de que llegara el viernes; es todo un clásico.

—Lia, eres un pozo de sabiduría, estoy deseando aprender mucho de ti —me dice riéndose a carcajadas.

Cuando llegamos, Margorie nos está esperando fuera. Nos hace un gesto para que paremos. Bajamos y nos acercamos a ella.

—¿Todo bien, chicos? Necesito meter varias cajas en el maletero del Jeep, así que, venga, no os quedéis ahí pasmados y ayudadme.

—Sí, todo en orden. ¿Dónde tienes las cajas? —pregunta Eiden.

—Justo al entrar. Son casi todas de flores, así que debéis tener cuidado para que no se estropee ninguna.

—Margorie, ¿alguna vez desde que me conoces no he tenido cuidado con algo?

—Mejor no me hagas hablar, guapito, que te conozco desde que estabas en la tripa de tu madre, que bendita paciencia tiene la santa mujer.

—No te preocupes, que yo lo tengo vigilado —intervengo antes de que él suelte alguna otra perla.

—Mañana es el día de la presentación del nuevo libro de Fernando Stragon, uno de mis autores favoritos y un viejo amigo. Como el diseño de la cubierta es una gran variación de flores, entre el equipo de marketing que organiza el evento y yo hemos pensado recrearla en un *photocall* gigante.

Nos enseña el boceto de lo que será el montaje.

—¡Guau!, me parece impresionante. Eres una artista, yo creo que van a alucinar —exclamo asombrada.

—Como tengo que salir muy pronto de casa para poder llegar allí con tiempo y organizarlo todo, no podré pasar por la Libreristería. —La tienda se llama así, una mezcla entre «librería» y «floristería»—. Son flores preservadas, por lo que no hay problema en que se queden en las cajas, guardadas en el maletero, ya que no necesitan ni cuidados ni humedad.

Terminamos mucho antes de lo que hubiéramos pensado en un primer momento.

—Bueno, pues esto ya está; entre los tres hemos tardado muy poco, y a mi favor debo decir que no he liado nada. ¿Algo que añadir ahora, Margorie? —señala Eiden orgulloso mientras esta resopla y niega con la cabeza.

—Cielo, antes me he dejado llevar por la emoción y he olvidado que mañana era el evento, así que no voy a poder acompañarte a comprar los materiales para la reforma, pero creo que he encontrado a la persona idónea para encargarse de esa tarea —me explica Margorie haciendo caso omiso a Eiden.

—¿Sí? Genial.

No tengo ni idea de quién podrá ser, pero imagino que está hablando de Millie.

—Tú no te preocupes, niña, y ahora subíos ya al Jeep, que se está haciendo tarde y seguro que mi hermana nos está esperando con la cena preparada.

13



Cuando Margorie aparca en la entrada del hostal empiezo a sentir realmente lo cansada que estoy. Necesito dormir con urgencia. La carga emocional y haberme pasado el día limpiando y midiendo la casa para poder empezar a dejarla lista lo antes posible me están pasando factura ahora que he bajado el ritmo.

—Eiden, ¿te quedas a cenar con nosotras? —le pregunta Margorie cuando nos acercamos a la puerta de entrada de El Refugio.

—Me encantaría, pero mis padres se marchan mañana de viaje y les he prometido que cenaría con ellos, para despedirme y eso...

—Vale, salúdalos de mi parte y deséales un buen viaje. Niña, tú no te libras hoy de cenar conmigo, así que te espero en el comedor. Os dejo para que os podáis despedir.

Margorie suele pasarse a comer y cenar varias veces a la semana. Millie me contó que, a partir del momento en que su marido, Josh, murió, su hermana empezó a pasar más tiempo en el hostal. Me encantaría conocer su historia con su marido; debió de ser un hombre muy especial, ya que ella sigue llevando la alianza de casados.

Nos deja solos, junto a la fuente donde lo vi por primera vez, y no sabemos muy bien qué decir. Creo que las despedidas no son lo nuestro, siempre hay algo flotando en el aire, como si esperásemos alguna cosa el uno del otro, pero sin poder saber de qué se trata.

—Bueno..., esto... ¿Cómo vas a volver a casa? —pregunto para intentar romper el hielo.

—Lia, ¿me acabas de preguntar que cómo voy a volver a casa?

—Ya, sí, supongo que la respuesta es obvia, andando... Si hemos venido en el Jeep de Margorie los tres hasta aquí, pues, claro, volverás caminando, es lo lógico.

Mientras divago en lo absurdo de mi pregunta, siento su mirada clavada en mis labios; no me molesta, pero me pone muy nerviosa, porque además siento que soy yo la única loca que está hablando, en el intento de que esta situación sea menos incómoda y sin entender muy bien aún por qué lo es. Pero el chico que tengo delante no ayuda a que me calme, todo lo contrario.

—Efectivamente, Lia, voy a volver a casa andando.

Sonríe sin apartar la mirada de mí.

—Vale, pues nada, ya nos veremos.

—Sí, ya nos veremos. Espero que esta semana no hagas como la pasada y me evites a toda costa para no encontrarte conmigo.

Mierda...

—¿Yo? Yo no te he evitado —miento—. No hemos coincidido, solo es eso. No te creas tan importante.

—Lia, sé que pediste, por favor, que los días que yo vengo a ayudar a Millie te subiera ella la cena a tu habitación para no tener que bajar al comedor y posiblemente encontrarte conmigo, aunque pusiste la excusa de que estabas muy cansada. Tampoco me puedes negar que has estado muy huidiza todos estos días, dando largas a Samara para no ir a El Tres.

Mierda por dos...

—Yo... Yo... —Dudo, no sé cómo salir de esta.

Creía que había sido más hábil, que no se había notado que lo había estado evitando, pero por lo visto mi sutileza ha brillado por su ausencia y me ha pillado de lleno.

—No te molestes en buscar una excusa, ya tendrás tiempo de pensar algo. Porque mañana tengo intención de ser muy persuasivo hasta que me cuentes por qué me has estado evitando.

¿Mañana? No tengo pensado verlo mañana, no entiendo qué quiere decir. Pero no me deja reaccionar y contestarle, se adelanta antes de que yo pueda hablar y suelta:

—Y, joder, Lia, hay algo que me muero por hacer cada vez que estoy contigo —expresa con la voz ronca.

—¿El qué? —digo sorprendida mientras él se va acercando poco a poco a mí.

La distancia entre los dos es ínfima, casi inexistente; puedo sentir su respiración caliente en contraste con el frío del ambiente que impacta en mi cuerpo. Cuando está prácticamente pegado a mis labios, se gira y me susurra al oído:

—Pero no va a ser ni aquí ni ahora, nena.

Se va, me deja con la palabra en la boca sin opción a réplica. Pero ¿este chaval de dónde ha salido?

Quizá una parte de mí está deseando que me bese, puede ser, pero creo que habría sido una malísima idea.

En estos momentos no sé ni cómo me llamo ni cómo voy a ser capaz de llegar a... ¿A dónde se supone que iba yo ahora?

Llego flotando al comedor. En cuanto termino la cena voy directa a por una taza de chocolate, pero no puedo disfrutarla, porque estoy pensando en Eiden. Me ha fastidiado mi cita con el chocolate caliente de esta noche y no se lo pienso perdonar. Aún puedo

sentirlo muy cerca de mí, casi rozando mis labios. Sí, ya lo creo, ha sido real, muy real.

Margorie me mira con cara rara. No sé qué pintas tendré para que me esté observando así, pero me da igual porque yo solo puedo pensar en esa promesa hecha al aire que ha salido de la boca de él.

Subo a mi habitación y veo que mi móvil está vibrando; sí, soy de esa clase de personas que la mayoría de las veces no llevan el teléfono encima o que, cuando lo hacen, está sin batería. Decido no cogerlo, quienquiera que sea ya volverá a llamar o ya lo llamaré yo al día siguiente. Pero la persona al otro lado de la línea no está de acuerdo e insiste. Miro la pantalla y el nombre reflejado en ella me deja congelada.

14



Respiro varias veces antes de descolgar. No sé si estoy preparada para enfrentar una conversación de esta índole, porque sé que no va a ser agradable, que tal vez sea incluso violenta, pero también sé que no va a parar hasta que conteste, así que finalmente respondo.

—Hola, papá —saludo con voz temblorosa.

—Acalia, necesito que hables con tu madre, yo no me puedo hacer cargo de que no sepa gestionar sus emociones. Esto es responsabilidad tuya, por marcharte, debes arreglarlo. ¡Y debes hacerlo ya!

—¿Cómo? —No doy crédito—. No, no puedes estar hablando en serio. Cuando me fui ya te dije todo lo que tenía que decirte y te dejé claro que no quería saber nada más de ti, y cuando hablé con mamá por teléfono hace unos días también le aclaré las cosas. No quiero saber nada más de vosotros, necesito empezar de cero lejos de vuestro infierno.

—¡Los cojones te vas a librar de esto, ¿me oyes?! Eres igual de inútil que tu madre. Más te vale volver aquí y poner en orden esta situación. ¡Estoy hasta los huevos, y ahora dice que me corta el grifo, que no me va a dar más dinero, la puta loca esta! Hicimos un

trato y ella estuvo de acuerdo, ¿por qué me tengo que comer yo esta mierda? Todo esto es culpa tuya, ¿me estás oyendo? ¡¡¡Culpa tuya!!! —grita al otro lado de la línea.

Tiene que estar muy desesperado para hablarme así. No es la primera vez que me alza la voz, pero sí la primera que me insulta directamente. Por supuesto que de su boca han salido faltas de respeto de este tipo, e incluso más fuertes, pero no voy a tolerar ni una más, ya no.

—Aquí el único inútil que hay eres tú. Me da igual que seas mi padre, eso no te da ningún derecho a responsabilizarme de nada. Yo no tengo la culpa, ni me voy a hacer cargo de ninguna situación. Lo único que sabes traer a la vida de las personas que te rodean es mierda. Ojalá mamá abra los ojos de una vez y te ponga en tu sitio, Mike James. No vuelvas a llamarme, sé un buen padre por una vez en tu miserable vida y déjame en paz.

Cuelgo el teléfono porque ni puedo ni quiero oír una sola palabra más de su boca, ni su voz, ni nada que tenga que decirme. Bloqueo su número, que es lo que tendría que haber hecho el mismo día que escapé de ese tormento diario, y me apoyo en la pared de la habitación.

Empiezan a temblarme las manos, me entra un sudor frío y me cuesta respirar; las lágrimas aparecen sin que pueda evitarlo, brotan de mis ojos y soy incapaz de pararlas; el corazón se me acelera a un ritmo peligroso y me ahogo, me falta el aire. Sé lo que me está pasando, reconozco a mi vieja amiga ansiedad, que ha acudido a verme; somos conocidas desde hace muchos años. Pensaba que ya la tenía controlada, pero supongo que esta vez estoy sobrepasada y le he vuelto a dejar la puerta abierta, invitándola a entrar.

No puedo detenerla y dejo que entre del todo. Me siento en el suelo, totalmente rota, en un burdo intento por tratar de controlar

mi respiración, y procuro agarrarme a ese puntito de luz en la oscuridad que me haga volver. Es muy difícil; pasan los minutos, sigo llorando, cada vez que respiro siento un pinchazo en los pulmones, no puedo parar, me empieza a doler la cabeza, noto el zumbido de mis pulsaciones en ella. Conozco también esa sensación. Estoy en una espiral, me mareo, no puedo parar. Intento respirar, inspiro, espiro, inspiro... Siento como entra un poco de aire en mis pulmones, me centro en el presente y en todo lo bonito que está por llegar, hago una inspiración profunda, cuento hasta diez, mis pulsaciones se calman un poco, trato de relajar los músculos, que se me han ido agarrotando. En ese momento pienso en Margorie, en Millie. Pienso en cómo va a quedar mi nueva casa. Pienso en Samara y en Kai. Mi pulso sigue calmándose despacio y mi corazón con él, voy consiguiendo poco a poco volver a mi centro, cierro los ojos. Pienso en Eiden, me agarro a la claridad de mi mente y siento como tira de mí, me tranquilizo un tanto.

No sé cuánto tiempo paso sentada en el suelo, agotada. Las lágrimas dejan de caer, pero siento mucho frío; tengo el cuerpo completamente helado, estoy temblando. No tengo fuerzas para ducharme ni para ponerme el pijama, pero consigo levantarme y meterme en la cama. Me duermo, pero mi subconsciente vuelve a sumirme en la oscuridad de mis pesadillas.

15



—Hola, mamá, ya he vuelto —anuncio, y me voy hacia el salón.

—Hola, hija. Ven aquí y dame un abrazo.

Esa voz... esa voz no es la de mi madre.

—¿Pa...? ¿Pa-pá?

Estoy en shock. Volver a verlo después de más de dos años sin saber nada de él, volver a oír su voz... Siento ganas de vomitar, no puede ser cierto.

Su pelo castaño tiene algunas nuevas canas y lo lleva engominado hacia atrás. Luce una barba de un par de días y viste impecable, tal como lo recordaba.

La verdad es que, vistos desde fuera, forman la pareja perfecta. Mike y Leticia James, guapos, con estilo, pero cuando los conoces... sin duda son incompatibles, pues juntos sacan lo peor el uno del otro.

—Siéntate, Acalia, queremos hablar contigo. Verás, hija, tu padre y yo hemos decidido darnos otra oportunidad. Llevamos semanas hablando por teléfono y quedando alguna tarde desde que volvió a la ciudad y queremos intentar ser una familia de nuevo.

Recibo la noticia sin saber muy bien cómo tomármela o qué decir. Siento que, una vez más, se pone en marcha el temporizador de una bomba que cuenta hacia atrás, con su tictac imparable... y que todo terminará explotando como siempre. Solo espero que en esta ocasión la metralla no me alcance y logre salir ilesa.

Se instala de nuevo en casa esa misma noche. Trae consigo dos maletas grandes, única prueba que hay de esos dos años de abandono. Por lo demás es como si nunca se hubiese ido. No volvemos a hablar del tema, ni sobre dónde ha estado, ni con quién, ni por qué no ha llamado en todo el tiempo que ha estado fuera. En mi casa, los problemas se solucionan así, mirando hacia otro lado u omitiéndolos. La mierda se barre debajo de la alfombra persa del salón.



Me despierto sobresaltada y un sudor frío cubre mi cuerpo. Ha sido una pesadilla, un retazo del que fue el principio de mi fin con ellos.

La luz que entra por la ventana me molesta muchísimo. Es de día, me duele la cabeza, siento mis ojos inflamados y un entumecimiento me recorre todo el cuerpo. He dormido muy mal, he estado muy inquieta toda la noche. Hoy se supone que va a ser un gran día, pero mi ánimo está por los suelos y no sé cómo podré enfrentarme a ello. Empiezo por lo fácil, una ducha y vestirme. Procuro hacer todo esto con calma, controlando los nervios que se agolpan en mi interior. Me siento en la cama y comienzan a pasar los minutos, porque sé qué es lo siguiente que debo hacer, aunque también sé

que no va a solucionar nada, pero he de intentarlo una vez más para poder tener la conciencia tranquila. Me armo de valor y allá voy.

Responde al teléfono al cuarto tono.

—Acalia, ¿qué quieres?

—Mamá, ¿cómo estás? Por favor, vamos a acabar con esta situación. Puedes salir de esto, puedes ser feliz. Si quieres, yo... yo te ayudaré. Hablé anoche con papá.

—Estoy perfectamente, no tengo que acabar con ninguna situación, y ya dejaste clara tu postura abandonando esta familia, no necesito tu ayuda. Lo que sea que tu padre te dijera ayer fue porque estaba un poco enfadado, pero estamos muy felices. Tú ya decidiste tu camino. No hay más que hablar.

Y ahí está, Leticia y su máscara de hierro, la que nunca admitirá delante de nadie que su vida es una mierda, que jamás luchará por cambiarla, porque después de cada discusión será como si todo se borrara de su memoria. Toda la vida igual, y yo no puedo hacer más, aunque tenía que intentarlo, una última vez.

—Vale, mamá. Yo... Bueno, da igual, qué más da. Esta va a ser la última vez que hablemos, no me meteré más en vuestras vidas. No puedo volver a hacer esto. Te quiero, mamá.

Cuelgo y bloqueo su número. Marcharme, salir de esa casa, fue un paso importante, pero ahora acabo de quemar el último cartucho que me quedaba con ella. Ahora sí puedo empezar de cero por fin, porque bloquearlos es lo que necesitaba para soltar lastre, ese que he cargado en mi mochila durante toda mi vida. Ahora sí, me siento un poco más libre.

Bajo a desayunar. No tengo el mejor aspecto porque mis ojos aún siguen hinchados; el corrector hace milagros para disimular las rojeces, pero la inflamación irá bajando con el paso de las horas y

no quiero quedarme encerrada en mi cuarto todo el día, no con todo lo que tengo pendiente y la ilusión que me hace.

Llego al comedor y me encuentro con Kai. Me alegro de verlo, este chico me cayó genial desde el minuto uno.

—Hola, Lia. —Es la segunda vez que nos vemos, pero me saluda en cuanto me ve y se acerca a mí—. Hoy soy todo tuyo. Según me contó ayer Margorie, necesitas a alguien que te ayude a conseguir algunos materiales, ¿verdad? Pues aquí me tienes, soy tu hombre.

—Hola... De verdad que no me gustaría ser una molestia, ¿seguro que te viene bien echarme una mano? Sé que ella puede ser algo insistente cuando quiere, pero no pretendo que dejes tus planes por tener que ayudarme a mí. No quiero ser una carga.

—No digas tonterías. Además, me moría de ganas por pasar un rato contigo, la charla sobre música del otro día me supo a poco. Por aquí, salvo con mis padres, no tengo a nadie que comparta mis gustos musicales. ¿Qué me dices? ¿Desayunas y nos ponemos en marcha? Tengo la furgoneta fuera, lista para llenarla con todo lo que necesites.

—La verdad es que tienes razón, eres de las pocas personas que conozco de mi edad que sepan de qué grupos hablo. Una vez que dejas de nombrar a Elvis Presley, sin menospreciar al rey del rock, ya es como si comenzaras a hablar en otro idioma. Es muy guay que te entiendan y no te miren raro.

Me fuerzo a sonreír y que no parezca que por dentro estoy destrozada.

—A los que deberíamos mirar raro es a los que se han quedado solo con Elvis y su famoso movimiento de caderas —afirma imitando el mítico paso del rey.

—De nuevo, tienes toda la razón.

Y mientras le sonrío siento como el peso que hay en mi pecho se hace más ligero.

Qué especial es sentirse parte de algo cuando parece que los demonios escondidos en las entrañas de tu ser quieren volver a la superficie.

16

Tras desayunar, salimos fuera y le enseño la lista con todo lo que he apuntado.

—No sé si se te ocurre algo más que añadir. No tengo muy claro qué vamos a necesitar para arreglar el suelo de madera o qué herramientas son las mejores para este tipo de trabajos.

—No te preocupes, dámela y la repaso.

Tras añadir algún producto más que a mí se me había pasado por alto, montamos en la furgoneta rumbo a unos grandes almacenes de bricolaje que hay más o menos a una hora de distancia de River Town.

El trayecto de ida se me pasa volando, con la música amortiguando nuestras risas. Kai es genial. Aunque yo hablo poco, no deja que haya ni un solo silencio incómodo en el viaje y hace todo lo posible por hacerme reír. Y lo consigue.

—Cuando era pequeño, las liaba un poco en el bar. Como me encantaba pasar tiempo allí, solía meterme detrás de los barriles de cerveza para ver si así no me encontraban y me libraba de ir a clase.

—¿Y te funcionaba?

—La primera vez sí, las demás no. Me encantaría poder encargarme de El Tres cuando mis padres decidan que es hora de jubilarse, aunque no creo que ese momento llegue nunca. Lo sacaron adelante desde cero, cumpliendo el sueño que habían tenido siempre. Es como su segundo hijo, a veces creo que quieren un poquito más al bar que a mí. —La risa de Kai llena toda la

furgoneta, es una de esas risas con personalidad que logran contagiar su alegría.

—Estoy segura de que tus padres, cuando llegue el momento, estarán encantados de que seas tú quien se haga cargo. Mark y Louisa tienen un gran sucesor para mantener su legado.

—Y aunque para eso creo que aún faltan muchos años, seguirá siendo el garito con la mejor música de todo River Town.

—Kai, no seré yo la que ponga en duda lo de la música, pero literalmente El Tres es el único garito en todo River Town. Podrías poner incluso *hardcore* y la gente seguiría yendo allí.

—Estoy pensando en exigir *dress code* para entrar. Si no vienes con chupa de cuero y tupé, no entras.

—Tío, no te pases...

Y los dos rompemos a reír a carcajadas.

—Bueno, así seguro que a nadie se le ocurriría pedirnos alguna canción del Justino Timberlano ese.

—¿Justin Timberlake, quieres decir?

—¿Y qué he dicho yo? Pues eso mismo.

—¿Has escuchado algo suyo alguna vez?

—¿Tengo pinta de haberlo hecho?

—Hombre, hay canciones muy buenas. Tiene una en la que la utilización de los falsetes es...

—Bájate de la furgoneta.

—¿Cómo dices?

—Si quieres llegar a comprar todos los productos de esa lista más larga que el catálogo de los Sims, deja de blasfemar en mi pequeña.

Volvemos a carcajearnos. Kai mola mucho. Pero debo decir que Justin Timberlake sí me gusta. Sobre todo, el sonido que tiene en sus primeros discos en solitario, los que sonaban más rhythm and blues y un poco más funky, y confío en que en algún momento a Kai

también le terminará gustando, aunque solo sea un poquito. Pero ahora mismo no seré yo la que se lo diga, porque quiero llegar a nuestro destino en un vehículo a motor a ser posible.



Entramos en la tienda y vamos cogiendo todo lo que tengo apuntado, más alguna cosa que creo que me puede venir bien sobre la marcha, así que llenamos el carro hasta arriba. Agradezco que haya venido conmigo, yo sola no habría podido con todo. Su ayuda me está salvando la vida.

Cargamos la compra y ponemos rumbo de vuelta. Sin darme cuenta me sumo en mis pensamientos y en la tristeza que siento por lo sucedido anoche; las lágrimas amenazan con salir; es algo normal, no soy de piedra, pero intento mantenerme serena. No quiero montar un drama y que Kai tenga que vivir el mal trago.

—Lia, ¿puedo preguntarte algo? Por favor, no quiero que pienses que me meto donde no me llaman, pero si no lo hiciera no podría con mi conciencia.

—Sí, claro.

Aminora la velocidad y gira el volante hasta parar en el arcén de la carretera.

—¿Estás bien? De verdad que no quiero meterme en tus asuntos, pero resulta evidente que te ocurre algo. Esta mañana estaba claro que no habías pasado la mejor de tus noches y se nota que estás triste. A veces hablar las cosas con alguien ayuda, alivia. Sé que no nos conocemos mucho, pero quiero que sepas algo: puedes confiar en mí, y si necesitas desahogarte aquí estoy, se me da genial escuchar.

Quizá me estoy dejando llevar por lo vulnerable que me siento en estos momentos, o porque Kai me transmite paz y confianza, aunque apenas nos conocemos; sea por lo que sea, me abro a él y las palabras empiezan a fluir y a salir de mi interior, comenzando a romper la coraza autoimpuesta que lleva acompañándome casi toda mi vida.

Se lo cuento todo, aunque omito algunos detalles. Es la primera vez que comparto mis vivencias con alguien, que expreso en voz alta por qué me fui de casa, y me siento tan cómoda hablando con él que se me hace raro. Saco todo lo que tengo dentro, incluso le hablo a Kai de mis sueños, que seguramente no son los sueños habituales de una chica de diecinueve años, porque soy muy consciente de que mi lista de deseos es poco exigente: estar tranquila, en paz, y tener un hogar. Y me emociono al verbalizar todo esto y darme cuenta de que por primera vez en toda mi vida me siento muy cerca de encontrarlo, de conseguirlo, de ser feliz.

Cuando acabo de hablar, Kai tiene los ojos fijos en mí. No sé cómo interpretar su mirada. Tarda unos segundos en decir algo, como si estuviera procesando todo lo que acabo de contarle.

—Joder, Lia, qué puta vida te ha tocado hasta ahora. Eres una jodida superviviente, y muy valiente. Sin duda te mereces ser feliz. Y lo vas a lograr, estoy seguro.

Sus palabras me reconfortan, creo que es la primera vez que alguien que no es mi voz interior me dice cosas así.

—No se lo había contado a nadie, Kai, gracias por escucharme. Sienta bien soltar lastre.

—Para eso estamos los amigos, para eso y para escuchar buena música —me dice sonriendo.

Decidimos parar para comer porque, después de nuestra charla, me muero de hambre, lo que hace que lleguemos a River Town

sobre las cinco de la tarde. Aparcamos la furgoneta justo al lado de la casita y allí, parado, de brazos cruzados, delante de la puerta de mi casa, hay alguien esperándonos con cara de pocos amigos.

17



—Vosotros dos, ¿qué? ¿Habéis tenido que fabricar los materiales desde cero o cómo ha sido eso? Habíamos quedado hace más de una hora, Kai. ¿Para qué cojones tienes móvil, tío? Te he llamado como doscientas putas veces.

Mierda, sí que está mosqueado, pero yo de esto no tenía ni idea y Kai no me ha comentado nada. Si lo hubiese sabido, no habría insistido en parar para comer..., o sí, qué narices. En todo caso, a mí nadie me ha dicho que habíamos quedado con Eiden, ni me han preguntado siquiera. Agradezco mucho que me ayuden, pero no me gustan las malas caras ni los numeritos.

—Tío, vete a tomar por culo. Ya sabes que en esa mierda de carretera casi nunca hay cobertura. Nos hemos entretenido, Lia tenía hambre y hemos parado a comer. Además, qué cojones, yo no había quedado contigo. Te dije que calculaba que para las tres o las cuatro estaríamos de vuelta, pero no te lo aseguré. En todo caso, no habíamos quedado a ninguna hora concreta, no me toques los huevos. Una vez más, tú solito te has hecho tus planes y tus pajas mentales y has decidido actuar por libre. Así que cierra esa bocaza y ayúdanos a descargar la furgoneta, que por cierto va hasta arriba.

Eiden se acerca a nosotros sonriendo y choca el puño con su amigo a modo de saludo. A mí, me planta un beso en la coronilla. Pero ¿qué...? No hay quien lo entienda.

—Abre esa furgoneta de una vez, Kai, que no tenemos todo el día.

Este resopla, abre la puerta y nos enfrentamos a la realidad de no haber asegurado lo que hemos comprado, por lo que está todo desperdigado por el suelo.

—¡Esto es una puta broma, ¿no?! —exclama Eiden mirándonos y tapándose la cara.

—Claro, tío, ahora sale Ashton Kutcher y te da un ramito de flores. La verdad es que hemos pensado «¿De qué manera podemos tocarle un poquito más las pelotas a Eiden?». Y... ¡¡¡tachán!!! Ahora coges y lo vas sacando todo poco a poco y con cuidado, soplapollas —comenta Kai irónicamente.

—Colega, te estás ganando una hostia con toda la mano abierta...

—Vale, vale, haya paz, que estáis un pelín intensitos los dos. No pasa nada, me subo yo y lo sacamos todo de uno en uno. No creo que sea tan difícil, ¿no? —intervengo poniendo la mejor de mis sonrisas.

—Si lo dices con esa sonrisa, cualquiera te dice que no, *mo-re-ni-ta* —contesta Eiden remarcando cada sílaba de la última palabra.

—Eres imbécil.

—Pero un imbécil tan mono que va a ayudarte, así que sube a esa furgo y dales un meneo a esos materiales.

—Hola, chicos, yo sigo aquí, ¿eh? —suelta Kai.

—Por desgracia... —masculla Eiden.

Me subo a la camioneta con su ayuda. No sé en qué momento hemos comprado tanto. Cuando lo hemos metido no parecía que llevásemos tal cantidad de trastos. Os juro que se han multiplicado por dos...

Es una tarea algo pesada, pero con estos dos como compañeros se hace más amena; no paran de hacer el tonto y a mí me viene genial mantenerme distraída.



Después de aproximadamente una hora ya lo tenemos todo dentro de la casa, misión descargar furgoneta conseguida. Ahora solo queda organizar. Como la cocina dispone de una reducida despensa y de momento no hay comida que guardar en ella, decidimos dejarlo todo allí; de esa manera puedo colocarlo por tipo y clase de materiales y saber dónde está cada cosa, para no volverme loca buscando.

Está anocheciendo, por lo que no puedo empezar con la pintura. Para no complicarme he elegido el mismo color para todas las paredes, un blanco roto que creo que aportará mucha luz. Al ser un espacio más o menos pequeño, creo que es la mejor opción. Lo que sí voy a poder hacer es encintar y proteger aquellas zonas que no quiero que se manchen y se estropeen.

—Chicos, os podéis ir. Para lo que queda por hacer aquí, me arreglaré yo sola. Siento que sería ya mucho abusar si os pidiese que os quedaseis.

Kai lleva todo el día conmigo y el otro ha estado más de una hora parado en la puerta de mi casa esperando a que llegáramos, aunque haya sido cosa suya.

—Vale, Lia. Mañana no puedo venir, aunque me encantaría pasarme a echarte una mano. El caso es que mi padre tiene un hombro jodido y llegan varios pedidos al bar, así que tengo que ayudarlos —me explica Kai.

—No te preocupes, bastante has hecho ya. Muchas gracias por todo.

—Nos vemos, Lia. Ha sido genial pasar el día contigo.

Eiden simplemente se marcha sin siquiera decir adiós, lo cual me parece raro. En este último rato ha estado muy pensativo, callado, y eso no es habitual en él, o, al menos, las veces que hemos estado juntos nunca se ha mostrado tan serio.

18



Cuando me quedo sola, me tomo unos minutos para mirar a mi alrededor, aún no me creo que esta vaya a ser mi propia casa. En tan poco tiempo me están pasando demasiadas cosas, y me cuesta asimilar que todo esto esté ocurriendo realmente.

Comienzo a encintar, ya que quiero empezar mañana sí o sí con la pintura. En todo caso, nunca había encintado, pero la verdad es que no se me está dando nada mal.

No sé cuánto rato llevo con la cinta de carrocero, pero ya nos hemos hecho BFF. Tengo la zona de arriba preparada y voy a ponerme con el salón. Estoy superconcentrada intentando que todo me quede lo más perfecto posible... cuando oigo la puerta principal.

—¡He traído comida china!

—¡Ay, tío! —exclamo asustada—. ¿No sabes llamar? Casi me da un puto microinfarto.

—¿Qué dices? Espera, espera, creo que he oído «¡Oh, Eiden, Dios todopoderoso, gracias por traerme cena decente hecha por ti para alimentarme, nunca sabré cómo agradecer que seas un ser tan maravilloso!» —me suelta el descarado.

—¿Siempre vas por la vida haciendo lo que te da la gana? Antes te has ido sin despedirte, y ahora... ¿has vuelto solo para traerme comida?

—Sí me he despedido.

—No, créeme que no lo has hecho.

—Vale, espera.

Vuelve a la entrada y yo lo miro sin entender nada.

—Adiós, morena. —Y sale cerrando la puerta.

Este chico es tonto, pero por algún motivo consigue que yo no pueda borrar la estúpida sonrisa de mi cara. Llama a la puerta y le abro.

—¿Ya está contenta la niña? Por dónde íbamos... ¡Ah, sí! La verdad es que, aparte de la comida, también tenía pensado llevarte luego de vuelta a donde Millie —comenta algo avergonzado y omitiendo por qué antes se ha ido sin despedirse.

—Muchas gracias por la cena, y encima te has acordado de que me encanta la comida oriental. Y muchas gracias también por llevarme luego al hostal: no había pensado que no tengo cómo volver hasta allí.

—Tengo muy buena memoria para las cosas que me interesan. Oye, si finalmente vas a quedarte, necesitarás algo para moverte por aquí. Yo tengo una bici que no uso, te la podría dejar hasta que encontremos algo un poco más... Espera... ¿tienes carnet de conducir?

—Sí, sí que tengo, aunque la verdad es que no he conducido mucho. Donde vivía solía moverme en transporte público, en metro la mayoría de las veces.

—Eso es genial, podrías comprarte un coche. Si quieres, puedo acompañarte, conozco un sitio en el que venden vehículos de segunda mano y, sinceramente, están bastante bien, y suelen tener

muchos modelos disponibles. Pero hasta entonces te puedo prestar una bici que tenemos en el garaje sin usar, sin problemas.

—Esto... No sé si una bici es la mejor opción para mí...

—¿Lia? No me digas que no sabes montar en bici... —me dice medio en broma, sin saber que ha dado justo en el clavo.

—Esto... Bueno... La verdad es que no... No sé, no... —confieso bastante avergonzada.

Eiden me mira atónito sin saber qué decir. Sé que no es lo habitual, pero para saber montar en bici alguien tiene que enseñarte, y mis padres estaban a otras cosas. Una vez leí que nadie hubiera aprendido a montar en bici si alguien en el que confiaba no lo hubiera soltado; supongo que yo nunca tuve a nadie que me brindara tanta confianza como para soltarme y enseñarme.

—Puedo enseñarte si tú quieres. Soy un excelente profesor, pregúntaselo a mi prima, le enseñé yo —me cuenta orgulloso—. No dejaré que te mates, lo prometo.

Por raro que pueda resultar, me apetece un montón que sea él quien se encargue de enseñarme.

—Vale, me alegro de que me prometas que no dejarás que me mate, pero vas a tener que emplearte a fondo conmigo: tú serás buen profesor, pero yo soy una pésima alumna.

—Como ya te he dicho, se me da muy bien. Igual se te ocurre alguna otra cosa en la que pueda ayudarte o deba emplearme a fondo, darte alguna clase...

—No se me ocurre, la verdad. ¿Tienes tú algo en mente, Eiden? Ilumíname —lo reto mirándolo a los ojos, dispuesta a seguirle el juego.

No se esperaba mi contestación, lo veo en la cara de sorpresa que ha puesto; diría que hasta está algo nervioso, y se ríe negando con la cabeza.

—Vamos a cenar antes de que la comida se enfríe más, Lia. Ya iremos descubriendo en qué otras cosas puedo darte clases...

—Lo estoy deseando... Cenar, digo... —Si él juega, yo también.

Nos sentamos en el suelo, porque no hay otro sitio donde hacerlo. Eiden no solo ha traído la comida, también una cestita estilo pícnic con platos, vasos, cubiertos...

—¿A quién le has robado todo esto? ¿A tu madre? —pregunto picándolo.

—Qué va, es mío y solo lo uso en ocasiones especiales. Mis favoritos son los pícnics en el suelo del salón y en el jardín a la luz de la luna.

Aguanto las ganas de reírme, pero no lo consigo.

—Esperaba algo más de ti. ¿Lo siguiente qué va a ser? ¿Comprar una estrella y ponerle el nombre de la chica en cuestión?

—¿Oyes eso? Es mi corazón, lo acabas de romper en mil pedazos al reírte de mí. —Al mismo tiempo que lo pronuncia se lleva exageradamente la mano al pecho.

Y los dos empezamos a reírnos a carcajadas.

—Esto está delicioso, tienes un talento innato para la cocina, estoy impresionada. ¿Todo lo has hecho tú? Creo que podría alimentarme a base de esta sopa toda mi vida —digo mientras sigo disfrutando de la sopa wantán que ha traído.

—Gracias —responde algo cohibido—. Pero reserva algo de hueco porque he dejado lo mejor para el final, el postre.

—¿También has hecho postre?

—Sí, nena, he hecho tiramisú, mi especialidad para conquistar los corazones más difíciles. Te vas a chupar los dedos...

Hago caso omiso al hecho de que me ha llamado «nena» otra vez, porque sé que no servirá de nada que le vuelva a decir que no me llame así, de la misma manera que tampoco servirá de nada que le

diga que me llame Acalia y no Lia. Y, bueno, debo confesar que quizá me gusta un poco que me llame de esa forma, pero eso no pienso reconocérselo nunca.

—Oye, quería comentarte algo: antes, justo antes de marcharos tú y Kai, he notado que estabas muy serio. He hecho o dicho algo que te ha molestado, ¿verdad?

Es algo que suele pasarme: cuando alguien está extraño, incómodo, enfadado o serio a mi alrededor, me entra la duda de que quizá haya sido yo la que ha provocado que se sienta mal.

Eiden me mira con una mezcla de asombro e incredulidad.

—¿Por qué tengo la sensación de que siempre piensas que tú eres el problema o que has hecho algo mal?

Ante su pregunta, de inmediato bajo la cabeza.

Tiene razón, a veces doy muchas vueltas a las cosas, siempre me estoy disculpando y suelo sentirme muy insegura.

—Yo...

—Quiero que tengas una cosa clara. —Me coge del mentón con suavidad y me levanta la cara para que nuestras miradas conecten —. No sé cómo ha sido tu vida antes de venir aquí, pero puedo imaginarme que no ha sido fácil. Estaré encantado de escucharte si algún día me lo quieres contar, pero, por favor, no vuelvas a pensar que tú eres el problema, por lo menos no cuando estés conmigo, Lia. Acepto tus inseguridades, yo también las tengo, pero también me encargaré de ensalzar cada una de tus jodidas virtudes, hasta que solo te acuerdes de lo increíble que eres, por dentro y por fuera. ¿Me has entendido?

¿Qué narices se supone que tengo que responder a eso? Es la primera vez en mi vida que me dicen algo así. Freno automáticamente las ganas que me entran de lanzarme a sus labios y besarlo, que es lo que en realidad me apetece hacer en estos

momentos, aunque no tengo claro si él me hubiese correspondido. Juraría que ha tonteado conmigo en alguna ocasión, pero igual soy yo, que he malinterpretado las señales, o tal vez él es así con todo el mundo y no me gustaría ponerlo en una tesitura tan incómoda. Además de que sería una idea malísima tener un lío con alguien con todo lo que estoy viviendo.

—Sss-sí, sí-sí, te he entendido —respondo mientras se me atropellan las palabras—. Lo intentaré, ¿vale? Pero sigues sin contestar a mi pregunta. Aunque no tuviera que ver conmigo, te pasaba algo, ¿no es así?

—Oye, no me digas que no vas a comer el postre, ¿te has llenado o qué? No me hagas este feo o volverás a romperme el corazón, y dos veces en una misma noche no creo que lo pueda soportar —dice evadiendo de nuevo la pregunta.

—Está bien, nene, probemos el postre... —Me acerco a un palmo de su cara e imito el gesto que hace un rato ha hecho él y lo agarro por el mentón—. No tengo ni idea de qué te ha pasado antes, pero, si en algún momento quieres contármelo, estaré encantada de escucharte —susurro con una sonrisa dulce en los labios.

—Tocado y hundido, nena.

Terminamos de cenar —debo decir que, efectivamente, el tiramisú está increíble, cada bocado es una explosión de sabor, la mezcla perfecta de café, mascarpone y cacao— y acabamos de encintar; con su ayuda es todo mucho más fácil y rápido.

—Mañana vendré de nuevo y te ayudaré a pintar, ¿te parece?

—En realidad no hace falta, pero te dará lo mismo si te digo que no vengas, ¿no? Vas a hacerlo igualmente, ¿estoy en lo cierto?

—Veo que me vas conociendo. Esta vez no vas a poder evitarme —suelta guiñándome un ojo.



Cuando llegamos a El Refugio es bastante tarde y, como siempre, volvemos «al momento despedida».

—Buenas noches, Eiden —digo mientras me inclino y le doy un ligero beso en la mejilla—. Muchísimas gracias por tu ayuda, y por la cena.

—Buenas noches, Lia. Ha sido un placer —contesta sin apartar sus ojos de los míos.

Sin poder controlarlo se ha creado una atmósfera entre los dos llena de tensión y de cosas por decir.

Salgo del coche y trato de no girarme, porque de hacerlo no estoy segura de que no volviera sobre mis pasos. Ha sido una de las mejores noches de mi vida, pero no sé si podría sobrevivir a otra igual. Sin duda, Eiden está tocando algunas teclas en mi interior, aunque me dé un vértigo impresionante reconocerlo.

19



La que estoy liando con la pintura es otro nivel, menos mal que ayer tapamos todo el suelo a la perfección, porque esta mañana no tengo ni idea de qué me pasa..., bueno, sí que lo sé, no os voy a mentir, y tiene nombre y apellido. El caso es que se me ha caído medio bote de pintura al traspasarlo a la cubeta y se me ha resbalado la brocha de las manos y ha salido disparada unas cinco veces aproximadamente. ¿El motivo? Que no sé a qué hora vendrá Eiden y me comen los nervios. Después de la conversación que tuvimos le he dado vueltas a todo lo que siento cuando estoy con él y me estoy volviendo un poquitito loca. Solo pensar que en unos minutos voy a volver a estar a solas con él hace que me ponga histérica.

Intento, inútilmente, tranquilizarme porque es momento de subirme a la escalera para pintar las partes de arriba de las paredes, así que hago lo que me funciona siempre que necesito calmarme: pongo música alta, porque todo el mundo sabe que la música amansa a las fieras, y justo eso es lo que siento que necesito en estos momentos, pues estoy inquieta y ansiosa.

Comienzo a pintar supermotivada. Hasta ahora he estado con las esquinas y las partes pequeñas, pero ha llegado la hora de

desenfundar el rodillo y dar rienda suelta a mi vena artística; «la Van Gogh de las paredes», me van a llamar.

Estoy subida a la escalera cuando empieza a sonar «Ain't No Mountain High Enough», de Marvin Gaye y Tammi Terrell. Me encanta esta canción y me flipa cantarla dándolo todo, así que precisamente eso es lo que hago. Usando el rodillo como si fuese un micrófono y subida en la escalera como si se tratara de mi pequeño escenario donde dar un miniconcierto, canto a pleno pulmón, sin pensar en nada más que en sentir la música; eso me chifla, me ayuda a evadirme, me divierte, me hace sentir libre...

Mientras canto el estribillo como si fuera una estrella de la Motown y esta letra hubiera sido escrita para que yo la interpretara, mi cuerpo empieza a moverse solo como si no fuera capaz de contenerse y esos acordes fuesen dueños de mi anatomía.

Llega mi parte favorita, cuando las voces de Marvin y Tammi se compenetran a la perfección creando esa armonía y ese buen rollo que caracterizan el tema. Estoy frente a la pared y la puerta de entrada me queda a la espalda cuando noto un golpe seco detrás de mí, me giro asustada y pierdo el equilibrio... cayendo de la escalera.

—¡¡¡Hostia puta!!! Te tengo, te tengo.

—Eiden. —Suspiro aliviada por no haberme metido la leche del siglo y por sentir la cercanía y el calor de su cuerpo.

—Ha sido la puerta... No pretendía asustarte, aunque, bien pensado, si cada vez que llegue sin avisar vas a caer en mis brazos, puede que empiece a tomarlo como rutina...

—En tus sueños quizá...

—En mis sueños créeme que pasan otras cosas... —asevera sonriendo de medio lado—. Oye, menudo espectáculo estabas dando. Si lo llego a saber vengo antes, pero, por favor, la próxima vez ten más cuidado.

—Idiota, me he asustado por el ruido de la puerta cuando has entrado, como siempre, sin llamar.

—¡¡¡Error!!! Llevo un rato llamando, pero no me has oído porque estabas con la música a tope, así que no había otra que entrar y, vale, tal vez me haya quedado embobado mirando cómo cantabas y te movías encima de la escalera y la puerta se haya cerrado de un portazo, pero es que no he podido evitarlo. Joder, pagaría por volverte a ver moviendo las caderas de esa manera.

Le doy un manotazo, será...

—O quizá debería empezar a cerrar la puerta con llave, para evitar visitantes inesperados... —bromeo—. Y, por cierto..., una cosa: muchas gracias por evitarme el tortazo contra el suelo y todo eso, aunque en realidad haya sido culpa tuya; pero, si no te importa, ¿crees que podrías quitar la mano de mi culo ya?

Y es que, sí, es verdad, su mano lleva todo ese rato reposando con suavidad en mi trasero, concretamente en mi glúteo derecho.

—¡Ups! Perdón —exclama retirando la mano—. Oye, tienes casi todo hecho ya, pero el suelo no hacía falta pintarlo, Lia —me dice riéndose a carcajadas y observando el desastre que he montado.

Evidentemente, entre el medio bote que se me ha caído, las cinco veces que ha volado la brocha por los aires cargadita de pintura y demás accidentes que he tenido, el suelo parece un cuadro abstracto; suerte que, como os he contado, está protegido.

—Sí, bueno, he tenido algún que otro problemilla. Adelante, puedes vacilar todo lo que quieras —bromeo.

—«Problemilla», dice, pero si parece que has tenido una pelea cuerpo a cuerpo con el bote de pintura y has perdido —replica sin poder contener la risa—. La próxima vez que quieras una pelea cuerpo a cuerpo, me presento voluntario.

—De acuerdo, Katniss, lo tendré en cuenta.

—Me estoy empezando a sentir el Gale de esta historia.

Le lanzo una mirada asesina.

Me encanta que pille todas las referencias que hago, y también le diría que realmente él está empezando a ser el Peeta de esta historia y un poco también Finnick, pero bastante ego tiene ya el niño como para encima alimentar más a la fiera.

—Bueno, esta parte ya veo que casi está. Terminamos ¿y vamos arriba? A pintar, digo, no creo que tardemos mucho en acabar entre los dos lo que falta —comenta.

—Perfecto, pero como vuelvas a meterte con mi forma de trabajar, no me hago cargo de que puedas terminar tú también lleno de pintura. Venga, manos a la obra. ¿Prefieres brocha o rodillo? —pregunto, y coge el rodillo que le ofrezco.

—Y que comiencen *Los juegos del hambre*, que la suerte esté siempre de nuestra parte.

Ambos nos echamos a reír, siempre tiene ese efecto en mí. Hace que todo me parezca más fácil.



Un hogar, mi hogar. Cada vez siento más esta pequeña casa como algo mío. Cuando admiro el resultado de nuestro trabajo como pintores una vez finalizado, me siento satisfecha. Ha quedado superbién y, tal como me imaginaba, la elección del color de la pintura da esa calidez y luz a todas las estancias. Entran ganas de estar aquí, de pasar tiempo en ella; es una sensación nueva y maravillosa.

20



Margorie me ha traído tres camas, una para mi habitación y las otras dos para la habitación de invitados, además de un sofá para el salón. Con la ayuda de Kai y su padre, Mark, cuyo hombro ya está del todo recuperado, hemos arreglado todas las zonas del suelo que estaban dañadas. Bueno, en realidad yo solo he mirado y ellos dos han trabajado... Ha sido alucinante cómo todo el mundo se ha unido para ayudarme sin prácticamente conocerme. También le he dado un buen lavado de cara a los baños. Ya solo me queda terminar de amueblar y poner alguna plantita al mudarme y pasaré a ser una residente oficial de River Town.

Hace unos días firmé el contrato de compraventa de la casita y pusimos en orden todo el tema burocrático; ¡soy propietaria oficialmente! La mala noticia es que, para no ser una propietaria muerta de hambre y poder seguir haciendo frente a las facturas, en las próximas semanas tengo que encontrar un empleo, porque además, en cuanto me traslade de forma definitiva, necesitaré un medio de transporte para ir y venir, y lo de la bici..., pues no es que me haga especialmente gracia y menos cuando tenemos el invierno a la vuelta de la esquina; aunque Eiden esté emocionadísimo con la

idea de enseñarme a montar, yo prefiero buscar algo con techo y cuatro ruedas. Y para todo eso se necesita dinero. Todavía tengo algunos ahorros en mi cuenta personal, dinero que me fueron dando mis padres, bueno, mi madre sobre todo. Siempre he sido poco derrochadora, soy del *team* hormiguita, y viviendo con ellos nunca me faltó de nada en cuanto a lo material, por lo que jamás tuve necesidad de gastar lo que me asignaban a mí. Mi idea siempre fue marcharme en cuanto pudiera, así que ese fue el principal motivo de ir guardando toda la pasta que pude, para cuando llegara el momento no verme con una mano delante y otra detrás. Sé que en ese sentido soy privilegiada, empezar de cero teniendo un respaldo económico es mucho más sencillo que sin él. Pero, si quiero tener un futuro aquí y prosperar, necesito un trabajo.



El viernes llega sin apenas darme cuenta; con tantas cosas que he tenido que hacer, la semana se me ha pasado volando. Samara va a venir a ayudarme a colocar algunas cosas y a pasar la tarde conmigo. Llevo días sin verla y la verdad es que la he echado de menos. Nos hemos enviado algún mensaje, pero yo no soy muy dada a estar con el móvil. El último que me mandó me dejó muy intrigada. Bueno, primero se quejó de Kai; debo deciros que he llegado a la conclusión de que tienen una relación un tanto peculiar y complicada. Entre nosotros os confesaré que creo que se gustan, pero ellos aún no lo saben o no lo quieren aceptar y, claro, hay una tensión que la mayoría de las veces acaba explotando por la más mínima tontería. En fin, aparte de su queja habitual sobre nuestro

amigo en común, me dijo que tenía un notición, así que estoy esperando a que llegue y me lo cuente todo.

Al poco aparece desbordando energía, como siempre.

—¡Holaaaaaaaaaaaa! ¿Qué tal está la recién estrenada dueña de una casa propia en este maravilloso pueblo? No sabes lo feliz que estoy desde que sé que ya no tienes escapatoria y no puedes irte, porque eso significa que vas a estar siempre aquí, conmigo...

—No tienes remedio, tía. Francamente, aún no me lo creo, me parece todo un sueño. Siento que en cualquier momento me despertaré y todo esto se esfumará. Pero estoy muy feliz. Anda, ven y te enseño cómo está quedando todo..., y ya de paso me cuentas la noticia. Por cierto, las cosas con Kai, ¿mejor?

—No me lo nombres. Es que ¿por qué tiene que ser tan... tan... Kai? Me saca de mis casillas, te juro que lo cogería y... y... puffffff, es que no puedo con él. Mañana en la fiesta pienso putearlo toda la noche —suelta visiblemente cabreada.

—Espera, espera, espera, ¿qué fiesta, Samara?

—¿Qué fiesta? ¡¡¡La fiesta!!! Esa es la supernoticia. Mañana celebramos la fiesta en casa de mi primo, Lia, la de pre-Navidad de la que hablamos, ¿no te acuerdas?

Lo cierto es que sí que me acordaba, pero, como nadie me había vuelto a decir nada, di por hecho que me libraba de ir; sin embargo, estando Samara metida en el ajo, está claro que eso no va a pasar.

—Ah, sí, esa fiesta... La verdad, Sami, es que..., no sé...

—Lia, no te vas a escaquear. Lo siento, pero no es negociable. Tu carita de pena conmigo no funciona, reina. Me digas lo que me digas, vas a ser mi acompañante.

—Es que no tengo nada que ponerme y, no sé, al final es una fiesta con vuestros amigos, no sé si pinto mucho allí.

—Por lo de que no tienes nada que ponerte, no te preocupes, porque de eso me encargo yo enseguida. Sobre lo segundo, pintas mucho allí: también vamos a celebrar que ya es oficial que te quedas en el pueblo. Y como no vengas, sé que Eiden se va a cabrear conmigo.

—¿Por qué se va a cabrear? ¿Y por qué contigo?

No estoy entendiendo nada, ¿qué más le da a él que yo vaya o no a esa fiesta? Nos llevamos muy bien, eso está claro, pero no creo que mi presencia allí vaya a interferir en su estado de ánimo estando presentes todos sus amigos.

—Por nada, por nada, pero, anda, Lia, porfa, dime que sí que vendrás. Te he traído mucha ropa, para que te la pruebes, que te va a quedar alucinante; no me hagas ese feo, soy capaz de rogarte de rodillas. Tía, ¿me vas a hacer rogarte de rodillas? —gimotea mientras se agacha lentamente...

—Está bien, está bien. —La agarro del brazo para que no siga bajando—. Iré, ¿vale?, pero me tienes que prometer que hablarás con Kai y haréis las paces: una por ti y otra por mí.

No le saldrá gratis salirse con la suya, está flipando si cree que voy a ir sin pedir algo a cambio.

—Me estás pidiendo un imposible. Eres malvada, amiga, pero, vale, acepto. Hablaré con él e intentaré hacer las paces con ese pequeño ser del inframundo.

—¿Pequeño? Pero si mide casi dos metros, tía, de pequeño no creo que tenga nada —suelto riéndome, intentando picar a Samara.

—No, en eso tienes razón. De pequeño no tiene nada, no...

Uy... Lo que yo os diga, aquí hay tema...

Los *outfits* que me ha traído mi amiga son... No sé muy bien cómo definirlos sin faltarle al respeto a Samara, que es la propietaria de semejantes prendas. Todos son una mezcla de cuero, látex, correas, transparencias... En las partes en las que a algunos les sobran cosas a otros les faltan. De entre todos, me pruebo un vestido negro, el típico *little black dress*, de licra, que espero que no sea demasiado corto y me quede pasable, para acabar con esta tortura que a mi amiga le está resultando de lo más graciosa. Una vez puesto, lo cierto es que, aunque muy posiblemente casi toda la noche tenga que estar bajándome el extremo del vestido para que no se me vea el culo, me queda bien y me siento muy sexy.

—Samara, el vestido te lo paso, pero los zapatos..., bajo ningún concepto pienses que me voy a poner unos tuyos. Me pondré mis *biker boots*; nada de tacones, ni plataformas, ni botas con pinchos.

—Vale, pero entonces la chaqueta es cosa mía.

—Si la chaqueta la eliges tú, del maquillaje me ocupo yo.

—De acuerdo, pero tu pelo es todo mío. Estoy deseando meter mano a esa melena desde el primer día que te vi.

—Con mi pelo puedes hacer lo que quieras, pero tus gustos en cuanto al maquillaje no van conmigo, amiga.

No quiero acabar con los ojos como un panda o que parezca que estoy a punto de ingresar en un centro de desintoxicación.

—Tú misma, pero que sepas que el look *vampy* está pegando fuerte, algo rollo como la vampira Elvira.

—Sí. Definitivamente encárgate del pelo.

Con Samara satisfecha y dando palmas y saltitos de alegría, recogemos todo el desastre de ropa que hemos dejado esparcido y luego le enseño la casa. Colocamos las alfombras, algunos libros que me trajo Margorie y todo el menaje de cocina que he comprado y seguía en la despensa guardado.

—Me encanta cómo ha quedado todo, es muy tú.

—¿Verdad? Creo que estaba destinada a ser mía. Nunca me he sentido más en casa como aquí, aunque en parte también es gracias a todos vosotros.

—Oh, Lia, sabes que después de decirme esto voy a tener que abrazarte, ¿verdad? —Y se abalanza sobre mí, agarrándose como un mono tití.

—Entonces, ¿cómo quedamos mañana? —pregunto al rato.

—He pensado que podríamos prepararnos en mi casa y, si quieres, después de la fiesta podríamos dormir juntas. Ven sobre las cinco de la tarde.

—Me parece genial la idea de quedarme en tu casa a dormir, pero quedar a las cinco, ¿no es un poco pronto?

—Si digo a las cinco en punto es a las cinco en punto —me rebate lanzándome una mirada asesina.

—A las cinco, como un clavo, Kill Bill.

Decido no llevarle la contraria y quedamos en El Tres, porque no tengo ni idea de cómo llegar a su casa.

El día siguiente promete, es lo único que tengo claro.

21



A las cinco, superpuntual, estoy esperando a Samara en la puerta del bar, con una bolsa en la que creo haber metido todo lo que voy a necesitar para pasar el día y la noche.

Su casa es impresionante. Por fuera sigue la estética característica del pueblo, pero por dentro está totalmente reformada. La planta baja me recuerda al piso de mis padres, con todos los espacios abiertos haciendo la estancia diáfana. Mantiene el toque rústico con las vigas de madera. Es una combinación perfecta entre el estilo minimalista y el rústico moderno. En la gran mesa del comedor hay un centro con piñas y velas blancas, sencillo y elegante.

—Si esperas encontrar un arbolito navideño o demás parafernalia, te aviso que no estás en el lugar adecuado. Mi madre odia la Navidad, bueno, no la fecha en sí, sino tener que decorarlo todo y después quitarlo. En cuanto me hice mayor, se acabó el teatro; lo único que hacemos todos los años como tradición navideña es idear y montar un centro de mesa —explica señalándolo.

—Mis padres tampoco hacían nada especial, ni decoraciones ni nada por el estilo —comento levantando los hombros.

Su habitación es una extensión de ella misma, oscura y llena de luz a la vez. Si tuviese que definir el estilo de Samara, sin duda diría que es gótico chic. Es que ella es *petite*, rubia, superclarita de piel, con una cara redondita que le da un aire de no haber roto nunca un plato, pero viste como si formara parte de un grupo de heavy metal, casi siempre de negro, y le encantan las cadenas, los pinchos, el cuero... Y su cuarto es tal cual, el yin y el yang conviviendo en absoluta armonía.

Hay una cama enorme, que es la pieza central de la estancia; tiene un dosel, al más puro estilo princesa de las tinieblas, pues por supuesto es de color negro y lo bastante grande para que entremos las dos y dormir juntas..., pero al lado hay otra más pequeña, que entiendo que es donde voy a dormir yo. Se han tomado la molestia de traer otra para mí para que esté más cómoda, y eso hace que sienta que soy importante para ellos. Pero, sin lugar a duda, lo que más me llama la atención de toda la habitación es una alfombra rosa chicle, al lado del escritorio. La miro con cara de circunstancias, porque lo último que me habría esperado encontrar en este cuarto es una alfombra de pelito de ese color. Samara me entiende sin necesidad de que haga ningún tipo de referencia a esa cosa que tiene en el suelo y que parece haber sido confeccionada con un oso amoroso.

—No me preguntes por esa monstruosidad. Fue cosa de mi primo; se pasó dos meses convenciendo a mi tía de que yo quería esa alfombra, pero que me daba vergüenza pedirla, hasta que me la compró. Tendrías que haber visto la cara de su madre, la ilusión con la que me la trajo y la expresión que tenía también el maldito de Eiden. Lo habría matado con mis propias manos. No fui capaz de decirle que realmente me parecía horrible y mi madre me obligó a ponerla ahí. He intentado mancharla con miles de cosas para tener

la excusa perfecta y poder quitarla, pero la muy... Tiene un tratamiento especial antimanchas y repele todo lo que le tiro encima. Es un infierno.

Me aguanto la carcajada, porque visualizo el momentazo y me entran ganas de reírme, pero soy consciente de que mi amiga tiene que peinarme, es decir, mi pelo va a estar en sus manos y con artefactos de calor a su disposición, y además voy a dormir en su casa y no quiero morir. Así que me aguanto como puedo y evito hacer ninguna broma al respecto.

—Puedes dejar tus cosas encima de la cama. Hemos traído una para ti, pero es más pequeña que la mía. Si prefieres, nos las podemos cambiar, a mí no me importa. Quiero que te sientas como en casa.

—Esa es perfecta, muchas gracias por pensar en mí y tomaros la molestia de traerme una.

—Mis padres y yo estamos encantados de que te sientas lo más cómoda posible. Ahora vamos a empezar a prepararnos o llegaremos tarde.

Ponemos música y comenzamos a arreglarnos. La lista de reproducción de mi amiga es muy curiosa, lo mismo sale una canción supercañera que una baladita de esas con las que te entran ganas de meterte en la cama y no salir en una semana.

Samara se hace el pelo y yo me voy maquillando. Opto por algo sencillo: colorete, *eyeliner*, mucha máscara de pestañas y un *lip* combo en el tono rojo *Ruby woo* de Mac. Es de mis rojos favoritos de la marca. Cuando ya tengo todo el *make up* listo, me fijo en que ella ha terminado también. Se ha recogido la melena en una coleta alta y se ha hecho un *smokey eye* en tonos negros que le queda alucinante. Le toca el turno a mi pelo. Opta por hacerme unas ondas y dejarlo libre; casi nunca lo llevo suelto, sino recogido o semi, pero

debo reconocer que me gusta mucho el resultado. A continuación nos vestimos, porque son casi las ocho y hemos quedado con el resto del grupo a las ocho y media.

Me pongo el *outfit* elegido y un *blazer* con tachuelas en las hombreras que ha elegido Samara que complementa el look. Me pongo también un abrigo, porque una no pretende convertirse en la pequeña Anna de *Frozen* y quedarse congelada, y cojo el bolso estilo *quilted* en rojo, a juego con mis labios. Cuando le doy el último vistazo al conjunto en el espejo, alucino. Me veo impresionante y me siento supersexy. Samara está guapísima también, con su look de *femme fatale*, *total black* menos el *trench* color berenjena y una bufanda de lana.

Salimos motivadas para pasarlo superbién, aunque estoy algo nerviosa, porque es mi primera fiesta con ellos y no sé qué me va a deparar la noche. Lo único que tengo claro en mi mente es pasarlo lo mejor posible y disfrutar de cada momento.

22



Al final, Kai y Hugo han ido directos a casa de Eiden, e Isabella y Heather han escrito a Samara para avisarla de que van a llegar un poco más tarde, por lo que vamos nosotras por nuestra cuenta. Lo prefiero de esta manera, estoy mucho más a gusto sola con Samara, mejor ir nosotras dos y una vez allí encontrarnos con los demás. La casa de sus tíos queda a unos quince minutos andando desde la suya y agradezco, con este suelo empedrado, llevar botas planas y no tacones o plataformas.

Cuando llegamos entiendo por qué querían hacer la fiesta aquí y por qué es el centro neurálgico de las mismas. La vivienda tiene un jardín enorme y un porche de madera en el que caben unas sesenta personas sin problema. Las líneas son muy modernas; es la primera construcción que veo que rompe totalmente con la armonía del resto de las casas del pueblo. Esta es grande y de una sola planta, perfecta para una buena fiesta, aunque no sé si era lo que los padres de Eiden tenían en mente. En todo caso, está claro que su hijo ha sabido sacarle provecho.

A medida que nos vamos acercando, empieza a oírse la música. Hay mesas con comida y bebida de todo tipo dispuestas por el

porche, así como lucecitas de Navidad y gorros de Papá Noel y de elfos distribuidos por estas. Me quedo un poco paralizada cuando veo la cantidad de gente que hay; no sé de dónde han salido tantas personas, pero no me lo esperaba. En mi mente iba a ser una fiestecilla de seis amigos que se juntaban con la excusa de que se acerca la Navidad, pero me doy cuenta tarde de que estaba muy equivocada.

—Las fiestas que organiza mi primo siempre son todo un éxito. Como puedes ver, se toma muy en serio la temática elegida y vienen amigos de amigos de amigos, porque se corre la voz. Por eso mis tíos le cortaron las alas en cuanto a hacerlas sin avisar, además de que la última acabó con todo el mundo en la piscina y el jardín destrozado —me explica Samara.

—Ya veo, ya, no me esperaba tanta gente —farfullo un poco cohibida.

Al parecer me voy a estrenar a lo grande.

Me siento un poco agobiada al pensar en tener que interactuar con todas estas personas. Samara nota mi incomodidad. Debería haberme imaginado que no iba a ser una reunioncita pequeña, teniendo en cuenta que ya sabía que le habían prohibido hacer fiestas sin previo aviso.

—No te preocupes, Lia. No te voy a dejar sola, ¿vale? Voy a estar contigo todo el rato y, si necesitas estar tranquila, entramos y vamos a la habitación de mis tíos, que en esa no podrá entrar nadie. Venga, yo te cuido, te lo prometo.

Asiento. Total, ya estamos aquí y voy a quedarme a dormir en su casa, poco puedo hacer. He venido a pasarlo bien y pondré todo de mi parte para lograrlo. Me motivo, porque soy joven y tengo una gran oportunidad para disfrutar con gente de mi edad, así que iré fluyendo a lo largo de la noche, con la seguridad de que, si en algún

momento me encuentro mal, tengo dónde acudir para coger un poco de aire.

—Venga, vamos a por algo de comer y beber y a ponernos uno de esos gorritos horteras que ha dejado tu primo en las mesas. ¡¡¡Y que empiece la fiestaaa!!! —exclamo emocionada.

Vamos directas a donde están las pizzas, cogemos una porción cada una y después vamos a por algo de beber. Hay todo tipo de cócteles y combinados; no hace falta ser muy listo para saber que detrás de las bebidas está la mano de Kai. La música está alta, pero se puede mantener una conversación perfectamente sin necesidad de gritar. Una cosa es innegable: Eiden tiene madera de organizador de fiestas, porque a esta no le falta detalle, y entiendo que haya venido tal multitud.

Con todo el gentío que hay, tengo serias dudas de cómo vamos a encontrar al resto, pero a Samara parece no importarle lo más mínimo; mi amiga está a tope, bailando y contoneándose al ritmo de la música, y yo la imito.

Cuando ya hemos acabado la comida y la bebida que hemos cogido, nos animamos a bebernos un chupito. Yo no suelo tomar alcohol, pero en estos momentos me apetece compartir un chupito con mi amiga.

—¡¡¡Chupito ho, ho, ho!!! —grita Samara poniendo voz grave, y nos bebemos el contenido del vasito de un trago.

Me hace reír y por poco no acabo escupiendo el líquido por todos lados. Volvemos a la pista de baile improvisada y vemos a Isabella y a Heather allí con los chicos, que se han puesto un gorro de elfo. Están todos menos Eiden, quien, como buen anfitrión, debe de estar atendiendo a algunos invitados.

Parece que ellas acaban de llegar. Nos saludamos y, si las miradas matasen, una servidora estaría muerta ahora mismo. Por algún

motivo que desconozco, me queda claro que a Isabella no le caigo bien, aunque admito que ella tampoco es que sea de mis personas favoritas del pueblo. Me mira de arriba abajo con una cara de asco impresionante, pero es que no trata de disimular ni un poquito. Heather se da cuenta de la situación y le da con el codo, aunque a Isabella no le importa lo más mínimo. Esta tía va a machete, pero no quiero generar malos rollos y, dado que ellos solo están aquí el fin de semana, hago un esfuerzo por dejarlo pasar; total, el problema lo tiene ella, no yo. Para evitar males mayores, me acerco a Kai, porque además tengo una conversación pendiente sobre cierta rubia con él.

No es que quiera entrometerme en su relación, pero les estoy cogiendo mucho cariño a los dos y me da mucha pena que siempre terminen enfadándose por tonterías. En realidad hay tanta tensión entre ambos que las cosas por las que se mosquean son chorradas. Me va a hacer muy feliz que esa noche hablen, Samara me ha prometido que lo hará.

La música suena ahora mucho más alta que hace unos minutos, y el ruido a nuestro alrededor ha aumentado tanto que cuesta mantener una conversación. Tengo que acercarme al oído de Kai para que pueda oírme bien.

—Te lo voy a preguntar sin rodeos: ¿Qué os pasa a Samara y a ti?

—Pues eso me gustaría saber a mí, Lia, qué es lo que nos pasa. No sé qué hago tan mal para que siempre acabemos discutiendo. Te juro que no lo hago intencionadamente, pero siempre terminamos fatal.

Lo creo, sé el carácter que tiene Samara y que a veces puede arrasar por donde pasa. Pero tengo la sensación de que hay algo con ellos dos que se me escapa. De todos modos, si no me lo quieren contar, yo tampoco soy nadie para tratar de sonsacarlos.

—Creo que deberías hablar con ella e intentar arreglarlo, odio veros enfadados. No me gusta que la gente esté mosqueada en general, y a vosotros dos os aprecio muchísimo y sé que tú también significas mucho para ella.

—Tenía intención de hacerlo a lo largo de la noche, a mí tampoco me gusta estar así con ella. A ver si la pillo a solas en algún momento. Samara es alguien muy importante para mí, hemos compartido... cosas... y odio estar de morros. Esta situación tiene que cambiar y creo que, si los dos ponemos de nuestra parte, lo conseguiremos. —Eso es, confío en que puedan hablar y arreglarlo —. Por cierto, cambiando de tema, te lo tengo que decir: estás impresionante —añade mientras me coge de la mano para darme un giro completo sobre mí misma, como si fuera una bailarina de ballet.

El gesto me hace muchísima gracia y ambos nos reímos.

—Tú tampoco estás nada mal en modo navideño, el gorrito te da el toque. Mis pintas son gracias a Samara, que me ha dejado la ropa y me ha peinado. Hoy soy obra suya, se ha convertido en mi hada madrina para la ocasión. Y me alegro de que ya hubieras pensado en arreglar las cosas; también se lo he pedido a ella, espero que no te moleste. En esta vida no merece la pena estar peleado con nadie.

Mi amigo asiente con la cabeza y el cascabel de la punta del gorro suena con el movimiento. Me pasa un brazo por los hombros para volver con los demás.

Veo a Eiden apoyado en la puerta que da directa a la terraza, con los brazos cruzados y su mirada fija en Kai y en mí. Lo saludo con la mano, pero no me devuelve el saludo y regresa al interior de la casa.

¿Y a este qué le pasa ahora?

Es la segunda vez que me hace algo así desde que lo conozco, pero hoy me va a tener que dar una explicación. No puede pedirme

que confíe en mí misma y que deje de sentir que soy siempre el problema, y comportarse después de esta manera tan desconcertante.

Le digo a Samara que necesito ir al baño y me indica dónde está. En realidad voy a ir a buscar a su primo para que me diga qué le ocurre, pero no quiero poner sobre aviso a mi amiga.

A diferencia de todo el ruido que hay fuera, dentro de la casa prácticamente no se oye nada, debe de estar insonorizada. Hace bastante calor dentro, así que me quito el abrigo y el *blazer* y los dejo sobre el respaldo del sofá. Ahora el problema es que no sé dónde narices se ha metido Eiden y tampoco me parece bien ir abriendo puertas en una casa que no es mía para encontrarlo. Decido seguir las indicaciones que mi amiga me ha dado para ir al baño, así me refresco un poco, que me vendrá bien, y hago algo de tiempo para ver si aparece don enfadado.

Justo al lado del baño hay una puerta que no está cerrada del todo y que deja entrever una luz encendida que sale de ella. Me la juego y entro.

—¿Ya has terminado de hablar con el elfo sonrisitas? —pregunta Eiden con un tono con sabor a rencor que ni entiendo ni me gusta.

Pego un bote del susto, este chico siempre consigue sobresaltarme. Pero entro directa a matar y no me marcharé de aquí hasta saber qué narices le ocurre.

—Sí, ¿no me ves aquí? Si no hubiera terminado la conversación con Kai, seguiría con él, fuera, hablando. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué usas ese tonito para preguntarme?

Observo como tensa la mandíbula.

—No sé, Lia, dímelo tú. ¿No puedes adivinarlo?

—La verdad es que no, Eiden, no tengo ni la menor idea, pero el otro día en mi casa te comportaste del mismo modo, te pregunté y

evitaste responder. ¿Te molesta que hable con Kai? ¿No somos todos amigos? No comprendo por qué actúas así. No puedes soltarme el rollo de que no soy el problema, que me tengo que valorar más y todo ese discurso de amor propio, y después hacerme sentir todo lo contrario. Explícame de qué va esto, porque ahora mismo estoy muy perdida.

—¿Te gusta Kai? —Su pregunta aún me descoloca más. «No es Kai quien me gusta precisamente», pienso, pero no lo digo—. Joder, claro que te gusta, es evidente —añade mientras se pasa las manos por el pelo echándoselo hacia atrás.

De repente, comprendo lo que le ocurre; pero ¿es posible?

—¿Estás celoso, Eiden? ¿Es eso? Debería mandarte a la mierda porque no me gustan estos numeritos y no tendría que darte ninguna explicación, ya que, en vez de preguntarme directamente, has preferido enfadarte como un niño pequeño. Pero, no, para tu información, no me gusta Kai, no en esos términos. Lo veo como el hermano que nunca he tenido... Puedo hablar con él de música, compartimos gustos, entiende mi humor y lo aprecio mucho. Además, a él con quien le pasa algo es con tu prima. Si no estuvieras tan ciego, te habrías dado cuenta. Justo de eso estábamos hablando cuando nos has visto fuera. De Samara y de él, que están de nuevo mosqueados y los he estado animando para que hablen e intenten solucionar sus mierdas de una vez. Ahora, si me perdonas, me vuelvo a la fiesta.

Me doy la vuelta, decidida a marcharme.

—No, no..., joder, Lia, espera, por favor —dice casi suplicando mientras me agarra de la muñeca para que no me vaya.

—Eiden, hay situaciones que no soporto. He vivido en un ambiente muy tóxico toda mi vida y estos dramas no me gustan. Y no me apetece tener que convivir con ellos nunca más.

—Lo siento, en serio. He sido un gilipollas por comportarme así y no preguntártelo. Y, sí, el otro día en tu casa estuve así por lo mismo. Os vi llegar tarde, juntos, y sentí celos. Soy ridículo por sentirme así, lo sé, pero te hace reír, tenéis como algo vuestro, no sé qué es..., pero lo siento de verdad, he sido un auténtico payaso. Por eso le pedí a mi prima que te convenciera sí o sí de venir hoy. Me moría de ganas de estar contigo. Pero luego te he visto tan cómoda otra vez hablando con Kai, tan cerca... Nunca me había pasado algo así, y no he sabido cómo gestionarlo y he reaccionado de la peor forma posible. Perdóname, por favor. No te vayas —me ruega.

Me paro y me apoyo en la pared que queda detrás de mí. Lo miro a los ojos; realmente veo su arrepentimiento y que ha entendido que su conducta no ha sido la adecuada. Parece un cachorrito abandonado suplicando.

—¿Me perdonas, Lia? Si tengo que arrastrarme, lo haré.

Lo veo muy capaz de hacerlo.

—No seas tonto, no hace falta. Está bien, te perdono, pero, por favor, no vuelvas a hacer algo así. Antes habla conmigo y pregúntame.

—Es que no sé qué me pasa. Lia, no te saco de mi cabeza. Llevo aguantándome las ganas prácticamente desde la primera vez que te vi.

—Las ganas ¿de qué, Eiden?

—¿No te lo imaginas?

Da un paso acercándose a mí.

—No. —Trago saliva, se me acelera el corazón.

—Cada vez que hemos estado solos, cada vez que nos hemos despedido, que nos hemos dicho adiós, me he tenido que contener...

Otro paso.

—Ajá.

—Y, nena, hoy cuando te he visto, con ese vestido, bailando, riendo...

Da otro paso hacia mí. Lo miro, me mira, me abraso. Mi cerebro ya no funciona, solo puede pensar en sus labios, en su boca, en cómo será saborearlo, en cómo besará.

—No he salido antes fuera porque necesitaba distancia, Lia. Pero no he podido despegar la mirada de ti. De esa boca.

Otro paso, estamos ya muy cerca el uno del otro. Yo estoy perdida en mis pensamientos, en si besará lento, o rápido. No soy capaz de formular una palabra coherente, mucho menos una frase, así que opto por no decir nada.

—Joder, pienso borrarte ese pintalabios rojo a mordiscos. Tu boca me está volviendo loco desde la primera vez que te vi. Pienso a todas horas en ti, no consigo sacarte de mi mente...

Otro paso, casi nos rozamos, pero él no hace el primer acercamiento. Está jugando conmigo, haciéndome sufrir, poniéndome al límite, torturándome en este juego infernal... para ver quién puede más. Quién cae antes.

A la mierda, si tengo que arder en el infierno, él va a arder conmigo.

23



Me lanzo al vacío y sin red a por su boca. Nuestros labios colisionan, somos todo mordiscos, lenguas enredadas, lametazos, urgencia y calor. El primer beso es puro fuego, el segundo es más calmado, saboreándonos el uno al otro, sin prisa pero con intensidad. Inevitablemente se me escapa algún gemido y noto el efecto que provoca en Eiden. Es una sed que no conseguimos saciar, estamos sumergidos en un espejismo, en la búsqueda incansable de un oasis en medio del desierto. Y cuanto más nos acercamos a él, más lejos parece estar, más inalcanzable, y más sedientos nos volvemos.

Sus besos son mucho mejores de lo que había imaginado. Eiden besando es salvaje, marcando el terreno, pero también tierno, con delicadeza. No entiendo cómo hemos podido aguantar tanto tiempo las ganas cuando está claro que los dos nos morimos por comernos, cuando no hay dudas de que nuestros cuerpos están en la misma sintonía.

Me tiene acorralada contra la pared. Su pierna está colocada estratégicamente entre las mías, rozando un punto bastante sensible de mi cuerpo. Lo siento duro y yo empiezo a notar mi humedad. Está devorándome y mi cuerpo reacciona a su contacto de una

manera increíble, es la mejor sensación que he vivido nunca. Necesito que me toque, necesito tocarlo, necesito más. Lo necesito todo.

Su mano empieza a subir lentamente hacia mi culo, lo toca, lo manosea, me besa el cuello y yo le doy acceso total mientras lo acaricio por encima del pantalón. Está muy duro, lo que no hace más que incrementar mi deseo. Comienzo a imaginar cómo será tocarlo sin tanta tela de por medio.

—Mierda, Lia, para, para, me estás volviendo loco. Si sigues por ese camino, conseguirás que esto termine antes de empezar. —Su voz suena ronca y ruda.

Freno un poco, pero su comentario me ha hecho mucha gracia y me río. Por su mirada y la manera en la que se le dilatan las pupilas, sé que a él no le ha hecho tanta gracia como a mí.

—Conque tenemos ganas de reírnos, ¿eh...?

—¿Acabo de meterme en problemas? —Doy una lametada contra su boca, provocándolo un poco más.

—Ya lo creo que sí...

—Bueno, ya sabes eso que dicen: quien no arriesga no gana.

Pienso que yo ya estoy dispuesta a todo.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer... —asevera con hambre en la voz.

Su boca juega con mi cuello despacio mientras su mano va subiendo lentamente hasta el escote de mi vestido, saca uno de mis pechos y se lo mete a la boca, juguetón. Su lengua lame sin piedad mi pezón y alrededor de él, provocando que me pierda por completo, que se me erice la piel; el contraste del calor de su boca con el frío que van dejando sus labios al lamer y morder hace que pierda por completo la cabeza, no puedo reprimir más los gemidos.

—Ese sonido es música celestial para mis oídos, Lia.

—Dios mío, Eiden, necesito más. Lo necesito todo.

—¡Ufff! Nunca he ansiado tanto algo como ahora mismo tenerte a ti, y me parece que me voy a arrepentir de esto en cuanto lo diga en voz alta, pero creo que tenemos que parar, Acalia. No quiero dejarme llevar por un calentón. Te lo quiero dar todo, todo lo que me pidas, pero despacio. Dime que pare, nena, por favor. Pídeme que pare porque, si no lo haces, no voy a ser capaz de hacerlo.

Pero yo no digo nada, seguimos devorándonos el uno al otro..., aunque una parte de mí está de acuerdo con él, no podemos hacer esto aquí y ahora; dejarnos llevar sería un error, por muchos motivos. Porque, si nos dejásemos guiar por nuestros instintos más primarios, después ¿qué? Yo no quiero complicar la amistad que tenemos; debo emplear todos mis esfuerzos en rehacer mi vida, y meter a Eiden en la ecuación solo complicará más las cosas.

Así que, armándome de un valor que desconozco en mí y tirando de la poquita fuerza de voluntad que me queda, le hago caso.

—Tienes razón, Eiden, debemos parar.

Vamos bajando la intensidad de los besos, poco a poco, hasta que nos quedamos cara a cara, mirándonos a los ojos mientras nuestras respiraciones se calman. Me coloco bien el vestido y nos vamos alejando; el frío que siento de repente me recorre como una corriente. Hace escasos segundos nos estábamos devorando y mi cuerpo ya lo añora y se queja porque hemos cortado el contacto. ¿Por qué, si se supone que estamos haciendo lo correcto parando, siento justamente lo contrario?

—Yo... voy a ir un segundo al baño. Nos vemos fuera —le digo.

Salgo disparada hacia allí, entro y me encierro. Necesito unos minutos para asimilar lo que acaba de pasar.

Siento los labios hinchados. Me los toco, aún puedo notar su sabor. ¿Qué coño acabamos de hacer? Me miro en el espejo y casi

no reconozco la imagen salvaje que me devuelve mi reflejo. Comienzo a hacerme un reconocimiento visual: tengo las mejillas sonrojadas, el pelo totalmente despeinado, y os acordáis de que me había pintado los labios de color rojo, ¿verdad?, pues digamos que ya no solo tengo los labios pintados, porque el pintalabios se ha esparcido por toda mi cara.

Me limpio lo mejor que puedo y me paso los dedos por el pelo para domarlo un poco. Creo que he conseguido arreglar todo el desastre bastante bien, por lo menos el caos visible exteriormente; el del interior es otro tema.

Salgo del baño y regreso al salón.

Me pongo el *blazer*, cojo el abrigo, porque para caliente ya estoy yo, y salgo fuera. Ahora solo queda aparentar total normalidad, aquí no ha pasado nada. Resoplo muy digna y pongo rumbo al jardín.

24



No me cuesta mucho localizar a los del grupo gracias a Kai. Él mide casi dos metros, por lo que es rápidamente visible en cualquier sitio, y, si a eso le sumas el complemento navideño que lleva esta noche en la cabeza, se le ve desde lejos. Me acerco a ellos, pero antes paso por la mesa de las bebidas, me tomo un chupito y cojo una cerveza.

Están todos disfrutando de la fiesta, ajenos a que mi interior se encuentra en estado de ebullición; ríete tú del volcán Krakatoa en comparación conmigo en estos momentos.

—Tía, ¿dónde te habías metido? Has tardado un montón —me pregunta Samara.

—Sí, es que no daba con el baño y después me he sentido un poco mal y he estado refrescándome y esperando a estar mejor para poder volver aquí —miento descaradamente.

—¿Y ya estás bien? La verdad que tienes cara... Estás como muy acalorada, ¿no? ¿Necesitas algo? —Se inquieta.

A su primo entre mis piernas necesito.

—No, no, gracias. Sí, ya estoy bien. Es que hace mucho calor dentro, pero ya estoy bien, no te preocupes —digo nerviosa.

Isabella me está mirando con los ojos entrecerrados, como analizando mis palabras y mis movimientos. Decido hacer una maniobra de distracción para que nadie siga preguntándome nada, pero sin resultar sospechosa. Soy la nueva Hanna Montana, amiga por el día, casi me tiro a tu primo por la noche... Lo mejor de los dos mundos, ¿no?

—Ya que estamos en una fiesta prenavideña, ¿tenéis ganas de que llegue ya la Navidad, chicos? —suelto en un intento de centrar la conversación en algo que no sea yo, aunque sinceramente me importan bien poco sus ganas de villancicos, regalos y pavo asado. Mi mente se halla en otro sitio y en otra persona..., que justo está viniendo hacia nosotros en este momento. Cuando lo veo casi me atraganto con la cerveza que estoy tomando. Empiezo a recordar su boca, sus manos acariciando mi cuerpo, sus labios sobre...

«No, no, no, piensa en otra cosa, Acalia, piensa en gatitos, en perritos, en ornitorrincos, en cualquier cosa menos en Eiden...».

Cuando ya está llegando a nuestra altura, lo que veo hace que me quiera enterrar a dos metros bajo tierra.

—Hostia, tío, vaya pintas, la madre que te parió. Ya entiendo por qué no te hemos visto el pelo hasta ahora. ¿A quién te has estado comiendo? Eres mi ídolo, no pierdes el tiempo, cabronazo —lo vacila Hugo.

Genial, Eiden tiene toda la boca manchada de pintalabios, todo corrido, rojo, mi rojo, mi pintalabios. No se le ha ocurrido ir al baño a limpiarse antes de salir.

Mira a Hugo sin entender muy bien a qué se está refiriendo su amigo y yo le hago un gesto, intento ser disimulada, señalando sus labios, indicándole que los tiene manchados. Cuando por fin lo entiende abre mucho los ojos. Es que, de verdad, la situación no puede ser más cómica, pero yo solo quiero desaparecer.

Samara saca una toallita de su bolso y se la pasa a su primo.

—¿Nunca te han dicho que estás mejor callado, Huguito? —lo increpa mientras se limpia con la toallita—. No me toques los huevos ni vayas de graciosillo, a quien me coma o deje de comerme no es asunto tuyo y no tengo que darte ninguna explicación, que siempre tienes que meterte donde no te llaman. —Suena tan cortante que nadie se atreve a decir nada más.

Justo se acercan unos amigos de Heather de la universidad cantando a grito pelado «All I Want for Christmas Is You», y eso ayuda a distender un poco el ambiente tan denso que se ha formado.

Pasado un rato, parece que todo ha vuelto a la normalidad y estamos disfrutando de la música y de la fiesta. Me lo estoy pasando superbién, riendo, bailando con Samara, con Kai, con Heather, aunque de vez en cuando no puedo evitar echarle un vistazo de reojo a Eiden. Nuestras miradas se encuentran varias veces más. Nunca había pensado que una simple mirada pudiera hacerme sentir tantas emociones.

25



Son casi las tres de la mañana cuando damos por finalizada la fiesta. En cuanto quitamos la música, la gente empieza a marcharse.

—Chicos, nosotros nos vamos ya —se despiden Hugo y Heather.

—Jo, yo me quiero quedar un poco más —se queja Isabella.

—Tía, has venido conmigo y somos los únicos que podemos llevarte de vuelta a casa, por eso no he bebido ni gota de alcohol en toda la noche, para poder coger el coche, que has insistido en que trajera porque no podías venir hasta aquí andando con esos tacones —suelta Heather un poco enfadada.

Su amiga pone los ojos en blanco, pero no le rebate nada.

Nos despedimos de los tres, pero justo antes de irse veo que Isabella viene directa hacia donde estoy yo comenzando a recoger.

—A mí no pienses que me has engañado, mosquita muerta. En cuanto me he dado la vuelta, has ido corriendo a chuparle la polla a Eiden, ¿verdad?

¡Pero será zorra!

Aunque no me gustan los líos, esta tía se está pasando de la raya, y las cervezas que me he tomado hacen acto de presencia y toman la palabra.

—Isabella, ¿qué coño me estás contando? ¿Qué clase de paranoia transitoria te ha dado? Voy preparando las gafas, porque esta película mental tuya es en 4k, guapa. De todos modos, para la próxima te aviso, para que lo grabes si quieres y puedas ponértelo en *repeat.*

—¿Crees que no me he dado cuenta de que has llegado a la fiesta con los labios pintados de un bonito color rojo? Qué casualidad que luego, misteriosamente, tu labial se ha esfumado y Eiden ha aparecido manchado entero. ¿Me tomas por tonta? Pero no te preocupes, que de ti se cansará rápido y volverá conmigo. No eres más que la novedad y por eso le llamas la atención.

—Mira, guapa, creo que he tenido mucha paciencia ya. Con quién me coma la boca, o las partes del cuerpo que decida, es asunto mío y de la otra persona implicada, en este caso, como bien dices, y te jode, Eiden. Así que hazme un favor y déjame en paz. Ah, una cosa más, Isabella: recuerda que tú, en unas horas, te vas lejos de aquí y yo me quedo bien cerquita de él. Supéralo, reina.

Se larga enfadada y superindignada y yo, posiblemente en unas horas, cuando lo piense con frialdad, me arrepentiré de todo lo que le acabo de decir; pero, qué coño, ahora me siento de puta madre por haberle plantado cara.

Nos hemos quedado los cuatro, Kai, Samara, Eiden y yo, para ayudar a poner orden posfiesta.

—Chicas, ya recogemos nosotros. El elfo siniestro este se queda a dormir aquí y le voy a poner ahora mismo una cofia y el uniforme para que deje esto limpio como una patena —dice Eiden en broma.

—No, nos quedamos y os ayudamos, así entre todos terminaremos antes —contesto yo—. Aunque quizá el uniforme te lo podrías poner tú... Con esas piernas que tienes, creo que te iba a quedar de lujo, señorito.

—Mucho interés tienes tú en ver mis piernas, ¿no, señorita? —responde sin ningún tapujo. Quizá picarlo estando más gente delante no es la mejor idea si queremos mantener las apariencias y disimular.

—Esto ya está, ¿nos marchamos, Lia? —masculla Samara con la mirada baja al cabo de un buen rato de estar recogiendo.

—Sí, claro. Bueno, chicos, que descanséis. Lo he pasado muy bien. —Esto último lo digo mirando directamente a Eiden, que no consigue evitar sonreír.

Samara esquiva todo contacto con Kai. Llevan ambos un poco raros desde que nos hemos quedado solos, aquí ha pasado algo. No sé si han llegado a hablar, espero que sí, pero es muy extraño que mi amiga esté tan seria.

—Oye, ¿estás bien? ¿Habéis podido hablar Kai y tú? —le pregunto cuando ya estamos a una distancia prudencial de los chicos.

—Sí, Lia, pero prefiero no hablar de eso. No te enfades, porfa, pero ahora mismo es de la última cosa de la que me apetece hablar —contesta con voz muy triste, casi al borde del llanto.

No sé qué ha pasado entre ellos, pero desde luego nunca he visto a Samara así, y me parte el alma. Me paro a su lado y la abrazo.

—Cuando te sientas preparada para contármelo, me tienes aquí, ¿vale? Voy a respetar tu silencio, pero a veces hablar de las cosas, dejarlas salir, ayuda.

El resto del camino lo hacemos sin mediar palabra; no me molesta, todo lo contrario: poder estar con alguien en silencio sin que resulte incómodo siempre me ha parecido superdifícil de conseguir y creo que es una de las mayores pruebas de conexión que pueden tener las personas. A menudo nos molestan los silencios, los llantos, la tristeza de la gente que nos rodea; yo

prefiero aceptarlos, incluso abrazarlos. A veces un silencio dice más que muchas palabras.

La noche ha sido una montaña rusa de emociones para las dos, me temo.

Estoy a punto de acostarme cuando me llega un mensaje al móvil de un número desconocido.

> No voy a poder dormir pensando en ti y en todo lo que te hubiera hecho pero no he podido. Por cierto, no sé qué cojones le pasa a Kai, pero está como un alma en pena. Preferiría mil veces que estuvieras tú aquí.

¿De dónde ha sacado él mi número de teléfono?

> Hola otra vez. Me he acordado de que no te he dado las buenas noches. Buenas noches, preciosa. Tu número se lo he robado a mi prima de su teléfono, pero no se lo digas. 🤫

Misterio resuelto.

Decido no decirle nada a Samara y guardarle el secreto, porque presiento que si se enterara ardería Troya. Agendo el número de Eiden en la memoria de mi móvil.

Cuando por fin consigo dormir, sueño con una mirada de ojos azules que me acecha en la oscuridad.

26



Pensaba que la resaca sería peor. Me encuentro bastante bien, pero tengo un hambre voraz.

—Buenos días, Lia. He dormido muy bien, ¿y tú?

Mi amiga está de mejor humor, aunque sigue con una chispa de tristeza en la mirada.

—Genial, y creí que me iba a despertar peor, la verdad, pero, eso sí, tengo un hambre que me comería toda la nevera. Vamos a prepararnos el desayuno. —Según digo eso, pienso en qué puedo hacer para animarla un poco, verla así de apagada me duele mucho.

Vamos directas a la cocina.

—He pensado que, si te apetece, hoy podríamos hacer un día de chicas. Compramos unas chuches y nos hacemos un maratón de pelis —propongo justo antes de meterme un trozo de tortita en la boca.

—Vale, pero dos reglas: nada de nombrar a los chicos y nada de pelis románticas ni ñoñas —dice Samara.

—Acepto, hoy solo películas de acción y miedo. Los únicos hombres de los que vamos a hablar serán Jason Statham, Bruce Willis y Nick Castle.

—Trato hecho. Ahora pásame una de esas tortitas, que me están haciendo ojitos.



El día se pasa volando y poco a poco voy recuperando a mi amiga. Ya está volviendo a aparecer su chispa habitual. Y, aunque de vez en cuando se le escapa algún suspiro de tristeza y me entran ganas de escribir a Eiden para preguntarle por Kai, prefiero seguir manteniendo las distancias.

Tenemos también un rato para sincerarnos; yo, para contarle un poco cómo ha sido mi vida, y ella, para contarme la suya. Me explica que, aunque realmente nunca ha querido salir del pueblo y es feliz, a veces siente curiosidad por cómo habría sido su vida si hubiese elegido otro camino diferente.

Creo que a las dos nos hacía falta un día de desconexión y tener nuestro momento *girly*.

Llego justo a la hora de cenar al hostal y, aunque no tengo mucha hambre porque me he hinchado a comer guarrerías, me obligo a comer algo de comida casera de los platos que ha dejado preparados Millie. Opto por una sopa de miso y unas verduras gratinadas al horno.

Mañana, definitivamente, empieza mi búsqueda de trabajo y quiero cenar e irme a la cama lo más pronto posible. Esta semana me gustaría instalarme en mi casa de manera oficial; hasta ahora he estado llevando y colocando cosas poco a poco, y lo tengo casi todo listo. Aunque me da pena no ver todos los días a Millie y a Margorie, tengo muchas ganas de disponer de mi propio espacio y comenzar

de verdad a escribir las páginas de mi nueva vida, que ahora están en blanco.



No sé por dónde debo ponerme a buscar, no tengo muy claro qué puedo ofrecer a los negocios locales. Decido dar una vuelta por el pueblo y hacer una lista de los sitios donde creo que puedo encajar.

Descarto uno tras otro según voy pasando por ellos. Empiezo a desanimarme un poco, pero sé que debo confiar en que conseguiré algo. Tampoco necesito un trabajo con una gran remuneración económica, solo lo justo para sustentarme.

—¡Niña, ven! ¡Estaba al teléfono con mi hermana para saber dónde te habías metido! —me grita Margorie desde la tienda al verme pasar por delante.

—Hola, Margorie. ¿Qué tal va todo? Millie me contó que andabas fastidiada de la rodilla; ¿estás mejor? —pregunto.

—¿Yo? Yo estoy de maravilla, muchacha. A mi hermana a veces le da por divagar, está mayor ya, la pobre —dice intentando escurrir el bulto.

—Margorie, Millie me lo ha contado todo..., que te caíste de la escalera cuando estabas montando las luces de Navidad y que no quieres ir al médico.

Sonrío, ella ya sabe que la he pillado.

—La bocazas de mi hermana siempre tiene que pregonarlo todo. Estoy bien, voy a ir justo ahora al consultorio del doctor Donalson. Pero ella, como tiene que meter el morro siempre donde no la llaman, pues se adelanta, va de listilla desde que éramos pequeñas. Me disponía a cerrar la Libreristería en lo que voy y vuelvo de la

consulta, pero, como te he visto, he pensado que podrías hacerme el favor de quedarte un ratito en la tienda mientras estoy fuera.

—Claro, no te preocupes. Vete tranquila, que yo me quedo al mando. ¿Necesitas que llame a alguien para que te acompañe?

Me preocupa que vaya sola, ya que si finalmente ha decidido ir al médico es porque le está molestando y le duele de verdad, pero es tan cabezota que no lo reconocerá jamás. Lo mínimo que puedo hacer por ella es quedarme y ayudarla este ratito en la tienda, con todo lo que han hecho ella y su hermana por mí.

—No, puedo ir sola. Soy vieja, pero aún me manejo perfectamente, niña. Una rodilla dolorida no puede pararme.

Admiro la fortaleza de esta mujer; me conformo con ser la mitad de fuerte que ella, pero no le vendría mal, de vez en cuando, bajar la guardia y dejarse cuidar y mimar un poco.

—Eres imparable, Margorie. Tómate todo el tiempo que necesites y me avisas si surge cualquier contratiempo, ¿vale?

—Que sí, niña, que sí, eres peor que mi hermana —dice poniendo los ojos en blanco—. Te dejo las llaves debajo del mostrador, y... ¿ves ese montón de rosas? Hay que deshojarlas y cortarles los pinchos del tallo. Así que ya sabes. Las vas dejando encima de esa mesa —añade señalando la mesa blanca de montaje—. Cuando vuelva ya montaré yo los ramos.

Sale por la puerta y me pongo manos a la obra con las rosas. Tardo bastante menos de lo que pensaba en terminar con ellas y colocarlas donde me ha dicho. Podría ir preparando los ramos, pero no sé de cuántas rosas tiene que ser cada uno, así que decido ponerme a ordenar un poco las estanterías y los libros que tiene expuestos en la mesa central. Me resulta impresionante ver cómo lo tiene todo colocado en armonía de colores, formando un arcoíris de libros y flores. El gusto y la sensibilidad de Margorie para la

decoración y la creación de espacios contrastan con su apariencia algo tosca y desenfadada. Ella es el claro ejemplo de que las apariencias engañan, y desde luego que nunca hay que juzgar un libro por su cubierta.

27



Entran varios clientes, que se preocupan por Margorie al no verla. Algunos piden consejo para comprar algún libro, así que les hago recomendaciones dependiendo de lo que me cuentan que les apetece leer. Otros vienen a por flores o alguna plantita y debo decir que en esas ocasiones me dejo guiar por mi instinto, porque no tengo mucha idea de botánica, pero hago lo que puedo y ellos parece que salen contentos con mis elecciones. La verdad es que me está gustando mucho la experiencia y parece que se me está dando bastante bien; en vez de hacerle yo el favor, me lo hace ella a mí, porque estoy en mi salsa y me siento muy cómoda guiando a los compradores.

Llevo unas dos o tres horas aquí cuando me fijo en que Margorie está apoyada en la puerta de entrada.

—Es que estoy muy indecisa, cielo, no sé qué libros podrían gustarle más a mi nieta —me dice una señora a la que estoy atendiendo.

—Si me permite, por lo que me ha contado sobre sus gustos y los libros que suele leer, yo le recomendaría alguno de estos tres. —Le enseño tres de mis novelas navideñas favoritas—. Además de ser

superadictivas, están ambientadas fenomenal. Si es lectora estacional, estoy segura de que le van a encantar.

—No se hable más, me has convencido. Pónmelas todas, seguro que mi nieta estará supercontenta y, ¿sabes?, me ha picado la curiosidad por leerlas y me las voy a llevar también para mí. Da gusto escuchar a alguien hablar con tanta pasión de los libros, se nota que has nacido para este trabajo.

—Muchísimas gracias. Espero que a su nieta le guste la elección y que disfruten mucho de las lecturas.

Lo preparo todo en un paquetito de regalo supermono, y la mujer se va muy satisfecha.

—Estoy impresionada, estrella, esto se te da realmente bien. Veía potencial en ti, pero no me imaginaba que tanto —comenta Margorie entrando por la puerta con una muleta.

—Oh, Dios mío... Espera, espera, que te ayudo —digo algo asustada cuando veo la aparatosa situación.

Corro para echarle una mano y me fijo en que tiene una venda que intuyo que le cubrirá toda la pierna.

—No te alarmes, niña, esto es más llamativo que otra cosa. Tengo un esguince en la rodilla y no puedo forzar ni apoyar. Donalson me ha mandado reposo varias semanas, además de hielo y compresión, así que venía un poco desmotivada y preocupada..., hasta que te he visto atender y desenvolverte tan bien con esa mujer. Me gustaría que trabajaras para mí, al menos hasta que el doctor me levante el castigo. ¿Qué me dices? He visto el brillo que tenías en los ojos cuando le estabas hablando a esa señora de los libros. Y ese brillo es el que hace falta para trabajar en un sitio tan especial como este.

—¿De verdad? Me encanta la idea, Margorie, y si además así te ayudo es lo mejor que me podía pasar. Trabajaré aquí todo lo que necesites —le digo mientras le doy un abrazo.

—Suerte que mi casa está justo arriba, así podré bajar cuando quiera o lo necesite, que ya sabes que no puedo estar mucho tiempo separada de mis libros y mis flores.

—Sí, tú, lo del reposo, desde luego que no lo vas a llevar bien, pero yo me encargaré de cuidarte y ayudarte en todo lo que haga falta.

—Esta tarde llamaré al gestor para que preparen cuanto antes tu contrato. Ahora vamos a montar esos ramos de rosas, niña.

Y nos ponemos manos a la obra.

Esta mañana, cuando me he dispuesto a buscar trabajo, lo último que me imaginaba es que acabaría haciéndolo aquí. Una vez más, el destino cuidándome y brindándome oportunidades maravillosas. Amo este lugar y a esta mujer, que me ha acogido bajo sus alas desde el mismo momento en el que me crucé en su camino.

Esta semana va a estar llena de nuevos comienzos.

28



—Te echaré mucho de menos, Millie —sollozo hipando y secándome las lágrimas.

Llevo llorando un rato, sin poder contenerme. Ha llegado la hora, por fin me mudo definitivamente a mi casa. He ido llevando las últimas cosas que me faltaban y ya está todo listo. Si todavía no me he instalado ha sido porque, hasta que Margorie no estuviese un poco mejor, y yo más organizada con los horarios de la tienda, no quería añadir un traslado también a la ecuación y he postergado mudarme unos días más de lo que tenía pensado en un principio. Estoy muy emocionada con ello, pero no puedo evitar ponerme melancólica al despedirme de Millie y de este lugar que me ayudó a empezar a sanar en cuanto llegué aquí. Sé que puedo volver cuando quiera, pero no es lo mismo.

—Cariño, deja ya de llorar, que me vas a hacer llorar también a mí. Además, espero que sigas viniendo a verme, ¿eh? ¡Ven aquí! —exclama mientras me da un abrazo de los suyos.

Ahora sí, con todo listo en el Jeep, pongo rumbo a *mi casa*. Me suena muy raro decir esas dos palabras, supongo que terminaré acostumbrándome. Como hasta nueva orden Margorie no puede

conducir, me ha dejado las llaves para que pueda llevar algunos pedidos de la tienda, hacerle recados y, además, moverme con total libertad por el pueblo. Tengo claro que lo siguiente que haré una vez que esté ya instalada será adquirir un coche propio, pero hasta entonces poder tener este a mi disposición me está haciendo la vida mucho más fácil.

Mi trabajo me entusiasma; no pensaba que fuese a disfrutar tanto de algo como lo hago en la Libreristería. Me encanta conversar con los clientes que vienen y, aunque aún estoy muy verde en cuanto a la parte de las flores, intento aprender lo más rápido posible. De momento solo hago lo que Margorie me manda, porque hay cosas que yo no tengo ni idea de cómo hacerlas, como elaborar ramos y todo el arte que hace con las flores y las plantas. Intento adelantarle todo el trabajo posible para que ella pueda realizarlo sin forzar mucho la pierna. La verdad es que hemos formado un gran equipo.

Cuando llego a la casita, veo que tengo una cesta en la puerta. Dejo dentro las pocas cosas que he traído conmigo y salgo a por el regalo misterioso. Está llena de frutas y productos *gourmet* y un pequeño árbol de Navidad con las ramas cubiertas de nieve. También hay una nota, aunque no me hace falta leerla para saber de parte de quién viene el regalo. Porque en este pueblo solo hay un sitio que venda estos productos, la tienda de la familia de Samara y Eiden. Cuando pienso en este último, acuden a mi mente los recuerdos de la fiesta y un dulce calor me sube por las mejillas.

No hemos vuelto a hablar del tema. ¿Por mí? Seguramente, teniendo en cuenta que no he respondido a ninguno de sus mensajes. Aún no sé cómo afrontar la situación. Es cierto que tampoco he tenido mucho tiempo, mi mente ha estado dedicada al cien por cien a la mudanza y al trabajo. Demasiados frentes abiertos a los que dedicar mi atención. Sé por Samara que todo River Town

conoce mi nueva situación; supongo que es lo que tiene vivir en un lugar tan pequeño, que casi todo el mundo se entera de cualquier cambio existencial... En todo caso, imagino que Eiden ha querido dejarme espacio para que me instale y me organice en mi nueva vida.

Al que sí que he visto ha sido a Kai. Estoy preocupada por él. Un par de días atrás, cuando terminé de currar, me acerqué a El Tres y estuvimos hablando, pero ni yo le saqué el tema de Samara ni él hizo amago de intentar contarme nada. No lo vi mal, pero yo mejor que nadie sé que a veces nos guardamos lo malo dentro y somos capaces de que no se llegue a notar exteriormente. Confío en que, cuando estén preparados para hablar del tema, lo harán... porque Samara tampoco suelta prenda.

Coloco en su sitio todos los productos que vienen en la cesta y abro la nota:

Disfruta de tu nuevo comienzo, bienvenida oficialmente a River Town.

Sonrío por el detalle que han tenido, cuando no tienen por qué regalarme nada. Les escribo un mensaje a cada uno dándoles las gracias y también les pido que se las den a sus respectivos padres.

Mi móvil no tarda en recibir un mensaje de vuelta.

¡Anda! Pensé que habías perdido el teléfono o algo así, llevo una semana esperando a que me contestes. 🤔

Ya, perdón. Ya sabes que soy un poco desastre con esto de las tecnologías. Además, he estado bastante ocupada. 🙏

Sí, las excusas ya me las sé. Esas se te dan de puta madre. Me alegro de que te haya gustado la cesta de bienvenida y el árbol. La idea fue de Samara, yo tenía otra cosa en mente para darte la bienvenida. 😉

Es muy posible que me arrepienta de esto, pero ¿qué tenías tú en mente exactamente?

JAJAJAJA. 😈 Si quieres saberlo, te lo vas a tener que ganar...

??????????????????

🤐🤐🤐

Este chico no tiene remedio...

Está bien, ilumíname, oh, todopoderoso ser superior: ¿cómo debo ganarme tu sabiduría?

Eiden escribiendo...

No tengo todo el día...

Queda conmigo mañana.

Directo a matar. Empiezo a responderle al mensaje, pero todo lo que pongo carece de sentido, así que borro y escribo varias veces hasta que me llega otro mensaje de él.

Ahora soy yo el que no tiene todo el día, doña impaciente. Te recojo mañana cuando termines de trabajar. 😚😚😚

Mierda. Estoy perdida.

29



El tiempo en la tienda pasa más rápido de lo que me gustaría; la anticipación y pensar que tengo una especie de cita con Eiden hacen que hoy no esté dando pie con bola. Menos mal que está siendo un día bastante tranquilo y hemos aprovechado para colocar productos en el almacén y hacer inventario, Margorie sentada, claro. Esa tarea nos ha tenido ocupadas gran parte de la jornada. Mi jefa lo tiene todo organizado de manera impecable y esto facilita muchísimo el registro de las existencias. La Navidad está a la vuelta de la esquina y, entre preparar regalos y arreglos florales, no paramos.

Nunca hubiese imaginado que el mundo de la botánica fuera tan complejo; piensas que es juntar unas flores con otras, que quede bonito y poco más, y, en cambio, es supercomplicado, porque encima dependes de muchos factores y satisfacer a los clientes no siempre es sencillo. Por mi parte, estoy intentando aprender más de este nuevo mundo, me gusta sentirme segura de lo que hago.



Cuando faltan cinco minutos para cerrar, ya estoy tan nerviosa que no puedo quedarme quieta, y de forma inconsciente tamborileo con los dedos en el mostrador, esforzándome por no rascarme la piel que me empieza a picar debido a los nervios y que ya noto enrojecida en los brazos.

—Niña, ¿estás bien? —pregunta Margorie extrañada.

—¿Eh? —contesto distraída.

—Que como sigas así vas a dejar agujeros en la madera. —Y dirige la mirada hacia mis dedos.

—Sí, eh, perdona, no me había dado cuenta.

—¿Estás nerviosa por algo? —vuelve a preguntar entrecerrando los ojos y estudiando mis movimientos.

—No, no —niego mirando el reloj.

—Vale, niña, cierra ya, yo subo para casa. Nos vemos el lunes. Mañana no hace falta que vengas, dan muy mal tiempo y no voy a abrir, tengo algunos pedidos pendientes y aprovecharé para terminarlos. Disfruta y descansa, que te lo has ganado, compi —suelta guiñándome un ojo.

—Okey, Margorie, pero, para cualquier cosa, me avisas, ¿vale? Y descansa tú también, no fuerces la pierna, por favor —digo, y le doy un beso en la mejilla a modo de despedida.

—Sí, sí... ¡Anda!, ya entiendo, está fuera tu no motivo para estar nerviosa. Mira que es guapo, el condenado. Si me pilla con unos años menos... Disfruta, niña, disfruta —parlotea mientras desaparece escaleras arriba.

Cuando miro hacia el exterior entiendo a qué se refiere con ese comentario: Eiden está esperándome. Apago las luces, muevo el cartelito a CERRADO y salgo a su encuentro.

—¡Hola! —exclamo moviendo la mano enérgicamente.

¿Qué narices estoy haciendo? Me miro la mano con cara de idiota y la bajo veloz; empezamos bien.

A él parece resultarle divertido, porque está intentando aguantarse la risa y, *¡¡ispoiler!!!*, no lo está consiguiendo.

—¿Nunca te han dicho que eres tremendamente mona? —me dice mientras se acerca y me da dos besos, el segundo demasiado cerca de la comisura de los labios.

Lleva puestos unos vaqueros, una sudadera lisa gris y una *biker* de cuero negra, que le queda muy muy bien; el pelo lo tiene como siempre, despeinado; le caen algunos mechones por la frente y siento la tentación de apartárselos hacia atrás, pero me contengo. Huele a cedro, a bergamota y a lavanda. Su olor me invade, y tenerlo tan cerca hace que pierda un poco la noción del tiempo y el espacio y hasta me olvide de cómo me llamo, pero tengo que obligarme a parecer una persona normal y actuar en consecuencia, aunque no sepa muy bien cómo hacer eso. Intento mantener a raya mis nervios.

—No, eres la primera persona que dice que le parezco mona. Es más, suelen decirme todo lo contrario. Bueno, pues tú dirás: ¿cuál es el plan? ¿Quedarnos aquí, en medio de la plaza? —contesto.

—Y aquí está, la guerrera que tanto me gusta —replica—. Por cierto, estás muy guapa, Lia.

—Gracias, tú también estás muy guapo. ¿Y bien?

Cuando me he levantado esta mañana, no tenía ni idea de qué ponerme, lo único que tenía claro era que quería estar cómoda, pero sentirme guapa. Así que he optado por dejarme el pelo suelto y he

combinado un clásico del *street style*: vaqueros, camiseta de manga larga negra básica y un cárdigan largo de lana que por dentro está forrado de borreguito; es muy abrigado y nunca falla. Esta vez no me he puesto labial; no es que espere que nos vayamos a enrollar y terminar como la última vez, o sí..., pero, bueno, he decidido que mejor prevenir que curar, aunque quizá en el fondo albergo la esperanza de que sí vuelva a suceder.

—Había pensado que podríamos tomar algo, tranquilos, y luego, si te apetece, quizá ir a cenar. ¿Qué te parece? —propone.

—Me parece un buen plan.

No hay nada de peligroso en él y yo tomando algo, ¿no? Es un plan perfecto, siempre y cuando no entren en la ecuación su boca y la mía. Seguro que todo irá bien, ¿verdad?

30



No hay muchas opciones, así que nos dirigimos a El Tres, entramos y vemos que no está Kai; una parte de mí se relaja. No es porque piense que mi amigo va a juzgarme, pero no me apetece enfrentarme al cachondeo que sé que habrá.

Los padres de Kai han puesto encima de la barra una figura de Elvis vestido de Papá Noel. Tiene un pequeño vasito para las propinas y, cuando echas una moneda, el muñeco mueve las caderas al ritmo de «Santa Claus Is Back in Town».

Nos sentamos a una mesa al fondo y pedimos un par de refrescos.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal tu nueva faceta como dependienta?

—La verdad es que estoy muy contenta, trabajar con Margorie es muy fácil. Y debo decir también que casi todos los clientes son encantadores.

—Y que no me entere yo de que alguno te trata mal...

—Bueno, ya está aquí don Eiden, el perdonavidas. Te falta el gato persa blanco para ser un auténtico villano.

—Gato persa no tengo, pero sí que «haría arder el mundo por ti, muñeca» —dice exagerando su voz grave.

—Bueno, guárdate las chispas para otra ocasión, Caballero Oscuro.

La conversación fluye y nos lo estamos pasando muy bien, pero, no sé cómo, terminamos hablando de sus padres y de cómo se siente con que ellos tengan que viajar tanto. Hablar de mis padres no es precisamente mi tema de conversación favorito, pero me gusta escucharlo hablar de los suyos. Lo malo será que él sí quiera que yo hable de Mike y Leticia.

—Ahora ya estoy acostumbrado, pero tuve una época difícil cuando era más pequeño. Empezó justo antes de la adolescencia. Supongo que, si ya de por sí suele ser una época mala, que ellos viajaran tanto hizo que me rebelara aún más. Reconozco que no se lo puse nada fácil, y les eché mucha mierda encima, sobre todo a mi madre. Cada vez que podía la hacía sentirse culpable por estar tanto tiempo fuera y dejarme.

—Jo, bueno, pero seguro que ella lo entendió, y tú has reconocido que la cagaste y te comportaste mal. Al final es lo que dices, es una etapa difícil..., entre que nos dominan las hormonas y no entendemos qué nos pasa... Si a eso le sumas que tus padres no estuvieran todo el tiempo que quizá tú necesitabas, tuvo que ser duro para ti, aunque seguro que también para ellos. Me alegro de que dejaras todo eso atrás y lograrais verlo con otra perspectiva.

—Me costó un poco llegar a ese punto, y luego vino la época de liarla haciendo fiestas en casa y demás, fue una etapa un poco oscura también. No me siento demasiado orgulloso de aquello.

No sé muy bien cómo, pero mi mano acaba encima de la suya, para mostrarle mi apoyo, pero también porque necesito sentirlo de alguna manera.

—¿Y qué me cuentas de tu familia? Nunca hablas de ellos.

Justo el tema del que no me siento nada orgullosa y prefiero evadir por todos los medios.

—Ya, bueno, es complicado.

—Venga, Lia, yo te estoy contando mis mierdas, cuéntame las tuyas..., que seguro que alguna hay.

—No, no me apetece hablar de ello, en serio.

—¿Qué pasa? ¿Tan rebelde eras o qué? Déjame adivinar... —suelta en tono jocoso—. ¿Te llevaste a alguien a casa y te pillaron?



A medida que me acerco a esa habitación, las risas y los susurros son cada vez más notorios. Mi corazón está superacelerado, me retumba en los oídos. Me paro frente a la puerta, mi mano se posa sobre el pomo y, cuando estoy a punto de abrir, oigo un ruido en el dormitorio de mis padres y automáticamente pego un salto. «Coño, qué susto», pienso. Cambio el rumbo y atravieso el largo pasillo hasta llegar allí. Entro y veo a mi madre, que está KO en la cama, y en su mesilla puedo ver la caja de pastillas para dormir; el ruido lo ha producido una botella de agua que se ha caído al suelo. Cuando toma esas pastillas... no se inmutaría ni aunque pasase un elefante gritando por su lado.

Es entonces cuando entiendo qué es lo que posiblemente me voy a encontrar tras la puerta del cuarto de invitados, las piezas del puzle encajan solas...



De golpe empiezan a reproducirse en mi cabeza todos los recuerdos de cuando me marché de casa y siento que no puedo respirar, que estoy encerrada, y tengo mucho calor; he de salir de aquí. Me largo del local prácticamente corriendo, dejando a Eiden atrás. Necesito respirar, necesito aire.

Me estoy ahogando.

Cuando noto el viento frío en mi cara, inspiro y espiro por la nariz e intento calmarme, apaciguar el huracán que siento en mi interior. Sé que él no tiene ni idea de todo por lo que he pasado y que no lo ha hecho con intención de hacerme daño ni nada similar, ha sido un comentario desafortunado, no lo culpo por ello.

La puerta se abre y por ella sale Eiden, con mi cárdigan en la mano. Me busca con la mirada y ve que he ido hacia la entrada del callejón que da al bar, no quiero que nadie me vea así. Detecto en su cara que está muy preocupado y en sus ojos, que se siente culpable por lo que acaba de ocurrir.

—Necesitaba salir, yo, lo siento, Eiden, no, no sé... —balbuceo intentando disculparme por haberme marchado así de El Tres mientras él me coloca la prenda encima.

—No, Lia, ha sido culpa mía. Lo último que pretendía era que te sintieras presionada y está claro que lo que he dicho, por el motivo que sea, no te ha traído buenos recuerdos. Es que no sé cómo, pero siempre acabo cagándola. Me preocupo por ti, eso es todo. Soy un desastre en todo lo que tiene que ver contigo. Solo quería saber más de ti, Lia, conocerte mejor. Lo siento de verdad, soy un gilipollas.

—No digas eso, no eres ningún gilipollas y mi reacción no ha sido culpa tuya. Mi vida no ha sido fácil y estoy tratando de sanar, de dejar todo aquello atrás. Aún me cuesta hablar de aquello y de ellos, de mis padres, pero te lo contaré cuando esté lista, ¿vale? Simplemente algunos malos recuerdos han aparecido en mi mente y

me he agobiado. Necesitaba un poco de aire. Pero ya estoy mejor, en serio.

Todavía no me siento preparada para compartir esa parte de mi vida con Eiden. Hablarlo con Kai me resultó reconfortante, porque en ese momento estaba con la guardia baja, nos encontramos en el sitio y en el lugar adecuados. Con Samara fue mucho más sencillo y sanador..., pero con Eiden las cosas son diferentes, por primera vez me siento como una chica de mi edad. Con él saco esa parte juguetona, coqueta y vacilona que me encanta y que no había sentido nunca. Y quiero que siga siendo así un poco más. Sé que el momento llegará y deseo que sea de forma natural y con tranquilidad, no en uno de flaqueza por un comentario desafortunado.

Nuestras miradas se encuentran y Eiden se va acercando a mí, me acaricia los dedos de la mano, posando con suavidad su mano en la mía; con la que tiene libre me levanta la barbilla y se ayuda para acercar mis labios a los suyos, lenta y muy dulcemente. Estamos a milímetros de distancia, nuestros labios casi se están rozando, cuando oímos un grito y los dos nos sobresaltamos.

—Pero ¿qué cojones...? ¿Quién está ahí?

31



De entre las sombras del fondo del callejón aparecen dos personas que conocemos muy bien: Samara y Kai.

Mi amiga está bastante sonrojada y le hago señales para que se dé cuenta de que tiene los botones de la camisa mal abrochados. Se apresura a abotonarse bien y subirse la cremallera del abrigo, y en ese momento veo que mira fijamente mi mano, que sigue agarrada a la de su primo. Lo suelto enseguida, como si de pronto quemara. Menuda pillada por cuatro. Ninguno va a decir nada, pero yo tengo una idea más o menos clara de lo que estaba pasando en ese callejón. Aunque no tengo pruebas, tampoco tengo dudas.

—Hombre, chicos, ¿qué hacéis aquí? —dicen Kai sin mirar a Samara, intentando disimular.

Está más que claro que no somos los únicos que acabamos de ser interrumpidos.

—Pues íbamos a cenar. Nos hemos encontrado cuando he salido de trabajar y hemos pensado en venir aquí y comer algo —miento.

—Ah, pues nosotros también. Acabamos de encontrarnos y estaba, esto... ayudando a Samara a buscar algo que se le había

caído ahí... al fondo. Pues, si queréis y os apetece, podemos cenar los cuatro juntos.

—Sí, claro, una idea genial —comenta Eiden un poco sarcástico—. Ya me explicarás en otro momento qué era lo que se te había caído, primita —añade clavando la mirada en ella.

Samara le saca el dedo corazón a su primo y se lo planta en toda la cara.

—Venga, vamos dentro, chicos —propongo.

Supongo que esto se acaba de convertir en una (no) cita doble.

Los cuatro entramos en El Tres y nos sentamos a una mesa, esta vez menos alejada que en la que estábamos antes Eiden y yo. Mark se acerca a nosotros.

—Hijo, la próxima vez que te vayas y me digas que vas cinco minutos fuera, que no se convierta en una hora, que tu madre estaba a punto de llamar a la policía.

¡¡¡Pillados!!!

Samara se empieza a poner de todos los colores, pero, bueno, no seré yo la que pregunte nada, porque aquí todos tenemos algo que esconder. Así que, como se suele decir, en boca cerrada no entran moscas.

—Bueno, papá, no creo que haya estado tanto rato fuera, mamá siempre exagera. Me he encontrado con Samara y nos hemos puesto a hablar y quizá se nos ha ido un poco el tiempo. Y justo después nos hemos encontrado con Acalia y Eiden y hemos pensado en cenar algo, ya que estamos los cuatro juntos.

—Bueno, bueno, ya hablaremos luego, Kai. Entonces, ¿qué os pongo, chicos?

—Propongo que compartamos una ración de patatas, una de alitas picantes y otra de aros de cebolla, y luego pedimos unos sándwiches —contesta el propio Kai, y todos asentimos con la cabeza.

—Y para beber, ¿qué os apetece?

—Agua —decimos los cuatro a la vez.

—Marchandooo —responde Mark.

Enseguida vuelve con la bebida y las raciones y pedimos los sándwiches, que nos trae al cabo de un rato. El ambiente está mucho más relajado que cuando nos hemos encontrado por sorpresa.

—Venga, contadme algo de cuando erais pequeños. Estoy segura de que las liabais muy gordas —sugiero.

—La verdad es que éramos el terror del pueblo —suelta Eiden orgulloso.

—Ya te digo. ¿Te acuerdas de cuando nos colábamos en el gallinero de los Williams y les robábamos los huevos? Creo que nunca se enteraron de que éramos nosotros. Las gallinas, cada vez que nos veían aparecer, intentaban picotearnos sin éxito —cuenta Kai muerto de risa.

—Vosotros os lo pasabais muy bien, pero a mí me teníais siempre en la puerta vigilando que no viniera nadie —protesta Samara.

—La mejor fue la vez que atamos todas las puertas con cuerdas, unas con otras, y nadie podía abrir ni salir de sus casas. Por esa bromita estuvimos castigados bastante tiempo, qué locura —dice Eiden.

—Y bien merecido, eso fue un caos durante mucho rato —contesta Samara.

—Eso lo dices porque tú no estabas y te libraste del castigo.

—Me tiré más de tres horas sin poder salir de casa, caraculo —le recrimina a su primo sacándole la lengua.

Los cuatro nos echamos a reír.

La única travesura que hice de pequeña fue esconderme dentro del armario. Mi plan era que mi madre o mi padre entraran en mi

habitación buscándome y salir de allí para darles un supersusto. No sé cuántas horas pasé metida allí, esperando. Pero nadie vino. Lógicamente no lo comparto con ellos, porque lo estamos pasando muy bien y no quiero que sientan pena por la niña tan infeliz que fui.

Algo en mi semblante debe de haber cambiado cuando esos recuerdos han acudido a mi mente y es como si Eiden hubiese leído mis pensamientos, porque siento como posa con suavidad la mano sobre mi pierna, que está moviéndose nerviosa bajo la mesa, para apaciguarla. Y con ese sencillo gesto hace que vuelva aquí con ellos y consigue que la calma regrese a mí. Y aunque él aún no sepa el motivo de mi incomodidad, me reconforta que me muestre su apoyo y me haga sentir que no estoy sola.

—Es un buen momento para preparar unos cócteles, cero, especialidad de la casa, ahora que hemos terminado de cenar —propone Kai mientras se levanta de su silla.

—O sea, que necesitas que seamos tus conejillos de Indias para algo nuevo que te has inventado, ¿no? —expone Samara.

—Exactamente, rubia. Ahora vuelvo.

Al cabo de pocos minutos vuelve con las bebidas y le doy un primer trago con algo de miedo.

—Esto está buenísimo, Kai —pronuncio al fin—. Lleva algo de cítricos, ¿no?

—Si te revelara lo que lleva, después tendría que matarte, Lia. Pero, sí, lleva algo cítrico.

Debo reconocer que Kai tiene un don para mezclar bebidas y convertirlas en toda una experiencia para el paladar. Es sencillamente extraordinario verlo trabajar, mezclar, agitar... Tan concentrado, con tanta dedicación... Cuando a alguien le llena de verdad lo que hace, se nota, y no hay duda de que a él, ser barman, lo llena y lo hace feliz.

Aunque el plan ha sido del todo improvisado por las circunstancias y se ha convertido en una especie de cita doble un poco rara, la noche ha estado muy bien. Pero... ¿qué habría pasado si Samara y Kai no nos hubiesen interrumpido? No os preocupéis que ya os lo digo yo, COMPLICACIONES, eso habría pasado. La pregunta es... ¿quiero complicarme?

32



Estamos fuera, despidiéndonos, cuando me doy cuenta de que no tengo las llaves del Jeep. Con los nervios por la cita con Eiden me las he debido de dejar dentro de la tienda. Es muy tarde y no quiero despertar a Margorie ni asustarla, así que entrar a cogerlas no es una opción. El coche está bien aparcado, eso me tranquiliza; lo malo es que me va a tocar dar una buena caminata hasta mi casa.

—Te acompaño hasta la librería, Lia —me propone Eiden.

—¿Por...?

—Porque he visto que está el Jeep aparcado allí. Margorie te lo ha dejado para que te muevas por el pueblo mientras ella no lo usa, ¿no? Voy contigo a buscarlo.

—Es que... No iba hacia allí.

Mi casa está en la dirección contraria.

—¿Y hacia dónde ibas? —pregunta extrañado.

—Me he dejado las llaves dentro de la tienda y no quiero despertar a Margorie. Voy a casa, andando.

—¿Andando? Tú estás loca. ¿Ibas a ir sola desde aquí hasta tu casa? Pero si hay como cuarenta minutos a pie y no hay ni luces en algunos tramos del camino. Ni de puta coña, te llevo yo.

Veo que Samara viene por detrás y me agarra del brazo.

—Perfecto, pero nos llevas a las dos, primito.

Miro a mi amiga con cara de sorpresa y noto que necesita que la salve; hoy ella necesita una vía de escape, imagino que vamos a tener una larga noche por delante.

—¿Y tú a dónde quieres que te lleve? —pregunta Eiden en tono de fastidio, mirando fijamente a su prima.

—Pues a casa de Lia, a dónde va a ser. ¿Hoy podemos dormir juntas? Porfi, porfi —suplica mirándome.

—Claro que sí, pijama *party.* —Opto por seguirle el juego.

No sé lo que tenía Eiden en mente, pero está claramente molesto con este plan improvisado de última hora. Pongo los ojos en blanco y evito preguntar para no hacer más leña del árbol caído. Samara me necesita y pienso estar con y para ella.

El coche de Eiden está aparcado en el mercado. De camino hacia allí, las pequeñas luces amarillas de Navidad que decoran las fachadas nos iluminan el camino; el contraste con los tejados negros y las paredes de piedra hace que River Town parezca el decorado de una película navideña. Cuando llegamos, Eiden se apresura a abrirme la puerta del copiloto al más puro estilo caballero del siglo XIX. Yo me río por lo bajo y subo al coche.

—¿Qué pasa, don caballerosidad?, ¿a mí no me abres la puerta?

Veo como la fulmina con la mirada e imita el gesto que hace unas horas le ha hecho su prima, una peineta. Rodea el vehículo para tomar asiento y sube.

—Samara, ¿por qué no nos explicas qué es lo que se te había caído en el callejón? —pregunta con picardía Eiden una vez que hemos puesto rumbo a mi casa.

—No creo que sea asunto tuyo lo que se me haya perdido en el callejón, querido primo..., pero, ya que estamos hablando un poco

de todo, podrías explicarme esa nueva afición tuya a los pintalabios rojos, el que llevabas el otro día en la fiesta te quedaba muy bien... Ya me dirás de qué tono era.

A mí me entra la risa y hago todo lo que puedo por no soltar una carcajada.

Nota mental: No meterme nunca con Samara, porque mi amiga no se anda con minucias.

—Claro, primita, el tono es el de mis cojooo...

Corto a Eiden antes de que siga hablando.

—Samara, ¿te apetece que veamos algo en la tele cuando lleguemos a casa?

No sé si vamos a verla, pero intento que el ambiente se destense un poco, bastante rara ha terminado siendo la noche.

—¡Uy! Yo sé de un programa buenísimo —sugiere Eiden—. Es de esos de *true crime*, se llama *Familias (im)perfectas*; el capítulo que no os podéis perder es el que se titula «Cómo matar a tu prima la bocazas revienta noches y que no te cojan».

—¿Me estás queriendo decir algo, primito?

—Sí, que eres peor que una ladilla.

—¿Lo dices por experiencia propia, Eiden? Eso debe de picar, ¿no?

Eso me ha dolido hasta a mí; minipunto y punto para Samara Hugh.

—Sami, ¿te acuerdas de la alfombra de tu cuarto? Esa que tanto te gusta y que me encargué personalmente de que te compraran... Pues en esa tienda tenían más cosas de ese color tan cuqui, creo que voy a ir hablando con mi madre, que seguro que no tiene ni idea de qué podemos regalarte para tu próximo cumpleaños...

—No serás capaz... —Mi amiga lo mira entrecerrando los ojos.

—Tú sigue tocándome los huevos y verás si lo soy o no...

Han sido diez minutos de trayecto bastante entretenidos. Adoro la complicidad que tienen Eiden y Samara, porque hay que traspasar las líneas de la confianza para picarse de la forma en la que lo hacen y no terminar en una bronca de categoría.

Samara sale escopetada del coche y va dando saltitos alegremente hasta la puerta de mi casa; os juro que es como un puto duendecillo siniestro, tan rubia, tan pequeña, tan alegre y vestida de negro con cadenas incluidas. Eiden se baja también para despedirse. Nos quedamos unos segundos en silencio, está claro que ninguno de los dos esperaba este giro, pero a veces las cosas suceden así.

—Lia. —Al final es Eiden quien lo rompe.

Lo miro a los ojos, el ambiente se ha vuelto eléctrico y no sé si solo es cosa mía, pero empiezo a sentir un calor sofocante al tenerlo tan cerca y a la vez no poder tocarlo. Porque lanzarme a comerle la boca con su prima en la puerta de mi casa esperando no es buena idea, ¿verdad? ¿O sí? Eiden me saca de mi debate interno cuando me vuelve a hablar.

—Siento todo el numerito del coche, mi prima a veces consigue tocarme los huevos a dos manos. No era este el plan que tenía pensado para hoy, la verdad.

—No, no pasa nada. Si quieres y te apetece, mañana tengo el día libre y podríamos hacer algo... —suelto tan rápido que casi se me atropellan las palabras.

«Así, Acalia, muy bien, manteniendo la calma, sin parecer desesperada, guapa...».

Eiden me sonríe, ahí están esos malditos hoyuelos con los que he soñado más veces de las que quiero reconocer.

—Creo que no hay nada que me apetezca más que hacer algo contigo, y tengo en mente el plan perfecto. Mañana, después de comer, paso a buscarte. Ponte ropa cómoda y abrígate. —Se acerca

y pienso que va a darme un beso en la mejilla de despedida, pero, en su lugar, me susurra al oído—: Aunque te voy a hacer sudar y posiblemente gritar. Nos vemos mañana, Lia.

Pero cómo narices voy a sobrevivir hasta mañana con lo que me acaba de soltar. Cojo aire y me reúno con Samara. Entramos las dos en casa y cierro la puerta.

—Tú, rubia, desembucha ya... ¿Qué ha pasado esta noche con Kai?

33



Mi amiga me mira sin saber qué decir, pero no se va a librar de contarme qué es lo que está ocurriendo entre ella y Kai.

—Tía, estoy hecha un lío. Se suponía que esto no iba a volver a pasar, pero es que no sé qué nos sucede, nos hemos puesto a discutir..., bueno, yo he sido la que ha comenzado, como siempre, y no sé, somos un desastre.

Se tapa la cara con las manos.

—Voy a preparar un té chai, Sami, creo que te vendrá bien.

—Me vendría mejor una botella de alcohol de esos que con solo olerlos te emborrachan, Lia...

—Ahora vuelvo con el té, Samara, pero ve empezando a soltar la lengua, guapita de cara.

Voy a la cocina a preparar las infusiones y, en cuanto vuelvo con mi amiga, esta se tapa la cara con las manos de nuevo y se pone a hablar.

—Es que no sé por dónde comenzar. Él y yo, yo y él... Es complicado.

—Vale, Sami, cielo, si quieres que te entienda, tendrás que explicarme un poco más a fondo tu situación con Kai. Después de la

fiesta me quedé muy preocupada, al ver cómo estabas y cómo estaba él también, pero entendí que necesitabais, los dos, tiempo y espacio. Y eso hice, esperar. Pensaba que las cosas ya se habrían aclarado entre vosotros, pero, tía, en el callejón os estabais enrollando y no me digas que no, que tonta no soy.

—Es una historia muy larga y supercomplicada, pero, sí, lo reconozco, ¿vale? En el callejón nos estábamos liando, pero liando, liando, que hasta se nos estaba yendo de las manos la situación, tía. Si no llegáis a aparecer...

—La madre que te parió, Samara. Si no os cortamos el rollo... ¡¿hubierais terminado follando en el callejón del bar?! —exclamo llevándome las manos a la boca—. ¡Pero si están los padres de Kai al otro lado de la puerta del almacén, so cochina!

—Ya, es que ya te he dicho que es una historia larga...

—Punto número uno, tengo tiempo de sobra para que me cuentes esa historia tan larga y complicada y, punto número dos, repito, sus padres estaban en el bar. Podrían haber sido ellos los que os descubrieran, incluso saliendo allí mismo por la puerta del almacén.

—No te creas, ¿eh? Tenemos el sitio perfectamente elegido, es como una especie de punto ciego, es casi imposible que te vean allí —explica levantando sugerente ambas cejas.

Analizo lo que acaba de contarme y...

—Samara, ¿cuántas veces os habéis liado? ¿Cuántas veces ha pasado esto?

Pone cara de pillada y abre la boca para responderme, pero se queda pensativa y empieza a sonreír, estoy segura de que está rememorando todas y cada una de las veces que se han enrollado.

—Llevamos muchos meses..., bueno, ya sabes, es difícil en realidad saber cuántas veces ha pasado, pero muchas, Lia, muchas. Intentamos pararlo, pero somos como polillas que van

irremediablemente hacia la luz. Creo que tengo una enfermedad o algo, Kaicitis —suelta tan tranquila.

Pongo los ojos en blanco y toco la frente de mi amiga con la palma de la mano.

—¿Qué haces? —pregunta Samara sorprendida.

—Comprobar si tienes fiebre o estás enferma y necesitas una ambulancia por la pastelada que me acabas de soltar por la boca... *Simis quimi pililis qui vin irrimidibliminti hici li liz.* —Me burlo un poco de ella para quitarle algo de tensión al asunto.

Consigo que Samara se ría; es una risa que no dura mucho, pero menos es nada.

—Si me pinchas, no sangro, pero ni una sola gotita. ¿Lleváis meses así y nadie hasta ahora se había dado cuenta de lo que estabais haciendo?

Estoy alucinando.

—Como sabes, tengo las tardes libres... y digamos que una cosa llevó a la otra. La verdad es que siempre habíamos discutido por tonterías, nos gustaba picarnos, pero la cosa enseguida se calentaba. —La miro con cara rara—. No ese tipo de calentura, bueno, igual un poco sí, pero lo que quiero decir es que lo que empezaba con pullitas pronto subía de tono y acababa en una discusión de las gordas..., hasta que un día algo hizo clic en mí y me lancé a comerle la boca. Tía, te juro que me dio como una crisis de locura, pero, amiga, ¡qué subidón!, es como una droga, no puedo evitarlo. Sin embargo, lo que empezó como un juego nos ha terminado explotando en la cara. Y no sé cómo pararlo.

Lo que me está explicando es que tienen una relación tóxica de manual y llevan muchos meses así.

—Pero, Samara, esa relación no es buena para ninguno de los dos. Vais a acabar heridos ambos.

—¿Te crees que no lo sé? De ahí viene la complicación. Kai, hace unas semanas, se medio declaró... Me dijo que quería ir en serio; que nos dejáramos de historias; que estaba dispuesto a todo por que estuviéramos juntos, sin escondernos.

—¿Se «medio declaró», dice? Tía, eso es una puñetera declaración en toda regla. ¿Y qué le contestaste?

—Que dejara de decir gilipolleces. Entonces no quería una relación..., bueno, y ahora tampoco. Así que le solté eso como si él me estuviera gastando una broma y no volvimos a sacar el tema de iniciar una relación hasta hace dos semanas, justo antes de la fiesta.

—Eres la reina de la delicadeza, ¿eh? Claro que sí... Un tío te hace una declaración de amor y tú le contestas que no diga gilipolleces.

Me declaro fan de mi amiga...

—Ya lo sé, pero es que no sabía qué decirle y se me ocurrió eso.

—¿Y qué pasó en la fiesta, Samara? Yo lo animé a hablar contigo, pero porque pensaba que os habíais enfadado sin más, un malentendido entre amigos. Ahora me siento fatal por entrometerme, no pensaba que hubiera tanto dramón detrás.

Más o menos me puedo hacer una idea de lo que pasó en la fiesta, sabiendo el resultado que tuvo después.

—Pues que me dijo que me quería, que no podía más y que no deseaba seguir así, que lo quería todo o nada, que no podía conformarse con migajas. Pero yo no puedo, Lia, no puedo. Tuve que volver a rechazarlo, pero esta vez la conversación fue más en serio y me dijo que, entonces, lo nuestro tenía que acabar. Nunca lo había visto tan destrozado como esa noche. Su voz, su mirada. Me rompió el corazón. Y yo se lo aplasté a él.

—¿Y lo de hoy qué ha sido, la despedida? Porque a mí no me ha parecido que hayáis zanjado nada. Pero si acabas de contarme que casi acabáis follando en el callejón, tía, ¡en el callejón!

—Por eso precisamente es complicado, porque no podemos estar juntos, pero tampoco separados. Todo es una mierda, tía —gimotea a punto de llorar, pero aguantando las ganas.

—Sami... Ven aquí, anda...

Nos abrazamos y finalmente no puede retener más las lágrimas y rompe en llanto. La situación sí que es complicada.

—Es que Kai es mucho mejor que yo, se merece a alguien más acorde con él —confiesa hipando.

—No tengo ni idea de por qué piensas eso, yo creo que sois los dos maravillosos, pero está claro que estáis metidos en una rueda tóxica y en algún momento alguno de los dos tendrá que parar y bajarse. Y entonces vendrá lo realmente chungo, porque salir de forma definitiva de ese tipo de relaciones no es fácil, Samara, y no todo el mundo lo consigue.

—Lo sé, y por eso me siento tan mal, Lia. No sé cómo parar esto.

—Seguro que encontramos la manera, Sami.

Luego nos zampamos un buen trozo de tarta de zanahoria cada una y nos quedamos dormidas viendo un programa raro en la tele, un *reality* de dudosa categoría sobre unas amas de casa millonarias de Colina Hills.

—Me voy, Lia, gracias por todo. Eres la mejor amiga que puedo tener.

—Samara, son más de las doce del mediodía. ¿Por qué no te quedas y comemos juntas?

—No, es que tengo cosas que hacer. Te llamo mañana, ¿vale?

—Vale, como quieras, pero confía en que todo va a salir bien.

Entiendo que necesita estar sola, sé lo que es y lo que sientes cuando debes gestionar algunos sentimientos contigo misma, así que no insisto. Seguro que con el tiempo terminará encontrándose mejor.

34



Estoy esperando que llegue Eiden. Margorie me ha dicho que va a hacer mal tiempo, pero el cielo está totalmente despejado y brilla el sol. Aunque hace frío, estoy en el jardín haciendo un poco la fotosíntesis invernal con una manta por encima, sentada en el columpio mientras leo un libro. El elegido es un manual que me recomendó mi jefa sobre flores, pero no me entero de mucho, la verdad. Me está costando horrores concentrarme en la polinización de la orquídea y no es porque esté pensando en otro aguijón, que os conozco...

Oigo el sonido de unos neumáticos, pero no entra ningún coche en mi campo de visión. Unos minutos después veo a Eiden aparecer y no puede ser cierto lo que ven mis ojos. Lo miro con cara de estar flipando, y es que en realidad lo estoy.

—Debes de estar de broma —suelto mientras me levanto.

—Pues no. Ha llegado el día de que te montes en una de estas —replica señalando lo que tiene entre las piernas.

—Eiden, de todas las ideas que has tenido, creo que esta es la peor de todas. Me voy a matar. Además, es enorme.

—Eso es porque esta es mi bicicleta. La he traído porque, en cuanto aprendas a montar, vamos a dar un paseo juntos. Tu bici aún no la he bajado del coche. Es blanca y tiene una cestita muy cuqui —me explica mientras pestañea muy rápido, agitando las pestañas como si fuesen abanicos y poniendo morritos—. Venga, no te lo pienses. Además, puedes estar tranquila, pues he traído todo lo necesario para que no solo no te mates, sino que salgas ilesa y de una sola pieza de esta experiencia: casco, rodilleras, coderas, muñequeras... Te prometí que hoy sudarías y gritarías y yo siempre cumplo con lo que digo, nena.

Malditas palabras con doble sentido...

—Repito que es la peor idea que has tenido, se me va a dar fatal. Y me voy a morir de la vergüenza como me caiga.

—Déjate de tonterías; si te caes, te levantas y punto. Anda, ven a conocer tu bicicleta nueva.

Debo admitir que tiene razón, es muy cuqui, rollo *vintage*, blanca y con el sillín y las ruedas en marrón. La cestita es blanca también y me estoy visualizando montada en ella, con la cesta llena de flores... Mierda, ahora quiero aprender a montar en esta cosa.

—Me las vas a pagar, eh —lo amenazo.

—Lo estoy deseando —responde partiéndose de risa.



Cuando encontramos un sitio tranquilo donde poder empezar a practicar, bajamos del coche y sacamos la bici del maletero. Estoy cagada de miedo, lo reconozco, pero ya no hay vuelta atrás.

—Comenzaremos por lo básico, subir y bajar, y después seguiremos con los frenos. Tienes que familiarizarte con ellos, es

importante que sepas usarlos de la manera correcta.

Se pone tan serio explicándome las cosas que me entra la risa. Me fulmina con la mirada y me pongo manos a la obra. Puedo subir y bajar sin problemas, así que Eiden me dice que no hace falta ajustar el sillín; si luego en marcha vemos que estoy incómoda, lo ajusto y listo.

—Vale, esto creo que lo tengo.

—Ahora vamos a empezar a andar, pero lo haremos como si fuera un triciclo, sin pedalear; es importante que mires siempre hacia delante, no puedes perder la atención de lo que pasa a tu alrededor. —Sigo sus indicaciones—. Vale, bueno, ahora probaremos a pedalear un poquito en línea recta. No te pongas nerviosa, yo estoy aquí contigo y no voy a dejar que te caigas, ¿vale? Como aquella vez con la escalera, ya sabes que tengo buenos reflejos; lo importante es que estés tranquila y cómoda.

La verdad es que voy más segura de lo que imaginaba. No está resultando nada traumática la experiencia; todo lo contrario, diría que hasta me lo estoy pasando bien. Consigo avanzar un poquito; sin embargo, pierdo el equilibrio todas las veces que lo intento. No me llego a caer, pero porque Eiden está atento a mí en todo momento.

—Esto es más difícil de lo que pensaba —gimoteo desanimada—. Los niños hacen que todo parezca más fácil.

—Es como todo, Lia, práctica. Venga, vamos, prueba otra vez. Cuando tengas la línea recta controlada, ya aprenderemos a hacer los giros, eso lo dejamos para la siguiente clase.

—¿Siguiente clase? Debes de estar pirado...

Llevamos un rato intentándolo y voy progresando poco a poco. Cada vez aguanto más el equilibrio y ya he conseguido avanzar sola unos metros. Pero solo eso.

—Eiden, el paseo ese que querías dar va a tener que esperar, no me veo capacitada aún para montar sola.

—La vuelta la vamos a dar igualmente. —Coge mi bici y vuelve al coche a dejarla y sacar la suya—. Monta —ordena mientras me señala la parte de atrás del sillín de su bici.

—Que me monte, ¿dónde? ¿Contigo? Definitivamente te has vuelto loco, no, no. Nos matamos fijo.

—Monta y agárrate fuerte, que quiero llevarte a un sitio secreto. No tendrás miedo, ¿no?

—¿Me estás retando?

—Si te digo que sí, ¿te montarás conmigo?

Está como una cabra, lo podemos confirmar ya, pero le cuesta poco convencerme para que me apunte a sus locuras, porque hago lo que me dice. Me subo y me siento en el sillín, me agarro fuerte a su espalda y comienza a pedalear. Empiezo a rezar para que no nos matemos.

Pese a que pienso que será una de las experiencias más incómodas de mi vida, no os voy a mentir, voy más cómoda de lo que suponía que iría, pero no lo reconoceré delante de Eiden, jamás.

—Lia, te prometí dos cosas, que ibas a sudar y a gritar. Lo primero creo que lo he conseguido, pero considero que has gritado poco, así que agárrate fuerte, nena.

Casi no me da tiempo a reaccionar y sujetarme cuando de repente cogemos velocidad. La madre que lo parió, comienza a hacer eses con la bici... Cuanto más deprisa vamos, más boto encima del sillín. Tan pronto como pare, me lo cargo, lo juro.

—¡Eiden, no tan rápido, joder, paraaa! —chillo mientras el aire frío me da en la cara. Él, en cambio, se ríe a carcajadas—. ¿Qué estás intentando, que nos matemos?

—Te he prometido gritos, Lia. No te sueltes y cierra los ojos.

Cuando veo lo que viene entiendo por qué me ha pedido que no me suelte: tengo ante mis ojos una cuesta muy pronunciada, llena de baches. Me agarro tan fuerte a él que se me ponen los dedos blancos. Ya está, voy a morir, es el fin. Cierro los ojos y empiezo a gritar otra vez con todas mis fuerzas. Si vamos a palmarla, yo a este tío lo dejo sordo antes de irme de este mundo. Abro un poco los ojos y veo que bajamos a toda leche por la empinada cuesta, pero debo admitir que se le da bien, al muy cabrón; lleva un control absoluto de la bici. Está agarrando el manillar con fuerza, se le marcan las venas de las manos. No sé si estoy enferma o qué, pero la adrenalina que siento por la situación, el dominio que está mostrando Eiden y el traqueteo me están poniendo un poco tonta. Está jodidamente sexy llevando la bici como un desquiciado, creo que yo necesito ayuda... Incluso siento mi ropa interior un poco húmeda, y con cada bache mis pezones traicioneros se endurecen mientras rozan mi camiseta interior.

En contra de todo lo que pensaba, llegamos sanos y salvos, no doy crédito. Cuando me bajo de la bici, voy directa a matar.

—¡¡¡Pero tú estás loco!!! ¡Casi me da algo, no me vuelvas a hacer algo así nunca, ¿me oyes?! —grito supercabreada, señalándolo con el dedo índice y un poco excitada, no vamos a engañarnos.

—Lo siento, Lia, lo siento. No pensé que lo estabas pasando tan mal. Solo quería que liberaras un poco de tensión, perdóname.

Está arrepentido, se lo veo en los ojos, pero me da igual. Lo miro fijamente; qué guapo es, y con esa mirada suplicando perdón aún más. No puedo estar enfadada con él, es imposible.

Los dos nos empezamos a reír, no tenemos remedio.

—¿Me perdonas? Te juro que no lo volveré a hacer más —pronuncia poniéndome morritos.

—Pienso vengarme cuando menos te lo esperes, no imagines que te vas a ir de rositas.

—Creo que pensarás que ha valido la pena cuando veas lo que te quiero enseñar.

Me giro y lo que tengo delante me deja sin palabras. Con lo cabreada que estaba cuando he bajado de la bicicleta no me he dado cuenta de lo que había a nuestra espalda. Frente a mis ojos hay una cascada enorme; el agua cae con furia, salpicándonos con toda la fuerza de la naturaleza, rugiendo. Es hipnótico.

Me quedo admirando en silencio unos minutos la majestuosidad que tengo ante mí hasta que siento como Eiden se coloca detrás, muy cerca. Su aliento empieza a acariciarme el cuello. Me quedo quieta, pero mi respiración me traiciona y se altera. Su mano roza la mía; es un contacto mínimo, pero yo ya estoy ardiendo. El frío ambiental ha pasado a un segundo plano, porque mi cuerpo está en llamas. Respiro, trago saliva y echo la cabeza hacia atrás, dándole completo acceso a mí, que tome todo lo que quiera. El ambiente ha cambiado entre los dos y se ha vuelto más íntimo, más enfermizo. Me da un beso tímido en el cuello, pero lo siento en cada poro de mi piel.

Me estremezco.

Necesito más.

—Eiden... —gimo suspirando.

Y eso parece que es lo que él necesita para tomar las riendas, porque me da la vuelta para tener acceso a mi boca. Me besa, y mis labios se abren para dar la bienvenida a su lengua; jugamos tímidamente al principio, nos lo tomamos con calma, nos besamos lento, saboreándonos, pero vamos cogiendo ritmo y qué bien lo siento.

Su mano sube hasta la cremallera del cortavientos y la baja, dándole acceso a mis pechos; los toca ambos por turnos, por encima de la camiseta de invierno deportiva, tomándose tiempo con cada uno de ellos, pues los masajea, los acaricia, y yo cada vez tengo más ganas de tocarlo. Acerco mis caderas y noto que sus ganas están en sintonía con las mías. Está durísimo y, saber que está así por mí, hace que pierda el control. Bajo la mano hasta su erección, la acaricio por encima de la ropa y un gemido ronco se escapa de su boca. La necesidad nos consume, tanto como las ganas de devorar cada centímetro de nuestra piel; hay ansia, ferocidad y promesas. Me sujeta fuerte por el culo con ambas manos y me sube de un impulso; yo hago lo propio y pongo las piernas alrededor de su cintura. Me apoya en el tronco del árbol que hay a nuestro lado. Me muerde el cuello, va dejando un reguero de besos, lenta y tortuosamente, lo sopla... Me está volviendo loca, lo deseo como nunca había deseado antes nada ni a nadie.

Estoy empapada y el pálpito que noto entre las piernas pide a gritos atención. Me consumo. Estamos perdidos y no creo que seamos capaces de parar, aunque es algo que tampoco quiero. Necesito dejarme llevar hasta ver a dónde nos conduce esto.

—Joder, Lia, me pones mucho. Necesito tocarte —susurra con voz ronca mientras me baja con suavidad al suelo.

—Por favor —le ruego—. Tócame.

No se lo piensa. En cuanto se lo pido tengo su mano dentro de mis braguitas, torturando poco a poco mi clítoris. Está claro que sabe lo que hace y cómo hacerlo, ya lo creo que lo sabe. Desliza los dedos entre mis pliegues suavemente, llevándome al límite y parando justo antes de que llegue al precipicio, usando mi propia humedad como lubricante. Es una tortura muy placentera. Mi clítoris

está hinchado y clama por su atención, nunca me he sentido tan excitada.

—Estás tan mojada, lista para mí —suelta con lascivia—. Me muero por probarte, pero eso tendrá que esperar a que estemos en un lugar algo más confortable, porque entonces me tomaré mi tiempo y quiero que estés muy a gusto. Por ahora tendremos que conformarnos con esto, nena.

Introduce el dedo corazón dentro de mí, tocando un punto concreto de mi interior que hace que suelte un gemido de puro placer sin poder controlarlo mientras sigue tocándome aquel dulce punto de mi centro, alternando roces suaves y lentos con algunos más rápidos. Estoy a punto de perder la cabeza.

—Eiden, no pares —gimo con la respiración muy agitada.

Introduce un segundo dedo que me corta la respiración. Juega con ellos en mi interior, metiendo y sacando, provocando oleadas de absoluto placer en todo mi ser. No me queda mucho, estoy a un paso del abismo absoluto. Cierro los ojos para dejarme ir.

—De eso nada, nena, quiero que me mires mientras te corres, necesito ver esa preciosa cara mientras llegas al orgasmo, dame eso, Acalia. No me lo niegues —exige dulcemente.

Abro los ojos y me encuentro con sus brutales ojos azules, que están fijos en mí, con las pupilas dilatadas, como un océano en tormenta. Está disfrutando con mi placer. Siento como se está formando una ola en mi interior, como se va haciendo más y más grande, creciendo salvajemente, mientras Eiden aumenta el ritmo con los dedos. Me engulle el éxtasis, grito de placer, cada centímetro de mi piel se eriza, lo siento todo multiplicado por mil, mi corazón está desbocado, mi respiración es un caos digno de estudio, porque no tengo ni idea de dónde se encuentra ya. El orgasmo ha sido muy

bueno, y eso que solo me ha tocado con los dedos. ¿Cómo será ir un paso más allá con él?

—Eso ha sido... —es lo único que consigo decir mientras intento recordar cómo narices se respira con normalidad.

—Lo sé, ya lo creo que lo sé. Eres increíble, nena —responde antes de darme un beso rápido en la boca—. Estás preciosa cuando te corres.

—Gracias, supongo —contesto riendo.

Mi respiración parece estar ya bajo control. Analizo la situación. Acabo de correrme apoyada en un puto árbol. He dejado que Eiden me masturbara. Asimilo todo lo que acaba de pasar y lo que acabamos de hacer y, mierda, quizá yo debería devolverle el favor, ¿no? La verdad es que me apetece mucho, aunque nunca me he visto en esa tesitura. He tenido relaciones sexuales antes, no soy virgen, aunque tampoco una experta. Pero los encuentros que he tenido antes con otros chicos han sido más... menos... Un metesaca rápido, sin preliminares, y luego cada uno a su casa.

Perdí la virginidad con diecisiete años con Caleb Carter, un antiguo compañero de clase con el que estuve saliendo unos meses, nada serio. Creo que ambos estábamos pasando por una situación similar en casa y fuimos una vía de escape para el otro. No voy a entrar en detalles porque la verdad es que la experiencia, aunque bonita y con mimo, fue desastrosa y muy cutre.

—Eiden, ¿quieres que yo...? —pregunto con la intención de devolverle el favor.

No me deja terminar la frase.

—No, no. —Niega también con la cabeza a la vez que me guiña un ojo—. Ya habrá tiempo para hacer otras cosas. Además, creo que deberíamos marcharnos cuanto antes. —Señala el cielo.

Miro hacia arriba. No sé en qué momento se ha nublado, y amenaza con romper a llover en cualquier instante. Tendremos que darnos prisa en llegar hasta el coche si no queremos que nos pille la tormenta y mojarnos enteros. Aunque intuyo que ya es demasiado tarde.

35



Un rayo ilumina el cielo entre las nubes oscuras. La tormenta nos pilla en mitad de la cuesta que nos ha conducido hasta la cascada, sin lugar donde refugiarnos de ella. Echamos a correr inútilmente, porque ya estamos empapados cuando llegamos arriba. Además, Eiden ha tenido que subir con la bicicleta a cuestas. Las tormentas en River Town son así, no tienes tiempo de esconderte si estás a la intemperie, rompen sin piedad, arrasando con todo a su paso. Salvajes e intensas como nunca hayas visto.

Una vez arriba, nos montamos en su bici otra vez para llegar antes al coche.

—Te prometo que esta vez voy a ir más despacio, ¿vale?

—Vale, porque, como se te ocurra hacer el tonto de nuevo, te juro que te mato, Eiden Hugh.

—Te pones demasiado guapa cuando me amenazas, nena.

—Eres tonto, nene.

Cogemos algún charco a nuestro paso, levantando cortinas de agua; es bastante divertido. Me siento como una niña haciendo travesuras, o como pienso que debe de sentirse, libre, sin pensar en las consecuencias, feliz.

—¿Sabes? Una vez leí en una revista que se llama *Ciencia a lo bestia* que, si corres cuando llueve, en realidad te mojas lo mismo que si vas andando, solo se diferencia en que, si corres, te mojas más rápido que si vas caminando, pero la cantidad de lluvia que cae sobre ti es la misma —explico.

—Así que subir corriendo la cuesta solo ha servido para cansarnos más, ¿no? Podrías haberlo contado antes y nos hubiéramos ahorrado la carrera.

Nos empezamos a reír los dos, sin poder parar. Está resultando ser uno de los mejores y más excitantes días de mi vida.

—Venga, no me jodas, qué típico: justo llegamos al coche y deja de llover —protesta Eiden.

Esa es otra de las cosas que he aprendido desde que he llegado aquí, que las tormentas, la mayoría de las veces, duran muy poco; descargan toda su furia y después llega la calma.

—Ufff —exhalo abrazándome a mí misma—. Estoy helada.

—Toma, sécate un poco.

Eiden saca un par de toallas del maletero, pero es imposible secarnos con ellas; la cantidad de agua que nuestra ropa y cuerpo han absorbido no se seca con un trozo de tela.

—Necesitamos dos cosas: una ducha y lavar y secar toda esta ropa empapada —propongo mientras me castañean los dientes.

—Mierda, Lia, estás tiritando. Vamos dentro del coche para entrar un poco en calor.

Dejamos las chaquetas chorreando en el maletero y dentro ponemos la calefacción a tope. El calorcito que sale por la rejilla de ventilación hace que entremos algo en calor.



—Pasa y dúchate tranquilo —digo cuando llegamos a mi casa—. Mientras meto la ropa en la lavadora y la secadora te puedo dejar algo mío.

—Lia, no quiero que pienses que soy un gilipollas que ve peligrar su masculinidad por ponerse ropa de mujer, pero es que no creo que tengas nada que me entre.

—Para tu información, suelo comprarme los pantalones y sudaderas en la sección masculina, porque me gusta la ropa deportiva *oversize*. Me parece más cómoda, y en la sección femenina me cuesta mucho encontrar prendas así.

—Pues no se diga más, aunque me había hecho ilusiones de ponerme algún camisón de seda con puntillitas, cuellos y volantitos o algo así.

—¿Te crees que estamos en la época victoriana o qué? Camisón con puntillitas, dice... Te tendrás que conformar con unos *joggers* grises...

—Vaya, entonces el pase especial de Victoria's Secret que te iba a hacer supongo que lo dejaremos para otro día.

—Supones bien, sí. Te he dejado la ropa limpia y toallas en el baño de arriba, es más grande y creo que estarás más cómodo que en el de abajo, que es bastante más pequeño.

—¿Y tú dónde te duchas?

—En el de abajo, no me importa que sea más pequeño, entro bien. Aunque la ducha sea minúscula, es suficiente para mí. Pero seguro que tú estarías bastante incómodo.

—Si fuera contigo, sería imposible estar incómodo.

Hago como que no oigo la última frase que me ha dicho, sobre cómo sería si nos duchásemos juntos, y voy directa al baño. Pongo el agua en temperatura media y me meto en la ducha. Sí, soy de esas personas que se duchan con el agua medio fría, da igual qué época del año sea. Mientras extiendo el jabón por mi piel, rememoro cada beso, cada caricia, cada roce por parte de Eiden, y me doy de bruces con la realidad al recordar que en algún momento voy a tener que salir del baño y que tendremos que hablar de lo que ha pasado en la cascada, pero sobre todo de lo que pasa entre ambos. La tensión que sentimos ya no se puede negar, pero, dado que su prima es muy importante para mí y se ha convertido en una parte esencial de mi vida, no me gustaría liarla y añadir un drama innecesario en el caso de que las cosas salgan mal con Eiden. Pase lo que pase entre Eiden y yo, tendrá que quedarse entre nosotros.

He tardado más de lo que pensaba en salir del baño por estar dándole vueltas a la cabeza. Cuando me acerco a la cocina descubro que Eiden ha tomado la iniciativa, ha encendido la estufa para que se caldee la casa y está haciendo la cena. Hay dos refrescos abiertos en la encimera y está cortando las verduras con una destreza impresionante. Tiene el pelo mojado, peinado hacia atrás. Me quedo un rato embobada contemplándolo en silencio, viendo cómo prepara cada ingrediente, la concentración que pone en ello, el detalle, el mimo. No tengo ni la más remota idea de qué está cocinando y me da igual, porque verlo es un regalo para los sentidos, para todos los sentidos.

Entro sigilosa en la cocina y cojo la lata de bebida. Eiden me mira y me sonríe.

—Pensaba que te habías colado por el sumidero de la ducha.

—El cuerpo me pedía que fuera larga —miento.

—Hace un buen rato que se ha dejado de oír como caía el agua; tú has estado atrincherada en el baño, dándole vueltas a la cabeza. —Sí, no sé para qué lo intento, sabe leerme mejor que yo misma—. Lia, podemos dejar que esto fluya y ver hacia dónde nos lleva, sin presiones, solos tú y yo. Pero no me gustaría que huyeras de mí, como has hecho en otras ocasiones. Creo que es más que evidente que la atracción que sentimos los dos traspasa todas las barreras que pongamos.

—No quiero involucrar a otras personas y tener que dar explicaciones después. Mi propósito al venir aquí fue empezar de cero, lejos del entorno en el que me crie, que era problemático, denso. Por eso mismo, porque necesito paz, no quiero generar ningún drama a mi alrededor. Espero que lo entiendas —le comento siendo totalmente sincera con él.

—Iremos a tu ritmo, Lia. Despacio, sin complicaciones —propone mientras me acerca la cuchara—. Ven, prueba esto y deja de darle tantas vueltas a todo.

Degusto el líquido caliente que me meto en la boca; es una explosión de sabores. La textura es muy sedosa y agradable; tiene toques dulces y salados, y me atrevería a decir que algo cítrico. Nunca había probado algo tan delicado y lleno de sabor.

—¿Qué es? Es lo más bueno que he probado en mi vida.

—Vamos a cenar *confit* de pato con salsa de naranja dulce. He aprovechado algunos de los productos que te enviamos en la cesta, espero que no te importe.

—No, todo lo contrario, creo que en tus manos es donde mejor están. Yo seguro que lo cogería y lo convertiría en algún plato extraño que parecería comida para perretes o algo similar.

Creedme, estoy siendo totalmente sincera. Me apaño lo justo para no morir intoxicada por mí misma, aunque voy mejorando; pero es

que muy poca gente puede compararse con Eiden, es un dios en la cocina.

Me siento en una silla y sigo viendo como se desenvuelve en los fogones. Nunca pensé que ver cocinar a alguien podía ser tan sexy. Mis ojos se desvían, sin poder remediarlo, a su cuerpo. No me había parado a pensar en cómo le iban a quedar los pantalones que le he dejado. No voy a hablar del misterio de los pantalones deportivos grises en hombres, porque creo que es algo que todos conocemos, ¿no? Sobra decir que le quedan muy muy bien. Y yo... yo estoy en problemas, porque se intuye lo que hay debajo de ellos y mi mente empieza a imaginar...

Demasiado calor...

Pero ¿qué me pasa?

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta Eiden, aunque yo no hago caso a su pregunta y sigo mirándolo ensimismada.

—¿Qué? —digo antes de beberme el último trago de la lata cuando soy consciente de que me ha hecho una pregunta.

—Que si puedes poner la mesa.

Y no soy capaz de contener la risa mientras me mira negando con la cabeza.

—Sí, sí. Voy, perdón, es que me he quedado embobada pensando en mis cosas...

«Y comiéndote con la mirada mientras cocinabas», pienso sin atreverme a decirlo en voz alta.

—En tus cosas, sí...

Subo al piso de arriba y busco por los cajones de mi habitación unas velas que recuerdo haber guardado allí. Luego pongo la mesa lo más mona que puedo. Mantel de tela blanco, servilletas a juego y la vajilla de cerámica que compré con Kai.

—Hostias, menudo despliegue, con velitas y todo.

—Bueno, intentaba que estuviera todo a la altura de la cena que has preparado.

El plato es una auténtica obra de arte; el *confit* está reposando sobre la salsa, delicadamente. Ha optado también por acompañarlo todo con unas naranjas kumquat, unos arándanos y anís estrellado. Los colores, la armonía que ofrece todo el conjunto, lo apetecible que es a la vista, me deja sin palabras. Si alguien ha nacido para cocinar, sin duda alguna, ese es Eiden.

La comida de Millie está muy muy buena, pero esto es otro nivel. Se nota la pasión, las ganas y el toque, su marca personal, no sé cómo explicarlo, pero es toda una experiencia.

—Estaba riquísimo; creo que es la primera vez en mi vida que me he sentido tan llena en todos los sentidos. Tienes un don. ¿Nunca has pensado en dedicarte a esto? —le pregunto cuando llevamos cenando un buen rato entre sonrisas y charla.

—Podemos repetir cuando quieras —dice—. Pero lo cierto es que no, nunca he pensado en dedicarme a esto de forma profesional. Es algo que me gusta y ya está. Mi futuro está enfocado en el mercado, es lo que mis padres y mis tíos ya tienen decidido. No voy a molestarme en intentar luchar contra eso.

Noto algo en su voz que me indica que se está guardando alguna cosa para él y no está siendo del todo sincero, como si hubiese un detalle que no quisiera decir en voz alta. Decido dar mi opinión sutilmente.

—Eiden, el futuro no está escrito, somos dueños absolutos de nuestro destino y podemos cambiarlo. Si algo no te hace feliz, deberías...

Su expresión va cambiando a medida que mi discurso fluye.

—Lia —me corta—, olvídalo. Hay cosas que es mejor no remover y dejarlas estar.

La expresión seria con que lo dice me alerta.

—Perdón, no era mi intención incomodarte, ni que parezca que me meto donde no me llaman —digo algo avergonzada—. Solo pretendía... Da igual, no me hagas caso, lo siento.

Terminamos la cena prácticamente en silencio. El rumbo que ha tomado la noche no es para nada el que esperaba, pero se me ocurre algo para hacer que la situación cambie o, al menos, intentarlo.

—¿Te apetece que veamos alguna peli? ¿Nos hacemos una peli de *chill*? —pregunto.

—Vale, pero la eliges tú. Voy a recoger y fregar los platos mientras tú te encargas de buscarla. Sorpréndeme.

—Trato hecho.

36



Después de pasar un buen rato buscando la peli perfecta, creo que he dado con una que le gustará.

—No me puedo creer que te hayas decidido por esta. ¿Sabes que es mi favorita de toda la saga?

No, no lo sabía; de las nueve películas, me he decantado por el episodio III, porque es todo un clásico. Quien no haya visto esta obra audiovisual debe hacerlo ya.

—No tenía ni idea de que *La venganza de los Sith* fuera tu película favorita de la saga de *Star Wars*. Tienes que saber que también es la mía. Ver como Anakin termina sucumbiendo al lado oscuro y todo el conflicto interno al que se enfrenta me parece una obra maestra.

—La crítica fue jodidamente injusta con Hayden, por no hablar de gran parte del *fandom.* Para mí, sin duda, es el mejor héroe/villano de todas las sagas. Y la conexión que tiene con Obi-Wan, ufff, se me ponen los pelos de punta.

—Vaya, ignoraba que fueras tan fan y entendido. Me alegro de haberme decantado finalmente por esta y no por una más navideña, como *Jungla de cristal*.

—Lia, *Jungla de cristal* no es una película navideña, es de acción...

—Te equivocas, guapo. ¿Sabes que la palabra *Navidad* se repite dieciocho veces frente a solo las trece en las que se menciona la palabra *matar*? Además, ocurre en Navidad e incluso hay villancicos de fondo.

Consigo que el ambiente vuelva a ser cómodo y Eiden se ríe a carcajadas con el discurso que le acabo de soltar.

—Calla y pon la peli de una vez.

Durante ciento treinta y cinco minutos disfrutamos como nunca de la película, la banda sonora, los efectos especiales... Verla y comentarla juntos es lo mejor. Siempre lo paso un poquito mal cuando se ejecuta la Orden 66 y en el enfrentamiento final entre Anakin y Obi-Wan. Siempre termino llorando en esa parte, me desgarra el dolor que sienten ambos personajes.

En cuanto Eiden se da cuenta de que estoy llorando, me atrae hacia su pecho y me abraza. Su calor me invade sin quererlo, podría quedarme a vivir aquí para siempre.

—No llores, mi pequeña *padawan* —suelta el muy tonto.

—No puedo evitarlo, siempre me da por llorar en esa parte. Prácticamente solo se tenían el uno al otro, su relación iba mucho más allá de lo habitual en un maestro y un aprendiz, eran como hermanos, eran familia, y que todo termine así... es muy triste. El final y la combinación perfecta entre el fin de unos y el principio de otros es una absoluta perfección. La primera respiración de Darth Vader coincide con ese desenlace, me entristece mucho —me quejo haciendo un puchero.

—Pero sabes que al final ambos obtienen su redención. Es el camino que eligen. Estaba así escrito en la profecía. Anakin era el elegido, él tenía que restablecer el equilibrio de la fuerza, aunque los jedi lo interpretaron mal. El lado oscuro, así como el lado de la luz, son partes integrales del ser y deben estar equilibrados.

—Qué intenso acabas de ponerte, señor Hugh, pero, sí, supongo que sí...

Me dejo llevar por mis propios pensamientos. Hay algo intrínseco en sus palabras que me ha hecho recordar todo lo que viví durante diecinueve años en mi casa.

Una parte de mí salió de allí sin mirar atrás, intentando escapar de toda aquella toxicidad en la que me había criado, pero, a su vez, de alguna manera todas aquellas vivencias han dado forma a la persona que soy ahora. Y, sí, criarse en un hogar donde el calor solo sale de los conductos de calefacción es una auténtica mierda, pero todo eso me ha traído hasta aquí, y me empieza a gustar la forma que está tomando mi vida en estos precisos momentos.



La película hace rato que ha terminado, pero yo sigo acomodada en el pecho de Eiden mientras él me está acariciando suavemente la espalda. Nos hemos ido poniendo cada vez más cómodos en el sofá y no me he querido mover de aquí. Sus últimas reflexiones sin duda me han hecho pensar, y siento la necesidad de abrirme a él.

—¿Sabes? Llegué aquí buscando una salida, pero en realidad todo fue por pura casualidad, sin tenerlo preparado. Elegí venir aquí porque el nombre del pueblo me recordó una canción que me encanta; sentí una especie de corazonada, pero nunca imaginé que el destino me tenía guardadas tantas cosas buenas. Siempre soñé con poder vivir así, tranquila. Era lo único a lo que me aferraba cuando era pequeña. Crecí rodeada de lujos y cosas bonitas, pero todo era ponzoñoso si te acercabas lo suficiente, todo lo que relucía estaba podrido y oxidado. En cambio, aquí, hasta en la madera que

está desgastada y rota, cuando te acercas puedes percibir el calor y la luz reconfortante que emanan de ella. No sé cómo voy a poder agradeceros todo lo que hacéis por mí, Eiden. Sois mucho más de lo que merezco.

—Lia, no tienes que agradecernos nada, lo hemos hecho porque hemos querido y sin esperar nada a cambio. Nunca has merecido menos de lo que te hemos dado.

Sus palabras bastan para que decida contarle cómo ha sido mi vida antes de llegar a River Town.

—La vida en casa con mis padres nunca fue fácil. Crecí en un hogar, por llamarlo de alguna manera, donde los gritos y las discusiones eran la forma habitual de comunicación entre mis progenitores.

—Algo así me había imaginado. —Eiden deja que su mano repose suavemente encima de la mía mientras yo continúo con mi historia.

Quiero que entienda por qué soy como soy y que conozca contra qué demonios estoy luchando. Y por qué necesito ir despacio con lo que sea que esté pasando entre nosotros.

—De cría no era consciente realmente de lo que ocurría, pero, a medida que fui creciendo, empecé a darme cuenta de que la relación de mis padres era muy conflictiva y, cuanto mayor me hacía, más sentido cobraban algunas palabras que se reprochaban a voz en grito, porque ya sabía el significado y la crudeza que encerraban. Fue entonces cuando me di cuenta de lo tóxica que era su relación.

—Entiendo que crecer en un entorno así no ha debido de ser nada sencillo.

—No, no lo ha sido, pero al final la mente de un niño pequeño funciona de otra manera. Con unos cinco o seis años, solía pedir mentalmente que dejaran de chillarse o que por unas horas no se enfadaran. Me acuerdo de que les hacía dibujos para ver si así se

ponían tan contentos que ese día no había bronca, pero era inútil, aunque en mi mente infantil tenía todo el sentido del mundo.

Al oír esto, puedo sentir como el cuerpo de Eiden se tensa.

—¿Alguna vez te hicieron algo a... a ti? —Duda un poco si plantear o no esa pregunta.

—No. —Niego también con la cabeza—. Conmigo siempre eran más o menos correctos. Desde luego no eran los padres más afectuosos de la historia, pero al menos no era una diana en sus constantes discusiones. Durante bastante tiempo no fui capaz de entender qué pasaba para que ellos se hablaran de una manera tan horrible, pero con el paso de los años terminé haciéndolo, claro..., aunque en aquel entonces, como era tan pequeña, no sabía por qué mamá siempre terminaba llorando y papá acababa saliendo por la puerta mientras daba un tremendo portazo.

—Joder, Lia. Te juro que, si pudiese, borraría todos esos recuerdos de tu cabeza.

Ese comentario me hace sonreír un poco. Yo me estoy sincerando y él me está escuchando, y a su vez su vena protectora querría poder sanarme.

—Lo peor vino después, porque yo fui creciendo. Mis súplicas mentales fueron totalmente diferentes a cuando era una cría. Lo que pedía era que se separaran para dejar de oír cómo se insultaban, cómo se hacían reproches uno al otro, porque ya entendía el significado de las cosas que se decían. Cuando se dieron cuenta procuraron tener más cuidado e intentaron que yo no estuviera presente en sus peleas, aunque también los oía, porque vivir en un piso, por elegante que este sea, es lo que tiene, que se oye todo, especialmente si se grita..., pero con los años eso se les fue olvidando también y les daba igual. La mecha se encendía y explotaba en cualquier sitio, y la onda expansiva arrasaba con quien

estuviera allí. Mi madre, por aquel entonces, había empezado a cambiar las lágrimas por pastillas para dormir, y mi padre continuaba marchándose de casa dando un portazo. Se pasaba días fuera y luego volvía como si nada hubiera pasado, hasta la siguiente discusión.

—Y mientras todo eso sucedía, ¿quién narices te cuidaba, Lia? ¿Nadie de tu entorno se dio cuenta del ambiente en el que vivías?

Vuelvo a negar con la cabeza.

—Como suele decirse, las apariencias engañan, porque de puertas para dentro aquello era un infierno, sí..., pero, de cara a la galería, todo era completamente distinto. Mis padres eran unos actores espectaculares cuando de aparentar se trataba. Además, ambos eran hijos únicos, no tengo ni tíos ni primos, y de mis abuelos, tanto paternos como maternos, mejor no te hablo; si mis padres eran horribles podríamos decir que era porque tuvieron unos maestros extraordinarios. Así que literalmente no tenía a nadie a quien acudir. Además, vivíamos en una gran ciudad y creo que el ritmo frenético de vida que llevaba todo el mundo hizo que nadie se diera cuenta de mi situación en casa.

—¿Nunca le contaste esto a ninguna amiga tuya? ¿Nunca vieron nada extraño en tu casa?

—No. Primero por vergüenza, supongo, y después... De alguna manera, era una situación que yo más o menos había normalizado, pero no podía invitar a ninguna amiga a casa, ni para jugar, ni para ver una peli y pasar una tarde de chicas, ni mucho menos para dormir, porque sabía que mi normalidad no era la misma que la de ellas y me daba miedo y también apuro que pudieran enterarse, como si la que estuviera haciendo algo malo fuera yo. Mi padre iba y venía y nunca sabíamos cuándo iba a estar en casa y cuándo no..., aunque es cierto que sus ausencias cada vez eran más notables y

largas. Nunca me atreví a contárselo a nadie. Todos esos años de peleas y gritos hicieron que mi carácter fuera muy reservado; me convertí en una adolescente muy insegura y tímida, prácticamente sin amigos, porque me costaba profundizar en las relaciones; más bien tenía conocidos —confieso bajando la mirada.

La relación que ellos tenían y lo mal que se llevaban era algo que yo guardaba en mi interior y nunca había logrado exteriorizar. «Los trapos sucios se lavan en casa», solía decir mi madre, aunque en realidad, en nuestra casa, los trapos sucios no se lavaban, se amontonaban en una esquina oscura y maloliente, hasta convertirse en una montaña enorme de cosas por decir y sentimientos enquistados.

—Todo aquello —continúo contándole— hizo que en los estudios tampoco me fuera mejor. La mayor parte de las veces sacaba lo justo para aprobar. Había perdido la motivación por todo. Con quince años lo único que quería era marcharme de esa casa, lo más lejos posible. Me hubiera dado igual a dónde, estaba convencida de que casi cualquier lugar sería mejor que donde vivía. Mi madre cada vez salía menos de su habitación. Y mi padre prácticamente pasaba por casa para ducharse y poco más.

—Suelen decir que, en situaciones así, el cerebro se pone en modo supervivencia y hace que ciertas cosas las recuerdes como si en realidad no las hubieras vivido, como si no hubieses sido tú la que estaba allí de cuerpo presente —contesta Eiden.

—Justo. Fue una de las épocas más grises y solitarias de mi vida. Hoy en día, los recuerdos son muy difusos; estaba totalmente disociada y todo lo recuerdo como si no fuera yo quien vivió en esa casa en aquel entonces. Me refugiaba en la música y en los libros. Leía y escuchaba de todo. Me daba igual, cualquier cosa que me ayudara a evadirme era una buena opción. Libros de más de

seiscientas páginas que releía y releía hasta casi sabérmelos de memoria. Canciones que escuchaba una y otra vez hasta aprenderme incluso el último acorde de la melodía. Las pocas amistades que tenía, por llamarlas de alguna manera, no entendían que optara siempre por quedarme encerrada y no salir con ellos.

—Me parece acojonante que nadie se diera cuenta, Lia.

—No les podía decir nada, nunca fui capaz de contarle a nadie que me daba pánico dejar a mi madre sola en casa y que le pasara algo o que quizá alguna discusión se les fuera de las manos. Jamás habían ido más lejos de gritos y reproches entre ambos, pero vivía con el miedo constante de que alguna vez fuese la primera. Tenía mucha presión autoimpuesta dentro de mí; me sentía atrapada y muy perdida, sin figuras materna y paterna presentes en mi vida que me guiaran.

—¿Has estado aguantando toda esa mierda hasta ahora?

—Bueno, no exactamente. Cuando cumplí los dieciséis, mi padre decidió marcharse de casa, y yo pensé que las cosas podrían cambiar, que mi vida podría dar un giro, que todos conseguiríamos ser felices al fin. Pero tan solo fue una utopía. Un sueño que duró segundos, porque para entonces la adicción de mi madre a las pastillas para dormir era un hecho. La marcha de mi padre la sumió en una oscuridad espesa. Yo no era capaz de entender qué estaba pasando y por qué ella no mejoraba. Por fin los gritos habían cesado, los insultos y las malas caras, pero mi madre no reaccionaba y yo no sabía de qué manera ayudarla, no tenía las herramientas necesarias para gestionar todo aquello.

A los dieciséis años, por primera vez en mi casa solo había silencio, pero un silencio siniestro, la calma antes del huracán.

—Así que tu padre te abandonó, dejándote con una mujer que claramente tenía un grave problema y que no era capaz ni de

cuidarse a sí misma. Te dejó a tu suerte. Menudo cabrón.

—Pasamos más de dos años así, sin saber nada de él, hasta que pasó algo que debería haber hecho que saltaran todas mis alarmas, pero, lo reconozco, no lo vi venir o no quise hacerlo. Tal vez fui demasiado ilusa, porque al principio me alegré. Mi madre empezó a salir poco a poco de su dormitorio, comenzó de nuevo a interesarse por mi vida, volvió a ocuparse de su imagen, se compró ropa, renovó todo su vestidor. Volvió a lucir su larga melena rubia con esas ondas que le salían de forma natural y que de pequeña me pasaba horas admirando. En sus ojos verdes volvió a brillar un destello de vida. Pensé que era debido a que quizá se había ilusionado con alguien y, aunque éramos prácticamente desconocidas, sobre todo yo para ella, de verdad que me alegré mucho, porque quería que fuera feliz. Incluso llegué a replantearme no marcharme, como tenía pensado hacer en el mismo momento en que reuniera el valor suficiente para salir de allí y fuera capaz de no echar la vista atrás. Pensé tantas cosas y me imaginé tantos escenarios posibles... Menos el que me encontré dos semanas antes de mi diecinueve cumpleaños y que fue, sin duda, lo que inició la cuenta atrás que haría que tuviera que salir de forma precipitada de mi casa.

—Supongo que tuvo que ser algo muy fuerte para que, después de aguantar tanta mierda, te marcharas, pero me alegro de que te alejaras de todo aquello.

Me abraza y yo hago todo lo posible por no derrumbarme, porque aún me falta contarle lo que hizo que el vaso rebosase y me fuera sin mirar atrás.

—Sí.

Eiden escucha atentamente el final de esa historia tan amarga, mi historia. Puedo ver en sus ojos la rabia que siente y cómo se contiene cuando termino de contarlo todo. Si hubiese tenido a mis

padres delante, tal vez no habría podido aguantar y les habría dicho todo lo que pensaba. Agradezco que eso no vaya a pasar, probablemente nunca.

En el fondo soy consciente de que ahora me encuentro en un *stand-by* en la relación con mis padres, pero que, tarde o temprano, cuando me sienta recuperada y con fuerzas, también tendré que retomar el contacto con ellos, sobre todo por mi madre, y volver a lidiar con los demonios de mi pasado más cercano, aunque sé que no será nada fácil.

—Lia, me imaginaba que habías pasado por algo así, que al venir sola aquí sería por algo relacionado con tus padres o tu familia, porque veo como te brillan los ojos con tristeza cuando te hablo de los míos, pero, joder, qué duro. Eres muy valiente e hiciste bien en irte y empezar de cero, lejos de ellos. Tus padres no te merecen y nunca lo harán, no merecen nada que venga de ti, ni se merecen todas las lágrimas que has derramado por ellos, cariño.

—Gracias a vosotros estoy comenzando a sentirme en casa, en casa de verdad —digo mientras él me acaricia la mejilla suavemente, recogiendo entre sus dedos las lágrimas que han empezado a caer.

Es un gesto pequeño, delicado y simple, pero lo siento como algo muy íntimo. Creo que Eiden lo está sintiendo de la misma manera por cómo sus ojos están clavados en mí. Que el simple roce de sus dedos me haga estremecer dice mucho de la magnitud de nuestros sentimientos, y eso me asusta. Me acerco a sus labios, tanteo un poco antes de lanzarme, pero, por fin, nuestras bocas se juntan. Lo beso lento, saboreando cada segundo que nuestras lenguas permanecen unidas. Su boca es caliente y, aunque yo intento que no cambie el ritmo, ir despacio, marcando yo los tiempos, Eiden termina ganando terreno y subiendo la intensidad, subiendo mucho el nivel.

Así, lo que empieza como un beso suave en un momento de complicidad cambia enseguida, aumentando las revoluciones y arrasando con todo a su paso, derribando barreras. Y me asusto, por lo que estoy sintiendo, porque todo es muy rápido, porque de repente me siento abrumada. Porque tengo vértigo. Porque no sé cómo manejar ese barco; va a la deriva y me hubiera encantado poder soltar el timón y dejar que la corriente me llevara a puerto, pero no puedo, no voy a ser capaz. Me siento demasiado vulnerable.

—No sé qué me estás haciendo, Lia. Me estás volviendo loco —susurra Eiden parando el beso y apoyando su frente en la mía.

Me separo de él, porque lo siento todo demasiado intenso y necesito aire, y, aunque mi cuerpo se queja en el mismo instante en que dejo de percibir su calor, me obligo a mantener las distancias. Necesito estar sola, necesito parar y pensar. Intentar poner orden en mi cabeza.

—Es un poco tarde —me excuso—. Estoy bastante cansada, quizá es mejor que vayamos a descansar. Puedes quedarte si quieres. Entiendo que no te apetezca coger el coche ahora.

Arriba hay camas libres y tampoco es mi intención echarlo de mi casa sin más.

—Tienes razón, pero me voy a mi casa, Lia. Creo que será lo mejor. Voy a por mis cosas. —El tono en el que me habla me parte el corazón.

Eiden recoge su ropa, que ya está lista después de meterla en la secadora, me da un suave beso en la mejilla y sale de mi casa, cerrando lentamente la puerta de la entrada. Oigo como las ruedas de su coche se alejan por el camino y una parte de mí me dice lo tonta que soy por dejarlo marcharse, por no decirle que se quede a dormir y que el amanecer sea el que nos dé las respuestas sin tener que preguntarnos.

Pero el miedo de que todo lo que está pasando entre nosotros sea solo algo pasajero me ha paralizado. No me siento con las fuerzas suficientes de volver a empezar de nuevo si hubiera un nosotros y saliera mal, romperme de nuevo y recomponerme otra vez. Esta noche se ha removido algo dentro de mí, justo donde aún está esa niña que siente un miedo atroz a que no sepan quererla bien. Y no sé cómo ayudarla y abrazarla para hacerle saber que no todos son como el monstruo de su armario que la acechaba en la oscuridad.

37



Los días pasan lentos y yo me limito a ir de casa al trabajo y del trabajo a casa. Eiden y yo hemos intercambiado algún mensaje, para saber qué tal estamos y poco más. La situación entre los dos está más fría que nunca. Ahora que ya no me alojo donde Millie es mucho más fácil no coincidir con él. Una parte de mí agradece no tener que enfrentarme a él aún, pero otra lo echa mucho de menos. Estoy hecha un lío, la verdad, y no poder contárselo a Samara ni a Kai me está matando un poco, porque me hubiese venido bien su perspectiva en todo esto. Estoy siendo un poco incoherente en algunos momentos, a veces pienso que debo lanzarme y dejar que surja y, si sale mal, pues que nos quiten lo bailado, y otras veces se trata de todo lo contrario, siento que estoy haciendo lo correcto y que poner distancia es lo mejor para los dos. Pero entonces recuerdo sus besos, recuerdo el árbol, la cascada, la conexión que sentí con él en mi casa, lo bien que me hace sentir conmigo misma y vuelta a empezar.

Margorie está casi recuperada y, aunque va con cuidado, parece que su rodilla ha mejorado con el paso de los días. No creo que tarde mucho tiempo en poder conducir de nuevo, aunque tenemos

que esperar a ver qué le dice el doctor en la próxima consulta. Así pues, es el momento de comprarme un coche. Necesito tener mi propio vehículo, y Samara y Kai se han ofrecido a acompañarme hoy a un concesionario de vehículos de segunda mano que hay en un pueblo a casi dos horas de River Town.

Estoy contenta por compartir este momento con ellos, pero me hubiese encantado que viniese Eiden también.

Toca conducir hasta allí, así que estoy con mi amiga esperando a que Kai pase a buscarnos. Cuando lo hace, todo es un poco raro, porque ella decide sentarse atrás y me cede el asiento de copiloto a mí. Está claro que entre ellos las cosas siguen un poco revueltas.



El concesionario no puede ser más pintoresco. Grandes pancartas y estandartes decoran el aparcamiento, carteles con colores neón donde se puede leer OPORTUNIDAD, SE VENDE, REBAJADO, prácticamente en cada coche. Hay también banderines de colores por todos lados e incluso esos muñecotes que se inflan y parece que saludan mientras se mecen con el viento, *air dancers* creo que se llaman, y, por si fuera poco, en el techo del edificio principal hay un Papá Noel gigante montado en un gran trineo rojo atado a sus famosos renos, con Rudolf encabezando el pelotón.

Driveon, así se llama el concesionario, debe de ser uno de los más grandes del lugar y con mayor variedad. Nunca he visto tal cantidad de vehículos, tienen hasta tractores.

—Buenas tardes y bienvenidos a Driveon. Mi nombre es David y seré vuestro comercial hoy —nos dice un señor de unos cincuenta

años, algo bajito, con un borsalino marrón y un traje del mismo color, por lo menos dos tallas grande.

—Hola, David. Mi nombre es Samara, y estos son Kai y Lia. Creo que mi primo Eiden te llamó y te dejó clara la idea de lo que venimos buscando —explica mi amiga tomando la iniciativa.

Me sorprendo por el dato de que ha sido Eiden quien se ha ocupado de llamar y hacer las gestiones directamente con el concesionario; no tenía ni idea. Miro a mis amigos asombrada y quizá, solo quizá, mi corazón da un pequeño saltito; que una puede tener dudas, pero no es de piedra.

—Sí, el señor Eiden dejó indicaciones claras de lo que veníais buscando. Hemos preparado varios coches que creemos que encajan con lo que nos indicó por teléfono. Si sois tan amables de esperar en esa salita de allí mientras lo preparo todo, podéis tomar un café o alguna otra bebida de las que tenéis disponibles en la máquina —propone señalando una puerta—. Enseguida estoy de vuelta con vosotros.

—¿El señor Eiden? —pregunto burlona mirando a mis amigos mientras entramos en la salita.

—Sí, es que el dueño es amigo de mis tíos y él se ha encargado de gestionar la cita.

—Ah, ya, recuerdo que algo me comentó un día, que conocía un concesionario de coches de segunda mano, pero no tenía ni idea de que se iba a encargar él de concretar la cita y de decir qué coches son los que vengo buscando —contesto sorprendida.

—Ya sabes cómo es mi primo...

Pues quizá sí lo sé y estoy siendo una tremenda idiota. Parece que la vida no hace más que darme motivos para correr y arriesgarlo todo, pero qué jodido es el miedo. Alguien debería enseñarnos a reaccionar ante él como en el colegio nos enseñaban a sumar y a

restar, de manera sencilla y sin complicaciones, tan fácil como saber que uno más uno son dos y restar el miedo de la ecuación.

«Claro que sí, lumbreras, yo lo veo tan claro como tú», me riñe una voz interior, pero para mí está siendo un bucle de comedura de tarro... que no tiene fin.

David vuelve al cabo de unos minutos y nos lleva hasta una zona apartada del aparcamiento, donde hay cuatro coches perfectamente estacionados, unos al lado de los otros: un Jeep Cherokee negro, un Ford Explorer blanco, un Dodge Hornet verde oscuro y el que de primeras más me gusta, un Toyota Sequoia color gris antracita.

Todos entran en mi presupuesto y se amoldan a mis necesidades. Estamos un rato mirándolos todos, revisándolos por dentro, preguntando por las prestaciones que tienen..., pero yo no puedo apartar los ojos del Toyota. Después de hablarlo con Kai y con Samara, tomo una decisión.

—Perfecto, señorita Acalia, es una muy buena elección. Podemos pasar a mi despacho y hacer el papeleo —me dice David.

—Lo sigo.

Samara y Kai me aguardan fuera mientras terminamos de formalizar la compra.

Hechos los papeles, me indica que tengo que esperar unos días para que me entreguen el coche y formalizar la compra. Confío en que el tiempo pase rápido. Estoy supercontenta y emocionada.

—Chicos, esto hay que celebrarlo. En cuanto lleguemos, vamos directos a El Tres —les propongo a Samara y a Kai.

Cuando estamos ya casi en River Town, somos conscientes de que se ha hecho un poco tarde y decidimos que lo mejor será cenar en el bar. Estoy contentísima de tener ya coche. Esta noche los gastos corren por mi cuenta, es lo menos que puedo hacer por todo lo que me han ayudado. Además, como en gran parte ha sido gracias a Eiden, decido escribirle, para avisarlo e invitarlo a que venga con nosotros, aunque las cosas entre los dos estén algo tensas.

Hola, Eiden. POR FIN TENGO COCHE, y en parte sé que es gracias a ti. Vamos a ir a El Tres a cenar y tomar algo. Si te apetece, me gustaría mucho que te pasases y te unieras a nosotros. 😘😘😘

Me alegro mucho de que hayas conseguido coche. ¿Cuál ha sido el elegido? Dime que es el Toyota. Estoy un poco liado hoy. Si puedo, me paso, pero no prometo nada. Disfrutad. 🥳

Me quedo mirando su respuesta. Ha acertado a la primera y eso me asombra. Los cuatro coches que él ha preseleccionado me han gustado mucho y me encajaban bien. Se ha molestado en revisar sus prestaciones para comprobar que cubrían mis necesidades y que eran muy seguros. Espero que, de verdad, finalmente decida venir y poder darle las gracias en persona. Me apetece verlo y festejar este momento; sin él, no va a ser lo mismo.

—Kai, ¿te importa ir entrando tú primero? Nosotras vamos enseguida —le pide Samara.

—Claro, no hay problema. Voy preparando unas bebidas de las mías. Marchando unas Kai-piriñas.

Samara me coge del brazo y me lleva hacia el callejón. Sí, es cierto que la he notado un poco más callada de lo normal durante el

viaje, pero no sé a qué se debe ni por qué tiene tanta prisa de repente por hablar conmigo y a solas.

—Lia, ¿todo bien con mi primo? —suelta a bocajarro.

—Claro, ¿por qué me lo preguntas? Lo he invitado a venir ahora con nosotros, pero me ha dicho que está un poco liado.

—Lo pregunto porque no soy tonta y a vosotros os ocurre algo. Él se ha pasado estos últimos días insoportable, más de lo habitual, que ya es decir, y tú, perdóname que te lo diga, has estado hecha un auténtico asco, ibas por ahí como un alma en pena. No sé, tía, pero si sumas dos más dos... Además, es muy raro que no haya venido con nosotros al concesionario, ¡por favor!, si se tiró horas dando por culo con los coches, seleccionando cuáles eran los que más te podían encajar, los más seguros y un montón de historias más relacionadas con el motor y blablablá..., aunque a la mayor parte de las conversaciones que hemos tenido al respecto dejara de prestarles atención después de que hubiera utilizado las palabras *inyección* y *gasolina* más de dos veces. Así que deja de intentar buscar excusas y cuéntamelo, porque no me voy a tragar el cuento de que no os pasa nada.

Me siento fatal y no me veo capaz de seguir mintiendo. Lo que no quería que sucediera al final ha terminado sucediendo, así que decido ir con todo y sincerarme con mi amiga.

—Esto es justo lo que no quería, no deseaba crearos problemas ni dramas, pero me siento mal mintiéndote, Samara. La verdad es que han pasado cosas entre Eiden y yo.

—Define *cosas*, Lia.

—Pues quizá nos hemos liado un poquito.

—¿Qué significa «liarse un poquito», tía? Uno, o se enrolla, o no se enrolla —suelta riéndose.

—Pues eso..., que nos hemos enrollado —confieso con la boca pequeña.

Samara me mira y sonríe. Pero ¿por qué? Le acabo de decir que me he enrollado con su primo, ella misma me ha dicho que lo ha notado afectado, y su reacción es de ¿felicidad?

—Por fin, ya era hora, tía, pensaba que nunca me lo ibas a contar. Lia, veo cómo os miráis... y el otro día, fuera de El Tres, estabais demasiado cerca y agarrados de la mano. Por no hablar del precioso tono de labial rojo que acabó en su boca. No he querido decir nada, porque estaba esperando a que tú me lo contaras. Pero estaba claro que entre vosotros pasaba algo.

—¿Tan evidente era? El problema es que..., bueno..., las cosas se han complicado un poco y por eso hemos estado tan «raros».

—¿Raros? Raro es ir a una fiesta con zapatos de cristal; lo siento por Cenicienta, pero su hada madrina era una perra del infierno. Lo vuestro es otra cosa, estáis en la mierda. ¿Qué te ha hecho mi querido primo? ¿Y qué necesitamos para deshacernos de su cadáver?

—¡¿Él?! ¿Y si te digo que esta vez no ha hecho nada malo? Me preparó una de las cenas más deliciosas que he probado jamás y se portó conmigo como un tío de diez. Salvo eso, no me ha hecho nada más.

—¿Entonces...?

—Pues que la he cagado yo, o tal vez no, no lo sé... No tengo claro si lo nuestro será algo que vaya a funcionar verdaderamente o si solo será una relación pasajera que va a dejarme destrozada... No tengo ni idea, Sami, pero lo que sí sé es que no puedo perder más cosas en mi vida. Ahora que voy viendo la luz, no.

—Pero empecemos por la pregunta más importante: ¿qué sientes por él?

—No lo sé, bueno, sí lo sé, qué narices. Me gusta, me gusta mucho. Es la primera vez que me siento así por alguien. Me encanta estar con él, cómo es, con sus tonterías, su poca vergüenza. Me hace sentir libre, especial, deseada. Hace que salga de mi zona de confort, saca mi parte más guerrera, pero también hace tambalear mi mundo, me hace sentir vértigo, me genera muchas preguntas para las que no tengo respuesta y despierta mis alarmas constantemente; es un caos, y no por él, sino por mí, por todo lo que supondría que saliese mal.

No quiero llorar, porque odio llorar en público, pero las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos.

—¿Y todo esto lo sabe mi primo?

—No. Quedamos en que iríamos despacio, dejándonos fluir, y que lo que fuera que tuviéramos se iba a quedar entre nosotros de momento. Pero en mi casa... algo cambió, noté que mis sentimientos quizá eran más fuertes de lo que pensaba. Se me vino todo encima y lo medio eché de allí. Y desde entonces está todo muy frío y raro entre nosotros. La he cagado, tía, la he cagado mucho, y ahora no sé qué debo hacer.

—Puedes probar a explicárselo todo como me lo has explicado a mí, Lia.

—No va a ser necesario —oigo que dice una voz detrás de mí.

38



—Yo mejor os dejo solos —dice Samara.

Y se va, dejándonos a nuestra merced; ya no hay escapatoria.

—¿Qué has oído, Eiden?

—Todo, joder, todo.

Se va acercando a mí.

—¿Y qué piensas al respecto?

—Llevo unos putos días horribles, sin saber muy bien qué hacer, aunque me ha costado mucho lograr mantener las distancias. Me sentí como un tonto el otro día, por irme sin más, por no haberme dado la vuelta, por no haber regresado para decirte que todo estaba bien, que no pasaba nada. Pero no quería presionar, no quería ser un capullo, aunque me sentía así y también muy perdido, Lia. Te abriste a mí, me contaste por lo que habías pasado y quise borrar todo lo que habías sufrido en tu vida, pero después, plof, todo al infierno. No sabía qué era lo que había hecho mal, cómo era posible que, de un segundo a otro, todo hubiera cambiado tanto, y tenía miedo de preguntarte, por si, por si...

—Por si ¿qué?

—Por si te habías dado cuenta de que esto no merece la pena; esto —dice señalándonos—. Lo que sea que tengamos, o tuviéramos. Y no quería enfrentarme a ello.

—Y ahora que sabes cómo me siento yo, que sabes lo que pasaba por mi mente en realidad, que has oído toda la verdad, ¿qué vas a hacer al respecto?

—¡Joder, esto! —brama mientras se humedece los labios.

Acorta la poca distancia que nos separa y me besa, y en ese beso hay un montón de promesas, de futuro, de nosotros...

—Y ese beso, exactamente, ¿qué significa? —lo pico.

—Significa todo. Significa que me tienes loco, que no pienso separarme de ti y que estoy deseando que me repitas palabra por palabra todo lo que le has dicho a mi prima hace unos minutos. Aunque lo del caos... si quieres lo dejamos para solucionarlo juntos.

—Ya veremos; si te portas bien, quizá... Venga, vamos dentro, que me están esperando.

—Ni de puta coña, nena. —Niega con la cabeza.

Lo miro sin entender muy bien a qué se refiere.

—Llevo días sufriendo sin verte, no quiero compartirte más. Tú y yo nos vamos a tu casa a cenar juntos y SOLOS.

—Vale, pero déjame que entre y les diga que me voy, que nos vamos juntos. Veo a tu prima capaz de aparecer en mi casa.

—Te espero aquí.

Pero antes de poder marcharme me atrae hacia él y me vuelve a besar.

—Necesito que me dejes para poder entrar en el bar y despedirme —pido contra sus labios.

Por fin me suelta, a regañadientes, dándome algunos besitos rápidos.

Cuando entro en el bar, no encuentro por ningún lado ni a Kai ni a Samara; ¿dónde narices se han metido esos dos? Los busco por las mesas, pero ni rastro de ellos. Decido ir a la barra y preguntar al camarero, porque tampoco veo a los padres de Kai. Dejo pagada la cena y varias consumiciones para ellos y ya les enviaré un mensaje explicándoles el porqué de mi ausencia..., bueno, que me ha surgido algo con cierto moreno de ojos azules.

Antes de salir, decido pasar un momento por el baño. Entro y oigo risitas en uno de los cubículos. Vaya, parece que alguien se lo está pasando muy bien ahí dentro.

—Ah, espera, para, para, dame un segundo, que me corro, rubia.

Abro mucho los ojos y me tapo la boca con la mano para no hacer ni gota de ruido. Esa voz...

—Samara, estoy a punto, Dios, sigue, joder, sigue...

En efecto, esa voz es la de Kai, que está en el baño con Samara, y por los ruidos que oigo me imagino claramente lo que están haciendo ambos. Bueno, más bien lo que mi amiga le está haciendo... Salgo intentando no hacer ruido y un poco alucinada. Pero decido que voy a guardar silencio y que no me voy a meter en lo que hayan decidido hacer con su relación ese par. Y por supuesto no pienso contarle a Eiden que su prima le estaba comiendo la... Voy a hacer un borrado de memoria de los últimos quince minutos de mi vida.

39



El trayecto hasta mi casa lo hacemos amortiguando el silencio con música. Él no sé cómo está, pero yo me muero de nervios. Decido intentar relajar el ambiente de alguna manera, aunque consigo justo lo contrario.

—¿Con qué me vas a deleitar esta noche?

—Con todo lo que me pidas, Lia. ¿Por dónde quieres que empecemos? Me lo pienso tomar con mucha calma, saboreándolo todo lentamente.

«¡¡¡Ay, Dios!!!».

—Me refería a la cena.

—Y yo también, nena —contesta guiñándome un ojo.

—¿Estás insinuando que la cena soy yo, nene? —Me encanta picarlo cuando es él quien ha comenzado; no me ha pasado con nadie más ser así, me da pie a disfrutar y ser juguetona.

Eiden se mueve incómodo en el asiento del conductor y yo lo miro provocándolo.

—Hostia puta, esta sí que no me la esperaba. Pero no seré yo el que diga que no a comerte entera. Esta noche o cuando tú quieras.

¿No os parece que hace demasiado calor para ser invierno?



—¿Te apetece algo de beber? —pregunto una vez dentro de casa.

Estoy escondiendo los nervios que se me empiezan a acumular en el estómago intentando ser cortés.

Dejamos los zapatos en la entrada. Lo que más me gusta del suelo de mi casa es que, al ser de madera, es muy cómodo y cálido para andar descalza por él.

—Vale, así mientras tanto podemos ir decidiendo con qué quiere la señorita que la deleite esta noche.

—¿Crees que podríamos hacer pizza? —le digo mientras cojo dos latas de refresco de la nevera cuando estamos ya dentro de la cocina.

—Déjame que compruebe si tienes todos los ingredientes. Si no, me acerco a casa en un momento y cojo lo que falte. Te he dicho que te voy a dar todo lo que me pida esa boca y así va a ser.

—De eso nada. Si no hay de todo para hacer pizza, preparamos otra cosa —replico acercándome a él—. Pero tú de aquí no te marchas —susurro.

—¿Tienes miedo de que huya y no vuelva? Porque créeme que ni un puto desastre natural podría hacer que me separara esta noche de ti, Lia.

—Bueno, ese sería un buen motivo, no te lo tendría en cuenta. Entonces, ¿qué? ¿Tengo de todo? —Me siento en la encimera de la cocina para estar más cerca de él.

—Tienes de más, nena —suelta mirándome fijamente mientras se acerca a mí.

—¿Y a qué estamos esperando? —Abro las piernas para darle acceso a mí.

—No tengo ni puta idea. —Se coloca entre ellas, con las manos en mis caderas.

—Ya no estamos hablando de la pizza ¿verdad?

—Me temo que no, Acalia.

Y nos lanzamos a por la boca del otro. Es un beso sucio, caliente, intenso, de los que hacen que suba rápido la temperatura. Eiden me arrima más a él, yo enrollo las piernas en su cintura, él me levanta con un movimiento ágil y me lleva al salón. Llegamos hasta el sofá, sin parar de besarnos en ningún momento.

—Pienso follarte tan despacio que haré que pierdas la cabeza, Lia. Estoy deseando hacerte gritar de placer.

—Ah, ¿sí? Pues de momento solo te oigo hablar, Eiden, y yo soy más de acción.

Me armo de un valor nuevo en mí y le desabrocho el pantalón. Él me mira atónito. Libero su erección de los pantalones. Está más que listo para mí. La acaricio lentamente mientras Eiden permanece de pie, enfrente de mí, observando curioso todos mis movimientos.

—Joder, nena, ¿te has propuesto matarme?

—Puede...

—Si es así como va a ser mi muerte, adelante, estoy listo.

Me la meto despacio en la boca, chupando, succionando, lamiendo. Arriba y abajo, dejándome guiar por su respiración. Eiden me agarra suavemente del pelo y balancea un poco más las caderas al tiempo que acompasa sus movimientos a mi ritmo.

—Lia, qué bien lo haces. Estás preciosa con mi polla en tu boca, nena —susurra con una voz ronca cargada de deseo que nunca le había oído.

Consigue que me sienta poderosa. Me encanta darle placer y pienso hacer que pierda el control. Inclino un poco hacia atrás la cabeza, haciendo que entre hasta el fondo de mi garganta, casi entera. Siento como se agita y se pone aún más dura dentro de mi boca. Es una sensación que me chifla, el saber que soy yo la que estoy provocándolo. Eiden suelta un gemido gutural que me deja claro que lo que le estoy haciendo le gusta. No pensé que pudiese estar tan excitada con tan solo sentir lo cachondo que está él. Sigo metiendo y sacando, lamiendo y chupando un rato más. Disfruto como nunca mientras veo cómo tensa la mandíbula en cada embestida a mi boca.

—Para, Lia, joder. Está siendo la mejor mamada que me han hecho en la puta vida, pero, o paras, o la fiesta se va a acabar ya y quiero que esto dure mucho aún.

Hago lo que me pide, alargando un poco más el juego.

—Ven, ahora me toca a mí, pero, antes, voy a decirte todo lo que te haré, ¿de acuerdo?

—Ajá —respondo llena de curiosidad.

—Primero voy a desnudarte, porque tienes demasiada ropa, y para lo que tengo pensado hacerte necesito que lleves menos. ¿Estás de acuerdo?

Afirmo con la cabeza.

—Después te voy a tumbar en el sofá y voy a besar cada parte de tu cuerpo, lentamente, sin dejarme ni un centímetro de piel, hasta que no puedas más. Hasta que estés al límite, y entonces...

—¿Y entonces...?

—Tendrás que esperar para comprobarlo, nena.

Me tiene a su merced completamente, soy suya y estoy deseando descubrir todo lo que ha pensado hacerme.

Comienza a desnudarme, como ha dicho, pero antes él se quita la camiseta, dejando ver su torso y los tatuajes que lo adornan, de los cuales no tenía ni idea de su existencia. Uno es la secuencia de Fibonacci, también tiene una armonía fractal matemática y me dan ganas de repasar poco a poco ese laberinto con la lengua; los de los brazos los había visto ya, aunque son algo más pequeños que los del pecho, pues es una zona mucho más expuesta, pero estos no, y me entran unas irrefrenables ganas de lamerlo entero. Se deja los pantalones; los tiene desabrochados y se los ha vuelto a subir después de que yo terminara de jugar, y dejan ver su uve abdominal, una imagen de lo más sexy. Eiden es el tío más atractivo con el que he estado jamás, y en estos momentos es todo mío.

Me quita la camisa que llevo, desabrochando botón por botón, jodidamente despacio y llenando el ambiente de electricidad; es una puta tortura, que pagaría por repetir mil veces.

—Este lo dejamos, por ahora —dice refiriéndose a mi sujetador.

Me besa el vientre y baja directo a los pantalones, que desabrocha con habilidad; me los quita y sube las manos hasta mis braguitas.

—Estás muy húmeda, Lia. Vamos a ponerle solución a esto ahora mismo. Túmbate en el sofá, por favor. —Sus palabras se deslizan con suavidad, pausadas, pero con una voz que suena peligrosa y de lo más sugerente. Con urgencia y firmeza. En otro momento me encantaría llevarle la contraria, pero aquí ya soy totalmente suya.

Hago lo que me pide mientras lo miro a los ojos con la respiración agitada. Todo mi cuerpo palpita con su contacto. Se apoya en el sofá poniéndose encima de mí, su boca busca la mía y el beso es diferente, mucho más pasional y menos delicado que otras veces; mordemos, lamemos y torturamos nuestras bocas. Un beso largo, dejando claras las intenciones de lo que va a pasar a continuación. Eiden baja hacia mis pechos, libera ambos del sujetador y los lame y

chupa lentamente, deleitándose, haciéndome gemir y perder un poco la razón. Pasa la lengua por los pezones, juguetea con ellos, aplicando la fuerza justa para hacer que esté al borde de perder el control. Podría haberme corrido solo con eso.

—Eres preciosa, Lia, me flipan tus tetas, son perfectas. Me pregunto si podría llevarte al límite solo chupando y mordiéndolas —sugiere como si fuera capaz de leerme el pensamiento.

—Eiden. —Es lo único que consigo pronunciar.

Lo hace todo despacio, se toma su tiempo, sabe dónde hacer más presión y dónde no; me está volviendo loca, me está llevando al puto nirvana.

Deja mis pechos, que se quejan por la falta de su contacto, y sigue su camino de besos y tortura por mi cuerpo hacia abajo, descendiendo despacio hasta mi abdomen... y se para justo ahí, cerca de mi centro, pero sin llegar siquiera a rozar esa zona que suplica por sus atenciones, dejando besos, saliva y soplando. Mi piel se eriza con el contraste del frío cuando él sopla suavemente sobre ella; es una sensación deliciosa. Va deslizando las manos por mis bragas, pero sin tocarme apenas. Rozando con delicadeza. Me muevo muy inquieta, intento anticiparme a su contacto. Eiden está ganando la partida, lo sabe y lo está disfrutando.

—Por favor —suplico.

—Por favor ¿qué, nena? ¿Qué puedo hacer por ti? Pídemelo y te lo daré.

—Quiero, quiero... —Pero no puedo terminar la frase.

Me da una lametada por encima de las braguitas que hace que tenga una descarga de placer que me recorre entera.

—Dime lo que quieres, Lia.

—Quiero que me devores —suelto entre jadeos.

Sus pupilas se dilatan y entonces, sí, me baja las bragas, por fin, y me abre las piernas. Primero pasa los dedos por mi humedad; mi sexo palpita y me estremezco con solo ese roce. Me estoy volviendo loca y me está encantando.

—Me muero por probarte y hacerte gritar mi nombre mientras te corres en mi boca. ¿Harás eso por mí, Lia?

—Ajá —logro decir, aunque suena más a gemido que a afirmación en sí misma.

Le diría que sí a cualquier cosa que me pidiera en estos momentos. Un remolino de calor se concentra justo entre mis muslos, necesito su boca en mí con urgencia.

Siento como su lengua firme se abre paso entre mis pliegues, como chupa despacio mientras mete dos dedos en mi interior y los mueve lentamente, buscando un punto exacto muy sensible de esa zona.

—Sí, así, Eiden, justo así —estallo entre jadeos al tiempo que muevo un poco las caderas.

Sigue lamiendo, succionando, con movimientos circulares, aumentando la velocidad poco a poco mientras sus dedos siguen dentro de mí, saliendo y entrando. Es una combinación perfecta y mi cuerpo reacciona como nunca, pide más y más. Estoy a punto de correrme; él lo sabe, lo siente, porque aumenta el ritmo.

—Eso es, preciosa, córrete para mí.

—Sí, sí, así, Eiden, sigue, no pares.

Y eso hago, me dejo ir completamente. El orgasmo es fuerte, devastador, incendia cada célula de mí.

—Eso es, nena. Justo así llevo tiempo deseando verte. Ojalá pudieras ver lo que yo veo ahora mismo, la perfección absoluta. Lo he fabulado en mi mente cientos de veces, pero verlo en directo es mucho mejor de lo que podría haber imaginado jamás.

Siento las últimas sacudidas del orgasmo, y Eiden saca despacio los dedos y deposita unos últimos besos suaves en mi sexo mientras yo recupero poco a poco mi respiración.

—Y ahora, a cenar, preciosa —suelta dándome un beso en los labios.

—De eso nada; ahora, a follar, precioso. Y después cenamos.

Veo que sigue duro como una piedra, porque no ha querido que llegáramos hasta el final, pero esta vez no voy a dejarlo pasar como cuando estuvimos en la cascada.

—Pienso hacértelo hasta que te corras y seas tú quien grite mi nombre, Eiden.

Tomo las riendas: voy hasta el baño y cojo un preservativo. Una chica siempre tiene que estar prevenida y protegida.

—Siéntate en el sofá, pero antes quítate los pantalones, por favor —pido imitando sus formas.

—A sus órdenes. Estás jodidamente sexy siendo tan mandona.

Hace lo que le pido y, después de ponerle el condón, me subo a horcajadas encima de él. Voy bajando hasta acomodarme y unirnos por completo. Una descarga de placer me recorre entera y siento una oleada de calor por todo el cuerpo. Eiden me agarra del culo y yo empiezo a mecerme, en círculos, despacio. Nos besamos y somos todo gemidos, piel, sudor y placer. Estamos fusionados, en sincronía; nuestras respiraciones agitadas van de la mano, acompasadas. Incrementamos el ritmo poco a poco, subo y bajo acompañando sus movimientos mientras él me agarra de las nalgas para dirigirme. Todas estas sensaciones son nuevas para mí y qué bien se sienten.

Su lengua juguetea con mis pezones, mis pechos van al ritmo de nuestro particular baile, noto como otro orgasmo comienza a formarse en mi interior mientras las embestidas aumentan, mientras nos dejamos llevar por nuestro placer.

—Lia, estoy a punto. Follar contigo es la mejor sensación del puto mundo.

—Yo también me voy a correr, no pares, Eiden.

Y seguimos, botamos, gemimos, nos movemos a mayor ritmo. Me estoy agarrando en el respaldo del sofá, ayudándome, haciendo fuerza, soltando toda la tensión que tengo acumulada por el placer que me invade.

—Lia, cariño, córrete conmigo, nena.

Y eso es lo último que necesito oír para dejarme ir. Mi nombre en su boca mientras está llegando al clímax suena tan sensual que hace que me pierda por completo. El orgasmo es devastador, descargando por fin toda la tensión de mi cuerpo, que parece olvidar que hace unos minutos ha tenido otro igual de satisfactorio.

Eiden sale de mi interior, pero seguimos un rato más en la misma postura, besándonos, recuperando el aliento. Sintiendo nuestros cuerpos.

—Bueno, ¿nos ponemos con la pizza? —dice sonriendo contra mis labios.

—Sí, por favor. Me muero de hambre.

Y, por extraño que parezca, no solo estoy hablando de comida.

40



—Lo estás poniendo todo perdido de harina, luego lo vas a limpiar tú.

—No soy yo, eres tú, así es imposible atinar con la cuchara; ¡para, Eiden! —le digo mientras intento escapar de sus besos.

—Los buenos chefs tienen que estar preparados para enfrentarse a situaciones de mucho estrés; te estoy haciendo dura, preciosa.

Después de algunos besos y caricias más en el sofá hemos ido a la cocina para preparar la pizza. Ambos nos morimos de hambre, pero Eiden se ha empeñado en que tenemos que hacerla entre los dos y por eso la cosa se está alargando más de la cuenta. Él me está dando las instrucciones, pero a su vez, al parecer, y esto es algo que desconocía hasta hace unos segundos, también me está entrenando para ser chef, como la de *Cooking Mamma*, y no para de distraerme.

—Has empezado haciéndome cosquillas mientras medía el aceite y me das besos en el cuello mientras intento contar las cucharadas de harina necesarias para la masa; esto no es una situación de estrés, Eiden, esto es una maniobra de distracción muy sucia. Quizá sea porque temes que mis dotes culinarias superen las tuyas. Reconoce

que tienes miedo de que esta novata te gane en tu propio terreno, chefecillo.

—¿Me estás acusando de sabotear a mi propia alumna?

—Sí —contesto en tono firme.

—Retíralo.

—*O-blí-ga-me* —suelto retándolo.

Y empezamos una carrera en círculos por la cocina, en la que él me hace cosquillas y yo trato de huir. Todo son risas y gritos alegres, hasta que resbalo y, para mantener el equilibrio, me agarro a la encimera... con tan mala suerte que el bol con la harina cae al suelo y nos manchamos enteros.

—Mierda, lo siento —digo partiéndome de risa, y miro a Eiden, que está hecho un desastre.

—Bonita forma de disculparte, riéndote de mí, pero eso es porque no te has visto tú, que pareces un nevadito.

—Ahora vamos a tener que limpiarnos... —comento poniendo pucheros.

—Lia, si querías verme desnudo otra vez, no hacía falta que liaras todo esto, nena, solo tenías que pedírmelo y yo te lo habría concedido sin problemas para que volvieras a admirar esta obra de arte —suelta mientras señala su cuerpo.

—Ah, ¿sí? Pues ahora nos limpiaremos cada uno en un baño... Y, ya de paso, recoge todo este desastre —aprovecho para decir mientras me escapo escaleras arriba, en dirección a la ducha.

—¡Eh, eh, de eso nada, espérameeeeee! —grita subiendo detrás de mí.

Debo confesaros que la ducha se alarga un poquitito más de lo normalmente establecido; ya me entendéis, ¿no?

—Ahora sí, limpitos y cambiados de ropa, de nuevo, manos a la masa. El truco para que la masa de la pizza quede suave y fina es sencillo. Solo necesitas a un dios del sexo y, ¡anda!, hoy debe de ser tu día de suerte, me tienes aquí exclusivamente para ti.

—Menos lobos, Caperucito, y déjame poner a mí los ingredientes.

—Tendrás valor, si la pizza margarita solo lleva tres, Lia.

—Sí, pero mira qué bonitos los estoy colocando —replico orgullosa al tiempo que admiro mi obra.

Terminamos de cenar, recoger y subimos, rumbo a mi habitación. No ha hecho falta que le pida que se quede a dormir, ha salido de forma natural y es algo que por algún motivo me hace sentir extrañamente bien.



Despertarme con Eiden abrazado a mí es algo del todo nuevo, no porque se trate de Eiden, sino porque es la primera vez que paso la noche entera con otra persona del sexo opuesto. Y aquí estamos. El día anterior estuvo lleno de primeras veces, y al parecer la mañana de este empieza de la misma manera.

—Buenos días, preciosa. —Se acerca y me da un beso en la boca.

—Buenos días —contesto perezosa.

—Vamos a desayunar, que me muero de hambre. ¿Te apetece que haga tostadas francesas? Tienes tiempo antes de ir a donde Margorie, ¿verdad?

—Sí, sí. Hasta las diez no tengo que abrir.

—Pues venga.

Con una energía desconocida para mí, sale de la cama de un salto.

Lo observo aún entre las sábanas. Yo necesito más tiempo para desperezarme, no puedo despertarme y salir de la cama directamente, me hacen falta unos minutos de transición. La imagen que tengo delante no puede ser más perfecta, Eiden desnudo por completo, grandioso, en todo su esplendor. Me sonrojo un poco mirándolo con descaro, pero, entre que aún estoy un poco dormida y todo lo que me estoy imaginando al contemplar su cuerpo, no me entero de nada de lo que me ha dicho.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta sacándome de mi ensoñación.

—¿Qué? Eh... sí, sí, tostadas francesas, me gustan.

—¡No puede ser! —Eiden rompe a reír—. Si te portas bien, igual esta noche te doy otra ronda de tostadas francesas. Venga, levanta, te espero abajo.

Me planta otro beso en los labios y sale de la habitación.

¿Sabéis esa sensación de «Podría acostumbrarme a esto»? Bien, pues eso.

41



A las diez abro la Libreristería. Sé que Margorie tiene revisión con el doctor Donalson, así que llegará más tarde. Hay un montón de cajas llenas de libros y otra pila llena de plantas que están esperando a que yo las libere y coloque en su sitio, así que me pongo manos a la obra. Tenemos muchos pedidos por preparar, porque nadie quiere quedarse sin un regalo debajo del árbol. Mañana es Nochebuena y se empiezan a notar las prisas de última hora de algunos clientes.

La mañana transcurre sin apenas darme cuenta entre lazos, papel de regalo, flores y centros de mesa. Soy consciente del tiempo que ha pasado cuando oigo el sonido de las campanitas de la puerta al abrirse.

—Hola, mi niña. ¡Buenas noticiaaaaaas! —exclama Margorie desde el umbral con un papel en la mano.

—Hola. Pero qué contenta estás, entiendo que tiene que ver con tu rodilla. ¿Qué te ha dicho el doctor?

—Me ha dado el alta. Soy libre: ni vendas, ni muletas, ni reposo... Ya puedo recuperar mi vida, cariño. Estoy tan feliz que he comprado chocolate caliente con malvaviscos y unos *cupcakes* que tienen forma de arbolito navideño para que lo celebremos.

—Me alegro tanto por ti, Margorie... Sé que estas semanas no han sido nada fáciles. Pero por fin estás recuperada. —Aplaudo emocionada.

—Estoy que no quepo en mí de contenta, cielo, porque además pronto llegará la temporada de eventos más fuerte y me estaba poniendo mala pensando que tendría que rechazar algunos por no poder llegar a todos, pero ya no va a ser necesario porque tengo las dos piernas a tope, no hay nada que me pare. Pero, venga, no hablemos más de trabajo y vamos a desayunar.

—¿Desayunar? Margorie, pero si es casi la una de la tarde...

—Desayunar, he dicho.

—Vale, vale... Oye, vaya pinta tienen esos *cupcakes*. Cambiando de tema, en pocos días he de ir a buscar mi coche, y hasta entonces me puedo arreglar sin el Jeep, así que luego te devuelvo las llaves.

—¿Y cómo piensas venir a trabajar sin vehículo? ¿Te va a traer todas las mañanas el hijo de los Hugh?

—¿Eiden? No, no, él no me va a traer a traba... —En ese momento me doy cuenta—. ¿Cómo que «a trabajar», Margorie? Como ya estás bien, yo pensaba que ya no...

—Niña, siempre piensas de más. Estoy bien y recuperada, pero estas semanas me han servido para darme cuenta de que tener una compañera que te ayude en el trabajo no es malo, sino todo lo contrario. Además, los clientes te adoran y, si no te vas, cuando deba acudir a algún evento no tendré que cerrar la tienda, podrás quedarte tú. Y, bueno, dispondré también de más tiempo libre. Siempre y cuando quieras quedarte a trabajar aquí, claro. La última palabra la tienes tú, estrella.

—Por supuesto que sí quiero. Soy muy feliz trabajando en la Libreristería y ya casi sé identificar todas las plantas... Sí, definitivamente, me encantaría quedarme contigo en la tienda.

—Pues no se hable más. Tenemos que modificar el contrato para subirte de categoría y ampliarlo; en un par de días debería estar todo listo para que firmes el nuevo. Y ahora tómate el chocolate y cuéntame qué te pasa con ese chico, que os he visto llegar juntos esta mañana, muy juntos... Soy vieja, pero no tonta, cariño.

—Claro, Margorie..., pero solo si tú me cuentas también qué pasa con ese tal Fernando Stragon, que, por cierto, hoy ha vuelto a llamar, cuatro veces...

Fernando Stragon es uno de los escritores favoritos de Margorie. Se conocen desde hace bastantes años y él siempre cuenta con ella en las presentaciones de sus obras, pero desde que se enteró del accidente no ha parado de llamar, enviar flores, chocolates... Todo con unas notitas escritas a mano en las que, en alguna ocasión, he visto corazones dibujados. Pero al parecer Margorie se está haciendo de rogar.

—Niña, no seas descarada y no muerdas la mano que te da de comer, Fernando es solo un viejo amigo —replica, pero no puede esconder que está sonrojada.

—Pues cógele el teléfono a tu viejo amigo, que quiere concretar la cita del sábado y de tantas largas que le he dado seguro que cree que soy yo, que no te estoy dando los recados que me deja para ti.

—Pero qué cita ni cita, ese hombre ha perdido por completo la cabeza —murmura con el móvil en la mano mientras sube la escalera que lleva a su casa.

Y así es como me libro de tener que explicarle a Margorie qué pasa entre Eiden y yo.

Cuando llego a casa, me siento diferente. Hago un repaso de todo lo que he vivido desde que estoy en River Town y me parece increíble ver lo mucho que ha cambiado esa chica que se marchó de su ciudad asustada y al borde del abismo. Me asombra todo el progreso que he hecho y todas las personas que han llegado a mi vida y que estoy segura de que se van a quedar en ella. Siento como algo va creciendo en mí, como algunas partes que estaban rotas se van soldando. Estoy empezando a ser realmente feliz.

Llevo ya un rato en casa cuando comienzo a oír ruiditos por el camino de piedra. Me asomo a la ventana y lo que veo desde ella me hace esbozar una sonrisa de boba que intento quitar, pero me es imposible.

—Pero ¿qué es esto?... —digo abriendo la puerta.

—Mierda, estaba intentando ser silencioso para darte una sorpresa.

—Pero ¿se puede saber qué tienda de globos has atracado y cómo te han entrado todos en el coche? ¿Estás intentando hacer que mi casa vuele como en la película *Up*, o qué? Ya te aviso que no tengo insignias de explorador intrépido, ni hay ningún anciano que necesite ayuda para cumplir la promesa que le hizo a su mujer.

Eiden está andando por el camino que da a mi casa con un montón de globos de colores flotando por el aire.

—Es que me he enterado de que Margorie te ha ofrecido quedarte en la tienda para trabajar con ella y sé lo que te gusta estar allí, así que quería hacer algo especial. Me he puesto nervioso en la tienda de globos del pueblo de al lado y, yo qué sé, me he llevado todos los que me han recordado a ti. ¡¡¡Felicidades por tu nuevo viejo trabajo, nena!!! —exclama con la mejor de sus sonrisas.

—Estás fatal, de verdad —respondo devolviéndole la sonrisa—. Anda, entra, no vayas a salir volando.

La estampa consigue despertarme mariposillas en el estómago, pero, además, saber que «el pueblo de al lado» está a más de una hora conduciendo de River Town y que ha ido hasta allí para darme una sorpresa hace que sienta que puedo volar sin necesidad de globos.

—También he traído tostadas francesas —añade levantando las cejas y poniendo morritos mientras entra por la puerta, o lo intenta, porque, con los cuarenta globos que lleva, no cabe.

—Vamos a tener que explotarlos...

—Ni de puta coña. Los meteré de uno en uno si hace falta. No te preocupes, que lo hago rapidito.

¡Qué suerte la mía! Estoy con un chico muy guapo tumbado conmigo en el sofá de mi casa mientras nos hacemos mimitos y el techo está lleno de globos de colores. No sé hacia dónde nos va a llevar lo nuestro exactamente, no hemos vuelto a sacar el tema de qué va a pasar con nosotros después de acostarnos, pero me da igual. Solo pienso en disfrutar de él, sin hacerme más preguntas.

42



Podría hacerme la fuerte y decir que voy a pasar la Nochebuena que yo he elegido y que estoy feliz por ello, pero os estaría mintiendo. Las Navidades con mis padres no eran en absoluto perfectas ni idílicas; la mayoría de las veces acababan en alguna discusión de ellos dos. No había comida casera, no había villancicos ni momentos bonitos, ni tampoco luces o adornos que acompañaran la mágica fecha. Pero esta es la primera vez que voy a pasarla sola y no puedo evitar que me envuelva el corazón una especie de añoranza y nostalgia. No me da miedo la soledad, pero, si lo pienso, me parece una situación triste y ojalá todo hubiese sido diferente.

Sigo feliz por todo lo que estoy consiguiendo y el rumbo que está tomando mi vida desde que llegué a River Town, pero también es humano y comprensible tener momentos de debilidad y flaqueza, como el que estoy enfrentando hoy. Y no pasa nada, está bien permitirte caer un poco para coger más impulso.

Llevo semanas preparándome mentalmente para la noche de hoy y el día de mañana, autoconvenciéndome de que no es ningún drama estar sola, que es un día como cualquier otro. ¿Mis planes

para esta noche? Cenar algo que es muy posible que saque del congelador y ver una película que no me haga pensar en nada.

Samara, Kai y Eiden, por separado, han estado insistiendo en que fuera a sus casas a pasar la noche. He declinado amablemente las invitaciones: no quiero sentirme una intrusa en los hogares de mis amigos y, aunque sé que ni a ellos ni a sus familiares les importunaría mi presencia, no estoy de humor para tener que fingir sonrisas. ¿Estoy en mi *mood* más de intensa? Sí, ya os he dicho que hoy no soy buena compañía para nadie.

Llevo un rato mirando cómo el plato de comida congelada da vueltas dentro del microondas cuando oigo que llaman a la puerta. Miro el reloj y no entiendo quién puede ser a esta hora cuando se supone que todo el mundo ya estará a punto de sentarse a la mesa para cenar.

Cuando abro la puerta, la estampa que me encuentro me deja casi sin palabras.

—Pero ¡¿qué...?! —exclamo sorprendida tratando de asimilar lo que tengo delante.

—Niña, no pensarías que íbamos a dejar que pasaras esta noche sola, ¿verdad? Y como te has negado a venir a El Refugio...

Ellas también insistieron mucho en que pasara tanto la Nochebuena como el día de Navidad en su compañía; debería haber imaginado que no aceptarían mi «no», quedándose al margen.

—Tú formas parte ya de nuestra familia, querida.

Margorie y Millie están tras el umbral de la puerta de mi casa, con una bolsa gigante de tela cada una, de las cuales sale un olor a comida que hace que mis tripas rujan.

—Pasad, que además hace un frío que pela. No esperaba... No sé qué decir, me habéis dejado sin palabras. Una vez más, sois las mejores.

Entran y van directas a la cocina. Empiezan a sacar táperes de las bolsas que han traído con ellas. No han escatimado ni en cantidad ni en variedad. Es demasiada comida para tan solo tres personas, pero el lema de Millie es «mejor que sobre a que falte».

—Estrella, vete poniendo la mesa —pide Margorie pasándome los platos del armario.

—¿No irías a cenar esa aberración? —pregunta Millie al descubrir el contenido del microondas una vez que este pita.

—Sí...

—Cielo, así estás de tristona, por comer estas cosas.

—Deja a la niña en paz... Esos platos preparados no están nada mal —sale en mi defensa la menor de las hermanas, porque además fue ella la que me dio a probar esta marca de comida precocinada.

—Bueno, lo que me faltaba ya. Mi propia hermana traicionándome y comiendo esa basura. ¡Que alguien me saque el puñal de la espalda, por favor!

Salgo de la cocina aguantándome la risa y empiezo a poner la mesa en el salón. Como centro coloco el pequeño arbolito de Navidad que me regalaron Eiden y Samara junto con unas velas; es lo único que tengo festivo para darle un toque más especial. Y el pesado humor que sentía hace unos minutos se transforma en otro completamente opuesto. Y comprendo lo afortunada que soy en realidad; me emociono sintiéndome querida por primera vez en un día como hoy y decido no volver a conformarme con menos.

Estamos a punto de comenzar con los dos postres caseros que ha preparado Millie mientras de fondo suena la inconfundible voz de

Frank Sinatra, cantante favorito de la dueña del alojamiento más molón de River Town, con «Jingle Bells» cuando vuelven a llamar a la puerta de mi casa.

¡Madre mía! Esto se está empezando a parecer al camarote de los hermanos Marx, pero, viendo las risitas que empiezan a soltar las dos hermanas, puedo imaginar quién, o, mejor dicho, quiénes están detrás de la puerta.

—¡He traído ponche de huevo y chocolate caliente! —exclama Samara en cuanto abro.

—Yo, bastones de caramelo. Es tradición en mi casa desde que era pequeño comernos uno después de cenar, Lia. —Kai levanta la mano derecha para enseñarme la bolsa transparente donde lleva los dulces mentolados.

Ambos pasan dentro y ya solo queda fuera Eiden. Nos miramos sin poder evitar que a ambos se nos escape una sonrisa de complicidad.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche? —pregunto viendo que no se mueve.

—No, solo estaba reuniendo fuerza de voluntad.

—¿Para qué? —Lo miro intrigada.

—Pues para no cogerte en volandas olvidándome de toda la gente que hay ahora mismo dentro de tu casa y llevarte hasta tu habitación para comer el postre que realmente me apetece.

—Tenemos que dejar de comparar el sexo con comida, Eiden.

—Tienes razón, el sexo contigo está muy por encima de cualquier elaboración culinaria. —Por fin se decide a pasar, pero se para justo cuando llega a mi altura y me susurra—. Yo también he traído algo, nena. Pero prefiero dártelo cuando estemos solos.

Mi pequeña familia inesperada y yo disfrutamos de los postres y de la música navideña de fondo mientras Millie y Margorie nos cuentan anécdotas de su infancia. Nos reímos tanto con lo que

explican que es muy posible que mañana tenga agujetas en la tripa. Está siendo una noche tan especial que no quiero que se termine.

Pero el tiempo pasa y el cansancio se hace presente. Las primeras en despedirse son las hermanas.

—Nosotras nos vamos, chicos. Niña, no te líes, que mañana te queremos en El Refugio para abrir los regalos que ha dejado Papá Noel en el árbol y comer juntas. Y no te molestes en buscar excusas, te esperamos allí y punto.

—Cielo, te he dejado las sobras en la nevera.

Eso significa que tengo comida para una semana gracias a Millie.

—Vale, sin excusas, allí estaré. Descansad y gracias por todo. ¡Feliz Navidad! —les deseo mientras nos fundimos en un abrazo.

Vuelvo al salón a reunirme con mis amigos y veo que Eiden les está haciendo muecas a su prima y a Kai y que estos lo están mirando aparentemente sin entender nada.

—Primito, ¿estás bien? ¿Te ha dado un tic o algo?

—¿No os acordáis de lo que hemos hablado antes? —Eiden señala la puerta con la cabeza y yo me aguanto las ganas de reírme porque es evidente que quiere que nos quedemos solos.

—No —responde Samara. Su primo la mira sorprendido y entonces parece que ella recuerda algo—. Ah, vale, que te quieres quedar solo con... Kai, creo que aquí sobramos.

—Anda, rubia, que te ha costado pillarlo. Vamos a dar por acabada la noche, está claro que sí que sobramos. Nos vemos mañana.

—Adiós, chicos, y muchas gracias por la sorpresa, sois los mejores. Os quiero.

—Está claro que la Navidad te ablanda, Lia. Adiós —se despide Samara mientras ambos salen por la puerta.

—Por fin. Pensaba que nunca se iban a ir.

—No seas así; me lo estaba pasando muy bien y creo que ellos también y les has cortado todo el rollo, señor Grinch —me quejo hasta que él me acalla con un beso en los labios.

—Ya hablaremos después del hecho de que me hayas llamado bicho peludo, gruñón y verde, porque antes quiero darte algo.

Saca una cajita azul de su abrigo, que está en el reposabrazos del sofá.

—¿Es para mí?

Eiden asiente con la cabeza.

Abro la caja despacio. Noto los nervios dentro de mí, y no sé si voy a poder controlarlos. Dentro, acostada sobre una tela negra de terciopelo, hay una pulsera. Es una cadena muy fina plateada con una flor de loto con un cuarzo rosa engarzado en su centro. Alterno la mirada entre el contenido de la caja y el chico que me la ha regalado, porque no sé qué decir, estoy buscando las palabras.

—Representa el renacer, la fuerza y la superación. Me recuerda a ti, Lia. ¿Te gusta?

—Es perfecta, yo... No sé qué decir.

Me siento tan afortunada en estos momentos que creo que nada de lo que pueda decir estará a la altura de mis sentimientos.

—No digas nada y bésame, nena.



No sé qué hora es cuando me levanto a beber agua porque tengo la boca seca. La oscuridad aún sigue coronando el cielo. La noche ha estado llena de emociones, de sentimientos bonitos que me han devuelto una paz que me ha ayudado a sanar otra pequeña parte de mi corazón, pero no puedo negar que hay una parte que ha estado a

kilómetros de aquí. Pensando en cómo habrá pasado esta Nochebuena y si por un segundo habrá sentido mi ausencia, cojo el móvil entre las manos y escribo.

¡FELIZ NAVIDAD, MAMÁ! Te quiero. Ojalá todo hubiera sido de otra manera.

Espero paciente frente a la pantalla hasta que aparecen los dos tics que confirman que ha recibido el mensaje y vuelvo a bloquear su número.

43



Unos días después de Navidad, Eiden me acompañó a recoger mi coche cuando me avisaron de que ya estaba todo en orden. Resulta ser supercómodo de conducir, aunque no he podido hacer mucho uso de él, porque me ha ido a buscar al trabajo casi todos los días y me ha llevado a la mañana siguiente y, aunque aún no hemos definido qué somos, tampoco siento que nos haga falta. Nos estamos conociendo, estamos disfrutándonos muy bien y varias veces algunos días...

En ocasiones nos empeñamos en poner etiquetas a todo cuando lo más importante y sencillo no es «qué somos», sino «cómo somos» juntos.

Millie me ha pedido que pase por El Refugio porque necesita que recoja algunas cajas que han entregado allí para Margorie por error. El repartidor se las ha dejado a ella en lugar de llevarlas a la tienda; quizá se haya liado por el apellido o no ha querido meterse por las calles del pueblo con la furgoneta de reparto y ha preferido hacer como que se ha equivocado y dejarlas en el hostal, que dispone de un acceso mucho más sencillo para descargar y maniobrar con vehículos grandes.

—Hola, Millie. ¿Dónde están los paquetes? —Me acerco a ella y le doy dos besos.

—Pero qué guapa estás, cielo, cada día más radiante. Este pueblo te está sentando de fábula, ¿eh? —Se ríe mientras me da golpecitos con el codo.

—Sí, claro, es que este aire es maravilloso para la piel, debe de ser eso —comento sin entender a qué viene tanto cachondeo...

—Sí..., el aire..., será que ahora se llama así... —Mira hacia abajo mientras disimula una risita de lo más extraña.

—¿Y bien? —pregunto.

—Y bien ¿qué, cariño?

—Las cajas de Margorie, Millie, para eso he venido. ¿Te pasa algo? —vuelvo a preguntar, algo preocupada esta vez.

—Las cajas, las cajas, sí, eso... Espera, que tengo que hacer una llamada.

Se marcha dejándome en la recepción, flipando y pensando a mi vez seriamente qué narices le pasa a esta mujer.

Transcurren unos minutos y veo que Millie regresa y que se está riendo sola. Definitivamente, está muy rara.

—Cielo, ya está. Las cajas están arriba, en tu antigua habitación. Ya puedes subir.

—¿Y por qué están las cajas...?

—Chist, chist, nada de preguntas. Sube y punto —ordena poniéndome el dedo índice en los labios.

Hago lo que me pide aun sin entender por qué las han subido al piso de arriba y teniendo claro que, en cuanto recoja el pedido, voy a hablar con Margorie para contarle esto; algo le ocurre a su hermana, nada de lo que acabo de vivir es normal.

Cuando abro la puerta del que fue mi refugio personal el tiempo que estuve aquí, lo que veo hace que me quede sin palabras.

—Hola —susurro suavemente al entrar.

—Hola, nena... —Esa voz hace que mi cuerpo se estremezca.

Eiden ha puesto velas por toda la habitación y hay un pequeño tentempié en la mesa, junto a unas copas.

—¿Y esto? —digo señalando todo lo que ha preparado.

—Aún no hemos tenido una cita en condiciones y he pensado que ya iba siendo hora y que el mejor lugar para tenerla era el sitio donde nos vimos por primera vez —explica algo tímido esperando mi reacción.

Esperad, esperad, un segundo, recapitulemos. Eiden... ¿tímido?

Ver todo lo que ha preparado hace que mi corazón empiece a bombear a un ritmo frenético. Siempre consigue hacer de lo cotidiano algo muy especial.

—Es perfecto. Me encanta. Aunque esta vez ya sé dónde están las toallas...

Ambos reímos recordando la escena y el comienzo de todo. Nos quedamos callados, mirándonos a los ojos, porque, en un momento así, una mirada dice mucho más. Me acerco a él y le doy un dulce beso en los labios. Y os juro que no pretendía que fuese más, quería darle un beso suave, cariñoso, y ya está, pero con él eso es imposible, nunca nada es simple. Su lengua le exige paso a mi boca y le abro camino. Me arrincona contra la pared. Nuestras lenguas se entrelazan y juegan en una lucha cuerpo a cuerpo. Enseguida nuestra piel se enciende pidiendo más contacto. Eiden me besa el cuello, siento sus labios sobre él; sabe que me vuelve loca que me bese justo en ese punto entre el cuello y la clavícula y va directo a hacerme perder la cabeza, una vez más. Conoce mi cuerpo y cómo reacciona casi mejor que yo misma.

—Estás jugando sucio, señorito —gimo.

—Te tengo justo donde quería tenerte el primer día que te vi. Concédeme ese regalo, nena. Haz feliz al Eiden que lleva fantaseando con esto desde que me quedé embobado mirando a través de esa ventana.

Y se lo doy; creo que no hay nada que no sea capaz de darle a estas alturas.

Sigue reclamando cada parte de mi cuerpo, marcando cada parte de mi piel, absorbiendo mis suspiros y mi aliento. Pero en un momento algo cambia, es como si Eiden, de la nada, hubiese recordado algo que le hace transformar totalmente su actitud y empieza a bajar revoluciones; sus besos se vuelven mucho más suaves, hasta que para por completo y yo me siento confundida porque noto que hay algo que me estoy perdiendo y no me estoy enterando.

—Quizá mejor vamos a comer algo —propone él al tiempo que se separa de mí y me deja fuera de juego.

—Vaya... —digo decepcionada—. Sí que debes de tener hambre.

—Verás. —Se aclara la voz—. Hay algo que quiero decirte.

Lo miro extrañada. No sé qué narices le pasa, pero algo le pasa, de eso no tengo dudas.

—No sé cómo empezar esto...

—Puedes probar por el principio, Eiden. —Sueno un poco nerviosa, ya que estoy muy perdida.

—Pues estamos aquí reunidos, o sea, aquí estamos tú y yo... ¡Mierda! —exclama mientras se rasca la cabeza con cara de preocupación—. Pensaba que esto sería más fácil, joder. A ver...

—Usa la fuerza, Luke... —Parafraseo a Obi-Wan en *Una nueva esperanza*—. Eiden, relájate, solo soy yo. Pase lo que pase, cuéntamelo, no hay ningún problema. Pero hazlo ya, porque me estoy empezando a preocupar.

—Vale, vale. Bueno, hemos quedado, estamos quedando, tú y yo, y, verás, llevamos quedando un tiempo ya... ¿Sabes por dónde voy?

—No, no sé por dónde vas, tendrás que ser un poco más claro —respondo negando también con la cabeza.

—No lo estás poniendo nada fácil, Lia —resopla pasándose las manos por el pelo.

—Vale, sinteticemos. Quieres decirme algo, algo que tiene que ver con nosotros dos, ¿no?

—Eso es, lo estás pillando, ¿verdad?

Me mira esperanzado.

—No, Eiden, la verdad es que no lo estoy pillando porque no me estás diciendo nada. Solo estás repitiendo todo el rato las mismas palabras, pero no sé a dónde quieres ir a parar.

—Vale, esto no está saliendo como yo pensaba, joder. Bueno, a la mierda, ahí va. —Coge una bocanada grande de aire y lo suelta—. Quiero salir en serio contigo.

¡Bum! Me ha dejado sin palabras. Lo miro con los ojos muy abiertos.

—Nunca me había planteado tener realmente algo serio con alguien... hasta que has llegado tú, Lia. Haces que todo sea especial, no sé... Joder, estoy siendo muy cursi, pero no sé cómo decírtelo de otra manera. Llevo practicando cómo hacerlo varios días y al final ha salido fatal, esto es nuevo para mí, pero te quiero y quiero... quiero intentarlo, quiero tener una relación contigo. ¿Tú... quieres? ¿Tú quieres salir conmigo, Lia?

¿Eiden me acaba de decir «te quiero»? ¿Me ha pedido salir en serio? ¿Yo quiero? Sí. Lo quiero todo con él.

Me quedo mirándolo a los ojos, callada porque estoy catatónica.

—Di algo, Lia, por favor.

—Sí, claro que quiero, quiero salir contigo, pero... no necesitaba ponerle nombre a lo nuestro porque desde que te conozco ha habido un nosotros, y lo principal, Eiden, yo también... yo también te quiero.

Y se lanza a por mí. Ahora sí, nos olvidamos de la comida, de la mesa y de todo. A la mierda, solo somos nosotros dos, nuestros labios, nuestras lenguas y nuestras manos buscando al otro; la forma de entregarnos al placer complaciendo al otro. Así somos. Nuestros cuerpos colisionan de la misma manera en que lo hacen las olas contra las rocas.



—Así que debajo de esa capa de capullo hay un chico tierno y dulce que pide salir a una chica, ¿eh? Se me ha caído un mito... —lo vacilo un poco mientras estoy acurrucada entre sus brazos y juego con los dedos de su mano, esos que hace unos minutos me estaban recorriendo entera.

—Pues, a juzgar por la manera de correrte de hace un rato mientras te follaba y gritabas mi nombre, no parecía que se te hubiera caído nada, nena.

—¡Auuu! —me quejo.

—No juegues con fuego si no tienes manguera para apagarlo, preciosa.

—Igual puedo usar la tuya... —sugiero guiñándole un ojo y haciendo un mohín.

—¡Pero bueno, señorita! —exclama mientras se agarra el paquete preocupado.

—Anda, no seas remilgado, tu manguera está a salvo, de momento.

—Vamos a comer algo, que hay que recuperar fuerzas. Hay una bañera en ese baño en la que quiero hacer cosas, cosas sucias, contigo, nena...

—Conozco esa bañera, me he alojado aquí, Eiden.

—Pero no la conocemos juntos —replica haciendo un puchero.

Pongo los ojos en blanco, aunque la verdad es que tampoco me parece mal plan.

44



No me puedo creer que ya haya pasado un año desde que llegué a River Town. Ayer fue mi vigésimo cumpleaños y hemos quedado todos para celebrarlo, aprovechando que Hugo e Isabella están pasando unos días en el pueblo.

Heather, la hermana de Hugo, se ha trasladado a Valley City. Está muy contenta en la clínica en la que está trabajando. Desconozco si ya se ha cruzado en su vida un médico guaperas o no. Hugo la echa de menos y todo apunta a que ella terminará trasladándose definitivamente allí; lo hablamos con él cuando estuvo la última vez en River Town. A la que no he vuelto a ver desde la fiesta en casa de Eiden es a Isabella, pero no he querido excluirla del plan y que se quedara sola, así que la he invitado también, porque, aunque tuvimos ese enfrentamiento, tengo la esperanza de que haya recapacitado y no siga ese mal rollo entre nosotras. Ha pasado mucho desde aquello, espero que lo haya superado ya.

Si echo la vista atrás me parece increíble lo que ha cambiado mi vida en tan solo un año, una barbaridad. A veces siento que llevo mucho más tiempo viviendo aquí. No queda demasiado de esa chica tímida que se marchó de su casa huyendo en busca de un sitio al

que llamar hogar, aunque, en los días oscuros, el amargo sabor del recuerdo de aquella noche aún acuda para ponerme en alerta.

Por el pueblo las cosas siguen sin grandes cambios. Estoy rodeada de personas a las que quiero mucho, tengo amigos que se han convertido en familia y vivo loquita por los huesos de cierto moreno de ojos azules que siempre consigue hacerme reír y sacarme de quicio al mismo tiempo.

Y hablando de amigos, en estos momentos me encantaría matar a cierta rubia que dice ser mi mejor amiga...

—Samara, no pienso ponerme eso, olvídate.

—Venga, tía, no seas así, seguro que a mi primo le encanta.

—Me importa un pepino que a tu primo le vaya a encantar, que lo dudo. No me gusta a mí y no me lo pienso poner.

—Pero ¿cómo vas a ir con esas pintas en tu cumpleaños? —Me mira de arriba abajo con una ceja levantada—. Ponte el vestido azul, aunque sea, venga, no me digas que he traído toda esta ropa para nada.

—Ropa que yo no te he pedido. En otra vida has tenido que ser estilista por lo menos, pero de las pesadas, qué pesadilla... Venga, trae el dichoso vestido azul.

Mi amiga se pone a dar saltitos y a aplaudir, algo habitual en ella cada vez que se sale con la suya.

En realidad, no sé para qué me molesto en discutir con Samara si siempre me acaba convenciendo.

Tardo lo que yo siento como una eternidad en conseguir meterme en ese trapito que mi amiga llama vestido. Si consigues ponértelo sola, te convalidan automáticamente una ingeniería. ¡Madre del amor hermoso!, ahora entiendo por qué a las famosas las visten los estilistas y no son ellas las encargadas de enfundarse las prendas. Cuerdas, cremalleras, botoncitos... ¡Ay, Dios mío!

Cuando creo que ya está todo listo me quedo sin palabras al comprobar la imagen que me devuelve el espejo. Estoy impresionante. Me siento como si fuese la protagonista de un libro o una película. Samara, para sorpresa de nadie, tenía razón en lo que me ha dicho respecto al vestido, se amolda a mi cuerpo como una segunda piel. Es sencillamente perfecto. Tiene un degradado en tonos azules, mangas largas de gasa, escote en la espalda por el que cruzan varias cuerdas y miles de brillitos salpicados por toda la tela. Esta noche es muy posible que me muera de frío, porque, aunque llevaré abrigo, me niego a ponérmelo mucho y tapar el vestido. Ya sabéis lo que dicen: quien tenga miedo a morir, que no nazca.

—Joder, Lia, ¡estás espectacular! —exclama cuando salgo a su encuentro ya vestida y lista.

—¿Verdad? Esta vez voy a tener que darte la razón, este vestido es una fantasía. Me siento como Feyre en Velaris. Estos brillitos parecen miles de estrellitas.

—Y seguro que tienes a *Rhysin*, o como se llame, buscándote también.

A mi amiga le gustan muchas cosas, pero la lectura no es una de ellas y, aunque me escucha cuando le cuento las historias de los libros que leo, se queda con lo que quiere o le interesa. Y los nombres no suelen formar parte de este grupo.

—Es Rhysand, tía. Oye, ¿por qué nunca hemos hecho una fiesta temática de personajes de ficción? ¿Me prometes que en alguno de mis cumpleaños vamos a hacer una fiesta así?

—Vale, pero no será que pretendes disfrazar a mi primo de algún *bat boy* de esos, ¿no? Si se lo planteas bien, igual accede sin necesidad de hacer ninguna fiesta ni nada, ¿eh...? —dice guiñándome un ojo, la muy hija de Belcebú.

—No sé si entraría por la puerta con el tamaño de sus alas... —contesto pensando en cosas en las que no debería pensar en esos momentos.

—¿Qué? —Mi amiga me mira como si estuviese loca.

—Nada, nada... —respondo riéndome—. Venga, date prisa, que quiero llegar con tiempo para ayudar a Millie.

—Vamos con más de una hora de antelación y te han dicho bajo amenaza que no se te ocurra llegar antes de la hora. Cuando te vean aparecer, se van a enfadar y lo sabes.

—La idea de celebrar mi cumpleaños en El Refugio ha sido mía, es lo mínimo que puedo hacer. No quiero dejar que ella se encargue de todo.



Cuando llegamos, lo que veo me deja alucinada. Son unos cabrones y me han tenido engañada todo el día. Estoy sin palabras.

—¡¡¡Sorpresaaaaaa!!! —gritan todos mis amigos a la vez.

—Pero si todavía falta una hora, ¿qué hacéis todos aquí?

—Joder, lo que me ha costado entretenerla, es una petarda —protesta Samara.

—Porque te conocemos mejor de lo que piensas, niña. Nos imaginábamos que vendrías antes y no podríamos sorprenderte, así que nos hemos puesto todos de acuerdo para engañarte un poquito. Ven aquí, estás preciosa cumpleañera —dice Margorie abrazándome.

—No os merezco, ¡muchas gracias! ¿Dónde está Fernando? Pensaba que venía —pregunto al ver que él no la acompaña.

—Qué cotilla eres, ¿eh? Vendrá más tarde, tenía unos compromisos que atender.

La historia de Fernando y Margorie va cociéndose poco a poco. Él la hace reír y la mira viendo realmente quién es ella. Son maravillosos. Él, escritor, y ella, librera, si es que parecen sacados de una novela de amor, de esas que lees con la lagrimilla a punto de escaparse y te dejan el corazón calentito.

Las muestras de afecto siguen abrumándome en alguna ocasión, aún no me creo del todo que todas estas personas me quieran y se preocupen por que sea feliz. Pero me voy acostumbrando a ello. Qué fácil es pensar en nosotros mismos en negativo y qué difícil aceptar que haya gente que nos puede querer desinteresadamente, solo por lo que somos, por nuestra esencia.

—Muchas felicidades, cariño. —Es el turno de Millie.

—Gracias. Está todo precioso, con las lucecitas por los árboles, los farolillos... Me encanta, es perfecto, aunque me hubiera gustado ayudarte. Esta me la pagas...

—Hoy estás diciendo muchas tonterías, cielo. Déjate de ayudas y *ayudos*, y disfruta de tu día. Que te lo mereces, mi niña.

Voy saludando y dando las gracias a todos los invitados. Ha acudido medio pueblo, literalmente. Al trabajar en la tienda, todos estos vecinos han terminado convirtiéndose en amigos. Los libros y las plantas unen mucho.

—¡Kaiiiiiiiiiii Richard! —grito a mi amigo para que venga a darme un abrazo.

Está detrás de la barra de bebidas que han montado desde que he llegado y aún no he podido darle las gracias.

—Jerry Lee, muchas felicidades —me dice saliendo a mi encuentro —. Luego bailarás un tema conmigo, ¿no? Hay que enseñarle a esta gente lo que es moverse de verdad. ¿Qué tal has pasado el día? ¿Todo bien? —pregunta algo preocupado.

Mi relación con Kai es muy estrecha; se puede decir que, más que mi mejor amigo, es casi como un hermano. Me llama Jerry Lee por un cantante de rock igual que yo lo llamo a él Kai Richard por Little Richard.

—Gracias, dalo por hecho. Todo bien, Kai. Ya sabes que ayer fue un día difícil, pero hoy vamos a celebrarlo por todo lo alto.

—¿Has sabido algo de ellos? —vuelve a preguntar refiriéndose a mis padres.

Kai tiene la esperanza de que en mi cumpleaños me llamen o hagan algún movimiento de acercamiento. No acaba de entender que unos padres se desentiendan de esa manera de una hija y sigue pensando que en algún momento recapacitarán. La relación con mis padres es totalmente opuesta a cómo es la suya con Mark y Louisa.

—No, Kai. —Niego con la cabeza—. Si no me felicitaban cuando vivía con ellos, ahora que llevan un año sin hablar conmigo, menos. Supongo que se habrán olvidado por completo hasta de que tienen una hija. Puede que sea mejor así.

Sé que bloqueé sus números, pero hay muchas formas en las que hubieran podido ponerse en contacto conmigo si así lo hubiesen deseado.

Llegar a pronunciar estas palabras en voz alta no me ha costado tanto como me está costando asimilar que son tan reales como dolorosas. A lo largo de este año he tenido altibajos respecto a este tema, pero el día de mi cumpleaños siempre será algo agridulce para mí desde aquella situación en la que me enfrenté con mi padre el mismo día que cumplí diecinueve, justo hace un año y un día. Recordarlo duele, aunque, gracias a toda la gente que me está acompañando en este momento tan especial para mí, lo hace menos.

—Pues ellos se lo pierden, que los jodan. Te quiero mucho, Lia. —Me vuelve a dar un abrazo, me levanta por los aires y consigue que esa sensación agridulce que se me había quedado al hablar de mis padres se disuelva por completo—. Venga, vamos a pasarlo bien. ¿Qué le apetece beber a la cumpleañera?

—Sorpréndeme —le digo, y nos disponemos a ir juntos hacia la barra de bebidas.

—¿A mí no me vas a decir nada, o qué?

Me asusto al oír una voz que procede de una parte del jardín de El Refugio cercana. Es una zona de la parcela con grandes arbustos, plantas y árboles frutales. Me giro para comprobar quién es mientras Kai sigue su camino, aunque en realidad no hace falta, reconocería esa voz en cualquier lugar.

—Mierda, Eiden, qué susto me has dado. ¿Qué narices haces escondido ahí atrás?

—Estaba al acecho, nena. Cuando se trata de ti, siempre estoy al acecho —contesta mientras me coge del brazo, tira de mí, posa las manos en mi cintura y me arrima a él.

—¿Y para eso tienes que estar en modo ninja tras los matorrales? —pregunto riéndome—. ¿Me has echado de menos? —murmuro haciendo un mohín. Soy esa clase de mujer que pasa de la risa al coqueteo en cuestión de segundos.

—No sabes cuánto, morena. ¿Y tú a mí? —pregunta antes de darme un besito en los labios.

—Quizá...

La forma que tiene de mirarme me araña por dentro. Existen muchas maneras de mirar a una persona, pero Eiden tiene una en concreto que solo siento cuando sus ojos azules se posan sobre mí y hacen que se me erice la piel.

—Sé que es duro estar lejos del novio más maravilloso y sexy del universo, no quiero ni pensar cómo debes de pasarlo, pero ya me tienes todo enterito para ti. Feliz cumpleaños, mi vida, estás jodidamente preciosa. Pero estoy deseando quitártelo todo. Me la has puesto dura solo con verte... —me susurra bajito al oído mientras apoya su frente en la mía sin apartar la mirada de mí.

Veo como sus pupilas se dilatan con el acercamiento y su deseo hace que el mío crezca; no sé si es realmente consciente del efecto que tiene sobre mí. El cielo ha de ser lo más parecido a las sensaciones que me provoca, y el infierno, sin duda, debe de ser como estar encerrados en la misma habitación sin poder tocarnos.

—Y yo estoy deseando que lo hagas, pero creo que deberíamos salir ya de aquí o empezarán a preguntarse dónde se han metido la cumpleañera y su novio. —Mientras hablo me separo un poco de él y mi cuerpo se estremece por la ausencia repentina de su calor.

Salimos de nuestro escondite improvisado y nos mezclamos con los invitados; Kai nos hace una mueca desde detrás de la barra para que nos unamos a él, a Samara y a Hugo, que están allí también. Hay música, comida, bebida, tengo a todas las personas que me importan acompañándome y celebrando la vida conmigo. No puedo ser más feliz en este momento.

45



Lo estoy pasando como nunca, no puedo parar de reír con Eiden y Kai bailando «Jingle Bell Rock», imitando los pasos que hacían Lindsay Lohan, Rachel McAdams y compañía en *Chicas malas*. Decir que son un cuadro es quedarse corta, no creía que fuera humanamente posible todo lo que me estoy riendo.

—Chicos, no sé cómo no os ganáis la vida bailando, el mundo se está perdiendo a unos grandes artistas. El talento os persigue, pero vosotros dos sois más rápidos —los vacila Mark, que ha disfrutado de lo lindo viendo como su hijo y Eiden nos están deleitando con semejante espectáculo.

—¡Anda, el listo! Pues hazlo tú, hombre. Venga, sal y demuestra de quién he sacado este talento, papá.

Siempre que estoy con Kai y Mark acabo muerta de risa, porque son los dos unos personajes de cuidado; es que son iguales, es increíble lo bien que se llevan. Es una relación padre e hijo envidiable.

Después de estar bebiendo, comiendo y bailando un buen rato, necesito un momento para refrescarme un poco y voy al baño. Hace una noche estupenda, el cielo está lleno de estrellas. La temperatura

es fría, pero Millie ha puesto unas estufas de exterior de gas y se está muy bien, lo que hace que pueda lucir palmito y olvidarme del abrigo.

Estoy odiando un poco a Samara por convencerme para que me ponga tacones, me están matando los pies. Le he hecho caso porque pensaba que iba a ser una reunión un poco más tranquila y no este fiestón que me han preparado. Después le preguntaré a Millie si tiene unas zapatillas o algo para dejarme y, si no, mis pies andarán libres por la hierba del jardín, que también me parece una idea maravillosa; de vez en cuando hay que hacer toma de tierra. Estoy sumida en mis pensamientos cuando oigo como la puerta del baño se cierra.

—Hola, Acalia.

—¡Ay, qué susto! Hola, Isabella, no te he visto llegar, pensaba que al final habías decidido no venir.

Parece que hoy la noche va de sustos.

—Eso es lo que te habría gustado, ¿verdad?

—Isabella, es mi fiesta de cumpleaños y te he invitado yo. Por favor, deja esta estúpida rivalidad imaginaria ya de una vez. Si hubiera querido que no vinieras, no te habría invitado.

—Claro, eso me lo estás diciendo porque piensas que ya has ganado.

—Me das mucha pereza, en serio, pero, mira, aclaremos las cosas de una vez si eso es lo que deseas. Eiden es mi novio. Si lo quieres ver así, sí, yo gano. Llevo bastante tiempo follándomelo y disfrutando como nunca, yo con él y él conmigo, supéralo ya, Isabella. Nunca le has interesado, nunca ha tenido dudas respecto a ti y a mí. Nunca hemos estado en el mismo nivel, chica. No sé qué clase de película te has montado en tu cabeza, pero no ha pasado ni va a pasar. —Uso un tono bastante pasivo-agresivo.

—¿Has terminado ya? —pregunta de manera altanera.

—¿Sabes? La verdad es que no. Vas a coger y te vas a ir, porque te había invitado para que no te sintieras excluida y no dejarte sola. Pensaba que habrías cambiado, madurado, pero veo que no, que sigues siendo una niñata amargada, así que no quiero que estés aquí, no pintas nada.

—Me voy a ir, sí, pero primero te voy a dar un consejito gratis. Ahora estáis muy felices, pero hay cosas que tú no sabes, que estoy segura de que él no te ha contado, y que tarde o temprano volverán a salir. Así que no subas mucho porque la caída que te vas a dar... ¡Auuu!, va a doler.

—Te voy a dar yo también un consejito, que hoy me siento generosa: quiérete un poquito más, ningún tío se merece que te arrastres de esta manera por él... Y ahora, sí, vete a la mierda, Isabella. Que tu despecho huele a distancia.

—Lo que tú digas, guapita. Ya te acordarás de mis palabras cuando sea demasiado tarde, pero recuerda esto: yo ya te avisé.

—¿A qué estás jugando ahora? Porque tu conversación hace rato que me está aburriendo.

—Adiós y disfruta mientras puedas, Acalia —suelta al tiempo que se aleja con una sonrisa de suficiencia en los labios.

Esta tía es de lo peor. Si intenta amargarme la noche, no lo va a conseguir. Eiden no me esconde nada, nunca me ha dado motivos para dudar de él.

46



—¿Estás bien, tía? —pregunta Samara cuando me ve salir del baño.

—Sí, aunque he tenido un intercambio de palabras con Isabella y le he dicho que se vaya. Sigue empeñada en que le he quitado a tu primo y me ha soltado que hay cosas que no sé de él. Tiene un problema y creo que lo mejor es mantener las distancias con ella.

—Siempre ha estado un poco obsesionada con Eiden. Juraría que nunca han tenido nada, por lo menos nada más allá de tonterías de críos, y no porque ella no lo haya intentado. Pero, si es algo que te preocupa, quizá deberías hablarlo con él. Seguro que te lo aclara, Lia.

—No, no es algo que me preocupe y menos hoy. Venga, sigamos la fiesta.

Continuamos bailando y bebiendo hasta bien pasada la medianoche. Está siendo la mejor celebración de cumpleaños de toda mi vida. Pero quizá empiezo a estar algo perjudicada por el alcohol. Hoy es un día especial y todo el mundo parece estar haciendo la vista gorda, igual un poquito demasiado, y cuando suena «Say You'll Be There», de las cinco grandes sabias de la historia, las Spice Girls, por si hay la mínima duda, Samara y yo

corremos a darlo todo a la zona de baile. La música de los noventa y dos mil siempre será la mejor elección para una fiesta y no pienso discutirlo con nadie. Da igual el año en el que hayas nacido.

—Tíaaaaaaaaaaaa, joder, hacíaaa *añosssh* que no essscuchaba *essshta* canción, mueve *essssssheeeeee* culooo, reina —le digo a mi amiga muerta de la risa.

La voz de Samara entonando el famoso estribillo de este tema resuena en mis oídos mientras ambas hacemos la coreografía al ritmo de aquella famosa melodía.

Canto mirando a Eiden fijamente a los ojos y le indico con el dedo que se acerque de manera seductora, o en mi mente me lo imagino así...

—Como sigas moviendo el trasero de este modo, no respondo de mis actos, nena —susurra en mi oído.

—Asssí queee *eshasss* tenemos, guapito. *Puesssh* te voy a decir una *cosssssshaaa*: mucho blablablá, pero poco hacer —balbuceo toda digna sin ser realmente consciente de que nada de lo que he dicho tiene sentido.

—Vale, princesa del vodka, creo que ya es hora de irse a casa —decide Eiden rompiendo a reír.

—De *essshooonaaaaaa*. ¡¡¡Pirupirupirupiru, alarmaaa alarmaaa!!! ¡¡¡Aguafiestas detectado!!! —Intento, ridículamente, imitar el sonido de una especie de robot.

—Samara, ¿cuánto y qué ha bebido para llevar semejante pedal? —pregunta Eiden, y su prima se encoge de hombros.

—Al sexto chupito hemos dejado de contar... —contesta esta, y es que a mi amiga parece que el alcohol no le afecta. Con lo pequeña que es, la maldita, bebiendo es como un señor ruso, y estoy segura de que ha tomado más que yo.

—¡¡¡Chupitooooooooooooooooooooooo!!! —vuelvo a gritar.

—Igual sí que es mejor que te la lleves a casa —propone Samara a su primo riéndose.

—Nos vamos —sentencia Eiden, y me coge para llevarme en volandas hacia el coche—. Adiós, gracias a todos por venir. Voy a llevar a la reina de la noche a casa, que se encuentra un poco... indispuesta —se despide de los que aún siguen en la fiesta, y nos vamos.



—¿Me *vasssssh* a quitar la *rrropa*, Eiden? ¿*Sabesssh* que eres muy guapo? Cuando te *ríesssssssh*, te sale un *yoyuelo jussshto* ahí —suelto tocándole torpemente la cara.

—Guapa, la que llevas encima tú, Lia. Mañana pienso matar a mi prima, que tú no estás acostumbrada a beber...

—Chiiiiiissssssssst, Sssssamaraaa *esh* mi más mejor amiga, la quiero *mushooo*, nooo *digasssh* eso de ella, no la *matesssh*.

—Anda, ven, que te pongo bien el cinturón de seguridad —dice después de ayudarme a subir al coche, y me da un beso en la frente.

—*Eressssssh* mi mejor novio del mundooooooooo, Eiden. Siempre *fuisssssshte* Peetaaaa, nunca Gale. Gale caca.

Veo como sonríe y muevo la cabeza de un lado a otro, suspirando suavemente.

—Anda, intenta dormir un poco hasta que lleguemos a tu casa, nena.

—*Sssssshííí*, dormir. Isabellaaa ha dicho *cosasssh*, que me *escondesssh* cosas, Eiden. No la he creídooo, es una pera *perrrrraa*

—susurro mientras me río imaginando a Isabella convertida en una pera que ladra.

Siento como mi risa se va desvaneciendo y...

Fundido a negro.



Lo siguiente que siento es un horrible dolor de cabeza y que hay demasiada luz en la habitación. Llevo encima un pijama que no recuerdo haberme puesto y estoy sola, en mi cama. Me van llegando *flashes* de anoche: baile, chupitos con Samara, Eiden llevándome en volandas... Y empiezo a acordarme de absolutamente todo. MIERDA...

Lo primero que hago según me levanto es ir directa a meterme en la ducha, con la intención de espabilarme un poco y rezando para que después de eso pueda mantener a raya este martilleo constante. Juro que no volveré a beber vodka.

Doy gracias por no tener que ir hoy a trabajar. Eiden y yo nos hemos cogido el día libre, con idea de pasarlo juntos.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Qué tal esa cabeza? —pregunta Eiden preocupado cuando entro en la cocina.

—Joder, horrible. Habla más bajito, porfi. Siento que se me fuera de las manos y estropear la noche.

—¿Estropear? La verdad es que estabas muy graciosa y creo que te lo pasaste en grande, por lo menos no parabas de reírte. Te he preparado mi desayuno milagroso cura resacas.

Si el mejor novio del mundo lo tengo yo, se dice y punto.

—Se me ocurren otras cosas que seguro que también van genial para la resaca —sentencio acercándome.

Es que, entendedme, mi chico está muy bueno, y está así, sin camiseta, con unos *joggers* negros anchos que le bajan hasta justo... marcarle la uve de la cadera... Tiene el pelo mojado y algo despeinado, huele a gel de ducha y me ha preparado el desayuno...

—Primero come algo y luego vemos qué otras cosas podemos hacer para esa resaca. —Lo miro enfurruñada—. Te pones muy guapa cuando te enfadas, reina de la noche.

Me pone un plato con bollitos de mantequilla, beicon crujiente y algo de fruta delante. Él coge una silla y se sienta frente a mí.

—Preferiría estar con tu polla entrando y saliendo de mí y recuperándome de un puñetero orgasmo, pero, nada, tendré que conformarme con este bollito. Hummm, qué ricoooooo. —Uso el tono más irónico que puedo.

—Joder, Lia, vaya boquita que te gastas a veces... —suelta mientras se mueve incómodo en la silla—. Come.

Me meto un trozo de bollo en la boca y le saco el dedo corazón.

Se acerca a mí, me chupa el dedo y se relame, consiguiendo dos cosas: que mi entrepierna responda humedeciéndose y que aún le tenga más ganas.

—Eres un sinvergüenza; lo sabes, ¿verdad?

—Y a ti te encanta que lo sea.

—No te voy a decir que no si es que sí...

—Termínate el desayuno, anda. Te espero en diez minutos en la cama y, nena, te quiero completamente desnuda y lista para mí.

Será...

Empiezo a comer para no perder ni un minuto.

47



Estoy agotada. Entre la resaca y los mimitos no aptos para menores de dieciocho años que nos hemos dado Eiden y yo cuando he acabado el desayuno, necesito algo de tranquilidad, así que, después, hemos echado una cabezada que he alargado hasta la hora de comer.

La tarde pasa sin pena ni gloria, siendo cero productiva, Eiden se va a casa de sus padres a por algo de ropa y ya es casi la hora de la cena cuando vuelve.

Decidimos preparar algo de picoteo y ponernos una peli; el plan de peli y manta con el guapo de mi novio siempre es un plan perfecto. *Dirty Dancing* es la elegida esta vez. Mi escena favorita, el momento en el que Johnny vuelve y le dice a Baby la mítica frase de «No permitiré que nadie te arrincone»; venga, vamos a tomarnos un momento para gritar todos a la vez: un, dos, tres, ¡¡¡AAAAAAAAHHHHHHHHHH!!! Ya está, podemos continuar.

Eiden y yo acabamos haciendo el amor con la música de los créditos de fondo. Lento y suave, con muchos besos. Porque así somos, follamos como animales, pero también nos gusta hacerlo

despacio, suave, sintiendo cada penetración, sin prisas, escuchando nuestros cuerpos.

—Te quiero, Lia, eres lo mejor que tengo en mi vida. No te vayas nunca, no me dejes.

—Sigue, Eiden —gimo arqueando la espalda, entregándome a él, más que nunca—. No me voy a ir a ningún sitio. Soy tuya.

Hay una conexión especial en la forma en la que estamos haciendo el amor, como si estuviéramos subiendo un peldaño más en nuestra relación. El orgasmo es mucho más sosegado, calmado, pero a su vez mucho más intenso, y deja toda mi piel extremadamente sensible.

—Te quiero, Eiden.

—Te quiero, Lia.

Seguimos un rato más tumbados, tapados con una manta, desnudos, con nuestras piernas entrelazadas, mientras yo tengo la cabeza apoyada en su pecho.

—Lia, ¿alguna vez piensas en el futuro a largo plazo?

—Explícate un poco más —pido bostezando.

—Sí, verás... ¿Cómo te ves de aquí a cinco o diez años? ¿Alguna vez piensas en marcharte de River Town, vivir en otro sitio, no sé, volver a tu ciudad o mudarte a otra?

—Entiendo, y la verdad es que no. Es la primera vez en mi vida que siento un lugar como mi hogar. La ciudad no era para mí. Me gusta vivir aquí, en un pueblo así, pequeño, donde nos conocemos todos, donde somos una gran familia. Para mí, la ciudad es un sitio muy frío. Dentro de cinco o diez años sigo viéndome aquí. ¿Por qué? —pregunto mientras se me van cerrando los ojos; estoy tan a gusto que empiezo a quedarme dormida.

—No, por nada, solo curiosidad...

—Tienes miedo de que me vaya y te deje, ¿eh? No te preocupes, eso no va a pasar... —murmuro con los ojos cerrados.

—Sí, me has pillado.

Se ríe depositando un beso en mi coronilla, pero algo en su voz suena diferente o quizá soy yo, que ya estoy meciéndome en los brazos de Morfeo.

¿Realmente piensa Eiden que yo, en algún momento, dejaría este pueblo y regresaría a la ciudad? No puede estar más equivocado en ese aspecto. Lo último en lo que pienso es en volver a vivir en una gran ciudad, sea donde sea.

48



Llevo un par de días dándole vueltas a lo que me dijo Isabella en mi fiesta de cumpleaños. No es que desconfíe de Eiden, ni mucho menos. Nos estamos conociendo aún y es normal no saberlo todo el uno del otro. Nadie se muestra al cien por cien al principio de una relación y es lógico que no sepamos algunas cosas; ir descubriendo estas incógnitas forma parte de conocer a la otra persona, y debo decir que en todo el tiempo que llevamos juntos nunca me ha dado motivos para desconfiar; pero hay algo en mi interior que me susurra que tal vez haya un resquicio, por mínimo que sea, de realidad en las palabras que dijo Isabella, y que no todo fue únicamente para molestarme. Como no quiero que las semillas que sembró lleguen a florecer, voy a hablar con él y solucionar esto antes que callarme y seguir dándole vueltas y que la bola se haga aún más grande.

Decido no esperar más y le envío un mensaje para que me recoja en casa cuando él salga del trabajo. Sé que tiene que revisar unos pedidos con sus padres y que va a salir un poco más tarde de lo normal, así me da tiempo a irme de la Libreristería, pasar por mi casa y cambiarme antes de que él llegue.

Su respuesta, como suele ser habitual, no tarda en llegar. Entre insinuaciones sugerentes y bromas que consiguen robarme más de una sonrisa, y aunque tengo un mininudo en el estómago sabiendo que es posible que la conversación que vamos a tener haga que las cosas entre nosotros se compliquen, no puedo evitar ponerme un poco tonta al leerlo.

Oigo como su coche se acerca por el camino de gravilla. Cuando salgo de casa lo encuentro esperándome apoyado en su automóvil. Está guapísimo. Lleva puestos unos vaqueros negros y una camiseta de manga corta del mismo color; no se ha molestado en ponerse la chaqueta. Juro que nunca imaginé que ese look le pudiera quedar tan bien a alguien que no fuese mi querido y amado Damon Salvatore. Se me escapa un suspiro cuando me voy acercando a él. Me es imposible evitarlo.

No me da tiempo a saludarlo porque ya me tiene entre sus brazos.

—Se me ha hecho el día eterno desde que me has enviado el mensaje. Estás preciosa, Lia. —Lo dice mientras su boca va dejando un reguero de besos por mi cuello.

—Pues has llegado quince minutos antes de la hora en la que habíamos quedado, así que no te quejes tanto, que seguro que tus padres te han dejado escapar antes.

—El tiempo pasa demasiado lento cuando mi chica no está conmigo —suelta el sinvergüenza guiñándome un ojo y poniendo morritos.

—Estás hecho todo un cursi y un zalamero... —Me zafo de él intentando así despejar mi mente, porque enredada en sus brazos es imposible—. Eiden, me gustaría hablar contigo...

—Ya estamos hablando. ¿A dónde te apetece que vayamos? O si quieres podemos quedarnos en tu casa —pronuncia levantando ambas cejas rítmicamente.

—Venga, déjate de tonterías, anda. Creo que no me estás entendiendo, me gustaría preguntarte algo.

—Claro, nena, lo que quieras. Estaba de broma. ¿Qué te preocupa?

—Es sobre algo que me dijo Isabella en la fiesta y a lo que no he conseguido parar de darle vueltas.

Veo por la cara que pone que mis palabras no lo pillan por sorpresa.

—Ah, sí... Algo te oí decir en el coche cuando volvíamos hacia casa, antes de que te quedases dormida, Lia, pero primero debes saber que Isabella siempre ha intentado que saliera con ella. Verás... en una fiesta en la que yo iba bastante perjudicado, y no estoy orgulloso de ello, ella intentó que nos enrolláramos y, como no pasó nada porque Kai me rescató de sus garras, luego ella siguió pico y pala. Desde entonces, ha continuado tonteando conmigo cada vez que ha tenido oportunidad, sin obtener nada de mí, y, como has podido comprobar por ti misma, es muy caprichosa. Está acostumbrada a ser el centro de atención y a conseguir siempre todo lo que quiere. Supongo que ese es el último cartucho que le queda para intentar acercarse a mí. A veces puede ser retorcida de cojones para lograr sus propósitos.

—Sí, algo me dijo Samara.

—¿Y entonces...?

—Es que lo que me dijo no tenía nada que ver con eso. Me dijo que hay cosas que no sé de ti. Eiden, yo confío en nosotros, pero, si hay algo que quieras contarme, algo que ella sabe o que crees que puede saber y que yo no, algo que nos pueda afectar en un futuro, quizá sea el momento de compartirlo conmigo.

—Lia, no hay nada. Estaría celosa y te soltó eso para intentar hacerte daño. No la dejes ganar. Mírame, nena. —Hago lo que me

pide—. Eres lo más importante en mi vida. No sé a qué se refería cuando te dijo que hay cosas de mí que no sabes, pero quiero que tengas claro que no hay nada que ella pueda saber respecto a mí que tú no sepas, es imposible.

—Vale, Eiden, simplemente tenía que preguntártelo. No quería quedarme con el runrún y seguir comiéndome la cabeza. Sabes la importancia que le doy a la sinceridad, pero ahora me siento un poco tonta por haber estado dos días dándole vueltas a esto. Lo siento.

—Prefiero que me preguntes todas las dudas que tengas, Lia. Imagina que mi oscuro secreto es que tengo un cadáver en el congelador, como en ese libro que estás leyendo. Anda, ven aquí...

Me envuelve entre sus brazos y su olor me invade. Este gesto hace que mis nervios y las pocas dudas que me quedaban se esfumen rápidamente.

De todos modos, era una cosa que necesitaba aclarar. No soporto las mentiras ni los secretos. Una vez zanjado este tema, quedará en el olvido.

Montamos en el coche de Eiden y nos perdemos por las carreteras de las afueras del pueblo, hasta que paramos en un llano para ver el atardecer juntos.

Subidos al capó de su coche, con una manta por encima, sus brazos a mi alrededor y su boca distraída sobre mi piel, veo ponerse el sol de la manera más bonita y especial.

Una imagen que quedará guardada en mi retina para siempre.

49

Tres años después

Con el paso del tiempo, nuestra relación ha ido afianzándose más y más; pasamos todo el tiempo que podemos juntos y todo nos va realmente bien. Yo cada vez estoy más a gusto y empiezo a vislumbrar un futuro juntos, un futuro real; uno que casi se puede tocar. Él ha ido pasando más noches conmigo e incluso hace tiempo que comenzó a dejar algo de ropa y cosas de aseo para estar más cómodo. No estamos viviendo juntos oficialmente, pero es lo más parecido a algo así. Sobre todo, las veces que sus padres se van de viaje y él se queda solo en casa. Todo fluye de manera muy natural y eso es lo que más me gusta de nuestra relación.

Pero no todo va a ser un cuento de color de rosa, y en estos momentos estoy viviendo un auténtico infierno junto a mi mejor amiga.

—Joder, odio preparar maletas. ¿No se puede pagar a alguien para que haga esto? —pregunto desesperada.

Y es que esa es una realidad y es la mía: aborrezco por encima de todas las cosas del mundo hacer maletas; deshacerlas me da igual, pero es pensar en tener que prepararlas y me pongo hasta de mal humor.

—Por poder, seguro que se puede, pero venga, anda, no seas así, que nos vamos de vacaciones los cuatro juntos; ¡estoy

supercontenta! —exclama Samara dando saltitos de alegría y chillando.

Han pasado varios años, hemos crecido, pero hay cosas que creo que mi amiga seguirá haciendo hasta con noventa cumplidos.

—Dirás que tú y Kai os habéis acoplado a las vacaciones que llevamos planeando tu primo y yo desde hace casi un año, ¿no?

—Es otra manera de verlo, sí.

—Qué morro tienes... Anda, por lo menos ayúdame a cerrar esto... —le pido señalando la maleta, y mi amiga me echa una mano para cerrarla.

Hace un año que Eiden y yo empezamos a planear este viaje, en el que queríamos disfrutar de unos días en pareja. Hemos alquilado una casa con piscina en la montaña. El destino se encuentra a unas tres horas de River Town y, como vamos a finales de mayo, pensamos que sería perfecto porque, aunque el tiempo es variable, no hace ni mucho calor ni mucho frío, así que podremos disfrutar de todo tipo de actividades. Con lo que no contábamos era con que nuestros amigos se iban a autoinvitar alegando que ellos también estaban organizando un viaje similar, pero que no habían encontrado alojamiento. Por tanto, estaremos en la misma casa, aunque vamos a ir en coches separados, porque Kai y Samara tienen que regresar dos días antes que nosotros, así que nuestras primeras vacaciones como pareja se han convertido en una semana con amigos y un finde largo en pareja.

Si os estáis preguntando por la relación de nuestros compañeros de viaje, no sabría qué deciros. Por más que interrogo a mi amiga, no suelta prenda; su palabra favorita para definirlo sigue siendo *complicado*. Lo único que tengo claro es que de vez en cuando continúan viéndose y que ya no tienen la intensidad del principio. No hay esa tensión cuando están juntos de discutir por todo, algo que

todos agradecemos. No sé si quizá han llegado a un punto intermedio de follamigos o bien han dejado la puerta abierta a tener algo más, pero, si a ellos les funciona una relación así y han conseguido encontrar un equilibrio, no soy quién para juzgarlos.

Eiden y yo hemos llegado a la conclusión de que se querían ir de vacaciones juntos, pero preferían no ir ellos dos solos, así que vieron una solución perfecta apuntándose a las nuestras, aunque nosotros sí que queremos intimidad. En fin, un pequeño giro dramático de los acontecimientos; sin embargo, seguro que lo vamos a pasar superbién los cuatro.

Nuestro maletero va bastante lleno; en vez de para diez días parece que nos mudemos, pero se debe a que hemos tenido que meter mucha ropa porque en esta época el clima es variado. De todos modos, que Samara lleve tres maletas para ella sola es para flipar, suerte que vamos por separado o no habrían cabido. Lo de esta chica y la ropa cada día me fascina más, es absolutamente increíble.

Tenemos tres horas de viaje por delante y ya estoy preparada para afrontarlas con el chico más sexy del planeta...

—Me he librado de ir con Kai, dime que has metido música de este siglo en ese *pendrive*, por favor... —suplica Eiden cuando ve que voy a poner música.

—Hay música de todo tipo. No empieces a quejarte ya o hacemos cambio de coche y yo voy con Kai y tú, con tu prima. Además, ni que la música que escuchas tú sea supermegaactual; si la mitad de los cantantes que te gustan ya no están en este plano terrenal...

Eiden hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera imaginaria, luego como que la cierra con una llave y finalmente la tira por la ventanilla.

Llevamos un rato de trayecto cuando miro a través de la ventanilla y mi mente vuela. Es algo que siempre me ha gustado hacer, desde pequeña: me encanta imaginar situaciones ficticias que se supone que ocurrieron en el mismo lugar en el que estamos, pero en otro tiempo. Por ejemplo, quizá este mismo camino, siglos atrás, lo recorrieron a caballo una dama y un caballero que, destinados a permanecer separados porque su amor estaba prohibido y sus familias estaban enfrentadas, decidieron escapar juntos. O quién sabe si estas tierras fueron habitadas por seres gigantescos, pero bondadosos, que tuvieron que huir por la codicia de los humanos y esconderse en lo alto de las nubes...

Eiden habla y me saca de mi ensoñación...

—¿Jugamos?

—Vale, pero empiezas tú.

El juego de las preguntas se ha convertido, desde el inicio de nuestra relación, en una especie de tradición. Lo llamamos Oklahoma, porque esa es la palabra clave que decidimos usar cuando no queremos contestar una pregunta.

—Si pudieras elegir un superpoder, ¿cuál sería?

—Invisibilidad. ¿Qué es lo último que has buscado en el móvil?

—Nudos. —La respuesta me sorprende.

—¿Nudos?

—No te toca preguntar, tramposilla... ¿Tienes alguna fantasía sexual?

Me remuevo incómoda en mi asiento porque ya he pillado lo de los nudos...

—Eso es jugar sucio, ¿eh? Eres un mamón.

—No has respondido...

—Oklahoma. —Decido usar la palabra de seguridad, pero no porque me dé vergüenza contestarle si tengo o no una fantasía sexual y cuál es, sino porque ya la sabe y está intentando ponerme nerviosa en el coche.

—Okey, conque esas tenemos... Vale, vale... Te toca.

—Si hoy fuera tu última cena, ¿qué comerías? —pregunto juguetona.

La risa de Eiden llena todo el coche.

—¿De verdad, Lia? A ti, te comería a ti, sin dudarlo. ¿Rápido o lento?

Esto se está poniendo interesante...

—Depende, ¿de qué estamos hablando?

—De velocidad...

—Eres muy bobo —digo riendo.

—Sí, pero eso ya lo sabías cuando comenzaste a salir conmigo, así que ahora no te hagas la sorprendida. Venga, anda, deléitame con los temazos que has elegido.

—Después de este viaje, chaval, vas a querer que sea siempre tu copiloto; soy la reina eligiendo canciones, la mejor compañera DJ que vas a tener jamás...

Le doy al *play* y empieza a sonar «California Love», de 2Pac.

—Eeeh, toma ya, esa es mi chica. —Lo celebra mientras empieza a moverse un poco al ritmo de la base de Dr. Dre.

Pasamos un rato entre risas y canciones, dejándonos la voz que no tenemos al interpretar a grito pelado nuestros temas favoritos. Más tarde, mientras leo, él reposa una mano en mi muslo y dibuja pequeños círculos con el dedo índice. Casi sin darme cuenta, me

quedo hipnotizada con el movimiento del anillo liso de plata que lleva en ese dedo mientras él sigue concentrado en la carretera.

Lo miro de reojo de vez en cuando. Me gusta contemplar cómo conduce. En general, algo se enciende dentro de mí al verlo hacer tareas que lo obligan a centrarse en algo, como cocinar, conducir o arreglar alguna cosa por casa; se pone supersexy y me hace perder un poco la cabeza.

50



Llegamos y el lugar no puede ser más idílico. La casa está en la cima de la montaña, rodeada de árboles. Es una construcción moderna, pero respeta el entorno. De piedra y madera, cuenta con grandes cristaleras y un tejado de pizarra negra que es muy pronunciado para evitar que la nieve pueda acumularse y estropearlo en invierno. Pero es la gran piscina infinita la que nos deja a todos sin palabras. Recubierta por fuera completamente de piedra y con un interior de color turquesa, tiene un agua cristalina que te invita a meterte dentro y poder contemplar las maravillosas vistas que regala. Desde ella se puede ver cómo se extiende ante nuestros ojos la cordillera de las Montañas Rocosas, tan majestuosas que nos roban el aliento.

—¡Hostia puta! —suelta Samara rompiendo un poco el encanto.

—Tú sí que sabes darles el toque a los momentos especiales, amiga mía.

—Ya te digo, primita. ¿Y tú qué? ¿Te has quedado mudo, ricitos? —pregunta Eiden a Kai—. ¡La madre que...! ¿Estás bien? Estás transparente, tío...

Yo también me asusto al ver a Kai, tan blanco y con tan mala cara.

—Calla, gilipollas. En el último tramo ha conducido Samara y...

Nuestro amigo corre al interior de la casa en busca de un baño.

Por el color de su rostro está claro que está mareadísimo y a punto de echar la papilla. Espero que llegue a tiempo y que no inaugure el suelo de la casa con una bonita vomitona.

—Joder, qué blandito, ni que fuera yo Frank Martin en *Transporter*, por favor... Cualquiera diría que estoy paseando a miss Daisy. Voy con él, por si necesita algo. Nos vemos dentro, chicos —dice ella restándole importancia.

—¡Pero lleva alguna maletaaaaaa...! —grita Eiden; pero su prima ya está en la casa y, si lo ha oído, hace como que no.

—Nos va a tocar llevarlas a nosotros; lo sabes, ¿verdad?

—De eso nada, preciosa —niega mi novio mientras se acerca a mí.

—Pero...

—Pero nada. ¿Dónde tienes el móvil, Lia? —pregunta con la mirada juguetona.

—En el coche. ¿Por qué?

No creo que se atreva a hacer lo que estoy pensando...

—¿No tienes calor?

—No serás capaz... Eiden, no... —suplico mientras él se acerca lentamente y mueve la cabeza de arriba abajo de modo afirmativo.

—Corre...

Y lo hago lo más rápido que puedo mientras grito y me río, todo a la vez. Pero él es más veloz y me atrapa enseguida para luego cogerme en volandas, cargándome como si fuese un saco de patatas.

—Eiden, suéltame. Como lo hagas, te juro que te pongo laxante en la comida —lo amenazo muerta de la risa al tiempo que pataleo.

—Cariño, creo que estás demasiado acalorada y te va a venir de lujo, y deja de darme patadas o tendré que azotar ese bonito culo que tienes.

Me da una palmadita en la nalga.

—Me las vas a paaa...

Y me lanza al agua. Joder, está caliente pero a la vez es refrescante. La madre que lo parió, no sabe con quién se ha metido.

—¿Qué decías, Lia? Desde aquí no se te oye bien, preciosa —se cachondea mientras se parte de risa.

—Ay, ay... Mierda, me duele —empiezo a quejarme—. Ay, he caído mal y me he torcido un tobillo. Ayúdame, Eiden...

Le tiendo una mano, su expresión cambia radicalmente y se pone serio. Yo sigo metida en mi papel para que confíe y caiga en mi trampa.

—Joder, Lia, lo siento. Espera, no te muevas, yo te ayudo a salir.

En el momento que tengo su mano agarrada, tiro con fuerza y lo lanzo a la piscina conmigo. Ahora la que se está partiendo de risa soy yo. Cuando sale a la superficie, me acerco a él.

—Decía que me las ibas a pagar, guapito. ¿Ahora me oyes alto y claro?

—Bien jugado, la aprendiz superando al maestro. Estaba cagado de miedo, me lo he creído y casi me lanzo a lo vigilante de la playa cachas a por ti, nena. Ahora ven aquí, estás increíble tan mojada.

Hago lo que me pide y voy a su lado. Estamos concentrados en medio de nuestro beso cuando oímos una puerta que se abre...

—Ya veo que no perdéis el tiempo, ¿eh? No os cortéis por nosotros, como si no estuviéramos..., pero estaría genial, cuando os viniera bien, empezar a guardar la comida y demás dentro de la casa, porque sigue en el coche. Que yo ya he metido mis maletas y las de Kai mientras vosotros os dedicabais a hacer, bueno, lo que fuera que estuvierais haciendo —suelta Samara algo molesta.

Pero ¿y a esta muchacha ahora qué le pasa?

—Primita, no me toques más los huevos, que os habéis acoplado al viaje porque no sois capaces de estar solos y comenzar a llamar a las cosas por su nombre.

—Vete a la mierda, payaso —contesta Samara fulminando a Eiden con la mirada, claramente dolida por el comentario.

Mi amiga se da la vuelta y regresa dentro de la casa.

—Joder, te acabas de pasar tres pueblos, no había necesidad de ser tan capullo.

—Mira, Lia, bastante tengo con haber aceptado que vinieran al viaje que llevamos planeando, ¡¡¡tú y yo!!!, un puto año entero porque ellos tienen la responsabilidad afectiva de un niño de tres años y no son capaces de afrontar que lo suyo es una relación, con todas las putas letras. Les resulta mucho más fácil esconderse detrás de nosotros y seguir jugando a que son «solo» amigos cuando a la vista está que no es así. Pero, nada, yo he de tragar con todo. Solo quería unas vacaciones tranquilas con mi novia, ¡¡¡solos!!!, y poder hacer lo que me saliera de las pelotas y no tener que ejercer de niñera, pero yo, boca cerrada, que estoy más guapo callado.

Eiden sale del agua, enfadado también.

No sé en qué momento se ha torcido tanto la situación. Entiendo su enfado, pero hay maneras de decir las cosas y momentos. Y creo que ha fallado un poquito en los dos.

—Eiden, no es eso, ahora no te enfades tú también. Te pones así porque realmente sabes que te has pasado en cómo le has dicho las cosas. Tienes parte de razón, pero no han sido las formas correctas —intento tranquilizarlo mientras salgo yo también de la piscina—. Además, sabes que, aunque estén ellos, vas a hacer lo que te salga de las pelotas igualmente, ¿o no? —añado intentando mejorarle el humor.

—De eso nada. Si no estuvieran aquí, para empezar, no estaríamos discutiendo porque estaríamos usando las bocas para otra cosa, joder. ¿O qué crees?, ¿que cuando vi esa piscina y el jacuzzi en las fotos, antes de hacer la reserva, lo que pensé fue en compartir las vistas y el paisaje con Kai...?

—Estás siendo otra vez un capullo y al final me voy a enfadar yo también y se hará realidad tu sueño de ver las vistas con Kai. Vamos dentro a secarnos y dejemos el tema, porque no es así como pensaba que comenzarían nuestras vacaciones. Intentemos disfrutar de estos días y deja de ser tan gruñón, por favor —replico mientras pongo rumbo a la casa.

¿Sabéis eso que dicen de que lo que mal empieza, mal acaba? Todo parece un presagio, pero ninguno de los cuatro estamos preparados para enfrentarnos a lo que nos pasará solo unos días después y que marcará el rumbo de nuestras vidas para siempre.

51



Llevamos ya cuatro días aquí y los ánimos se han calmado bastante. Kai consigue poner paz entre Eiden y Samara y hemos estado disfrutando solo de lo que nos ha ofrecido la casa, la piscina y las preciosas vistas; es decir, descansando y tomando el sol, básicamente. Está haciendo muy buen tiempo, aunque, al estar en plena montaña, por las noches refresca bastante, pero nada que una mantita y unos cócteles de Kai no solucionen.

Samara y yo hemos estado mirando alguna actividad para hacer los cuatro y nos hemos decidido por una vía ferrata que nos ha dado muy buenas vibras. El *pack* que reservamos incluye un par de guías, todo el material necesario, la merienda y el seguro. Además, resulta que te van haciendo fotos para que nunca olvides la experiencia, que, y cito textualmente, «Será el subidón de tu vida»; no lo digo yo, lo pone en el anuncio.

Kai y Eiden están emocionados, pero un poco mosqueados porque no les entusiasma demasiado la idea de que vayamos a tener a los guías pegados al culo. Piensan que no vamos a poder disfrutar del todo porque nos cortarán el rollo; yo creo que lo que van a hacer es velar por nuestra seguridad, como por ejemplo ponernos el arnés en

condiciones óptimas para no rompernos la crisma. Quizá tengo un poco de miedo, pero no voy a reconocerlo delante de mis amigos, para evitar futuras risas a mi costa.



Un edificio de piedra con un cartel enorme en el que se lee BANDIDO AVENTURA se impone ante nosotros, y detrás, como sacadas de una postal, las gigantescas Montañas Rocosas, nuestro destino de hoy. La verdad es que vistas desde abajo intimidan bastante, cortan la respiración a cualquiera; me siento como una hormiga diminuta admirando el mundo a su alrededor.

—Ey, ey, ey, ¡hola! Yo soy Jeremi y este es mi compañero Jacob —se presenta el primero—. Seremos vuestros guías en la aventura por la gran Canion Ferrata y..., como decimos siempre..., agarraos bien porque vienen curvas. —Pronuncian esto último los dos al unísono, derrochando demasiada energía y dando mucho *cringe*, todo hay que decirlo.

Ambos parecen sacados de una peli de acción, pero de las malas, de las que mezclan dinosaurios, tiburones y alienígenas en la misma secuencia. Llevan puesto lo que parece ser el uniforme de trabajo: una camiseta color granate con el logo y el nombre de la empresa y pantalones de montaña color caqui. Se ven bastante profesionales y agradables, lo cual es una auténtica suerte porque yo estoy un poco, cómo decirlo, cagada de miedo ante el reto al que vamos a enfrentarnos. Si las últimas personas con las que voy a hablar son ellos, por lo menos que sean simpáticos es un plus, aunque parezcan unos mellizos un poco siniestros que bien podrían haber salido de alguna película de Tim Burton.

—¡Hola! Nosotros somos Eiden, Kai, Samara y yo, que me llamo Acalia. Es nuestra primera vez y estamos un poco perdidos y nerviosos. Pero venimos dispuestos a todo.

—A todo, ¿eh? —dice el tal Jeremi. Los dos guías se miran y sueltan una risita que no termina de gustarme—. Y no te preocupes, preciosura, que no te pasará nada. Para eso estamos aquí el equipo JJ, para protegeros y que no os hagáis ni un rasguño, palabra de *scout* —añade acercándose demasiado e invadiendo mi espacio personal.

En estos momentos pienso «tierra, trágame» mientras retrocedo dos pasos.

¿Recordáis ese discurso de antes sobre que parecían simpáticos y profesionales?, pues borradlo de vuestra memoria. Decido dejarlo pasar, aunque se merezca que le suelte una fresca, pero paso de provocar mal rollo antes de iniciar la excursión. Prefiero pensar que es su forma de tratar a todo el mundo, sin importar el género, y no que tenga otras intenciones..., aunque veo como Eiden lo fulmina con la mirada y se le tensa la mandíbula.

Genial, todo indica que van a ser unas tres horas interesantes, claro que sí.

—Por nosotros no te preocupes, Jeremi, que no nos vamos a hacer ningún rasguñito, y la preciosura de mi amiga tampoco, aunque te pediría que te limitaras a llamarnos por nuestros nombres: Acalia y Samara nosotras, y ellos, Eiden y Kai, sin ningún motecito, si eres tan amable —interviene Samara.

Kai la mira con orgullo, mi amiga acaba de poner en su sitio al tal Jeremi.

Me parece correcto rebautizarlos como Jota Uno y Jota Dos, porque son el equipo JJ. Jota Dos le da un golpe en el pecho con el dorso de la mano a Jota Uno, en señal de que se calle la boca si no

quiere problemas. Bueno, por lo menos uno de los dos parece que tiene en funcionamiento las neuronas, bravo por él.

—Vamos dentro para recoger el material que usaremos para llevar a cabo la actividad —propone Jota Dos.

Decido que Jota Dos me cae bien, y que me voy a mantener alejada todo lo que pueda de Jota Uno.

El sitio por dentro es supersencillo; hay un mostrador con muchos panfletos de propaganda con las diferentes actividades que realizan, un ordenador, unas sillas que tienen pinta de ser incomodísimas y unos cuadros que deben de llevar más años ahí que las propias montañas. El suelo es de azulejos y las paredes son de gotelé y están pintadas de verde manzana, muy moderno y actual todo.

—Bueno, aquí tenemos el material —nos dice Jacob señalando unos arneses, unas cuerdas y algunas cosas más.

—Primero subiremos por una pared vertical de roca de cien metros de altura utilizando técnicas de escalada, siempre supervisados por nosotros —continúa Jeremi.

—No os preocupéis, no hace falta ser superfuerte, simplemente tener una forma física normal. Recordad que hay hierros en la pared que os facilitarán la subida —explica Jacob.

¿Van a hacer la explicación en tándem?

Los cuatro nos miramos alucinados, como pensando «¿dónde narices nos hemos metido?». Vaya personajes.

—Una vez arriba, con la recompensa de poder contemplar este incomparable paisaje desde allí, descansaréis un poco, comeréis algo para recuperar fuerzas y... nos tocará descender; pero, si os parece bien, vamos a darle un poco de suspense y no os contaremos todavía cómo... —Contestamos que sí, a los cuatro nos parece una buena idea—. Bueno, pues preparaos para el subidón real que os espera en esta aventura —vuelve a decir Jeremi.

—Estos son los materiales y herramientas que vamos a utilizar: un casco, unos guantes y el kit de vía ferrata, que consta de un arnés especial, un disipador largo y, como ya vemos que todos habéis traído el calzado adecuado, ahora tan solo falta poneros todo esto y en marcha.

—¡¡¡Que comience la aventura!!! —gritan los dos a la vez.

Son como una mezcla de Dora, la exploradora y James Franco en el papel protagonista de la película *127 horas*. No sé si debo estar tranquila o preocupada.

—Vamos a ponerte el arnés y el disipador. Supongo que nunca te has puesto uno de estos, ¿verdad? —me pregunta Jeremi.

Para mi mala suerte, me ha tocado con él.

—No —digo lo más seca que puedo.

—Bueno, no te preocupes, guapurita, yo te ayudo. ¿Ves estos dos extremos del disipador? Son los cabos de seguridad que van enganchados a la vía —me explica mientras me pone el arnés—. Pero entiendo que una chica como tú no sepa de todo esto, seguro que de maquillaje y otras cositas así estás al día, ¿verdad, lindura?

Definitivamente este tío es vomitivo y se merece un buen corte. Veo a Eiden con el rabillo del ojo, que está resoplando y acercándose a nosotros.

—Vamos a ver, pedazo d... —empieza a decir mi novio, pero lo corto antes de que pueda seguir.

—Te voy a dejar una cosa clara, Jeremi..., ese es tu nombre, ¿verdad? Supongo que te gusta que se dirijan a ti usándolo. A mí también me gusta que me llamen por mi nombre, así que, como vuelvas a referirte a mí como «preciosura», «guapurita», «lindura» o alguna gilipollez similar, te corto los huevecillos que tienes, que estoy segura de que son diminutos, tal como debe de ser tu cerebro. Me llamo Acalia, y que no entienda de arneses no tiene en absoluto

nada que ver con que sea mujer, mierdecilla. Así que haznos un favor a todos y a ti mismo y, cada vez que vayas a hacer un comentario tan asqueroso y a comportarte como un auténtico capullo, muérdete un poquito la lengua. ¿Entendido?

Jeremi se queda blanco, no esperaba que fuera a saltar de esta forma. Eiden llega hasta mí, se acerca y me planta un besazo en los labios. Sé que en parte es orgullo y en parte marcada de territorio, pero, bueno, lo dejo ser feliz por unos segundos creyéndose el macho alfa.

—Esta es mi chica —susurra en mi oído.

—En-entendido, perdona, no-no era mi intención incomodarte. Disculpa si-si te he ofendido, no-no volverá a ocurrir —titubea Jeremi con la cabeza baja.

—Eso espero, disculpas aceptadas. Bueno, ¿empezamos? —pregunto viendo que estamos todos ya preparados.

No pretendo hacer leña del árbol caído, solo quiero pasar una jornada divertida con mis amigos. Pero este ser del inframundo, convertido en Indiana Jones, tiene que saber lo casposo que es su comportamiento. Quiero creer y esperar que lo ha entendido y que lo piense dos veces antes de volver a hacer algún comentario similar.

52



La subida ha sido intensa, pero nos lo hemos pasado superbién y las vistas, sin duda, hacen que el esfuerzo haya merecido la pena. Cuando llegas arriba y observas todo lo que has escalado, que desde abajo parece imposible, la satisfacción es tremenda. Todos hemos conseguido subir sin demasiada dificultad, y debo decir que Jeremi se ha comportado debidamente y los dos guías nos han hecho el ascenso muy ameno y agradable, contándonos anécdotas y curiosidades sobre las montañas y la vía, y también sobre cómo se habían iniciado en el mundo de las excursiones de aventura y qué otros deportes de riesgo realizan. Después de comer algo, nos tomamos unos minutos más para seguir admirando el paisaje y terminar de coger fuerzas para la bajada. Esta, desde luego, promete ser mucho más dinámica y divertida, aunque también más vertiginosa, que la subida. Eiden se acerca y me abraza por detrás.

—¿Qué tal estás, preciosa?

—Ahora que he recuperado un poco el aliento, mejor. Te juro que, cuando he llegado arriba, veía chispitas...

Él se ríe por mi comentario, pero es cierto que he llegado a la cima muerta.

—Recupera el aliento que, cuando lleguemos a casa, te lo pienso quitar otra vez... —me promete mientras me da besitos por el cuello.

—¿Nunca te han dicho que eres un fanfarrón?

—Me lo suele decir a menudo mi novia. Igual la conoces: una chica morenita, con unos ojazos de escándalo; es un poco borde a veces, pero al final le acabas cogiendo cariño...

—Eres idiota. Si no estuviera tan cansada, te daría una paliza...

—Idiota, sí, pero todo tuyo, nena... Te quiero, Lia —dice apoyando el mentón en mi hombro y con la vista puesta en el infinito.

—Te quiero, Eiden. Al final están siendo unas vacaciones increíbles. Gracias.

Puede que esté bajo los efectos del mal de altura, puede que sean las maravillosas vistas que tenemos ante nosotros, la conexión o el momento de cercanía con Eiden, pero siento que podría comerme el mundo y superar cualquier obstáculo ahora mismo. Entiendo perfectamente cómo debió de sentirse Jack Dawson subido a la proa del *Titanic* mientras gritaba aquello de «¡Soy el rey del mundo!», porque yo, con el subidón que llevo, lo gritaría también.

Una voz que no sé si pertenece a Jota Uno o Jota Dos me hace volver a la tierra de nuevo.

—Bueno, chicos, ahora os presentamos a Tiroleitor, la tirolina con la que haremos la primera parte de la bajada. Impone bastante, pero no os preocupéis, porque no coge mucha velocidad. Iremos tranquilos mientras disfrutamos de una suave brisa en la cara.

La primera en descender es Samara; mi amiga, como siempre, la más valiente. Por sus gritos intuyo que lo de que va despacio no es del todo cierto, pero no hay más alternativa, tenemos que bajar por ahí sí o sí. Después le llega el turno a Kai y la tercera soy yo; Eiden decide ser el último.

Va rápido, sí, pero no tanto como imaginaba a juzgar por los gritos inhumanos que han salido por la boca de mi mejor amiga. Es una auténtica pasada, casi como volar; ahí arriba, en lo alto, pasando a través de las rocas, de los árboles, me siento más libre que nunca, y chillo y suelto toda la adrenalina acumulada. Joder, qué bien sienta.

—¡Buah, ha sido espectacular! —exclamo cuando llego abajo.

Nos abrazamos y gritamos los tres por el subidón del momento, y hacemos lo mismo cuando llega Eiden entusiasmado.

La siguiente parte del descenso es haciendo rápel. Jeremi nos espera abajo para controlar que todo va bien y Jacob está arriba con nosotros, explicándonos qué debemos y qué no debemos hacer. Prestamos atención a todos sus consejos y empezamos a bajar. Pensaba que iba a ser muy difícil, pero resulta más fácil de lo que creía.

Cuando llegamos abajo, somos realmente conscientes de la experiencia que acabamos de vivir. La verdad es que ha merecido mucho la pena y no descarto repetirlo en otro momento.

—Samara, esos gritos de loca bajando por la tirolina, ¿a qué se debían? —la vacila su primo.

—Tirolina, dice. ¿Tú has oído cómo lo han llamado? ¡Tiroleitor! Definitivamente, creo que las alturas no son para mí. Muy bonito todo y una aventura increíble, pero yo la próxima vez os espero en el coche con una cervecita en la mano... o en un *spa*.

Nos reímos con el comentario de mi amiga.

—Rubia, ni caso a estos, ¿eh? Lo has hecho genial —la anima Kai acercándola a él y dándole un tímido beso en la mejilla.

Veo como ella se sonroja. Está claro que estos dos, lo de darse cariño en público, todavía no lo dominan. Prefieren los callejones oscuros o los baños...

—Bueno, chicos, ha sido un placer compartir con vosotros la experiencia de hoy. Si sois ahora tan amables, podéis ir dejando el material en la oficina. Gran trabajo el de todos. Por nuestra parte, sentimos la incomodidad al principio de la actividad y esperamos que al final haya sido una aventura satisfactoria —dice Jacob.

—¡¡¡Equipo Bandido Aventura!!! —gritan los dos guías a la vez.

Dejamos todo el material, tal como nos han pedido, y salimos comentando algunos momentos críticos que hemos pasado. Estamos riendo cuando ocurre algo que me pone en alerta: simultáneamente empiezan a sonar los teléfonos de Kai, Samara y Eiden. Los cuatro nos miramos extrañados y contestan más o menos a la vez.

No sé decir por qué, pero mi corazón comienza a latir desbocado, adelantándose a lo que sea que les están contando al otro lado de la línea. De alguna manera sé que no es nada bueno. Lo que sucede justo después pasa como a cámara lenta. Samara se lleva la mano a la boca y dice que no con la cabeza, Eiden mira a Kai y corre hacia él. Y Kai, mi mejor amigo, está pálido, le tiemblan las manos. Su teléfono cae al suelo, rebotando varias veces, provocando un sonoro estruendo antes de reposar sobre el negro asfalto. La pantalla ha estallado en mil pedazos igual que su corazón, y el vacío que tiene que sentir lo engulle en estos momentos. De pronto siente una arcada y se dobla sin poder retener lo que contiene su estómago. Eiden está ya con él, ayudándolo, sosteniéndolo para que no se caiga...

Miro a Samara buscando una explicación, una confirmación de que lo que siento que ha pasado no es real. Mis latidos martillean duramente en mis oídos y noto un frío extraño, de esos que calan hasta los huesos.

—Mark y Louisa han tenido un accidente de tráfico, es grave —sentencia mi amiga antes de ponerse a llorar, sin poder contener la

rabia que ahora nos consume a todos.

53



Durante todo el viaje de vuelta a recoger nuestras cosas de la casa y hacer las maletas, Kai no habla, no llora, prácticamente no se lo oye ni respirar. Es tan doloroso verlo tan perdido, como si de repente se hubiese transformado en un niño pequeño e indefenso. Estoy segura de que, si hubiera mostrado algún tipo de reacción, si hubiera gritado, llorado, pataleado, no habría sido tan duro como verlo en su estado actual.

Todos estamos muy preocupados. No disponemos apenas de datos, solo que han tenido un accidente, que parece que es de una gravedad considerable, y que lo mejor es que todos regresemos a casa y, una vez allí, nos desplacemos directamente al hospital. Kai ha pedido hablar con sus padres por teléfono, pero le han dicho que no, que no se preocupase y que estuviera tranquilo, aunque eso ha tenido justo el efecto contrario.

Vamos de la mano todo el trayecto, sus dedos y los míos entrelazados, intentando inútilmente sostener su dolor o apaciguarlo de alguna manera con estas caricias. Un recordatorio de que, pase lo que pase, no está solo. Es cierto que a veces las palabras sobran, y esta es una de esas ocasiones en las que cualquiera de ellas,

aunque sea de aliento o de esperanza, está de más. Así que dejamos que el mutismo sea un compañero de viaje más, durante todo el camino.

Por primera vez todos hacemos las maletas en tiempo récord, y para la vuelta en coche cambiamos la distribución. Eiden y Samara van juntos y yo me ofrezco a conducir el coche de Kai; él vendrá conmigo. No hay dudas de que no puede conducir en el estado en que se encuentra. Este viaje es uno de los más duros y tristes que he hecho nunca; ver como se va rompiendo mi amigo en mil pedazos, como los nervios lo consumen poco a poco, observar que no puede dejar de mover las piernas, en un baile rítmico y tortuoso, que por desgracia conozco tan bien... Tiene los puños tan apretados, con tanta fuerza, que sus manos han palidecido. De vez en cuando pongo una mano sobre su rodilla para que sienta que estoy con él y eso parece reconfortarlo un poco, aunque solo dure unos segundos.

Intento imaginar todo lo que pasa por su cabeza en estos momentos, todas las incógnitas, todos los posibles. Yo me aferro a la esperanza de que todo quede en un gran susto, que dentro de la gravedad terminarán superando las heridas y que con el tiempo todos volveremos a estar bien. Quiero imaginar un futuro en el que hablemos de esto como algo que hemos superado, que Mark y Louisa nos contarán cómo ha ocurrido todo. Intento crear imágenes futuras de ellos recuperándose en el hospital; de cómo los vamos a visitar; de cómo metemos a escondidas comida de Millie, porque la de allí es un asco; de cómo les dan el alta..., aunque hay algo dentro de mí que me grita una y otra vez que no, que todo ha estallado y que nada volverá a ser como antes.

Es en el hospital donde todo se viene abajo como un gran castillo de naipes que cae cuando solo falta por poner la última carta. Además del médico, nos recibe la policía. «Han sido declarados

muertos en el lugar del accidente. Lo siento mucho, chico» son las palabras exactas que el agente le dice a Kai. Tras esta frase, todo lo demás es como estar viviendo en una película, como si tu yo se disociase de tu cuerpo y lo vieras todo desde otra perspectiva, como si aquello fuese una especie de pesadilla de la que vas a despertar en algún momento, pero que, por mucho que te esfuerzas en hacerlo, por mucho que cierras los ojos y los aprietas con todas tus fuerzas, no ocurre, sigues ahí y sabes que no volverás a ver a esas personas que deberían estar contigo muchos años más. Sabes que habrá muchas primeras veces que no verán, que no podrás volver a tocarlos, ni oír su voz. Sabes que es imposible despertarte porque ahora esta es tu realidad. Y todos los posibles futuros que habías imaginado se esfuman sin más.

Mark y Louisa ya habían muerto cuando nos han avisado del accidente, pero no han querido darnos este tipo de noticia por teléfono, sobre todo a Kai. Con esa llamada, solo han querido ponerlo en situación, y por eso le han advertido de que había sido muy grave. A Eiden y Samara la llamada se la han hecho sus respectivos padres, para contarles la misma versión, pero en el tono de sus voces han podido deducir que lo que había pasado superaba la gravedad de ese relato. Como sabían que estábamos juntos, ha resultado esencial que todos tuvieran el mismo conocimiento de lo sucedido.

Sus padres han perdido el control del coche al coger un bache y reventar un neumático, se han salido de la carretera, han chocado frontalmente contra un árbol y el automóvil ha terminado seccionado en dos; han fallecido casi en el acto. El coche ha quedado irreconocible y ellos ya solo nos acompañarán en nuestro recuerdo.

Resulta tan injusto y triste que el dolor no tiene cabida en nuestro interior, pero, a su vez, no sabemos cómo sacarlo para que queme

menos.

Desde esa llamada de teléfono que marcará nuestras vidas para siempre, Kai se ha convertido en una especie de robot; simplemente hace las cosas de forma automática, metódica, pero sus ojos están sin vida, es como mirar al vacío. Está claro que sigue en shock y que le queda un largo camino de duelo por delante, en el que lo único que yo tengo claro es que no estará solo. Si él cae, todos caeremos con él, y así amortiguaremos su golpe y podremos ayudarlo a levantarse.

54



El funeral es multitudinario, todo el pueblo quiere despedir a Mark y Louisa y acompañar a su único hijo en un momento tan duro. Su muerte es algo que nos ha pillado a todos por sorpresa y que recorre cada rincón de River Town, tiñéndolo todo de un riguroso negro. Prácticamente la población al completo se vuelca con Kai, devolviendo así una pequeña parte de todo lo que sus padres han dado por cada uno de ellos. Porque los pueblos pequeños son así, una gran familia en la que se comparten las alegrías, pero también las penas.

Varios vecinos salen a leer algunas palabras que les han dedicado a Mark y Louisa, una manera de rendirles homenaje y darles el último adiós. Escuchar todo lo que dieron por el pueblo durante los años que vivieron en él es muy emotivo para nosotros.

El silencio de la sala se ve interrumpido por los primeros acordes de una melodía que cualquiera que haya conocido a sus padres y haya pasado tiempo en El Tres conoce. «Wee Wee Hours», de Chuck Berry, nos arranca una pequeña sonrisa y nos transporta a todos de vuelta allí con ellos..., a cuando Mark sacaba a Louisa a bailar esta canción cada vez que sonaba por los altavoces. En cuanto las

últimas notas llegan a su fin, Kai se levanta y se aproxima lentamente y con la cabeza baja hacia el micrófono. Mi corazón está encogido y las lágrimas empiezan a descender sin poder pararlas. Eiden me sujeta la mano con fuerza. Está muy serio. Casi no nos hemos visto desde nuestro regreso. Él aún no ha conseguido hacer aflorar la pena y esta está enquistada en alguna parte de su ser.

—Gracias a todos por venir a despediros de mis padres. Yo, eh..., no sé si voy a poder decir todo lo que tengo en la cabeza, están siendo días muy complicados. Mi... mi madre es todo bondad, cariñosa, dulce, siempre preocupada por que coja algo más de abrigo para no resfriarme, y con solo mirarme a los ojos sabe cuándo me pasa algo. Mi padre es mucho más que un padre, lo es todo para mí: un amigo, un confidente, alguien en quien reflejarme, mi guía, esa persona con la que sabes que siempre puedes contar, que va a estar siempre contigo. —Kai tiene que parar y tomarse unos segundos para beber agua. Verlo ahí de pie hablando de sus padres rompe el corazón y el alma a cualquiera. Soy consciente de que se está refiriendo a ellos en presente, porque aún no está listo para dejarlos ir, ¿quién en su lugar lo estaría?, y su dolor me traspasa—. Perdón... Juntos son luz, son alegría, son amor, porque si de algo les voy a estar eternamente agradecido será de haberme enseñado lo que es el amor verdadero, el sano, el bonito, aquel que hace que una habitación se llene de carcajadas. Joder, los echo mucho de menos, no sé cómo voy a seguir... No, no puedo, lo siento. Gracias.

Vuelve a su asiento temblando y completamente abatido. Su cara refleja la angustia y la pena más duras que se pueda imaginar. Eiden ha ido con él en cuanto ha sentido que su amigo se iba a derrumbar. Pero no hay consuelo que pueda reconfortarlo.

Amigos que se han convertido en familia cargan con sus féretros. Kai, al frente del de su padre, y Eiden, en el de Louisa, van avanzando despacio. Cada paso duele más, cada llanto lo hace más real; ver las lágrimas caer y desaparecer silenciosas al precipitarse y llegar al suelo es algo difícil de olvidar.

Nos despedimos definitivamente de Mark y Louisa observando cómo cae la tierra sobre la madera y constatando que la música se ha apagado. Han dejado un vacío enorme en cada uno de nosotros que va a ser imposible llenar, que durará por siempre, que nos acompañará durante todo lo que dure nuestro viaje aquí..., ahora ya sin ellos.

Prácticamente todos se han ido ya del cementerio, solo quedamos Kai, Eiden, Samara, los padres de ambos y yo.

—Podéis iros ya. Yo... yo quiero quedarme un poco más aquí, a solas —nos pide Kai.

—Como quieras, cariño. Recuerda que puedes venir a casa cuando quieras, no estás solo —le ofrece Marissa, la madre de Eiden, dándole un beso en la mejilla.

Mientras nos alejamos veo como mi amigo cae de rodillas frente a las tumbas de sus padres; se oyen sus sollozos y se cuelan en mis entrañas desgarrándolo todo a su paso. Estos van bajando la intensidad a medida que nos marchamos, pero las ganas de salir corriendo para ir a abrazarlo son más fuertes que las de cumplir su deseo de dejarlo a solas. Corro en su dirección y me siento a su lado, con él. Lo abrazo lo más fuerte que puedo, para que sienta de alguna manera que, cuando él caiga, yo caeré con él y nos levantaremos juntos. Lloro con Kai y recojo sus lágrimas en mi piel. Eiden y Samara se unen a nosotros, firmando así una especie de hermandad que deja claro que nos tenemos, por y para siempre.

Cuando pasa el funeral es cuando todos nos damos de bruces con la cruda realidad: debemos seguir adelante, pero sin ellos. ¿Y cómo narices se supone que se hace eso? Los psicólogos describen las diferentes fases de un duelo y hablan de que, aunque cada persona es distinta y tiene su propio proceso, más o menos todos pasamos por las mismas etapas. Esto está genial en la teoría, pero en la práctica, cuando toca regresar a tu vida, es lo más jodido a lo que te vas a tener que enfrentar jamás. Además, hay gente que, tal vez sin ser consciente de ello, empeora las cosas preguntando en exceso.

«¿Cómo fue?».

«¿Dónde estabas?».

«¿Murieron en el acto?».

«Eres hijo único, ¿verdad?».

«¿Y qué vas a hacer ahora?».

Todas y cada una de estas cuestiones las tiene que oír Kai por parte de gente que quizá siente verdadero interés y tiene buena intención, pero que provoca un daño innecesario.

Él se limita a contestar con monosílabos, tal es su estado que creo que no reacciona porque no se da cuenta de lo inoportunas que son aquellas cuestiones que le están haciendo. Con sus padres también se va una parte de Kai, una parte importante para vivir, su corazón.

55



Han pasado cuatro días desde el entierro y Kai aún no ha vuelto a su casa. Se está quedando en el bar, que, como comprenderéis, sigue cerrado. Mi amigo tiene que enfrentarse a una mesa llena de papeles, porque puede que te acabes de quedar sin tus padres, pero eso da igual de cara a la burocracia, ya que el mundo sigue girando aunque tú quieras que pare.

—Kai, si te apetece, vente a mi casa. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Como sea, tienes que dormir en una cama de verdad o acabarás fatal de la espalda. Es imposible que puedas descansar un mínimo en esa cosa. —Señalo el futón en el que se supone que duerme.

—Lia, no quiero ser una molestia, puedo seguir en El Tres hasta que reúna las fuerzas suficientes para volver a mi casa.

La voz de Kai ha bajado dos tonos y destila tristeza. Es tan ronca que lo despedaza todo a su paso. Oírla duele lo mismo que si te clavaran millones de alfileres en el pecho.

—Nunca serás una molestia en mi casa, Kai. Me encantaría que vinieras y me hicieras compañía. Creo que nos irá bien a los dos. ¿Qué me dices?

—Muchas gracias, Jerry Lee —contesta con una media sonrisa desganada mientras nos fundimos en un tierno abrazo.



Lo primero que hago cuando llegamos es prepararle un té de pasiflora y tila, algo calentito para templar el cuerpo e intentar que la mente descanse también.

—Gracias, Lia, lo necesitaba.

Sé que no me está dando las gracias únicamente por el té.

—¿No lo coges? —pregunto viendo como suena el teléfono con insistencia, pero él mira la pantalla y hace caso omiso.

—No. Es... es Samara. Desde... —Se queda paralizado y no termina de formular la frase—. Bueno, desde hace días está muy obstinada conmigo. No entiende que ahora mismo no puedo... no puedo estar para ella.

—¿Y se lo has dicho así? Quizá verte mal le ha servido para darse cuenta de lo que siente de verdad. Lo está haciendo porque realmente le importas, Kai. Creo que ella quiere estar contigo.

—Lia, ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza, demasiadas preocupaciones, como para estar para los juegos de Samara también. Necesito recomponerme, intentarlo por lo menos, y descubrir quién soy ahora que ellos... Ahora que... que no están...

—Te entiendo, pero habla con ella y explícaselo cuando estés preparado, ¿vale? Tampoco se merece sufrir más de la cuenta. De todos modos, eso por lo que estás pasando es una realidad a la que deberemos enfrentarnos todos, pero es muy difícil en general y entiendo que en este momento no des más de ti.

—Lo sé y lo haré, en cuanto pueda, te lo prometo...

—¿Te apetece que veamos una peli? —propongo para cambiar de tema e intentar que no piense en nada.

Mi amigo asiente.

Sé que, en cuanto tenga la oportunidad, hablará con ella, cuando pueda hacerlo sin dañarla, porque estoy segura de que Kai no quiere que Samara sufra; por eso en este momento la está apartando de su lado, para evitarle toda la oscuridad en la que está sumido; no me lo dice, pero no hace falta, sé lo buena persona que es, porque tuvo a los mejores maestros.

Elegimos una película, el silencio nos envuelve y nos disponemos a prestarle toda nuestra atención a la pantalla.

No ha pasado ni media hora cuando veo que Kai empieza a cabecear, pero, en cuanto parece que se va a quedar dormido, se sobresalta. Es como si estuviese en modo alerta y su mente no lo dejase descansar; como si, cada vez que cierra los ojos, aquello que ve sea una tormenta que lo lleva a la deriva.

—Deberías procurar descansar un poco. He perdido la cuenta del tiempo que llevas sin dormir más de una hora seguida —digo apagando la televisión.

—Lia, no... no puedo. Si cierro los ojos, los veo como si estuvieran aquí, ¡pero no están, joder, no están y no van a volver! —exclama incorporándose y pasándose las manos por el pelo rizado—. ¿Por qué ha ocurrido esto? Estaba claro que las putas carreteras de este pueblo en algún momento iban a traernos una desgracia..., pero no entiendo, no soy capaz de comprender, por qué han tenido que ser mis padres. Dios mío, ¿cómo voy a seguir sin ellos, Lia?

—No tengo respuestas para eso, no sé qué desencadena que pasen estas cosas. Es una auténtica mierda, lo sé, pero, cuanto menos duermas, peor vas a estar. Tienes que afrontar la realidad y retomar tu vida. Es lo que ellos habrían querido, verte feliz. ¿Qué te

parece si empezamos poco a poco? Habrá días buenos y días malos, pero no vas a estar solo. Y el primer pasito es intentar dormir algo, ¿vale? Te prometo que me quedaré contigo. Si quieres, podemos volver a poner la tele para que te sea más fácil y así no tener la mente ocupada en otras cosas.

Me parte el alma ver a Kai tan perdido y no ser capaz de guiarlo y ayudarlo para que no se sienta así.

—¿Harías eso por mí? —Suena esperanzado.

—Claro, Kai Richard, por ti y por ellos. Duerme un poco, por favor, yo me quedo contigo sin problema.

Y por fin, después de no sé cuántos días, mi mejor amigo consigue dormir más de dos horas seguidas.

56



El proceso de duelo de Kai nos hace aún más amigos, más hermanos, de esos a los que eliges por decisión propia. Pasa las primeras semanas en mi casa porque no es capaz de ir a la suya; demasiados recuerdos, demasiadas sensaciones, y hacerse cargo de El Tres ya es una parte emocional muy pesada, porque ese sitio, mires donde mires, rezuma la esencia de Mark y Louisa en cada rincón. A pesar de ello, Kai se hace cargo del bar, tal como sus padres querían que hiciera cuando se hubieran jubilado, tal como desea él mismo. Yo estoy feliz teniéndolo en casa, puede quedarse todo el tiempo que sea necesario para sanar, para reponerse. Él va recuperando las horas de sueño, cada vez tiene menos pesadillas. Poco a poco se va haciendo a la rutina de nuevo; a todos nos toca aprender a la fuerza a vivir sin ellos.

Al final de la canícula del verano, Kai decide que está preparado para regresar a su casa. Eso va a ser la prueba definitiva, el único lugar al que no ha sido capaz de volver desde que pasó todo. La ropa y lo demás que ha ido necesitando se lo ha traído Eiden de allí. Él siempre se quedaba en la puerta paralizado, sin poder poner un pie dentro.

—Creo que estoy listo para volver a casa, Lia.

—¿Estás seguro? Ya sabes que te puedes quedar aquí todo el tiempo que necesites.

—Estoy seguro. He ido superando cada etapa, despacio, y creo que ya es hora de retomar casi del todo mi vida. Lo único es... que os tengo que pedir un último favor, a ti y a Eiden.

—Lo que necesites, ya lo sabes, Kai.

—Sé que en este tiempo no he sido del todo justo con Samara, no me he comportado como debería y no quiero seguir haciéndole más daño.

—¿Vas a hablar con ella? Me alegro, porque lo ha estado pasando muy mal con esta situación también.

—Sí, no creo que podamos ser más que amigos y no quiero que siga esperándome. Lo nuestro podría haber sido, pero tengo claro que estábamos destinados al fracaso. Y quería pediros que estéis ahí para ella cuando..., bueno, después de que yo hable con ella.

Kai ha ido recomponiendo su vida poco a poco, o lo que ha quedado de ella, pero parece que Sami ya no tiene cabida en ella. No quiere verla, casi no quiere hablar con ella; aunque mi amiga insiste, él cada vez parece más reacio a todo lo que tiene que ver con la mujer por la que una vez llegó a plantearse ir un paso más allá y empezar una relación. Aunque nunca lo haya admitido directamente, sé que Kai no hubiera aceptado el tipo de relación que tenían antes del accidente de sus padres, no se habría conformado tan solo con ser amigos con derecho, él quería mucho más, albergaba la esperanza de que las cosas fueran cambiando, pero eso era antes. Al principio pensábamos que sería una cosa temporal, que tal vez necesitaba tiempo, pero parece que ahora lo tiene claro y que ha tomado una decisión en firme.

—Sabes que no va a ser fácil, ¿verdad?

—Lo sé, y por eso os necesito. No puedo sostener el peso de su pena. Sé que es muy egoísta por mi parte pediros esto, pero no quiero seguir. El Kai con el que podría haber tenido algo ya no existe.

—Lo entiendo. No te preocupes, hablaré con Eiden y te prometo que cuidaremos de Samara. Estará bien.

Nunca se decidieron a dar el paso realmente por miedo. Escondían sus sentimientos y los disfrazaban con que solo eran amigos, por la absurda idea de no decir que tenían una relación. Sé que fue más cosa de ella que de él, que a Kai no le habría importado poner toda la carne en el asador y apostar a ciegas por ellos dos, pero eso forma parte del pasado. Porque, cuando parecía que por fin iban encaminados a formalizar lo suyo, la vida les puso una dura prueba que está claro que no superaron.

Samara se lo toma mejor de lo que esperábamos. Algo en ella ya intuía lo que iba a pasar. Kai ha cambiado mucho desde el accidente, se ha mostrado frío y distante y, aunque ha tenido mucha paciencia, no la ha dejado acercarse ni llegar hasta él. En lo que a ella se refiere, tiene las barreras subidas y son infranqueables, y aunque la esperanza es lo último que se pierde, le rondaba la posibilidad de que esto terminara pasando.

Han decidido tener el mínimo contacto durante unos meses, hasta que volver a estar juntos en la misma habitación no duela en las entrañas, hasta que puedan volver a ser Kai y Samara por separado, de nuevo. Les va a costar, pero estoy segura de que lo lograrán. Ambos se quieren demasiado como para dejar de hacerlo de un día para otro. Ahora la prioridad es recomponer sus corazones y que ambos sanen... Y es ahí cuando me doy cuenta de que lo suyo ha sido una historia mucho más profunda y complicada que un simple juego.

57



Han pasado cuatro meses desde el accidente y, aunque hemos intentado volver a la rutina y a la normalidad de nuestras vidas, cuando algo se rompe en tu entorno es muy difícil que no cambies también por dentro. Eiden y yo no estamos pasando por nuestro mejor momento. Llevamos juntos cuatro años y todo lo que le ha pasado a Kai nos ha desgastado un poco; ha sido una catarsis en la vida de todos los que conocíamos a sus padres. Mi novio se ha encerrado un tanto en sí mismo y me cuesta llegar a él de la misma manera que antes. Esa sencillez con la que tiempo atrás prácticamente nos descifrábamos con una mirada se ha minimizado. Supongo que todos debemos encontrar nuestro sitio de nuevo y ver cómo encajar.

Algunas noches vuelven las pesadillas, sobre todo las noches que Eiden no se queda en mi casa. Es el mismo sueño que ya he tenido en otras ocasiones. Revivo aquella última vez que crucé el umbral de mi antigua casa; la casa de mis padres es mi infierno personal.

«Esto no puede estar pasando», pienso cada vez que lo revivo.

«Me he quedado dormida y estoy teniendo una pesadilla».

Pero la pesadilla me parece tan real como todo lo que ocurrió entre aquellas cuatro paredes. Dicen que la realidad supera la ficción y, joder, mi padre se encargó de que esa frase cobrara un sentido literal.

Las cosas en la Libreristería me van mejor que nunca, es el trabajo más increíble del mundo. Margorie no solo hace eventos fuera, sino que además hemos empezado a organizarlos aquí también, animada por Fernando; me vais a permitir deciros que ese señor es un amor, un ser de luz, y también que tiene el cielo ganado con mi señora jefa, santa paciencia la de ese hombre, impresionante. Estos eventos han incentivado algo más el turismo en el pueblo, lo cual ha repercutido directamente en Millie y El Refugio y también en Kai, que ha usado el trabajo como escudo y se ha volcado del todo en El Tres y en ofrecer a los turistas que llegan una experiencia inolvidable.



Tengo el día libre, porque Margorie debe preparar el escaparate y, cuando hay cambio, necesita silencio y soledad. Estoy tomándome un café, sentada tranquilamente, cuando me empieza a temblar el ojo al ver que uno de los cajones de la cocina sobresale porque no está bien cerrado.

—Joder, este puñetero cajón nunca cierra del todo bien —mascullo mientras hago fuerza para intentar cerrarlo.

Todo lo que ocurre a continuación pasa como a cámara lenta. ¿Sabéis eso que se dice de «Te voy a dar como a cajón que no cierra»? Pues esa soy yo, pero esta vez en sentido riguroso. No sé por qué me estoy poniendo muy nerviosa y ansiosa, pero estoy

empezando a perder la compostura por este puto trozo de madera que no encaja.

—¡Mierda! —grito.

Al final cede, pero no hacia dentro, sino hacia fuera. Me quedo con él en la mano mientras observo como todo lo que contiene vuela por los aires.

Cuando compras una casa hay dos cosas que siempre se incluyen en la adquisición: un peine de púas marroncito y un cajón que servirá para meter todas las porquerías que no sabes dónde dejar o que te da pereza tirar... Bueno, pues se trata de ese cajón, el de los miles de cachivaches inservibles que solo abres para meter más trastos inútiles y nunca vuelves a buscar nada en él porque es imposible, literalmente, encontrar algo; solo metes cosas, cierras y las olvidas. Cada cierto tiempo te armas de valor y vacías su contenido, y vuelta a empezar; es como el ciclo de la vida, pero en versión cajones.

El caso es que todas estas cosas han volado por encima de mi cabeza, y yo estoy flipando con el puto cajón en la mano, pensando que no me va a quedar más remedio que recoger todo el desastre, como si no tuviese ya suficientes cosas que hacer. Os juro que lloraría, pero no me serviría de nada porque, aunque llorase, nadie vendría a recoger este follón por mí. Toca ser una adulta funcional, por mucho que no quiera.

En medio de todo este caos, algo al lado de mis pies llama mi atención; es un papel, un papel doblado, un papel que todos mis instintos me gritan que no debo coger, ni mirar, pero lo hago, lo hago y leo lo que pone. Al principio no entiendo nada. Miro el nombre de la persona a quien está dirigido y aún entiendo menos. ¿Qué narices...?

Me estoy mareando, todo me empieza a dar vueltas; de repente me he teletransportado a una noria y siento un vértigo que me da miedo.

58



Es una carta dirigida a Eiden. Sé que no se debe leer la correspondencia de los demás, y no lo hubiese hecho de no ser porque estaba guardada en un cajón de mi casa y porque, desde la muerte de los padres de Kai, estamos más lejos que nunca.

New Lake, 13 de julio de 2018

Estimado señor Hugh:

Nos complace dirigirnos a usted con el fin de comunicarle, de manera oficial y con gran satisfacción, que ha sido seleccionado para incorporarse al equipo del prestigioso Saison Restaurant, como miembro del programa de prácticas profesionales.

Tras una cuidadosa evaluación de su perfil y las inmejorables referencias que hemos recibido respecto a su actitud, competencia profesional y nivel de compromiso, consideramos que reúne todas las cualidades necesarias para integrarse de forma óptima en nuestro entorno de trabajo, caracterizado por la excelencia, la disciplina y la pasión por la alta cocina.

En Saison Restaurant valoramos profundamente a las personas que, como usted, demuestran iniciativa, dedicación y una genuina vocación por el arte culinario. Estamos convencidos de que su incorporación no solo será enriquecedora para usted, sino también valiosa para nuestro equipo, que se distingue por su alto rendimiento, espíritu colaborativo y constante búsqueda de la perfección gastronómica.

Le damos la más cordial bienvenida y le manifestamos nuestro entusiasmo por contar con su presencia en nuestras cocinas. Debe saber que nosotros ya hemos realizado los preparativos necesarios para su llegada y estamos a su disposición para facilitarle una integración fluida, eficaz y grata.

Agradecemos su interés por formar parte de nuestra filas y reiteramos nuestra confianza en que su participación contribuirá de forma positiva al desarrollo de los objetivos del restaurante. Nos ponemos a su entera disposición para atender cualquier consulta o requerimiento que pudiera surgir antes o durante su incorporación.

Sin otro particular, y a la espera de darle la bienvenida personalmente, reciba un cordial saludo.

Atentamente,

Chef ejecutivo del Saison Restaurant
Jasper Legasse

Me siento en el sofá, porque necesito un momento para asimilar lo que acabo de leer. Estoy tan perdida como años atrás. Entiendo lo que significa lo que tengo entre mis manos, pero no comprendo por qué no me lo ha contado. ¿Dónde entro yo exactamente en estos planes? ¿Cuándo pensaba decirme que se iba a ir? ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo con esta información?

Me pongo a recogerlo todo y guardo la carta, tal como la he encontrado. El corazón me va a mil por hora, pero debo intentar tranquilizarme, seguro que todo tiene una explicación. Sí, seguro, todo tendrá una explicación lógica. Él no se marcharía ni tomaría una decisión de esta magnitud sin contar antes conmigo, ¿verdad?

Me tomo unos minutos para serenarme. No sé cómo enfocar la conversación que debo mantener con él, pero no puedo hacerlo en el estado de nervios en que me encuentro. Lo mejor será salir a dar un paseo y tomar algo de aire para intentar ponerlo todo en perspectiva. Igual aún no le ha dado tiempo a contármelo o no ha encontrado el momento.

—Sí, tiene que ser eso —me reafirmo una y otra vez, procurando autoconvencerme.



Cuando vuelvo a casa, Eiden me está esperando en la puerta de la entrada. Es raro que esté ahí y no haya entrado directamente.

—Hola, guapa —me saluda.

—Hola. ¿Por qué no has entrado?

—Es que no sé dónde están mis llaves. Supongo que, al cambiarme de pantalones después del trabajo, me las he dejado allí. No te he llamado antes de venir porque he dado por hecho que estabas en casa, pero no era así.

—Sí, bueno, es que hoy hemos tenido mucho lío en la Libreristería y necesitaba salir a dar un paseo y despejarme un poco —miento. Total, al parecer es algo que hacemos en esta relación.

—Pensaba que hoy tenías el día libre. En todo caso, si me hubieras esperado, habría ido contigo a dar el paseíto, nena —dice

juguetón.

Yo hago un mohín porque no quiero que note que me pasa algo, pero a la vez no me sale estar normal, mi cabeza no para de hacer conjeturas.

—Es que no sabía a qué hora ibas a venir y, además, he dado por hecho que, como tienes llaves, me esperarías dentro. ¿Pasamos?

—Eh... sí, sí, claro, te sigo —contesta mientras hace el gesto de que pase delante con la mano.

Una vez dentro de casa empiezo a notar que el ambiente se vuelve más pesado, más espeso, y siento como un nudo se apodera de mi interior.

—¿Qué tiene que hacer uno para que su novia le dé un beso?

Estoy tan sumida en mis propios pensamientos que ignoro sus palabras.

—Lia, ¿estás bien?

—¿Qué? Ah, sí, sí, perdona, ¿qué decías?

—Nada, nada. —Gira la cara y baja la mirada—. ¿Qué te apetece cenar? Por si falta algo y tengo que ir a buscar los ingredientes.

—Cualquier cosa, no tengo mucha hambre.

Tengo el estómago cerrado, y en lo último en lo que pienso en este momento es en comer.

—Joder, cómo estamos hoy... —lo oigo quejarse mientras va hacia la cocina.

En ese instante decido no alargar más la agonía, ni la mía ni la suya. Si sigo guardándome todo lo que acabo de descubrir en esa carta, y viendo encima que él se ha enfadado, lo único que voy a conseguir es cabrearme más. Estoy pasando por las diferentes etapas del desengaño, y estamos en la fase de la ira...

—¿Jugamos a Oklahoma? —pregunto cuando entra en la cocina.

—Sí, va-vale —titubea—. Aunque, con todas las veces que hemos jugado y llevando juntos tanto tiempo, Lia, no creo que vayamos a descubrir nada nuevo del otro.

—No te creas, siempre hay cosas que no se saben.

—Venga, ¿quién empieza?

—Tú mismo... —digo cortante.

—¿Prefieres pasar frío o calor?

—Frío. ¿Cuál es el sueño de tu vida?

Eiden me mira y se pone muy serio.

—No tengo, supongo. ¿Cuál es tu serie preferida?

—*Big Little Lies.* ¿A qué lugar te gustaría mudarte?

—Lia, ¿qué pasa?

—Ya sabes cómo funciona el juego, responde, no te toca preguntar.

—Nunca me he planteado mudarme a ningún sitio. ¿Qué pasa, Lia? —insiste con un tono de preocupación en la voz.

—Nada —respondo con frialdad—. ¿Es el Saison tu restaurante favorito?

Eiden se pone blanco.

—Oklahoma.

—¿Cuándo pensabas decirme que estabas valorando irte de prácticas allí, Eiden? —lo increpo mientras abro el cajón para sacar la maldita carta.

Se levanta de la silla donde está sentado como si quemara y sale de la cocina sin mirarme, sin responderme. ¡Y una mierda si se cree que no me va a dar una explicación de qué cojones es esa puta carta! Voy detrás de él. Mi cabreo va aumentando por segundos y, aunque sé que debo mantener la calma, es superior a mí. Odio que me mientan.

—¿No crees que, al menos, merezco que me expliques qué es esto? —pregunto mientras le pongo la carta delante de la cara—. Eiden, la muerte de Mark y Louisa es algo que nos ha impactado y afectado a todos, y desde entonces todo ha ido cuesta arriba en general. Hemos tenido que aprender lo que es una pérdida e intentar superarlo, pero tú cada vez te alejas más. Lo he puesto todo de mí para intentar sentirte cerca de nuevo, para que vuelvas a mí, pero yo sola no... yo sola no puedo... Dame al menos una explicación, háblame.

—Lo siento, Lia, no puedo —dice mirando al suelo.

Sale de casa. No entiendo nada. ¿Qué significa esta carta? ¿Se va a ir sin mediar palabra? Tantos interrogantes y ninguna puta respuesta. Me siento en el suelo y las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas.

59



Oigo la puerta de nuevo, es él.

—Joder, Lia, no quería que te enteraras así.

—No me fastidies, has guardado la puta carta en mi casa, Eiden. ¿En qué universo te ha parecido buena idea guardar aquí algo de lo que no querías que me enterara? —lo encaro mientras las lágrimas que he estado reteniendo cuando ha vuelto se deslizan por mi rostro. Las voy apartando bruscamente con la mano.

—No llores, por favor, me partes en dos cuando lo haces. Déjame... déjame que te lo explique todo, ¿vale? Pero para de llorar —me pide acercándose poco a poco a mí.

—No te atrevas a decirme que no llore, joder. No después de esto.

—Lia, no has mirado la fecha de la carta, ¿verdad?

—¿Qué? No, yo...

Lo que me acaba de decir me pilla desprevenida. ¿La fecha? Pues la verdad es que no me he fijado en la puñetera fecha.

—Es de hace tres meses. Mark le pasó mi contacto a Jasper unas semanas antes de... bueno, antes del accidente. Debieron de verse y supongo que tuvo la oportunidad de hablarle de mí y no la dejó escapar. Verás, esa idea de integrarme en su equipo era algo que

habíamos hablado hacía tiempo Mark y yo, sin ninguna pretensión, antes de conocerte. El caso es que, semanas después de que fallecieran, me llegó la carta y, bueno, dieron por hecho, no sé por qué, que iba a incorporarme al equipo. No dudaron que aceptaría la propuesta que me ofrecían. Lo tenían todo preparado, al parecer, pero les contesté que no iba a ir; que agradecía mucho la oportunidad, pero que no podía aceptar lo que me ofrecían. No voy a engañarte diciendo que no llegué a plantearme por segundos aceptar, pero les dije que no.

—¿Por qué?

—Joder, pues por ti, porque sé que tú no vendrías conmigo. Aún hay más. Después de que les dijera que no, Jasper me llamó por teléfono. Al parecer el padre de Kai le había hablado muy bien de mí y estaba muy interesado en verme cocinar. Es un tipo un poco raro y excéntrico que se deja guiar por su instinto, y lo único que me pidió ante mi negativa fue verme en acción. Según él, tiene un don, un sexto sentido, para saber si alguien tiene talento o no para la cocina únicamente con ver cómo se desenvuelve en ella y cómo trata el producto que va a preparar, así que hicimos una videollamada para que me viera y me hizo algunas preguntas. Eso no iba a cambiar nada mi decisión, pero que alguien como él hubiera insistido tanto en verme cocinar, no sé, me hizo sentir bien. El tío se quedó asombrado; según él, no muchas personas pueden hacer lo que yo hago sin estudios previos de cocina, siendo autodidacta. Me dijo que lo pensara bien, que volvería a ponerse en contacto conmigo. Añadió que Mark se había quedado corto hablándole de mis virtudes y que seguía muy interesado en que formara parte de su equipo. La oportunidad es muy buena, no te voy a mentir, pero la respuesta seguirá siendo no. No te lo conté porque no voy a ir. No tengo dudas respecto a mi decisión.

—Eiden, yo, no sé qué decirte ahora mismo. La carta, en la carta ponía... Y yo he dado por hecho que... Lo siento.

—Te lo tendría que haber contado, Lia, y nada de esto hubiera pasado. Y, sí, tienes toda la razón: después de la muerte de Mark y Louisa ha ido todo cuesta arriba, es cierto. —Eiden resopla y se toca el pelo con las manos—. No te voy a decir que no me he visualizado en esa cocina profesional aprendiendo de uno de los mejores chefs del mundo, que no he pensado que era un último regalo que me había hecho Mark, porque sería mentirte y creo que es hora de ser sincero del todo. La verdad es que siempre te he escondido algo, por miedo.

—Está bien que te dignes entonces a contarme la verdad después de casi cuatro años juntos —escupo claramente cabreada.

Está siendo toda una montaña rusa de sentimientos. En este instante me siento bastante perdida y no sé quién es la persona que tengo delante. Lleva años escondiéndome algo por miedo, dice. Por miedo ¿a qué?

—Siempre he querido cocinar, ser chef, tener mi propio restaurante. Cuando se lo conté a mis padres, no se lo tomaron bien. Me dijeron que eso no podía ser, que mi deber y mi sitio estaban aquí, junto a Samara, en el negocio familiar que tanto les había costado levantar para brindarnos un futuro en el que no nos faltara de nada, y que me quitara cuanto antes esos pájaros de la cabeza, que no tenía futuro, que solo era un niñato encaprichado con la idea. Pensaron que era algo pasajero, una excusa para salir del pueblo. Lo volví a intentar meses más tarde, busqué información sobre becas, sobre prácticas, busqué alojamiento, hice incluso un plan de negocio para que vieran que era algo factible, joder, que no era una tontería que se me acababa de ocurrir. Pero siguieron en sus

trece y, en esa ocasión, mi madre fue la más dura de los dos conmigo.

—Y fue entonces cuando empezó tu época rebelde, ¿no? Las fiestas y todo ese rollo de tu época oscura... —digo encajando por fin las piezas de aquella etapa de su vida que me contó hace tiempo.

—Así es. Me llené de rabia y me enfoqué en lo que no debía. Soy su único hijo y nunca me han apoyado en esto. Siempre se han mostrado reacios y jamás he llegado a entender por qué. Ya sabes la historia de las fiestas que empecé a montar en casa y cómo solían terminar.

Asiento. Sé que una de las últimas fue tan escandalosa que sus padres tomaron la determinación de que, cuando ellos no estuvieran, fuera su tía la encargada de Eiden. Claro que el motivo que él me contó en su día fue otro, restándole importancia.

—Iba camino de la autodestrucción, hasta que un día Millie me encontró. Prefiero no contar en qué estado estaba, podemos resumirlo en que me dio un choque de realidad y una oportunidad de centrar mi odio y rabia en algo mucho más productivo.

—Y así fue como empezaste a ayudarla en la cocina, ¿no?

—Sí. Si me iba a tener que quedar encerrado en este pueblo de por vida y no alcanzar nunca mis sueños, al menos podría aprender de ella y seguir creando y practicando. Centrarme en la cocina me ayudó también a empezar a ver las cosas de otra manera, pero seguía bastante obstinado en que, en algún momento, me iría de aquí con o sin el consentimiento de mis padres, hasta que una conversación con Mark me cambió. Él siempre fue muy observador, en todo momento se preocupaba por los intereses de su hijo, incluso lo animó a salir de River Town, aunque, joder, nuestro amigo siempre ha tenido claro qué rumbo quería tomar en su vida, por lo menos laboralmente hablando: su futuro estaba ligado a ocuparse

del bar, es algo que supo desde pequeño. Una tarde fui a buscar a Kai bastante agobiado y nervioso después de volver a discutir con mi madre. Durante bastante tiempo fue una discusión recurrente entre nosotros, y Mark intuyó que yo no estaba bien solo con mirarme a la cara. Vino a hablar conmigo, se lo conté todo, me abrí en canal con él. Me conoce desde que nací; es, era, como un tío para mí, mucho más que simplemente el padre de mi mejor amigo. «Céntrate en las cosas que te llenen aquí dentro», me dijo señalándome el corazón, «y lo demás vendrá solo, hijo». Y justo unas semanas después apareciste tú, Lia.

Su confesión me desarma y me toma por sorpresa. No sé qué es lo que esperaba, pero desde luego que esto no, y me asusta todo lo que pueden significar esas palabras. La dependencia no es buena compañera, nunca.

—Eiden, no puedes decirlo en serio.

—Sí, Lia. Tú eres la única razón por la que me olvidé de todos mis planes, de marcharme de River Town. Me volví a plantear un posible futuro aquí; solo me iría del pueblo, solo aceptaría la propuesta de irme a New Lake, si tú vinieras conmigo. Pero yo no te lo voy a pedir, no te voy a pedir que lo dejes todo de nuevo.

—¿Y por qué tenías miedo de contármelo? ¿Por qué nunca, en todos estos años, me lo has contado?

—Porque llevaban tantos años diciéndome que era algo inalcanzable, que me centrara en lo que tenía aquí, que me dejara de tonterías, que tenía miedo de que tú también pensaras así.

—Ese era el secreto al que se refería Isabella, ¿verdad? Lo que me dijo en aquel cumpleaños... Ella, ella lo sabía, ¿no es así?

Recuerdo las palabras exactas: «Hay cosas que tú no sabes, que estoy segura de que él no te ha contado, y que tarde o temprano volverán a salir».

—Lia, te juro por lo que más quiero que nunca se lo he contado a nadie más que a mis padres y a Mark. Si Isabella se refería a eso, no se ha enterado por mí. No sé si quizá mi madre lo hablaría en algún momento con la suya, es lo único que se me ocurre.

En este momento soy consciente de todas las veces que su madre me ha dicho que, gracias a mí, su hijo está más centrado y que está más tranquila. Ahora tiene sentido. Si estoy yo, ella no tiene miedo de que Eiden se marche en busca de su propio destino, a perseguir su sueño, su propio crecimiento personal. Y es cuando entiendo que no puedo atarlo a mí. Quizá el hecho de que el padre de Kai hablara con Jasper poco antes de morir es una especie de señal, una última oportunidad para luchar por lo que realmente ha querido siempre. Tengo que dejarlo ser libre y cumplir su sueño. Si algo hemos aprendido con la reciente pérdida es que todo puede irse en un segundo, que hay que luchar por lo que uno quiere y exprimir cada minuto de la vida.

Yo tengo claro que no me iré a New Lake, que he encontrado mi sitio, mi hogar, en River Town. No quiero regresar a una gran ciudad y volverme pequeña de nuevo, invisible. Tengo miedo, pánico, pero no se lo puedo confesar, porque está claro que no es su caso. Él aún no ha encontrado su sitio; lo está buscando y no es justo, no es justo para él, renunciar a todo solo por mí. Está diciéndole adiós al sueño de su vida por mí sin poder siquiera intentarlo, y quizá en estos momentos no lo vea así, como un sacrificio, pero tal vez en unos años, cuando sea demasiado tarde, su perspectiva cambie y lo vea todo de otra forma y nunca pueda perdonármelo. ¿Y qué nos quedará entonces? Rechazo, reproches...

No puedo arriesgarme a que lo nuestro tenga ese final, a que nos convirtamos en mis padres. Es entonces cuando decido por los dos, aunque luego me pese, que lo nuestro tiene que terminarse y

debemos tomar caminos diferentes, por separado. Lo hago sobre todo por él. Lo ayudaré a cumplir su sueño, aunque para ello tenga que renunciar a su amor y a su vida junto a mí. Aunque tenga que hacer aquello que prometí que nunca haría y más odiaba: mentir. Quizá no es nuestro momento, pero dicen que lo que está destinado para ti termina volviendo. Así que, si Eiden y yo estamos unidos por un hilo invisible, volveremos a encontrarnos. Puede que algún día...

—¿La oferta sigue en pie? —pregunto para saber si es factible el plan suicida que tengo.

—Sí, pero no...

Lo corto antes de que pueda acabar la frase, porque necesito soltar rápido las palabras que están a punto de salir de mi boca.

—Iré contigo —afirmo sabiendo que esas dos palabras nos destruirán, posiblemente, para siempre.

Dicen que, cuando una mariposa bate las alas, puede provocar un huracán en la otra parte del mundo, y este, sin saberlo, se está formando justo encima de nuestras cabezas.

60



—¿De verdad? —pregunta Eiden sorprendido y con un brillo de ilusión que no había visto antes reflejado en sus ojos.

—Sí —miento—. Pero primero tendrás que irte solo. Yo me quedaré para dejar arregladas algunas cosas. Por ejemplo, no me puedo marchar de un día para otro y dejar a Margorie tirada. Además, está todo el tema de la casa. Deberás marcharte tú antes, instalarte y, después, cuando yo lo tenga todo listo aquí, vendré contigo.

—¡Joder, Lia, nunca pensé que podría ser más feliz! —exclama mientras me abraza y me besa—. Esto tenemos que celebrarlo, y se me ocurren algunas ideas, nena...

Mi alma se parte en mil pedazos, por mentirle, por saber que le voy a romper el corazón, por no ser capaz de enfrentarme a la realidad y salir de mi burbuja. Pero es lo mejor para los dos. No puedo permitir que no luche por su sueño; es su futuro y su posible carrera, lo que siempre ha querido hacer, y, joder, sé el talento que tiene, la pasión que le pone a cada elaboración, lo mucho que disfruta cocinando y que desea que esto salga bien. No va a tener otra oportunidad así, es ahora o nunca. Definitivamente, jamás me

perdonaría que él se quedara por mí, yo no sería capaz de vivir con ello.

Pero vivo la dulce mentira un poco más, antes de tener que volver a la cruda realidad.

—¿Qué ideas tienes en mente? —pregunto siguiéndole el juego, aunque las palabras me quemen al salir de la boca.

—Tú, yo y ese sofá... —propone mientras me empieza a besar el cuello.

—Hummm, suena muy interesante, cuéntame más...

—Tú, yo, ese sofá, sin ropa... ¿Sigo o ya te imaginas por dónde voy?

—Me hago una ligera idea... —digo frotándome contra su erección.

Nos desnudamos el uno al otro, dejando un puñado de besos a medida que vamos quitándonos cada prenda, sin marcar el tiempo pero anticipándonos al placer que vendrá después. A estas alturas conocemos cada centímetro de nuestra piel. Dónde tocar, dónde lamer, dónde morder...

—Agárrate al respaldo del sofá, nena —susurra en mi oído, y se pone un condón.

Al oírlo, mi cuerpo reacciona y ya siento la humedad entre los muslos. Eiden pasa las manos por mi entrepierna y sonríe al descubrir que estoy lista para él. Hago lo que me pide y de una me penetra profundo, duro, justo lo que necesito; se me escapa un gemido.

—Joder, nunca me voy a cansar de follarte, Lia. Ufff, ¿te gusta así?

—Sí, sigue, justo ahí, sí, así...

Eiden me agarra fuerte las caderas mientras su polla entra y sale de mi interior rítmicamente, sin descanso, dejándome sin aliento; yo

muevo las caderas al compás para hacer aún más profundas sus embestidas.

—Nena, cuando te mueves así pierdo la puta cabeza.

La tela áspera del sofá roza mis pezones y una de las manos de Eiden me está tocando el clítoris a la vez que sigue en mi interior manteniendo el ritmo. Siento que el placer se empieza a acumular en mi centro, que no voy a aguantar mucho más.

—Estoy al límite, cariño, no pares, sigue, sigue —suplico perdida ya en el placer.

Siento sus fuertes manos en mis caderas, apretando fuerte mientras noto como él también está comenzando a perder el control, lo que hace que yo termine de explotar y el orgasmo llegue con fuerza, gimiendo y gritando su nombre.

—Me encanta cuando te corres con mi nombre en tus labios, nena.

Se introduce un par de veces más antes de vaciarse por completo. Se sacude en mi interior mientras el orgasmo le llega a él. Se queda abrazado a mí por detrás y va dejando un reguero de besos por mi espalda al tiempo que va saliendo despacio.

—Tendremos que comprobar la altura del respaldo del sofá antes de comprar uno para el piso de New Lake —propone riendo mientras yo me levanto.

—Sí, claro...

Subo la escalera camino al baño y pienso que es curioso cómo un conjunto de palabras aparentemente inofensivas puede sentar como una bofetada de realidad y hacer un daño tremendo.

Porque la única verdad es que yo no voy a ser partícipe de la elección de ese sofá y tampoco seré yo la persona que terminará haciendo el amor en él.

Me encantaría poder luchar y ser dos reflejos dentro de uno. Pero sé que eso no será posible, y aunque no lo quiera, ya estamos destinados a perdernos.

61



Lo ayudo a meter la última maleta en el coche. Eiden se marcha mañana, ya lo tiene todo preparado. Las últimas semanas han pasado a una velocidad vertiginosa y a la misma rapidez se ha ido creando un nudo en mi interior. Hace unos días se fue a New Lake a firmar el contrato con Jasper y terminar de cerrar el tema del alquiler del piso. Me llamó superemocionado para contármelo todo. Estaba alucinado con lo diferente que era la ciudad, lo grande que era todo en comparación con River Town. Todo apunta a que va a ser muy feliz allí. Es oficialmente nuestra última noche juntos. Él cuenta con que en un mes yo estaré allí, que me habré mudado con él a la ciudad, pero la realidad es que no nos volveremos a ver; que yo no iré. Pero eso aún lo desconoce. Y no sé cómo se lo voy a decir. ¿Cómo partes dos corazones al mismo tiempo?

—Bueno, esto ya está, nena. Qué ganas tengo de que vengas y veas el piso. Creo que te va a gustar. Es muy diferente a esto, pero tiene chimenea y una escalera de esas de emergencia en los balcones, como en las pelis —comenta mientras me abraza por detrás.

Vamos andando camino a mi casa. Los nervios me están matando. Durante este tiempo he tenido dudas de si había tomado la mejor decisión, de si esto realmente va a ser bueno para él. Es muy posible que nunca me perdone, pero ir allí, el proyecto de abrir su propio restaurante en un futuro, empezar una nueva vida, lo llenan de ilusión y se le nota muchísimo. Y aunque yo estoy sufriendo desde que decidí por los dos, verlo tan feliz lo compensa todo.

—Tú tendrás que comenzar a hacer las maletas y empaquetar en algún momento, ¿no, Lia? —pregunta cuando estamos dentro de casa.

—Sí, sí, pero aún queda un mes, tranquilo... —respondo restándole importancia.

—Ya, pero, no sé, ¿en un mes te va a dar tiempo a todo? Aún no le has dicho a Margorie que te vas, por ejemplo. No pienses que te estoy presionando, pero, nena, son muchas cosas para hacer tú sola en tan pocos días.

—Sí, ella ya sabe que me voy. No te preocupes, está todo controlado —contesto fingiendo una sonrisa.

—No me jodas, Lia.

—¿Qué? —pregunto.

—Ayer hablé con Margorie, no tiene ni idea de que piensas marcharte, ni Millie tampoco.

—Se habrán liado, ya sabes cómo son, que a veces no se acuerdan... —Me tiemblan la voz y las manos, pero intento por todos los medios disimularlo y que Eiden no se dé cuenta, aunque estoy alargando algo que ya está agonizando.

—¿Lia? —Me mira sorprendido fijamente, como si acabara de ver un fantasma.

—Eiden, yo...

—¡No, joder, no...! —exclama mientras se lleva las manos al pelo; es un gesto que siempre hace cuando está agobiado o preocupado.

—Lo-lo siento mucho, yo-yo no...

—No vas a venir, ¿verdad? Soy un puto imbécil, soy un payaso que se ha creído que ibas a dejarlo todo por mí. Mierda, ¿cómo he podido estar tan ciego? ¿Cuándo lo decidiste? ¿Cuándo decidiste que me ibas a hacer esto, Lia? —pregunta totalmente roto y fuera de sí.

—Lo hago por ti, ¿vale? No... no podía soportar ver como dejabas escapar la oportunidad de tu vida. No es por mí por lo que tienes que luchar, Eiden. No me lo perdonaría nunca. Te mentí desde el principio, nunca tuve intención de marcharme. Y no es justo para ti quedarte aquí, no por mí.

—Esa era una puta decisión que no te correspondía tomar a ti, joder, Acalia. He firmado un puto contrato que me ata a esa ciudad por tres malditos años... No puedo, joder, no, esto no puede estar pasando... Dime que es una broma, Lia, no me digas que esta mierda es real —suplica completamente abatido.

Y yo cada vez me siento peor por ser la causante de su dolor, por ser quien lo acaba de romper. A él, a una de las personas que han estado a mi lado ayudándome a recomponer mis pedazos.

—Lo siento mucho. Quizá ahora no lo veas, Eiden, pero es lo mejor para los dos. Quedándote aquí solo conseguiríamos acabar con ambos en un futuro.

—¡Y una mierda es lo mejor, joder! Será lo mejor para ti, lo más cómodo, la decisión fácil, en la que la niña no tiene que enfrentarse a la vida real y puede seguir metida en su burbuja ficticia, pero, Lia, las burbujas terminan explotando y, cuanto más grandes se hacen, más fuerte explosionan. —Escupe las palabras con una ira que jamás le había visto y duelen, maldita sea, duelen como si fuesen cuchillos afilados, porque ha dado en el clavo, justo en el centro del dolor. Si

te golpean con la verdad, suelen ser los golpes que más duelen—. Paso de toda esta farsa, Lia. No tiene sentido que me quede una noche más, ya no. Cuanto antes me haga a la idea de que voy a estar solo, mejor. Joder, menos mal que odiabas las mentiras, que no podías soportarlas; has hecho el papelón de tu vida.

—Eiden, espera, no creo que sea buena idea que te marches así, podemos... podemos hablar, puedes irte mañana; no dejemos que esto acabe de esta manera, por favor —ruego desesperada, intentando pararlo.

—No pluralices, tú eres la única responsable de que esto termine así. Adiós, Acalia.

El estruendo que retumba en toda mi casa deja claro que Eiden se ha ido. Se ha marchado muy cabreado. No he sido capaz de mirar cómo desaparecía. Solo tengo ganas de llorar. Se me ha ido de las manos y entiendo que mentirle nunca fue una buena idea. Siento la necesidad de ir tras él, me apresuro hasta la puerta, cojo el pomo con la mano y lo empiezo a girar, pero de pronto caigo en que ir a buscarlo y traerlo de vuelta no servirá de nada. No cambiará el hecho de que él no va a quedarse ni yo voy a irme.

Reconozco que no he hecho las cosas de la mejor manera posible, no me siento orgullosa, sino como una auténtica basura, una cobarde. Posiblemente me merezca todo lo que me ha dicho, pero sigo pensando que así es mejor..., aunque duela, aunque me queme y me consuma por dentro.

—Adiós, Eiden —susurro sin poder retener las lágrimas que comienzan a inundar mis ojos y mojar mis mejillas.

62



Aunque fui yo la que tomó la decisión, su ausencia duele cada día cuando despierto y abro los ojos. Ha pasado un mes desde que salió por la puerta de mi casa, dando un portazo que aún retumba en mi corazón. El frío que anuncia que el invierno llegará pronto a River Town no es lo único que mantiene mi casa helada.

Pensé que lo peor serían las primeras semanas porque no hubo un solo día en el que no llorara, en el que no quisiera dejarlo todo y retroceder en el tiempo; en el que no lo echara de menos, su olor, su risa, sus caricias, su forma de llamarme, pero eso era únicamente el principio. Después llegó el vacío.

Supe por Samara que, cuando se marchó de mi casa, se fue con Kai, que mi amigo casi llega a las manos con él, porque estaba fuera de sí y no había forma de pararlo y hacerlo entrar en razón. Se fue al día siguiente sin despedirse de nadie, dejándolo todo atrás. Cuando llegó y estuvo instalado en el piso, avisó que todo estaba en orden, pero añadió que necesitaba tiempo para asimilar, y cito textualmente, «toda la mierda que le había caído encima de la nada» y que ya se volvería a poner él en contacto cuando estuviera preparado. Estaba cabreado de narices, y con razón.

He llorado más que en toda mi vida. No sé si es posible que una persona se seque, pero creo que he estado a punto de hacerlo. He pasado por muchos estados, le escribí miles de mensajes que borré antes de darle a la tecla de enviar; busqué su número entre los contactos, pero nunca me atreví a darle al botón de llamada; miré cuánto se tardaba en ir desde River Town hasta New Lake en coche, en avión, andando... No ha habido ni un solo día en el que no me haya acordado de él y, si me concentro lo suficiente, todavía siento sus manos por mi cuerpo, sus besos, su risa sobre mi piel.

Algunas mañanas me sorprendo a mí misma sacando dos tazas del armario de la cocina y algunas noches poniendo dos platos en la mesa a la hora de cenar. Mi rutina se ha convertido en ir del trabajo a casa y de casa al trabajo. Tengo que hacerme la fuerte, intentar disimular lo mal que me siento, pero la realidad es que estoy hecha un auténtico asco. Ya lo sé, pero, por si tenía alguna duda, Samara me lo deja claro.

—Lia, estás hecha un auténtico asco. No puedes seguir así.

—Lo sé, amiga, pero gracias por recordármelo —contesto fingiendo una sonrisa.

—Pues si lo sabes, tía, haz algo. Es que no lo entiendo. Fuiste tú la que lo dejaste, pero viendo cómo estás parece que fue al revés, y encima ninguno de los dos queréis hablar del tema. Estáis cerrados en banda y así es imposible poder ayudaros. Cuando pasó lo de Kai, vosotros estuvisteis ahí para mí y quiero estar aquí para ti, pero no me dejas, así es muy difícil. Estamos todos muy preocupados. Ni cuando llegaste aquí huyendo de casa de tus padres estabas tan mal.

—Ah, vaya..., ¿esto qué es?, ¿una especie de intervención?, ¿resulta que todos cuchicheáis de mí a mis espaldas? No te

preocupes, no es necesario, ya se me pasará. Nadie se muere por una ruptura.

—Lia, cuéntame lo que pasó.

—¿De verdad Eiden no te ha dicho nada?

—No, solo sé que antes de marcharse llegó a casa de Kai hecho una furia, del todo intratable, y que le costó mucho calmarlo, y todas y cada una de las veces que he hablado yo con él y le he sacado el tema, no ha querido decir nada en absoluto. Al principio directamente me colgaba el teléfono en cuanto oía tu nombre o alguna referencia sobre ti, y ahora cambia de tema, hace como que no me oye y me habla de otras cosas.

—¿Cómo está? —suelto sin pensar.

—Desde que empezó el trabajo en el restaurante está algo más contento, por lo menos en la voz lo noto algo más centrado. Está ilusionado o eso dice.

Eso calma un poco el nudo que aprieta mi pecho, al menos toda la mierda por la que nos he hecho pasar está mereciendo la pena, está sirviendo para algo, y aunque sé que el sentimiento de culpa que tengo va a quedarse ahí conmigo mucho tiempo, una parte de mí sana un poco.

—Si te lo cuento, ¿me prometes que no volveremos a hablar de ello nunca más?

—Dalo por hecho.

Samara se muestra muy comprensiva en cuanto termino de explicarle cómo pasó todo, y es entonces cuando entiende por qué estoy así y por qué él no le ha dicho nada; por miedo a que ella se enfadara conmigo y yo perdiera un apoyo importante aquí. Pero ella no se enfada, entiende mis motivos, aunque no los comparta, desde luego.

—No fue la mejor manera de hacerlo, Lia. Es normal que fuera un golpe durísimo para él: pasó de tenerlo todo a perderlo en un segundo. Tuvo que sentirse engañado.

—No se habría ido si no lo hubiera hecho así. Lo sabes tan bien como yo.

Mi amiga asiente con la cabeza, mis ojos se llenan de lágrimas al haber recordado toda la historia, y entonces me abraza y en sus brazos me dejo caer, por fin. Y es liberador sentir que tengo a alguien conmigo que, pese a mis errores, me quiere y, sobre todo, se preocupa por mi bienestar.



Poco a poco voy retomando mis rutinas y hábitos de aseo saludables, debo reconocer que estaban dejando un poquito que desear. Salgo a dar paseos por el bosque, voy a El Tres y paso alguna tarde con Kai hablando de música o simplemente tomando un café, que ha añadido a la carta con nombres un tanto especiales. Ahora en el bar de mi amigo puedes tomarte un Hot Black Coffee, un The frapKINGccino, un Coffee Cream Sunrise o, mi favorito, un Sassenach Coffee que es un café escocés de toda la vida, pero con un nombre que mola mucho más.

Lo único que no hacemos bajo ningún concepto es hablar de él, hablar de Eiden. Se ha convertido en una especie de tema tabú; saben que me hace daño tan solo oír su nombre y lo evitan a toda costa.

Margorie y Millie ya no me miran con esa cara de preocupación, y me vuelven a tratar normal y no como si fuera de cristal y pudiera romperme en mil pedazos en cualquier momento.

Estoy aprendiendo a estar sola, a vivir sin Eiden, y lo voy consiguiendo pasito a pasito, salvo cuando me cruzo con su madre, quien, bueno, digamos que no está muy contenta conmigo. Imagino que no sabe lo que realmente pasó, pero algo debe de intuir y, cuando coincidimos por casualidad, me saluda con algo de recelo. Debe de pensar que soy la zorra que hizo que su hijo se marchara a más de mil kilómetros de distancia, justo lo que ella había estado evitando a cualquier precio.

Mis peores momentos llegan por la noche, cuando vuelvo a casa y lo único que me acompaña es el silencio, en el que solo se oye mi propia respiración y mis recuerdos se hacen los dueños de todo.

Nunca me ha importado demasiado la soledad. Cuando vivía con mis padres era algo así como una constante en mi vida y vivir en la ciudad era más o menos lo mismo. Estaba rodeada de gente, pero era como estar siempre sola porque nadie se fijaba en mí. Me daba igual, podía vivir con ello y terminé acostumbrándome. No fue hasta que llegué aquí —cuando ese frío que no sabía que sentía en mi interior se fue convirtiendo poco a poco en calor reconfortante, ese calor que me daban todas las personas que habían entrado en mi vida, que fueron poquito a poquito prendiendo una llama dentro de mí, algo que era bueno, y me demostraban que yo les importaba de verdad— que la soledad empezó a pesarme. Fue cuando descubrí lo que era realmente que se preocuparan por ti, tener una familia, que la gente te viera, que la gente te leyera. Eiden me leía, y su ausencia se nota en cada una de las páginas de mi vida.

Por eso las noches se han vuelto grises, se han convertido en borrones de tinta oscura, sin color, porque es en esa oscuridad cuando regresa a mí ese frío, viejo amigo, para arroparme y acompañarme hasta que al día siguiente sale el sol y todo vuelve a empezar. Es una auténtica putada porque sé que la única

responsable de todo esto soy solamente yo, y no sé si esta sensación logrará irse de mí en algún momento a lo largo de mi vida.

Me recuerda a cuando mi padre regresó a casa como si tal cosa después de su ausencia de más de dos años. Mi madre le abrió las puertas de par en par, sin explicaciones, sin reproches; ella estaba ilusionada y yo... yo no daba crédito. Pero el juego de la familia feliz les duró un suspiro, después volvieron los insultos y los gritos, sumado a vajillas rotas, vasos y cristales, que luego tenía que recoger yo. Tras cada bronca mi madre se encerraba de nuevo en su habitación y mi padre volvía a hacer una bomba de humo. Era como vivir en un oscuro y macabro *déjà vu* constante y me siento un poco así de nuevo, derrotada y repitiendo patrones. Sé que tengo que reponerme, que las situaciones no son comparables; tengo el corazón roto, aunque sea yo la causante, y por él y por mí debo intentar salir adelante.

63

Un año después

Margorie y yo estamos en Airadale, un pueblo costero donde solemos hacer bastantes eventos literarios, preparando el decorado de la presentación de una novela un tanto peculiar. La historia trata de una sirena llamada Nixone que aparece en una playa del norte y se enamora de un humano llamado Alexander. Es una especie de *retelling* de *La sirenita*, pero digamos que el tentáculo, en esta ocasión, no lo tiene Úrsula.

La decoración nos está quedando preciosa. Hemos ido a buscar arena para simular la playa, tenemos conchas, un ancla... Todo muy marino y demasiado cuqui para la historia que se encierra entre las páginas de esta novela, pero la verdad es que está quedando increíble.

—Niña, necesito más red de esta blanca; ¿podrías acercarte a la tienda y traer más? —me pide Margorie.

—Por supuesto. ¿Crees que con cuatro rollos será suficiente? —digo calculando a ojo el trozo de pared que le falta por completar.

—Trae mejor seis, por si acaso decido adornar algo más con ella.

—Vale, enseguida vuelvo.

Entro en la tienda y voy directa al pasillo en el que está lo que necesitamos, cojo los seis rollos y me dirijo a la caja para pagar, y es ahí cuando lo veo. Justo en la zona donde está el mostrador, devolviéndome la mirada con sus penetrantes ojos azules, unos ojos

con los que he soñado prácticamente todas las noches este último año, una mirada igual de profunda que en mis sueños.

Eiden.

Eiden, en primer plano y a todo color.

Me quedo paralizada y empiezo a marearme. El calor me sube por las mejillas y me habría marchado corriendo si no fuera porque soy la siguiente en pagar y la cajera me está haciendo señas para que pase ya, mirándome con cara de pocos amigos.

Lo siguiente que hago me sale de manera automática y sin pensar. Cojo un ejemplar de la revista a todo correr, como si fueran a juzgarme todos esos desconocidos por comprar una publicación en la que sale mi ex en la portada, y me apresuro a ir a la caja a pagar.

Cuando salgo a la calle me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración y dejo que salga el aire lentamente de mis pulmones. Busco con la mirada el banco más cercano y me siento en él para recuperar la compostura, tranquilizarme y poder echarle un ojo al magacín de cocina que acabo de adquirir. Me tiemblan las manos cuando lo saco de la bolsa en la que me lo han metido.

Eiden Hugh se proclama ganador de los Best Chef Awards

El aprendiz del famoso chef Jasper Legasse gana uno de los premios más prestigiosos de la profesión y bate récords al convertirse en el cocinero más joven en hacerse con este premio con tan solo veinticinco años y sin restaurante propio. No le perdáis la pista porque Hugh ha llegado para quedarse. [Entrevista completa en el interior].

Una mezcla de sentimientos me sacude por dentro. Felicidad por ver que está consiguiendo grandes cosas en su carrera como chef; pena por no poder estar con él para celebrar sus éxitos; orgullo porque sé que si lo dejé ir fue para que fuese capaz de llegar muy lejos, y una nostalgia inmensa que me llena el pecho y hace que me estremezca, porque está lejos, porque no puedo felicitarlo y decirle que lo está consiguiendo, que yo sabía que era capaz de lograrlo.

Vuelvo a observar la portada. Está muy guapo. Lleva el pelo algo más largo y luce una barba de varios días que tapa esos hoyuelos que bien conozco y que sé que le salen siempre que sonríe. Me permito unos minutos para desmoronarme y luego me sereno, meto la revista corriendo en mi bolso y regreso a donde está Margorie como si nada hubiera pasado.



Es de noche cuando volvemos a River Town. Había quedado con Kai y Samara en que nos veríamos en El Tres para tomar algo, pero no me siento con ganas.

Chicos, acabo de llegar, estoy muerta. Lo dejamos para otro día, ¿vale?

Sami: Vale.

Kai: Ok.

Me quedo mirando la pantalla del móvil algo extrañada porque mis amigos no hayan insistido; es algo que siempre hacen cuando cancelo algún plan, sobre todo Samara, que jamás acepta un no, pero no le doy más importancia.

Me doy una ducha y me pongo ropa cómoda. Me preparo un sándwich para cenar, que para sorpresa de nadie se me quema un poquito, pero me da igual porque en estos momentos solo una cosa ocupa mi mente. Lo cojo y me siento en el sofá con la revista en el regazo. No he sido capaz de abrirla y leer la entrevista; tengo miedo de descubrir algo que duela. Tan solo sigo mirando la portada una y

otra vez, hasta que el ruido de la puerta de mi casa me saca totalmente del trance en el que estoy sumida.

—Holaaaaaaaaa. No te habías creído que ibas a librarte de nosotros, ¿no? ¡Noche de mojitos, Lia! —exclama una voz que conozco muy bien mientras entran en mi casa.

Me sobresalto, no solo porque mis amigos, que son dos, parecen un batallón, sino también porque no quiero que me descubran mirando a Eiden. Doblo de malas maneras la revista intentando que no la vean.

—También traemos comida china, seguro que estás comiéndote un sándwich de esos chamuscados tuyos —añade Kai mientras Samara le sujeta la puerta.

Enseguida intento esconder el magacín que tengo doblado, pero me doy cuenta de que Samara me está mirando fijamente y sin perder detalle de la jugada. Mierda, me ha pillado con las manos en la masa.

—¿Qué tienes ahí, Lia? —pregunta acercándose a mí.

—Nada —miento.

Mi amiga me mira de arriba abajo. No me cree y extiende la mano para que le dé lo que tengo. Lo hago porque sé que es inútil esconderle algo a esta rubia venida del mismísimo infierno. Cuando lo ve, le cambia la cara.

—Lia, amor, ¿de dónde lo has sacado? —Se sienta a mi lado—. Nos habíamos encargado de que no encontraras ningún ejemplar por el pueblo.

—Ha sido debido al evento al que he ido con Margorie, en Airadale. He ido a una tienda y yo, yo...

Me tapo la cara con las manos; no quiero llorar, no quiero sentirme así, tengo que superar a Eiden de una vez.

—Chissst, chissst, ya está, Lia —me consuela Samara mientras me abraza y me acaricia la cabeza—. Es normal, es la primera vez que lo ves desde que se marchó, no lo esperabas y no estabas preparada, aunque haya sido en una foto. Hemos imaginado que algo así había pasado cuando nos has dicho que te ibas a casa, que no venías, así que hemos puesto en marcha la ¡¡¡operación Bonachera!!!

—¿La qué? —pregunto mirando alucinada a mi amiga.

—Sí, teníamos claro que en algún momento esto iba a ocurrir. Cuanto más tarde, mejor, eso primero, pero, para cuando pasara, Kai y yo nos habíamos inventado un plan que poner en marcha. Lo ideamos para cuando pensáramos que algo relacionado con Eiden te había afectado, cuando te diera el bajón, vamos. Lo bautizamos como operación Bonachera... Buena-Borrachera..., ¿lo pillas?

—Samara, a mí no me metas, te he dicho cada una de las veces que has sacado el tema que era una idea horrible, por no hablar de ese nombre —replica Kai, y ella le hace una peineta—. ¿Estás bien, Lia? —al fin me pregunta mi mejor amigo.

—No y sí. Estoy muy contenta por él, chicos, me siento feliz de que esté consiguiendo grandes cosas, que esté cumpliendo sus sueños, pero, al verlo, al volver a verlo, he vuelto a sentir cosas y... No he podido ni leer la entrevista, por miedo a encontrar algo que me pueda hacer más daño.

—Lia, Eiden va a abrir un restaurante en New Lake. Aunque aún le quedan dos años de contrato con Jasper, va a compaginar las dos cosas. Ya ha elegido el local y está con la remodelación, es un proyecto cerrado. Todavía no sabe cuándo podrá abrir al público, pero todo está en marcha y..., bueno... —explica Samara.

—No va a volver, ¿verdad? —planteo en voz alta por fin.

Mis amigos se miran y los dos niegan con la cabeza.

—No, Lia, no va a volver a River Town —aclara Kai sentándose a mi lado.

Los dos me abrazan y, aunque no sea una chica de abrazos calentitos, esta vez lo agradezco y mucho. Qué afortunada soy de tenerlos. Permanecemos así un rato.

—Vamos a cenar y, si os apetece, luego podemos ver una peli —propone Samara. Parece que se ha olvidado de Bonachera y lo agradezco.

Eso hacemos.

Cuando se marchan y me quedo sola, soy consciente de la realidad. Yo lo eché de mi vida y él ha rehecho la suya, tal como le dije que hiciera. Está luchando por sus sueños, sacándolos adelante, va a montar un restaurante, algo que siempre ha deseado, algo que lo va a unir a esa ciudad, va a cumplir sus metas en la vida y yo he seguido autoengañándome, viviendo en una ilusión diaria al pensar que, en cualquier momento, regresaría y sería como si yo no la hubiera cagado, como si no lo hubiera sacado a la fuerza de aquí y lanzado a comerse el mundo.

Él está avanzando y yo me he quedado anclada en un pasado que no va a volver y, por mucho que me duela, es hora de despertar, de dejar el pasado donde tiene que estar, de perdonarme y de seguir adelante con mi vida. Porque yo también tengo sueños y he luchado mucho por ellos, yo también merezco ser feliz.

Me quedo un rato mirando la pulsera que adorna mi muñeca, esa que me he negado a quitarme durante todo este tiempo y que de alguna manera siento que me ata a él, porque si la llevo puesta está más cerca. Abro el pequeño mosquetón y mi muñeca se siente desnuda cuando el metal deja de estar en contacto con mi piel. La guardo en una caja de madera y, mientras la cierro, veo como la flor de loto desaparece de mi vista.

Ya es hora de seguir adelante y dejar todo lo demás atrás, aunque en este todo también esté Eiden.

Segunda parte
Cuando las heridas no se cierran bien, sangran

Te espero cuando la noche se haga día, suspiros de esperanza ya perdida.

MARIO BENEDETTI

64

Cinco años después

El día en la Libreristería ha sido cuando menos intenso, por no decir una auténtica tragedia: se ha roto una de las lámparas, con tan mala suerte que ha caído en uno de los tanques de agua que tenemos de autorriego para las plantas y se ha partido, inundando todo el suelo de la tienda. El problema es que todo esto ha sucedido por la noche, y la humedad y los libros son un *enemies to enemies* de manual; vaya, que no se llevan nada bien. Y os podéis imaginar la catástrofe que me he encontrado a primera hora de la mañana al abrir el local.

Margorie no está, se ha tomado unas más que merecidas vacaciones y vuelve justo para mi cumpleaños. Se ha ido de viaje con Fernando, quien, aunque se nieguen a hacerlo oficial, es como si viviera ya aquí. Como estoy sola, me ha tocado recoger a mí exclusivamente este desastre. Si fuese supersticiosa, pensaría que hay un mal acechándome, porque no solo me ha pasado lo del agua en la tienda, noooooo, mi mañana ha empezado con una de mis tazas favoritas partida en mil pedacitos.

Sigo sin entender cómo ha sucedido, a lo único que le encuentro lógica es a que se haya debido a un cambio brusco de temperatura porque el café estaba hirviendo y la taza estaba fría, pero el susto y el disgusto que me he llevado no me los quita nadie. Así que, después de esto, quiero pensar que mi día solo puede mejorar.



Estoy cerrando y decido enviarle un mensaje a Kai. A pesar de que mi día haya comenzado de la peor manera posible, pienso reconducirlo y hacer que acabe bien, y sé que la compañía de mi mejor amigo es justo lo que necesito en estos momentos.

¡Holi! Espero que no hayas decidido cerrar hoy antes porque ahora mismo necesito un supercafé, de los especiales con doble crema y extra de dulce y, si puede ser servido por cierto líder de ala de una escuela de guerra en Navarre, mejor.

Lo del café dalo por hecho, pero los líderes de ala se me han acabado. ¿Te vale con la compañía de un rockero con rizos? ¿Un mal día, Jerry Lee?

Un día de esos para olvidar. Ahora nos vemos y te cuento. 😚

Introduzco la llave en el contacto del coche y arranco. Podría ir andando, pero luego tendría que volver hasta aquí de nuevo y no me apetecerá, que ya me conozco. Además, casi seguro que las horas allí se me van a pasar volando y, para cuando nos queramos dar cuenta, será supertarde.

Cojo el bolso y voy directa a encontrarme con mi amigo. Hoy más que nunca necesito evadirme un poco de la monótona rutina y así quitarme esta sensación pesada que lleva acompañándome desde que me he levantado de la cama.

—¿Qué pasa, Jerry Lee?, ¿un día de mierda? Aquí me tienes para desahogarte, que me has dejado a medias —me saluda en cuanto entro por la puerta.

—No te haces una idea, Kai Richard. Y tú, ¿qué? Ya me he enterado; ¿algún día vais a dejar de comportaros como chiquillos? Estoy esperando tu versión, porque, desde luego, la que me ha dado Samara no te deja en buen lugar, querido amigo —lo sermoneo mientras cojo asiento en un taburete de nuestra esquina preferida de la barra.

—No me lo digas a mí, Lia, díselo a tu queridísima amiga, que piensa que soy el mismísimo diablo y lo único que intento es que...

Miro a mi amigo seria, porque él y yo sabemos perfectamente qué es lo único que intentaba; por mucho que lo disfrace de amistad y todo ese rollo de que se preocupa por ella, el único que se está engañando es él.

—Kai, que estás hablando conmigo, no lo olvides. El día que decidáis dejaros de chorradas todo irá mucho mejor. Lleváis desde que os conozco así, a mí no me vengas ahora con que es tu amiga, que solo quieres que esté bien y que lo único que intentas es que no acabe con cualquier imbécil. Porque absolutamente todos los tíos con los que sale y llegas a conocer te parecen unos piltrafas y a todos les pones pegas.

—Que no, Lia, tendrías que haberlo visto, joder. Las cosas que le decía, menudo fantasma. Y lo acababa de conocer, pero cuando ya no pude contenerme fue cuando lo oí decir que era la mujer de su vida. Por favor, pero si no sabe ni qué clase de comida le gusta...

—Y tú sí que lo sabes, ¿no? —lo increpo—. Puedo entender que el tío no te gustase, pero hacer lo que hiciste estuvo mal... No tendrías que haberte metido, Kai.

—No podía quedarme de brazos cruzados viendo como ese imbécil le hacía *love bombing* en mi cara.

—Kai, Samara no es tonta y sabe cuidar de sí misma muy bien, no tienes que ser su perro guardián, y a ti lo que te pasa es otra cosa y lo sabes..., pero no hay problema, cuando estés listo para tener esta conversación, me avisas, ¿vale?, que yo estaré aquí esperando.

—Querías un café, ¿no? —pregunta cambiando de tema y esquivando mis ataques de sinceridad.

—Sí, guapo, sí, un café bien cargado, porfi, y, si quieres, te pones otro para ti, pero que sea descafeinado, que te noto muy tenso —bromeo guiñándole un ojo.

Se da la vuelta y un ratito después regresa con el café y un trozo de tarta de queso, que no le he pedido pero que sé que es su forma de solicitar una tregua y darme ánimos a la vez. Se acerca a mí haciendo pucheritos.

—No me pongas carita de cachorrito abandonado, Kai Richard, que no te hace falta, sabes que eres mi debilidad.

—Entonces, si no hace falta, esta delicia me la llevo, ¿no?

Vuelve a coger el platito con la porción y gira sobre sus talones.

—Deja esa tarta sobre la barra lentamente y nadie saldrá herido, Kai.



La tarde avanza sin darnos cuenta mientras lo pongo al tanto del día tan genial que he tenido. Mi taza de café hace bastante que está vacía, pero no importa; como es habitual cada vez que vengo a El Tres, nos pasamos todo el rato haciendo bromas y hablando de música... y el tiempo se nos pasa volando. Me gusta estar aquí con

él, donde sé que a veces siente que las paredes lo ahogan, sobre todo cuando se queda solo, cuando el silencio y este lugar son sus únicos compañeros, porque entonces los recuerdos vuelven y todos los posibles que nunca podrán ser hacen su aparición estelar. Me gustaría hacer desaparecer todos los momentos malos en la vida de Kai, pero cada uno debemos combatir nuestros demonios, ponernos la armadura y empuñar la espada de plata.

Hay muchas cosas que me gusta hacer con mi amigo, pero uno de mis momentos favoritos, que es solo nuestro y muy absurdo, lo sé, es nuestra particular batalla de chistes malos, en la que estamos inmersos ahora mismo. Fue algo que empezamos a hacer cuando sus padres murieron, algo que lo ayudó a despejar la mente, y hemos seguido manteniendo esta especie de tradición cada vez que alguno tiene un mal día o, simplemente, está de bajón.

—Lia, tengo uno buenísimo, este fijo que no te lo sabes.

—Venga, dispara.

—¿De dónde sale la porcelana? De las *porceovejas*.

—Es horrible, Kai —suelto riendo—. Pero creo que lo puedo superar.

—Imposible.

—¿Cuál es el café más malo del mundo? El ex-preso.

—Joder, es malísimo, pero tengo uno aún peor, el chiste malo definitivo. ¿Por qué siempre hay que llevar casco cuando vas en moto?

—¿Por qué? —contesto intrigada.

—Porque es funda-mental... ¿Lo pillas? Funda-mental.

—Vale, tú ganas, es espantoso.

—¡Tomaaaaaa!

Kai celebra la victoria moviendo las caderas con su particular baile mientras coge un vaso del lavavajillas para ir secándolo.

Todavía nos estamos riendo del chiste horriblemente malo que acaba de contar cuando oímos que la puerta del bar se abre. Al ver quién acaba de entrar en El Tres nos quedamos callados. Es como si el tiempo, de pronto, se volviera más denso, más lento. Solo el estallido del vaso de cristal al romper contra el suelo, que Kai tenía en las manos, consigue que mi cerebro entienda que lo que estoy viendo es real y no un producto de mi imaginación...

—Hostia putísima. ¿Lia? —murmura mi amigo preocupado.

Lleva unos pantalones negros de pinzas y una camisa blanca que se le ajusta al pecho, con los primeros botones desabrochados, dejando entrever un nuevo tatuaje. Las mangas remangadas, el pelo despeinado igual que cuando lo conocí..., y por unos segundos me transporto atrás en el tiempo.

Vuelvo a sentir su tacto en mis dedos, lo sedoso que era y cómo se enredaban en mis manos sus mechones. Solo han hecho falta unos segundos y mi imaginación se ha desbordado. No he necesitado más. Como tantas otras veces desde que se fue, me he permitido recordarlo, divagar, evocarlo... Un castigo placentero que me impongo por lo que hice.

Parece que estoy viendo un espejismo, una alucinación, pero no. Hubiera podido pellizcarme la piel hasta hacerme marcas y no habría cambiado nada, esto es jodidamente real.

Está serio, buscando con la mirada por el bar, esperando encontrar algo o a alguien..., y es justo entonces cuando sus ojos se posan en los míos, cuando nuestras miradas se encuentran, cuando el azul de sus ojos me engulle por completo. Si en este momento se hubiera abierto un agujero cerca de mis pies, me habría lanzado a él, sin mirar atrás. Joder, qué guapo está. Los años le han sentado muy bien; es él, pero mayor, más maduro, más masculino, más seguro de

sí mismo —por imposible que parezca— y más hombre. Y mi maldito corazón parece que ha olvidado cómo latir con normalidad.

Su presencia llena todo el local y puedo ver como varias personas se giran para mirarlo. Creo vislumbrar una media sonrisa en su cara mientras se acerca a nosotros. Eiden está viniendo con pasos decididos, sin titubear ni un ápice, hacia donde estamos, y a mí me entra el pánico...

—Kai, Kai, yo... Yo, cómo, no... no...

«Genial, Lia, acabas de perder la capacidad de formular frases coherentes, lo que te faltaba».

—Mantén la calma, Jerry Lee, no pasa nada, yo me ocupo, ¿vale? Deja que yo me encargue de esto.

Kai sale escopetado por encima de la barra y va en busca de Eiden, intentando que no llegue hasta mí y así darme un poco más de tiempo para recuperarme del shock. Se para justo delante de él, impidiendo que mi ex siga su camino directo a donde yo estoy. Me está protegiendo como haría cualquier hermano mayor, porque Kai y yo somos más que amigos. Sabe que para mí Eiden es un tema tabú, un tema que aún sangra, y que en estos momentos mi cabeza está pasada de revoluciones por verlo por primera vez después de tantos años.

—No me jodas, Kai, y dame un abrazo, que han pasado seis años desde que nos vimos por última vez, tío.

Su voz eriza mi piel, llena algo en mi interior, lo calienta; es un poco más ronca de lo que recordaba, algo más oscura, pero igual de sumamente sexy.

Lo conozco lo suficiente como para saber que mi mejor amigo no va a conseguir detenerlo, así que me voy preparando para lo peor.

—Pero qué ven mis ojos... ¿Nos está honrando con su presencia el gran chef Eiden Hugh? Pensaba que el señor ya no venía a sitios

como este, que ahora se paseaba por otro tipo de lugares más acordes con su nuevo estatus, codeándose con la élite. ¿Qué estás haciendo aquí? Ya sabes lo que hablamos, cuando se entere tu prima...

Eiden, en estos seis años, no ha vuelto a poner un pie en River Town. Lleva desde entonces sin ver a Kai, aunque han seguido manteniendo el contacto. Sé que con Samara y su familia sí se han visto. Aunque mi amiga haya evitado hablarme de él durante todo este tiempo, una no es tonta y sé las veces que han viajado a New Lake y han pasado tiempo juntos. Sobre todo porque el segundo nombre de Samara no es «discreta».

—No seas cabrón, tío, y no me lo pongas más difícil. Estás exactamente igual, no ha pasado el tiempo por ti, desgraciado...

Mi mejor amigo y mi ex se dan un abrazo de esos con manotazos en la espalda.

—Bueno, ¿y a quién tenemos por aquí también...?

Posa la mirada directamente en mí y aprieta la mandíbula. Para mi sorpresa, el tono que usa es suave y tranquilo; yo esperaba encontrar en su voz reproche y frialdad, pero no hay ni un ápice de ello.

—Eiden, no creo que... —intenta volver a interceder Kai.

—No, no pasa nada. —Corto a mi amigo para que este mal trago pase lo más rápido posible—. ¿Qué tal estás, Eiden? ¿Qué tal te va todo? —pregunto haciéndome la fuerte, intentando disimular que me tiemblan las manos y que por dentro me estoy muriendo; que verlo me está quemando. Soy un puto flan y trato de poner todo de mi parte para que no se note.

Estoy preparada para recibir su ataque y no me voy a derrumbar delante de él; voy a aguantar todo lo que tenga que decirme, sin mostrar ni un indicio de debilidad, y después me iré.

—Estoy muy bien, Lia. Una vez que logré recomponerme, debo admitir que no me ha ido tan mal, supongo que tendré que darte las gracias por mi éxito. Tú estás preciosa, mi memoria no te ha hecho justicia, si me permites que te lo diga —añade clavando la mirada en mí mientras un cosquilleo recorre mi cuerpo.

Paso por alto la pullita que acaba de soltar, aunque a su vez es la verdad, porque su forma de tratarme está derribando todos mis prejuicios y suposiciones. Esperaba encontrarme odio en su mirada y quizá algo más de veneno en cualquier cosa que fuera a decirme, y lo que me estoy encontrando es todo lo contrario. ¿Y me ha dicho que estoy preciosa?

Los nervios afloran en mí, necesito que esta situación acabe cuanto antes, necesito aire. Recupero la compostura tan rápido como puedo para intentar marcharme de aquí.

—Pues entonces supongo que de nada, Eiden. Bueno, Kai, yo ya me voy, nos vemos mañana. —Me acerco a mi mejor amigo y le doy un beso en la mejilla—. Me alegro de verte tan bien. Hasta luego. —Me despido también de mi ex.

65



Salgo tan rápido como me permiten las piernas, procuro que no parezca que estoy huyendo y evito, sobre todo, mirar hacia atrás. No me doy cuenta hasta que estoy fuera, en el callejón donde tengo aparcado el coche, de que me he dejado el bolso en la barra, dentro del bar.

—Mierda —maldigo en voz alta.

Sopeso las alternativas que tengo. Volver a entrar queda descartado. Quizá puedo llamar a Samara, pero no me apetece tener que darle explicaciones y, además, mi teléfono está dentro de mi bolso, así que otra opción que no me sirve. No me va a quedar más remedio que dejar el coche aquí y andar los cuarenta minutos que me separan de mi casa. Las llaves están también dentro, pero tengo unas de repuesto escondidas en el jardín. Está decidido: la mejor opción, y la única a la que me apetece enfrentarme en este momento, es volver caminando.

—Creo que te has dejado esto, nena.

Esa voz, Dios, esa voz, ¿por qué sigue provocando que mis terminaciones nerviosas reaccionen de esta manera tan eléctrica solo con pronunciar siete palabras?

Eiden ha salido del bar con mi bolso en la mano.

—Mierda por dos —susurro mientras él se acerca sonriendo y mostrándome esos hoyuelos del pecado—. Eh... sí, iba justo... justo iba a entrar de nuevo a buscarlo. Pero gracias, me has ahorrado tener que volver...

—¿Seguro que ibas a entrar, Lia? —pregunta sonriendo con suficiencia y dándome el bolso.

¿Por qué sigue conociéndome tan bien? ¿Y siempre ha sido así de jodidamente guapo?

«No vayas por ahí, céntrate. Huye. Sal corriendo».

—Sí, sí, iba ahora mismo a por el bolso, pero así ya lo tengo, claro —respondo devolviéndole la sonrisa, y aprovecho para sacar las llaves del coche intentando controlar el temblor de mis manos—. Así que gracias. Eh..., bueno, yo ya me voy... Adiós.

Camino en dirección al coche. Lo de disimular y parecer una persona normal también me lo he dejado dentro de El Tres, al parecer.

—¡Joder, espera! —exclama al tiempo que me agarra de la muñeca.

Tan solo ese puñetero roce de sus dedos sobre mi piel hace que una descarga me recorra entera. Creo que él también es consciente de la reacción que ha tenido mi cuerpo, similar a la que ha tenido el suyo, porque me suelta como si mi piel lo hubiera quemado al tocarme. Me doy la vuelta y lo miro esperando que diga algo.

—Yo... yo quería hablar contigo. ¿Puedes concederme eso? Prometo ser breve.

—Eiden, no... —Dudo—. No creo que sea...

—Me lo debes, Lia —me corta, sin dejar espacio a discusión.

Maldito sea, trago saliva lentamente. Golpe bajo, muy bajo.

—Vale. ¿De qué quieres hablar? ¿Te has dejado algo más por aclararme o agradecerme? ¿Quieres añadir alguna pullita nueva? Y te recuerdo que mi nombre es Acalia.

El corazón me va tan rápido que en cualquier momento se me va a salir disparado y se irá él solito por el camino que lleva a mi casa, huyendo de aquí raudo y veloz, que es lo que me gustaría estar haciendo a mí.

—Me disculpo si he sido un poco intrusivo ahí dentro contigo. No es lo que pretendía. No era mi idea, no, no era lo que había imaginado que pasaría cuando te volviera a ver. Y para mí nunca has dejado de ser Lia.

—Bueno, supongo que me lo merezco, ¿no? ¿Y qué es lo que habías imaginado que pasaría? —digo haciendo un mohín.

—Joder, nena... —susurra con voz ronca.

—¿Qué? —pregunto desafiante.

—Nada, que llevo años pensando qué haría cuando nos reencontrásemos, todo lo que te diría, cómo te lo diría... y te tengo aquí delante y me comporto como un gilipollas.

—Olvídalo, Eiden. A veces no podemos controlar nuestras reacciones más profundas, no pasa nada. No te preocupes, tampoco es que me debas nada, en realidad.

—No, Lia, no lo olvido. Al final lo entendí, ¿sabes? Me costó, pero lo comprendí. Entendí por qué lo hiciste y claro que te debo, te lo debo todo.

Sus palabras apaciguan un poco la culpa que llevo cargando en mi interior desde hace tantos años, un oscuro agujero que ha ido devorándome en silencio por dentro con el paso del tiempo.

—Eiden, yo...

Me rompo y, aunque eso es lo último que quería hacer delante de él, no logro retener las lágrimas que empiezan a descender sin parar.

Volver a estar frente a frente me sobrepasa y está aflorando todo lo que llevaba intentando enterrar desde hace siglos...

Es como pretender secar con un trocito de papel una bañera llena de agua.

—No llores, Lia...

Todo sería más fácil si no me llamara Lia, ni nena; si me odiara; si, cuando lo mirase a los ojos, no viera lo que fuimos... Así al menos podría ponerme un escudo y, aunque sus palabras fueran puñales y dolieran, no me sentiría tan expuesta ante él.

Eiden se acerca a mí.

—¿Puedo? —pregunta sin esperar mi respuesta, porque mis ojos se lo dicen todo.

Me acaricia la mejilla. Su roce, tan solo ese contacto ínfimo, hace que yo cierre los ojos y recuerde. Su olor me invade, sigue oliendo como en mi memoria. Vuelvo a abrir los ojos y van directos a sus labios, como un imán. Me pregunto si con el paso del tiempo habrá cambiado su forma de besar. No debería sentirme así, esto no está bien, su vida es otra y yo, bueno, yo sigo justo donde debo estar...

Sé por la manera en la que me mira que él está sintiendo lo mismo que yo, pues creo ser capaz aún de descifrar sus miradas, aunque hayan pasado años desde la última vez que sus ojos se posaron en los míos. Dejo que su pulgar se deslice por mi mejilla hasta bajar a mi cuello. Sin poder controlarlo, de mi boca se escapa un suspiro, porque tan solo con ese roce estoy perdida por completo. Mi cuerpo traidor también reacciona a su simple caricia, como si llevara años anhelando este momento. El ambiente entre los dos acaba de cambiar radicalmente; ambos lo sabemos y tan solo de nosotros depende lo que pase a continuación.

—Me tengo que ir, Eiden —susurro muy bajito, porque en realidad no quiero romper este momento.

—Claro, Lia —asiente, y se acerca un poco más a mí.

—Debería subirme al coche.

Pero no lo hago, no soy capaz de moverme y alejarme de su calor. Es como un jodido campo magnético del que soy incapaz de alejarme.

—Cuando quieras puedes montarte. ¿Qué te detiene? —Siento como su aliento me roza los labios.

—Nada, eso es justo lo que voy a hacer ahora mismo —vuelvo a susurrar.

—¿Puedo besarte?

A la mierda la cordura. Está sobrevalorada.

—Sí.

Y un segundo después de pronunciar esas dos letras, sus labios están sobre los míos, que los esperan ardiendo de ganas. Es un beso lleno de pasión, de rabia, del futuro que se esfumó, de años de recordar, de pensarnos, pero sobre todo es un beso que dice lo que los dos hemos callado tantos años, que no nos hemos olvidado.

Nuestros cuerpos piden más, lo están gritando; nuestras lenguas están enredadas en una lucha por ver quién necesita más del otro, quién ha estado más dolido de los dos. Su mano empieza a deslizarse por mi cuerpo y yo también busco su contacto. Hace años que no nos hemos tocado, pero nos sabemos de memoria. Sus labios lamen mi cuello, mis gemidos, los suyos...

Nuestras ganas.

—¿Me sientes, Lia? Porque, joder, yo a ti sí. Pensaba que había olvidado lo jodidamente perfecta que eres para mí. Apuesto a que, si meto la mano dentro de tus bragas, descubriré que estás empapada —murmura mientras besa mi cuello despacio.

Y esa es una verdad imposible de negar. Mi sexo reacciona a sus besos y a sus caricias, es como el oxígeno en cuanto se expone a

una fuente de calor. Pero a este juego podemos jugar ambos.

—¿Y qué me dices de ti, Eiden? ¿Vas a negar que tienes la polla a punto de explotar en los pantalones? —Le devuelvo la jugada susurrándole al oído y rozando con la mano su entrepierna.

Eiden se estremece con mi contacto y siento como se está conteniendo con cada caricia. Una cosa me queda clara, las ganas no las hemos perdido. Y no tengo ni idea de cómo vamos a ser capaces de parar esto. Aunque en este momento es lo último que quiero, ojalá pudiera detener el tiempo y que nos quedáramos en este bucle temporal sin tener que enfrentarnos a las consecuencias del después.

Nuestras bocas vuelven a encontrarse ferozmente, sin dejar casi espacio para poder respirar, enloquecidas, intentando recuperar cada suspiro perdido y olvidado en un cajón durante todos esos años.

Pero como si el mundo se empeñara en devolvernos a nuestra realidad, se oye un ruido en la puerta del bar que hace que regresemos y seamos conscientes de dónde estamos y de quiénes somos. Esto no puede volver a pasar. No ha cambiado nada, él tiene su vida en New Lake y yo, aquí.

Me separo rápidamente y, aunque mi cuerpo se queja por la falta de contacto, hago caso omiso.

—Eiden, esto no debería... No puedo, lo siento —me disculpo subiendo enseguida a mi coche.

Observo por el retrovisor cómo se echa el pelo hacia atrás, en ese gesto tan suyo, y se queda ahí parado, mirando cómo mi coche se aleja en la oscuridad de la noche.

Si las paredes de ese callejón hablaran..., cuántas cosas contarían, ¿verdad?



Cuando llego a casa y entro por la puerta, estoy temblando.

«¿Qué coño acabas de hacer, Acalia?».

Regla número uno del manual *Cómo superar a tu ex*: No liarte con tu ex.

Mierda, mierda, mierda. Empiezo a analizar toda la situación y, al ser consciente de lo que acabo de vivir, comienzan a surgirme muchas dudas. ¿Qué narices hace Eiden en River Town? ¿Y por qué nadie me ha dicho nada de que venía? Kai estaba tan sorprendido como yo cuando lo hemos visto entrar en El Tres, pero ¿su sorpresa ha sido tan solo por verlo en el bar o realmente no esperaba que viniera al pueblo? ¿Y Samara? ¿Me tengo que creer que ella no sabía que su primo iba a volver?

Ha regresado seis años después como si no hubiera pasado el tiempo. Estoy en estado de shock. «¡Ay, madre!, ¡que nos hemos enrollado!».

¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

¿Hacer como si este desliz no hubiera pasado? Sí, sin duda eso es lo más lógico, ¿no? Esto ha sido como un paréntesis por lo abrupta que fue nuestra ruptura. Una especie de despedida que nunca llegamos a tener. Nadie nos ha visto. Mañana le contaré a Samara que sé que él está aquí, que ha vuelto, y ya. Supongo que está de paso por River Town. En unos días se irá de nuevo y todo olvidado, hale, cada uno a seguir con su vida. Solo tengo que sobrevivir los días que él esté por el pueblo.

Lo mejor que puedo hacer es intentar dormir algo.

Menos mal que mi día no podía empeorar, ¿verdad?

66



—¿Es aquí donde se consiguen los orgasmos? —pregunto plantada en el umbral de la puerta, completamente desnuda.

—Así es, señorita, pase y póngase cómoda.

Me acerco a él, que está sentado en la cama.

—¿Aquí estoy bien? —vuelvo a preguntar poniéndome justo delante de él.

—Ahí estás jodidamente perfecta.

Su mano empieza a subir por mi pierna, adentrándose en la parte interior de mi muslo. Sus dedos separan mis labios y buscan mi entrada, tentando. Primero introduce uno, con suavidad, lo mete y lo saca despacio, se lo lleva a la boca y lo chupa. Ese gesto me parece increíblemente sexy. Acto seguido mete dos y me hace pegar un pequeño grito.

Sigue follándome con los dedos y comienza a acariciarme el clítoris, sin piedad, dándome justo lo que mi cuerpo ansiaba. Me sujeto a sus hombros porque el placer va aumentando y, con él, la tensión, y me empiezan a temblar las piernas...

Introduce un poco más los dedos en mi interior y los gira buscando un punto concreto de mi sexo mientras sigue haciendo

círculos deliciosos sobre mi clítoris y exploto. Sin previo aviso, me corro con violencia, con sus dedos dentro y la parte interna de mis muslos empapada por mi excitación. Grito su nombre, que sale de mi boca sin permiso.

El orgasmo ha sido tan feroz que me cuesta un poco estar de pie. Él me tumba en la cama. Y yo busco su polla, que está dura, encerrada en la ropa interior. Decido liberarla y comenzar a acariciarla de arriba abajo. Está muy cachondo.

—Joder, cómo me gusta verte así, nena. Me encanta que te corras para mí, estás preciosa. Dime lo que quieres, Acalia.

—Quiero que me folles, Eiden —jadeo contra su boca.



Me despierto sobresaltada y excitada. Todo ha sido un sueño, un maldito y placentero sueño. Anoche, cuando me fui a la cama, cada vez que cerraba los ojos lo veía a él, lo sentía en cada poro de mi piel, reviviendo todos los momentos de lo que pasó en ese callejón. Mis últimos pensamientos antes de dejarme caer en los brazos de Morfeo fueron sobre Eiden, y mi fase REM se ha encargado de hacer el resto.

Estoy muy nerviosa y no doy pie con bola. Me empiezan a picar los brazos y me rasco sin pensar, veo como comienza a enrojecerse la zona y a formarse un pequeño sarpullido. Genial, justo lo que necesitaba ahora. Llevo un rato analizándolo todo una y otra vez, dando vueltas por casa, consiguiendo que mi ansiedad aumente con el paso del tiempo. Llego a la conclusión de que lo mejor que puedo hacer es intentar plasmar todo lo que siento en una carta; eso siempre me ayuda a tranquilizarme y a ordenar mis sentimientos.

Priorizar mis emociones es una práctica que empecé a hacer cuando él se fue, o cuando yo lo eché de manera indirecta, llamadlo como queráis.

Comencé por escribir cartas a mis padres. Fue una forma simbólica de intentar cerrar una parte de mi vida que estaba más que decidida a dejar atrás, sobre todo el resentimiento, pero no podía porque sentía que aún me quedaban cosas por decirles; tenía que cerrar ciclos y dejar el rencor atrás. Esas cartas no las envié y no sé si algún día dejaré que vean la luz. De momento son como una especie de diario dirigido a ellos, destinado a curar heridas del pasado, para decirles todas aquellas cosas que nunca les dije. Plasmé mi rabia, mi ira, todas las emociones enquistadas durante años en mi interior. Todas ellas están reflejadas en esas cartas y me ayudaron, en cierta manera, a no pensar tanto en el pasado.

El paso del tiempo y la calma me han enseñado que el resentimiento no es buen compañero de vida. Y si algún día vuelvo a encontrarme con las personas que me engendraron, quiero estar libre de este.

Quizá, si le escribo una carta a Eiden, pueda ordenar un poco mi mente, aunque no llegue a las manos del destinatario. Porque se me da mucho mejor plasmar todo lo que pasa por mi cabeza en un papel que decirlo cara a cara. Sobre todo, cuando esa cara tiene los ojos azules más profundos y bonitos a los que me he tenido que enfrentar jamás.

Lo único que tengo claro respecto a lo que ocurrió anoche es que, aunque hayan pasado años, nuestra historia no está cerrada; la herida sigue abierta y sangrando a borbotones.

Así que cojo un cuaderno y un boli..., pero no puedo concentrarme; cada vez que lo intento vuelve a mí el sabor de su boca, cómo sentí sus caricias, sus manos en mi...

«No. Centrémonos.

»Venga, vamos, página en blanco y empezamos de nuevo...».

—Mierda, no pensé que esto me resultara tan difícil —maldigo al mismo tiempo que observo la montañita de papeles arrugados que me rodean y que me miran con sus ojos imaginarios e inquisidores, juzgándome...

Lo que no esperaba es lo que pasó ayer. Verlo entrar por la puerta fue como retroceder en el tiempo, cuando todo lo nuestro era más sencillo y parecía que éramos los dueños del destino, cuando enamorarse parecía un juego fácil y no algo apocalíptico. Nadie puede enterarse de que nos besamos, pero en especial Samara. Me matará, lo sé; debería estar preparando mi testamento en vez de estar intentando escribirle una carta a su primo, pero la verdad es que temo un poco su reacción, y más teniendo en cuenta que, durante años, su primo ha sido un tema que hemos evitado a toda costa. Y al parecer lo ha cumplido a rajatabla. Tanto como para olvidar mencionarme que él volvía al pueblo...

Justo en ese momento mi amiga entra por la puerta de mi casa y voy a su encuentro nerviosa. Le doy dos besos y un abrazo tan efusivo que se queda alucinada, sabe perfectamente que las muestras de cariño no son lo mío. Y sé que sabe que algo va mal por la forma en la que me está mirando.

—¿Qué es lo que pasa, Lia? —pregunta levantando una ceja.

—Nadaaaaaaaaa. ¿No puedo estar contenta por ver a la mejor amiga del mundo?

Sonrío enseñando todos y cada uno de mis dientes y pongo carita de niña buena, pero por el gesto que me hace negando sé que no ha colado.

—Desembucha, morena, que no tengo todo el día. Y ya de paso podrías limpiar un poco, que tienes todo el suelo lleno de papeles

arrugados. ¿Qué ha pasado aquí? —suelta sin entender nada mientras va apartando las bolas de papel con el pie y se sienta en el sofá del salón para esperar una explicación.

—¿Por qué no me avisaste de que tu primo había regresado?

Lo digo sin pensar mucho más, como si fuera una tirita que hay que arrancar rápido, pero mi voz suena algo triste; el hecho de no enterarme por ella hizo que el golpe al volver a verlo fuera doblemente duro.

Samara cambia la cara, su expresión se dulcifica y encaja las piezas del puzle; bueno, o eso cree ella.

—¿Así que es por eso? ¿Cómo te has enterado? No sabía cómo decírtelo, sé que es un tema delicado para ti y lo mal que estuviste cuando se marchó. Llegó ayer por la mañana. Te lo iba a contar hoy, pero veo que se han adelantado. No sé quién se ha ido de la lengua, pero te juro que, sea quien sea, se las tendrá que ver con la ira de Samara.

—No, no, déjame que te explique. Ayer, cuando fui al bar de Kai...

No me deja terminar la frase y, como suele hacer siempre que se altera, su cerebro empieza a ir por libre a doscientos kilómetros por hora creando situaciones que no han existido en vez de dejarme hablar.

—Kai, claro, lo sabía. Mira que lo habíamos hablado ya. Le dije que no te comentara nada, que me dejara a mí explicártelo con calma, pero, por supuesto, el bueno de Kai no podía mantener la boca cerrada. Kai de Calcuta siempre tiene que quedar por encima... Es que pienso llamarlo ahora mismo y se va a enterar.

Le hago un gesto con la mano a modo de señal para que pare, porque si no es muy posible que en menos de un segundo le esté echando a nuestro amigo la bronca del siglo por algo que no ha hecho.

—Nadie ha tenido que decirme nada porque lo vi yo, anoche, en el bar, con estos dos ojitos de aquí. —Me señalo los ojos con el dedo índice y corazón a la vez—. El pobre no sabía ni dónde meterse cuando lo vio entrar por la puerta, rompió hasta un vaso del susto. Está claro que lo último que esperaba era que tu primo apareciera por allí.

—Cuando nos contó que iba a regresar al pueblo, le prohibimos que fuera al bar para evitarte pasar un mal rato, por lo menos hasta que te lo contáramos, pero resulta evidente que le ha dado igual, por eso imagino que Kai se sorprendió al verlo. Lo siento mucho, Lia. Debería habértelo contado en cuanto hablé con él y nos avisó de sus intenciones de venir.

—Supongo que ya da igual y me doy por enteradísima de que ha vuelto.

Y bien enterada, además.

Un hormigueo me recorre la espalda al recordar el sabor de sus labios sobre los míos, pero esa información mi amiga aún no la sabe y pienso esperar un poco más para compartirla con ella.

—¿Estás bien, Lia?

—No me apetece seguir hablando de esto, la verdad, Sami; ¿podemos cambiar de tema? Preferiría hablar de cómo eliminar los tonsilolitos de la garganta antes que de tu primo. ¿Ya está oficialmente la web disponible? Dime que sí, porque no sé si voy a poder soportarte otra semana más en modo histérica.

Samara, sus tíos y sus padres han decidido abrir una página web para expandir el negocio por todo el país, y mi amiga ha sido la encargada de poner a rodar esta iniciativa, y digamos que lo ha llevado regular por todos los contratiempos a los que se ha tenido que enfrentar, entre ellos un chico llamado Jack con el que Kai casi llega a las manos el otro día.

—Por suerte, sí, y la verdad es que parece que está funcionando todo bien; hemos conseguido un buen posicionamiento en los buscadores principales, pero, Lia, antes de hablar de eso quiero que seas sincera conmigo, necesito saber si estás bien. Si te resulta muy incómoda su presencia, volveré a hablar con él hasta hacerle entender que no se acerque a más de un metro de ti..., y ya sabes que puedo ser muy persuasiva si me lo propongo.

Me mira sonriendo de medio lado, haciéndose tronar los nudillos al más puro estilo macarra, y me guiña un ojo con complicidad.

Si es que la tengo que querer, cómo no va a ser mi mejor amiga, como una hermana, una de las personas más importantes de mi vida, si desde hace años ha estado siempre en las buenas y en las malas. Me ha demostrado lealtad, hermandad, sin juzgar, respetando mis decisiones, aunque no siempre estuviera de acuerdo con ellas.

—Sí, no te preocupes, de verdad que su presencia no me afectó tanto como esperaba —miento vilmente—. Entró por la puerta como si no hubiera pasado el tiempo. No le des más importancia, Samara, en serio.

Cruzo los dedos en mi cabeza para que lo deje estar y me crea sin dudar, porque no quiero seguir hablando de esto y mucho menos que me siga preguntando por anoche; no estoy preparada para decirlo en voz alta.

En ese momento llaman a la puerta, un hecho que hace que me sobresalte porque, como ya habéis podido comprobar, en mi casa se entra siempre sin llamar, y que alguien llame significa que no es de mi círculo cercano, o que ya no forma parte de él; y entonces, no sé cómo, pero lo sé... Con tan solo el sonido de su mano impactando en la madera, sé que es él. Samara me mira sin tener ni idea de lo que posiblemente se avecina y yo solo soy capaz de pensar «¡¡¡Tierra, trágame!!!».

He tenido que abrir, claro, no podía no hacerlo porque además estoy segura de que hubiera entrado igual, que solo ha llamado por cortesía.

Por supuesto que es él, para sorpresa de nadie. Su campo de visión desde el umbral de la entrada no le permite ver, desde fuera, que su prima está sentada en mi sofá, pero por un capricho de mi destino o por la ley de Murphy, ella desde donde está sí puede verlo a él.

—Tenemos que hablar, lo que pasó anoche...

Lo corto para que no siga hablando y cavando así mi tumba.

—Eeeh..., hola. Sí, ya, lo que pasa que justo iba a salir ahora y... no es buen momento —me excuso nerviosa abriendo mucho los ojos y haciendo muecas mientras él me mira raro sin entender qué me pasa—. Puedes venir otro día o en otro momento, pero, ahora, fataaaaaal, maaaaaal, en serio, vete.

—De verdad, nena, necesito hablar contigo. No he podido dormir, no puedo dejar de pensar en lo que pasó anoche, y estoy seguro de que tú tampoco.

—¡¿Nena?! —vocaliza sin voz Samara, gesticulando atónita ante lo que está viendo y oyendo.

—No pasó nada, no sé de qué me estás hablando —contesto, nerviosa porque ya puedo sentir que se avecina tormenta.

—¿Que no sabes de qué te estoy hablando? ¿Te refresco la memoria? Tú y yo, anoche, fuera de El Tres. Cuando me arrinconaste en el callejón donde está el almacén del bar y te abalanzaste sobre mí, comiéndome la boca, gimiendo mi nombre mientras te... —Le tapo los labios con la mano para que no siga hablando porque, además, todo lo que está diciendo no es verdad; técnicamente, no del todo.

Samara está catatónica, tiene la cara desencajada por completo. No sé qué está pensando, pero me lo puedo imaginar.

—No es verdad —niego—. Yo no me abalancé sobre nadie, en todo caso fue cosa de los dos.

—Vaya, veo que igual estás recuperando la memoria, Lia.

En ese momento la cabeza de Samara aparece por una esquina, lo que hace que el color moreno de la piel de Eiden pase a ser blanco nuclear.

—Hola, primo. Ya veo que no has perdido el tiempo, ¿eh? Tú, como siempre, haciendo lo que te da la gana. Ya hablaremos de esto. Y tú, morena —me señala con su dedo acusador demasiado cerca de mi cara—, no sé cuándo pensabas contármelo, pero ahora entiendo por qué estabas tan rarita. Me marcho para que tengáis algo de intimidad, podáis hablar y aclarar las cosas, pero os tengo en el punto de mira a los dos.

Samara sale lanzándome un beso al aire y guiñándome un ojo y Eiden entra, cierra la puerta, y automáticamente el ambiente cambia. Se llena de esa energía que solo ambos podíamos sentir cuando estábamos juntos; éramos como imanes cuando se unen en sus dos puntos de máxima atracción y, de la misma manera, nos repelíamos cuando nuestros miedos se juntaban, como si fuéramos dos polos iguales. Las dos caras de la moneda.

¿Cómo puede ser que, después de años sin vernos, sin hablarnos, siga latente esa química entre los dos, esa magia que hace que con solo una mirada sepamos lo que está pasando por la cabeza del otro? Lo nuestro pudo ser, pero no fue. Me costó mucho tiempo y muchas lágrimas asumirlo, y ahora ha vuelto y es como si el tiempo se hubiera detenido.

Por un momento solo nos miramos, sin hablar. Solo se percibe nuestra respiración acompasada. Oigo como mi corazón martillea y

amenaza con salir de mi pecho y, aunque el suyo está más calmado, lo conozco lo suficiente como para saber que también está un poco nervioso.

—¿Por qué has vuelto? —Decido romper el silencio, que hasta ese instante ha sido el tercero en la habitación.

—Por ti.

67



Creo que esa respuesta, de entre todas las posibles, es la última que me esperaba. Me entra el pánico, me quedo paralizada y tardo más de lo humanamente aceptable en responderle.

—¿Por mí? Venga, Eiden; si esto es una especie de venganza por lo que pasó entre nosotros, lo siento, ¿vale? Hacer lo que hice también fue difícil para mí y me he arrepentido muchísimas veces. No debería haberte mentido, pero no supe hacerlo de otra manera y me he odiado durante años por las formas, pero nunca por el resultado. Y seamos sinceros: si no te hubiera hecho creer que me iría contigo, nunca te habrías ido, lo sabes tan bien como yo, y eso sí que jamás me lo hubiera llegado a perdonar.

—Lia, sigo siendo yo, aunque hayan pasado seis años. ¿Crees que volvería aquí para vengarme de ti? Anoche te dije que entendí por qué lo hiciste, ¿lo recuerdas? Me costó, joder, estaba tan enfadado, tan roto, que al principio no quise ni procurar entender tus motivos, pero con el paso del tiempo, de los meses, lo comprendí. Y, maldita sea, será algo por lo que te estaré agradecido para siempre. Tú creíste más en mí que yo mismo, me brindaste la oportunidad de mi vida, mi sueño. Me aferré a ti para no enfrentarme a qué pasaría si

todo con lo que había soñado durante mi vida salía mal. No intentarlo era un modo de permanecer en mi zona de confort; si continuaba siendo un sueño, seguiría estando ahí, pero, si lo intentaba y salía mal, desaparecería y entonces no me quedaría nada, y no era capaz de enfrentarme a ello. Pero tú lo hiciste por los dos.

—Pero salió bien, Eiden, yo sabía que saldría bien. Te... te vi en la portada de la revista cuando ganaste el premio al cabo de un año. Me sentí muy orgullosa de ti —admito bajando la mirada.

—Lia, no ha habido ni un solo día que no haya pensado en ti, que no haya deseado llamarte, escribirte... Hemos estado separados demasiado tiempo. He vuelto por ti, créeme, he vuelto dispuesto a todo por recuperarte.

—Eiden, esto no... nosotros... Las cosas ahora son diferentes. Tú tienes tu vida en New Lake, eres uno de los mejores chefs del mundo, tu restaurante tiene una lista de espera para reservas de más de un año... y yo sigo aquí, feliz en este pueblo al que llegué sin saber quién era, en el que me he encontrado por fin no solo a mí misma, sino también a la familia que siempre deseé tener. Las cosas no han cambiado en ese aspecto, Eiden, nuestras vidas están más lejos que nunca. Lo de anoche, lo que pasó, fueron los recuerdos, a los que dejamos tomar las riendas, pero no es la realidad. Ya no.

—Y una mierda que no, Lia. A mí no me engañas; pueden pasar los años que quieras, pero tu mirada nunca ha conseguido mentirme, siempre voy a ser capaz de leerte más allá de lo que diga tu boca, nena. Además, las cosas no son del tod...

No le permito terminar la frase.

Yo solo necesito que pare, que deje de decir todo lo que está soltando, porque no puedo enfrentarme a lo que sus palabras me están haciendo sentir, por eso le digo lo primero que se me pasa por

la mente, sin pensar en las posibles consecuencias que eso traerá. ¿Soy tonta? Pues no lo voy a negar, sí, sí, lo soy.

—Estoy saliendo con alguien, ¿vale? —miento una vez más.

Esto está pudiendo conmigo, necesito que se aleje de nuevo y no volver a asomarme al precipicio y sentir el vértigo que provoca oírlo pronunciar todas las palabras que tiempo atrás soñé con escuchar.

—¡¿Qué? ¿Cómo?! No, no... No lo sabía —exclama sorprendido.

Puedo ver como su expresión cambia por completo y se vuelve más dura; además, cierra los puños con fuerza.

—Sí, llevamos ya un tiempo juntos y vamos en serio, Eiden. Todos debemos seguir con nuestras vidas. Lo nuestro fue muy bonito y siempre serás alguien importante para mí, para mi historia. Alguien a quien recordaré toda la vida con una sonrisa en los labios, pero lo mejor es que te vayas. Lo de anoche no puede volver a pasar. Tú y yo ya no somos un nosotros.

—Vale, quizá sí será mejor que me vaya. De todas maneras, voy a estar unos meses en River Town por unos asuntos, así que supongo que ya nos veremos. Adiós, Lia.

—Adiós, Eiden.

Cierro la puerta y me apoyo en ella. Espera, ¿meses? Ha dicho que va a quedarse meses, en plural. ¿Eso cuánto es?, ¿hasta Navidad?, ¿más tiempo? Creo que me estoy empezando a marear.

Me acabo de meter yo solita en un lío del que no sé cómo voy a salir. Pensaba que estaba de paso por el pueblo, no que iba a pasar varios meses aquí. Y es cuando el arrepentimiento hace acto de presencia. ¿Por qué le he tenido que decir que estoy con alguien? Si el único hombre con el que tengo una relación seria se llama Bens y tiene un amigo llamado Jerry’s. Y siempre acuden a mis citas semanales con Damon Salvatore, Din Djarin (el Mandaloriano) y Jamie Fraser.

He mentido en un acto reflejo por salvarme de mis propios sentimientos, que me estaban ahogando. Ahora no sé cómo afrontar la gran cagada que acabo de cometer. Porque, si conozco bien a mi ex, sé que no va a dejarlo estar. He visto en su reacción que mi respuesta lo ha descolocado por completo.

Cojo el móvil y hago lo único que se me ocurre para solucionar este problema, ya es hora de abrir la caja de Pandora por completo.

🚨 GABINETE DE CRISIS, REPITO, GABINETE DE CRISIS, no es un simulacro.

Sami: 🏃

Kai: 🥵 Nos vemos en tu casa esta noche...

68



Voy de un lado a otro del salón sin poder dejar de resoplar.

—Lia, tía, para de una vez —me pide Samara.

—Es que no puedo, es que soy idiota. ¿Por qué me tiene que estar pasando esto a mí?

Parece que el drama y el conflicto son la gasolina de mi vida.

—Seguro que, mientras te comía la boca, y a saber qué más, te estabas lamentando también... —me critica la rubia fulminándome con la mirada.

Le hago burla, aunque sé que tiene razón y que seguirá lanzándome pullitas hasta que hablemos de lo que ha pasado con Eiden.

—Calma las dos. Vamos a recapitular. ¿Anoche te liaste con él cuando fue a llevarte el bolso? —pregunta Kai.

—Sí —admito.

—¿Y hoy ha venido a tu casa a decirte que ha vuelto al pueblo por ti?

—También —contesto a mi amigo.

Mi mejor amiga, por otro lado, está sentada con los brazos cruzados y va poniendo los ojos en blanco con cada una de mis

respuestas afirmativas.

—¿Y tú te has tirado un pedazo de farol y le has soltado la trola de que estás conociendo a alguien porque has tenido miedo y no has sabido qué narices decirle a eso? —continúa preguntándome Kai.

—Ajá... Más o menos... Pero es que yo pensaba que estaba de paso en el pueblo, que se iría en unos días, no en unos meses...

—Un segundo... ¿Qué significa ese «más o menos», Lia? ¿Le has dicho que estás conociendo a alguien o no? —pregunta ahora Samara; la muy bruja me conoce demasiado bien.

—Bueno, en realidad no le he dicho que esté conociendo a alguien... Me he venido arriba y le he soltado que estoy saliendo con alguien..., en plan..., en serio —explico desesperada, y sé lo que va a venir a continuación.

—¡¡¡¿Qué?!!! —gritan mis dos amigos a la vez.

Justo esa reacción era la que esperaba por parte de Kai y Samara en cuanto se enteraran.

—Vale, estás jodida, Lia. En menos de dos días va a saber que ese alguien no existe. Y se preguntará por qué narices le has mentido y entonces volverás a estar jodida. —Kai niega con la cabeza.

—Mierda —respondo.

—Sí, una gran mierda apestosa, Lia, que no somos unos niños ya para ir comiéndonos los morros por callejones oscuros..., y para salir del paso luego nos inventamos novios imaginarios —me riñe Samara.

—Menudo gabinete de crisis de culo. Necesito soluciones, no más problemas. Cuando os avisó de que volvía, ¿qué os dijo? ¿Ninguno de los dos sabía que se iba a quedar meses por aquí? —les pregunto a ambos. Alterno la mirada entre mis dos amigos y analizo sus expresiones. Lo que veo no me gusta nada, estos saben algo que yo no—. Un momento: ¿qué es lo que no me estáis contando? ¿Qué me

estáis ocultando vosotros dos? Os lo noto en la cara... —los acuso al fin.

—Puede que sepamos por y para qué está aquí.

—Pues muy bien, chicos, estaría genial que hubierais compartido esa información conmigo, sobre todo tú —le reprocho a Samara—, la que se hace llamar mi mejor amiga. Ahora pareces la máxima defensora de la verdad y la sinceridad, pero estoy descubriendo que hay muchos secretitos que os habéis estado guardando, panda de mentirosillos. ¿Y por qué está en el pueblo? —les pregunto a ambos, esperando que me aclaren esta duda que lleva torturándome desde que me he enterado.

—Esa información no te la podemos dar, Lia. Si quieres saberlo, tendrás que preguntárselo directamente al gran chef..., que, al parecer, va haciendo y deshaciendo según le va saliendo de los huevos —me contesta Kai.

—No seáis así. ¿De qué lado estáis, eh, traidores?

—En esta ocasión me temo que somos neutrales, morena, no vamos a posicionarnos —replica Samara, y Kai asiente—. Lo que sea que vaya a pasar entre vosotros, lo tendréis que solucionar como personas adultas, que en teoría es lo que sois. Sabemos el motivo por el cual ha vuelto, aunque al parecer no fue del todo sincero con nosotros y no nos contó todas sus intenciones.

—Creo, y hablo por Samara también, que lo mejor que podéis hacer ambos es sentaros tranquilamente y charlar, del pasado, del presente y del futuro, Jerry Lee —me aconseja con cariño Kai, pasándome una mano por el brazo, intentando que sus palabras me reconforten algo más.

—Lo sé, chicos, pero no cómo hacerlo. Cuando lo tengo delante, me bloqueo —les explico con franqueza.

—Lo primero y esencial, querida amiga, es no volver a meterle la lengua hasta el esófago, así será más fácil lo de mantener una conversación.

Mi amiga, la lanzadora de cuchillos afilados profesional, al rescate, para conseguir que me sienta mucho mejor... Pilláis la ironía, ¿no? Cuando está mosqueada es un arma letal y en parte por eso la quiero también. Que te regalen los oídos es algo muy fácil, pero que te suelten las verdades, aunque duelan, eso, eso es lo realmente complicado... aunque en este momento agradecería que ella bajase el listón, un poco.

—Joooder, Samara, creo que, por el resultado que ha obtenido después de haberse enrollado con él anoche, se hace una ligera idea de lo que no tiene que hacer, no es necesario que hagas más leña del árbol caído, que a veces te pasas —le recrimina Kai.

—Buenoooooo, ya estabas tardando en saltar tú. Hacer leña del árbol caído, dice el colega, pero si a ti solo te han faltado la camisa de cuadros y la motosierra para ser todo un profesional en el tema —lo rebate Samara.

—Rubia, no vayas por ahí... —suelta Kai en tono frío.

—¿Me vas a decir ahora también lo que puedo o no puedo decir? ¿O solo seguirás dedicándote a espantar a todos los tíos con los que me líe? Porque, ya que sacamos el tema, me tienes hasta el mismísimo co...

Le tapo la boca a mi amiga antes de que llegue a terminar la frase.

—Eo, chicos, que estoy aquí y el problema inicial de todo esto soy yo, no ayuda que os pongáis a discutir; pero, vaya, según veo, consejos vendo que para mí no tengo, ¿no? Quizá no sea yo la única que deba sentarse a solucionar sus problemitas —les digo a ambos.

—Mi único problema es él y su afán por creerse por encima de todos.

—Yo no me creo por encima de nadie, Samara —la corrige Kai en tono serio.

—Joder que no... —replica ella resoplando.

—Mirad, me parece que lo mejor es que me vaya, antes de que esto se salga de madre y digamos cosas de las que nos podamos arrepentir. Lia, perdona por el numerito; recuerda lo que te hemos dicho, ¿vale? Habla con Eiden —sentencia mi mejor amigo mientras se levanta y me da un beso en la coronilla.

Sale de casa cerrando la puerta con suavidad. Kai no es de los que estallan en una gran bronca o da portazos, no; cuando mi amigo está realmente dolido o enfadado es cuando más calmado se muestra, como un auténtico témpano de hielo, y ahora sé que está cabreado de cojones.

—*Li mijir sirí qui mi viyi*... Dios, cómo lo odio, joder, me pone de los putos nervios con esa soberbia que se gasta el señor Kai de Calcuta... —se burla Samara una vez que este ya no puede oírla.

—Y luego la que se tiene que comportar como una adulta soy yo, ¿no? ¿A qué narices ha venido esto...?

—A que estoy harta de él y de que sea un bienqueda.

—Estás siendo algo injusta con él, no creo que haya pretendido nada de lo que estás diciendo; lo que pasa es que sigues enfadada por lo que hizo cuando estabas con Jack.

—Casi le parte la cara como si fuera mi algo, claro que sigo cabreada, pero es que encima, después, en lugar de disculparse, parece que tengo que darle las gracias; va de ser de luz conmigo, el pedazo de gilipollas, y estoy harta. Harta de él y de sus jueguecitos de voy de amigo. —Con cada palabra que sale de la boca de mi

amiga su mala leche va en aumento, lo siento en el ambiente—. Lo mejor será que yo también me vaya.

—Samara, eres consciente de que esa es la peor idea que has podido tener; no lo hagas. Ya sabes cómo acaba esta historia después —le advierto.

—No voy a hacer nada. Y no me olvido de que tenemos una conversación pendiente, doña ¡¡¡No te preocupes, tengo a tu primo superadísimo!!! Te quiero, morena —se despide saliendo por la misma puerta que ha salido Kai hace tan solo unos minutos.

—¡Adiós, rubia!

Ambas sabemos por qué se va en realidad y por qué le he dicho que es una pésima idea; va en busca de Kai, para seguir la discusión y porque sabe perfectamente en qué suelen terminar sus broncas. El fuego ha empezado dentro de mi amigo y ella quiere provocar la explosión final. No tengo ni idea de en qué momento exacto estos dos han vuelto a las andadas, pero al parecer no soy la única que tiene problemas con una EX-relación.

69



Eiden lleva ya una semana de vuelta en River Town y debo agradecerle al universo, o quizá a su prima, que no me lo haya cruzado ni un solo día. He decidido que lo mejor que puedo hacer es no esconderme, pero tampoco lo voy a buscar. Seguiré haciendo mi vida normal, tal como hacía antes de que él regresara al pueblo.

Soy plenamente consciente de que tenemos una conversación pendiente, pero ahora mismo es algo a lo que no voy a darle prioridad, la Acalia del futuro ya se ocupará de eso; me apetece más centrarme en cosas menos complicadas y que no me hacen sentir vulnerable, como la preparación de la fiesta temática de mi cumpleaños.

Estoy muy emocionada e inmensamente feliz. Siempre he soñado con la idea de que mis invitados vengan disfrazados de personajes de ficción. Quién le iba a decir a mi yo de años atrás que celebrar otra vuelta al sol me haría tanta ilusión, y es que todos y cada uno de los cumpleaños que he pasado en River Town han sido especiales; cada uno es diferente al otro, pero han tenido algo en común: nunca los he pasado sola y siempre me he sentido arropada y querida, al igual que en las Navidades y en cada fecha señalada.

Bajo el cielo de este pueblo he creado recuerdos que han ido colmando mi corazón.

Margorie y Fernando siguen fuera; se lo deben de estar pasando muy bien a juzgar por las pocas llamadas que estoy recibiendo por parte de mi jefa. Y me parece maravilloso por dos motivos: porque no me está volviendo loca y porque se lo merece. Creo firmemente en las segundas oportunidades en el amor que nos brinda la vida y en que todo el mundo debe buscar su final feliz.

Estamos en plena reunión del grupo de lectura que organizo desde hace unos meses en la Libreristería, en el que estoy descubriéndoles los «clásicos» a las veteranas del pueblo: *Los juegos del hambre*, *Divergente*, *Cazadores de sombras*...

Le ha llegado el turno a la saga *Crepúsculo* y las integrantes del club no pueden estar más dentro de la historia de Edward y Bella. Algunas de ellas hasta se están viendo las películas al ritmo que vamos leyendo la saga de libros. Están muy entregadas a la causa y yo no puedo dejar de reírme con los momentos que me están haciendo vivir cada vez que nos juntamos para comentar las lecturas.

—Vamos a aclarar una cosa, cielo: ¿me estás diciendo que el vampirito este de doscientos años no ha catado muchacha? —pregunta Evelyn bajándose las gafas hasta la mitad de la nariz.

—Así es. Digamos que Edward es de la antigua escuela y un caballero de los de antes, pero sobre todo quiere proteger todo lo que pueda el alma de Bella y él cree que, si tienen sexo, condenará aún más su alma, así que las manitas quietas hasta después de la boda. —Y sé que todas están esperando ansiosas ese momento.

—Pues vaya decepción de vida eterna: no comen, no duermen y no fornic...

Corto a Evelyn antes de que termine la frase porque no quiero que me revolucione la reunión.

No os hacéis una idea de la que me lio cuando leyó la segunda mitad de *Sinsajo*, el último libro de la trilogía principal de *Los juegos del hambre*. No quemó el libro porque no tenía un mechero a su alcance, no os digo más. Su indignación fue tal que hasta le escribió una carta a la mismísima Suzanne Collins y la envió; desconozco a dónde o a quién, pero al buzón de alguna persona tuvo que llegar.

—Bueno, bueno, vamos a dejar a un lado el estilo de vida algo anticuado o aburrido, según Evelyn, de Edward, y hablemos un poco de la relación de Charlie y de Bella.

—Para mí ese hombre tiene el cielo ganado, qué desgracia con la hija y cómo manipula al pobre hombre. Me da mucha ternura, menudas penurias que está pasando —comenta Dorothy, y Alice le da la razón asintiendo con la cabeza.

—Yo lo que no entiendo es cómo, siendo el jefe de policía, su hija adolescente consigue engañarlo todo el rato, es muy poco *avispao* ese señor —aporta Evelyn.

—Pues porque por una hija se hace de todo. Ese buen hombre solo quiere la felicidad de Bella, por encima hasta de su sentido común —le contesta Alice.

—Yo creo que el que va a dar la sorpresa será Jacob, ese niño nos tiene preparada la traca final, os lo digo yo. ¿A que sí, Acalia? —me pregunta Karen.

—No os puedo desvelar nada, chicas, pero siempre podéis presentar todas las teorías que queráis.

—Pues yo creo que Bella al final cata lobo, veréis. Esa parece tontina, pero es muy lista; ¿qué apostamos? Ahora, que yo también lo haría si tuviera su edad, porque menuda suertuda, tiene al lobo y

al vampiro deseando comerla —suelta Evelyn entre sonoras carcajadas.

Parece que el resto está de acuerdo con ella porque empiezan a reír al unísono. Ya os he dicho que estas señoras me están dando la vida; comentar con ellas los libros está siendo la mejor idea que he tenido jamás.

Veo en el reloj que ya es casi la hora de cerrar. Cuando empecé con Las lectoras de oro, como quisieron bautizar ellas mismas este club de lectura, destiné una tarde a la semana a las reuniones.

—Bueno, señoras, recordad que tenéis que empezar a decidir qué lecturas serán las que formarán parte del club en Navidad, y para la semana que viene ya os he dejado apuntados los capítulos que debéis leer... y nada de saltarse las metas de lo que tenéis estipulado, ¿eh? —digo mientras me levanto y voy hacia la puerta mirando a Evelyn.

—¿Y por qué me miras a mí si puede saberse, cielo?

—Ya sabes por qué, que nos conocemos...

—Bah, bah, tonterías... —dice restándole importancia.

Pero la verdad es que pocas veces las respeta, siempre le puede el ansia y sigue leyendo. No pasaría nada si luego no se le fuera la lengua y soltara *spoilers* de los libros que están leyendo como si fueran cotilleos... No hace mucho vi como paraba a unos vecinos y les preguntaba si se habían enterado de lo que le había pasado a Beatrice Prior. Ver las caras que fueron poniendo a medida que Evelyn les iba contando todos los detalles del libro como si le hubieran pasado a una vecina no tuvo desperdicio.

—Nos vemos la semana que viene, mismo día, misma hora. Sean buenas y pórtense bien. —Suelto la coletilla de despedida de todas las semanas.



Estoy terminando de apilar las sillas y de recoger la mesa, donde aún quedan restos de comida, cuando oigo la campanita de la puerta que me avisa de que alguien ha entrado.

—Lo siento, pero estoy cerrando ya —digo sin mirar de quién se trata.

Es raro que alguien venga a estas horas, ya que suele estar cerrado. Oficialmente, para los clientes abrimos hasta las cuatro y media, pero hay algunos días que nos quedamos más tiempo si hay algún evento que organizar, preparar pedidos, colocar ejemplares en el almacén o, como hoy, el club de lectura... El horario de los establecimientos en un pueblo como River Town es un poco orientativo, especialmente en la Libreristería, ya que, como Margorie vive justo arriba, siempre anda revoloteando por aquí y, aunque no esté abierto, si ella está, suele despachar en caso de que alguien aparezca fuera del horario.

Los días que tengo el club de lectura son cuando más tarde salgo; entre montar y desmontar todo se me hace de noche, sobre todo ahora que el invierno está ya asomando la patita.

—Perdona, cielo, se me ha pasado el tiempo volando y, para cuando me he dado cuenta de la hora que era ya, he venido corriendo. Se han vuelto a confundir con un paquete para Margorie y me lo han dejado a mí en El Refugio. Me he acordado de que hoy tenías club de lectura y por eso lo he dejado para la tarde. Por la mañana me ha sido imposible, porque estaba resolviendo unas cosas.

—¡Ay! Hola, Millie. No había visto que eras tú. No hay problema, pasa. ¿Has hablado hoy con ella? ¿Todo bien?

—¿Con Margorie? No, le estoy dejando espacio para que se olvide de todo y disfrute. —Su voz suena risueña y desprende orgullo y felicidad cuando habla de su hermana.

—¿Son muchas cajas? —pregunto.

La verdad es que, después de trabajar todo el día, lo último que me apetece ahora mismo es ponerme a descargar y colocar el contenido de estas, así que recemos para que sean poquitas.

—No demasiadas. Creo que es el pedido de las nuevas decoraciones para Navidad que hizo antes de marcharse. Tú vete al almacén, que ya te voy llevando allí las cajas, cariño.

—Gracias, Millie, pero no hace falta que, encima de que las traes, te quedes a ayudarme; puedo yo sola.

—No, querida, si yo no me quedo.

—¿Qué?

Mirad, yo a Millie la quiero con todo mi corazón, pero es una mujer con un alma demasiado libre y muy dispersa. La mitad de las veces que me habla no soy capaz de entenderla por completo; se le enredan las palabras y siempre mezcla la información que quiere transmitir.

—Que vayas al almacén, que las cajas van para allí —ordena tajante.

Y le hago caso, como la mayoría de las veces que me dice algo que no termino de entender. Por dos motivos principalmente: uno, por no discutir, y dos, por mi propia paz mental. Después de tantos años con ellas he aprendido que lo mejor es hacerles caso y ya está, porque las dos hermanas son igual de tercas y un poco caóticas.

Voy hacia el almacén y abro la puerta trasera. Casi nunca lo hacemos así porque la mayoría de las veces estamos abiertas al

público y es un lío estar pendientes de las dos puertas. Pero, con la tienda cerrada, la manera más rápida es esta.

—Millie, la luz de fuera no funciona, vamos a tener que ir metiendo las cajas medio a oscuras, que ya sabes que encima a tu hermana le gusta que las luces tengan ese tono cálido para que la estancia sea más acogedora, pero iluminan lo justo y aquí llegan a medio gas.

—No pasa nada, funciono muy bien en espacios oscuros y con poca luz, tú mejor que nadie deberías saberlo.

Mierda, si es que soy tonta por no imaginarlo. Esta mujer siempre me la lía, da igual los años que pasen. En su cabecita se hace sus películas y lo va enredando todo a su antojo. Ahora entiendo por qué me ha dicho que ella no se quedaba..., pues porque, efectivamente, se ha largado y me ha dejado con un marrón interesante, un marrón de uno ochenta y siete y ojos azules.

—Hola, Eiden. Ya te ha liado Millie, ¿verdad?

—Si te digo que esta vez la he liado yo a ella, ¿qué piensas?

—Pues que eres tonto.

—Y tú, muy guapa. —No puedo evitar sonreír—. Puedo ser tonto, pero soy un tonto feliz.

—¿Cargar cajas te hace feliz? Vaya gustos más raros tienes ahora que estás en la cima del éxito, pero, oye, no seré yo quien te juzgue. A mí me gusta contar y empaquetar moneditas...

—Yo sigo siendo el mismo; mis gustos no han cambiado y lo que me hace feliz no es precisamente cargar cajas.

Su mirada está fija en mí y consigue ponerme un poco nerviosa.

Lo miro a los ojos porque estoy fuera de juego una vez más y porque entiendo que lo que lo hace feliz es estar conmigo. Maripositas volando en mi interior: o dejáis de hacerlo u os corto las alas con las tijeras de podar.

—Ya, bueno, supongo que, en todo este tiempo, algo habrás cambiado, ¿no?, Eiden —digo intentando desviar la atención.

—Como todos, Lia. Hemos crecido, hemos madurado y hemos puesto en perspectiva nuestras vidas, por lo menos yo es lo que he hecho. Pero sigo teniendo claro cuáles son mis objetivos y que voy a ir a por ellos.

Esta conversación se está poniendo demasiado intensa y no quiero que siga por ahí, está claro que él ha avanzado mucho y ha ganado mucha confianza con los años. Su mera cercanía activa mis alarmas y me saca totalmente de mi zona de confort. Me pone muy nerviosa; con tan solo su presencia consigue hacer que me lo replantee todo de una manera irracional.

—¿Te gustaría venir a mi fiesta de cumpleaños? —suelto sin pensar.

Pero ¿qué hago? ¿Por qué he dicho eso...?

—Si me invitas, estaré encantado de ir. Creo que ya me he perdido suficientes cumpleaños tuyos. Es una fiesta temática, ¿no?

—Sí, de personajes de ficción. Pueden ser de libros, pelis, series...

—Algo oí comentar a mi prima el otro día. ¿Y tú de qué vas a ir?

—Pues aún no lo tengo claro, pero no esperarás que la protagonista de la fiesta desvele su *outfit*, ¿verdad?

—Era por no coincidir. Imagina que nos presentamos los dos con la misma ropa, sería una auténtica tragedia.

Se lleva una mano a la boca haciéndose el sorprendido.

Nuestras risas resuenan entre las paredes del almacén y seguimos colocando las cajas, que, por si había alguna duda, son muchas. No sé cómo piensa decorar Margorie este año la tienda, pero aquí debe de haber adornos para todo el pueblo. Estoy aprovechando para bajar las cajas con los antiguos también.

—¿A tu chico no le va a importar que vaya?

—A mi ¿qué? —contesto extrañada.

—Al chico con el que estás saliendo, Lia. Lo llamaría por su nombre, pero nadie me lo ha dicho aún. Supongo que irá a tu fiesta de cumpleaños, ¿no?

¿Os suena eso que dicen de que para mentir hay que tener buena memoria? Bueno, pues a la vista está que yo no la tengo.

—Ah, sí, claro que viene, cómo no va a venir mi chico...

—Tu chico, que se llama...

Ni buena memoria ni el don de la improvisación inmediata, porque mis ojos empiezan a buscar nombres entre las cajas y los botes del almacén...

—Rudolf, eh, eh, Matt, Matt Rudolf. Sí, así se llama, sí.

Lo primero que me ha venido a la mente ha sido el famoso reno de nariz roja de Papá Noel; será que estar rodeada de cajas de las que salen por algunos resquicios espumillones de ese color ha hecho que mi cerebro suelte la primera referencia que se le ha ocurrido; suerte que también es un apellido. Pero necesitaba algo más, un nombre más común, y entonces ha acudido a mi mente Matt, el verdadero inmortal de la serie *Crónicas vampíricas*. ¿Por qué he pensado en él siendo el personaje más odioso y aburrido de toda la serie? No lo sé, misterios de la vida, pero Matt Rudolf ha llegado para rescatarme.

—¿Rudolf? Qué navideño...

—Sí, ¿no es una suerte que a mí me encante la Navidad? ¡Yuju!

Lo que yo os decía, la nueva reina de la improvisación...

—Bueno, entonces, ¿crees que le importará a Matt Rudolf que vaya a tu fiesta? No quisiera ponerte en una situación incómoda.

«Hombre, ponerme, ponerme..., me pones..., pero no precisamente incómoda...».

Pero ¿qué me pasa?

Creo que estar tanto rato con Evelyn está pasándome factura.

—No, no te preocupes, no tiene por qué importarle que vengas. Además, tampoco es seguro que él pueda venir...

—Pero si acabas de decir...

—Digo muchas cosas, Eiden. ¿Podemos centrarnos en las cajas para terminar con esto cuanto antes, por favor? —suelto algo nerviosa y a la defensiva.

—Sí, claro..., las cajas...

«Muy bien, Lia, has pasado de tener un novio imaginario sin nombre a inventarle una vida, todo porque no eres capaz de enfrentarte a lo que sea que estás volviendo a sentir cuando estás con Eiden». Venga, os dejo que me aplaudáis, no os cortéis.

Prácticamente lo hemos colocado todo y el silencio ha sido uno más en la habitación. Estoy subida a la escalera apilando las cajas que me va pasando Eiden, en la parte más alta del almacén; se ha ofrecido a hacerlo él, pero no lo he dejado.

—¿Haces algo el viernes? He pensado que igual podríamos ir a cenar tú y yo, ya sabes, por los viejos tiempos.

Me lo suelta así sin más, sin darme tiempo a preparar el escudo anti-Eiden, y la maquinaria empieza a rodar... Él y yo, él y yo cenando, él y yo besándonos, él y yo haciendo el amor, él y yo riendo después de tener un maravilloso orgasmo, enredados entre las sábanas...

De pronto, de una de las cajas que estoy apilando asoman unas patas negras; me cuesta un poco darme cuenta de que son de una araña, con sus ocho extremidades llenas de pelos y sus ojos mirándome con odio, amenazando con comerme. Me asusto y empiezo a gritar todo lo que me permiten mis pulmones. Al intentar bajar rápido de la escalera pierdo el equilibrio y me caigo. Cierro los ojos en un acto reflejo y lo siguiente que siento son unos brazos

fuertes que me agarran, y su olor entra en mí sin pedir permiso. Qué bien huele, huele a «Podría bajarte la luna o mandarte al psicólogo, tú eliges, preciosa».

Estoy teniendo un maldito *déjà vu*...

Sin poder remediarlo, mis ojos van directos a sus mullidos y suaves labios y, en un acto reflejo también, me muerdo y lamo los míos.

—Te lo dije en su día, preciosa: cada vez que te asustas y caes en mis brazos es una jodida fantasía y, siendo egoísta, me gustaría que pasara por lo menos una vez al día —susurra en mi oído.

En estos momentos no sé si mi respiración está agitada por mi encuentro con Ella-Laraña —fans de *El retorno del rey*, de nada por el guiño— o por lo peligrosamente cerca que está Eiden. Me incorporo como puedo, procurando borrar las huellas que deja su contacto en mi piel.

—Mi-mierda, había... había una araña gigante; ¡qué asco, hay que quemar el local, no hay otra solución, o hacerle un contrato de alquiler a su nombre! Dios..., era enorme.

—Anda, que cualquiera diría que acabas de llegar y, en cambio, llevas años viviendo en River Town y aún te asusta una araña. Ya me encargo yo de la señora Tecla, no te preocupes... Eiden al rescate, una vez más. —Termina la frase guiñándome un ojo y remangándose la camisa.

Porque, sí, ahora Eiden lleva camisas, y le quedan... ¡Ay!, cómo le quedan...

—Bueno, pues problema solucionado, ya está. —Sale del almacén tan fresco, como si no acabara de enfrentarse con un ser gigantesco y horripilante—. Ha sido una negociación dura, no te creas, pero hemos acordado que no se volverá a acercar a cien metros a la redonda.

—Gracias y perdona por el numerito, es que...

—Ya lo sé, tu miedo por las arañas no ha cambiado, no te preocupes. No eres la única que aún mantiene viejas costumbres. Yo, por ejemplo, con mi vuelta al pueblo me he dado cuenta de que hay una morena que sigue siendo mi perdición —suelta como si tal cosa—. Bueno y, entonces, ¿qué me dices? ¿Estás libre el viernes?

Hago como que no he oído una parte de lo que ha dicho y salgo del paso como puedo.

—No, la verdad es que ya tengo planes. Voy a ir a Airadale a acabar de comprar unas cosas para la fiesta.

—Bueno, si quieres puedo acompañarte y después de las compras podemos cenar algo por allí, conozco un sitio que me parece que...

—Es que no creo que sea buena idea, he quedado... —miento. Tengo que dejar de hacer esto y empezar a enfrentar mis sentimientos, porque todas estas mentiras me acabarán explotando en la cara tarde o temprano.

—Oh, vaya, ya entiendo. No insisto más, entonces. Ya nos veremos en la fiesta, Lia.

—Sí, por supuesto, nos veremos allí, y gracias por ayudarme con las cajas, Eiden, y con Ella-Laraña...

—De nada...

Sale de la tienda en silencio y yo me quedo un rato pensativa. ¿Qué habría pasado si le hubiera dicho que sí a la cena? Estoy empezando a darme cuenta de que el miedo a que mi corazón se vuelva a romper está más latente que nunca y se está apoderando

de mí y de mi forma de actuar; me controla en todo lo que tiene que ver con él. Eso es algo que no me gusta, y pienso acabar de raíz con esta sensación que me domina, aunque termine herida, porque para algo se inventaron las tiritas, ¿no?

70



He querido aprovechar mi día libre para ir a Airadale, pero sola, no acompañada como le dije a mi ex, aunque no contaba con algunos detallitos sin importancia, minucias, con los que una vez más el universo ha decidido zarandearme y explotar mi pequeña burbuja de felicidad.

Os hago una lista:

1. Coche roto. ✓
2. Móvil sin batería. ✓
3. Perdida en mitad de la nada. ✓
4. Que solo me sepa de memoria un único número de teléfono de toda mi lista de contactos y que ese sea al que no quiero llamar ni loca para pedir ayuda, pero que haya tenido que hacerlo y ahora esté esperándolo. ✓

Lo que os decía, detallitos sin importancia para hacer que mi día sea un poco más interesante. Y, sí, efectivamente, solo me sé un número en concreto; después de tantos años, esos dígitos siguen grabados a fuego en mi cerebro.

Os pongo un poco en situación. Yo iba muy feliz de camino a mi destino, con «Unwritten», de Natasha Bedingfield, a tope, cuando mi amado coche ha empezado a hacer cosas raras, como que la velocidad que marcaba el velocímetro ha bajado a la vez que ha subido el indicador de la temperatura y ha comenzado a salir humo del capó. Todo pintaba a que era un sobrecalentamiento del motor, así que he quitado la llave del contacto y he cogido mis cosas.

He salido del coche un poco asustada, no lo voy a negar, nunca me había pasado algo parecido en carretera. He calculado que estaba a mitad de camino de Airadale y me he dicho que sin duda iba a necesitar una grúa, así que he cogido el móvil para llamar y, para sorpresa de nadie, he comprobado que me quedaba solo un uno por ciento de batería. Con una última vibración como despedida, me ha dicho adiós y se ha apagado. Un aplauso a mi yo despistado por naturaleza, que nunca se acuerda de poner a cargar el teléfono.

De pronto he recordado que había pasado por un bar de carretera hacía más o menos un kilómetro y he rezado para que fueran tan amables de dejarme un cargador y así cargar un poco mi móvil para poder utilizarlo. «Sí, reina, sí, rezar está muy bien, pero, cuando el que escucha tus plegarias, sea quien sea, disfruta poniéndote en jaque constantemente, está claro que las cosas se tuercen y no es tan sencillo».

He entrado en el bar con la lengua fuera y ya un poco desesperada. Aunque fuera hacía frío, entre los nervios, el abrigo y la caminata, tenía calor; necesitaba que la situación se solucionara lo más rápido posible.

—Hola. Perdona, se me ha estropeado el coche y no me queda batería en el móvil. ¿Tendrías algún cargador que me pudieras prestar para cargar lo suficiente el teléfono y así poder llamar a la grúa, por favor?

Me he dirigido a la camarera siendo lo más amable posible, pero su cara de pocos amigos ya me ha indicado que le importaba un pepino lo que me pasase...

—No, bonita, no tengo ningún cargador para dejarte. Esto es un bar, no una tienda de electrónica —me ha soltado mientras mascaba chicle ruidosamente.

—Ya, bueno, sí, claro, perdona... y... ¿algún teléfono con el que pueda hacer una llamada? —«Pedazo de estúpida», he pensado, pero, como es lógico, no se lo he dicho. Era la única persona que podía ayudarme en esos momentos, así que me he tragado mi orgullo y las ganas de cagarme en todos sus ancestros.

—Prueba con ese teléfono de monedas que hay al fondo de la barra. No sé si funciona, pero es lo único que puedo ofrecerte, guapa —me ha contestado la muy... mientras jugueteaba con su móvil en las manos.

—Vale, gracias, supongo, *bonita*.

Existe la gente desagradable y luego está esta muchacha. Supongo que para llegar a ser así la vida te tiene que haber tratado muy mal, porque, si no, no entiendo por qué no ha podido mostrarse más amable con alguien que claramente estaba pasando por un apuro y necesitaba ayuda; hoy por ti, mañana por mí, ¿no?

He abierto la cartera y, sorpresa, no tenía ni una mísera moneda; ¿en serio?, ¿algo más? He vuelto a donde miss simpatía a pedirle cambio...

—Estoo, perdona, ¿podrías darme algo de cambio para hacer la llamada? Es que solo tengo billetes...

—Joooder, ¿solo sabes pedir, guapa? No te puedo dar cambio si no pides una consumición, reina. Normas de la casa...

Me ha señalado un cartel viejo en el que no se podía leer nada en absoluto de lo lleno de mierda que estaba.

Os juro que me han dado ganas de cogerle el chicle que estaba mascando y pegárselo en el pelo, pero en plan bien esparcido, para que la única solución para quitárselo fuera cortarlo todo de raíz. Qué persona tan odiosa, estaba llegando a mi límite.

—Sí, claro, cómo no, *bonita*, pues ponme un café.

—¿Te parece que este bar tiene pinta de servir cafés?

—Puffffff, pues ponme un refresco, ¿de eso tenéis?

—Sí, claro, marchando un refresco.

He pagado, me ha dado el cambio y he dejado el refresco tal cual me lo ha servido en la barra; ni de coña iba a beberme eso, seguramente el precio incluía un escupitajo o alguna cosa peor.

He hecho de tripas corazón y he marcado el número; no tenía más opciones y quería salir de ese tugurio cuanto antes... Un tono, dos, tres...

—¿Hola? —Casi me he puesto a aplaudir cuando he oído su voz al otro lado de la línea.

—Hola, Eiden, he tenido un problemilla con el coche.

«Y tu número es el único que me sé de memoria...», he añadido, solo mentalmente.

—¿Lia? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. Eh..., verás, si pudieras llamar a una grúa, el coche se ha recalentado y estoy en mitad de ninguna parte. Bueno, iba camino de Airadale y me he quedado también sin batería en el móvil...

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? —ha preguntado preocupado.

—Sí, sí, yo estoy muy bien.

—Vale, ¿has ido por la carretera comarcal?

—Ajá, eso es. Pero me he desviado por la carretera N-56, el coche está a un kilómetro más o menos de un bar que hay, que es desde

donde te estoy llamando. No tiene pérdida porque no hay muchas más cosas...

—Vale, salgo para allá ahora mismo.

—¿Qué? No, no, Eiden, no hace...

Me ha colgado y va a venir a buscarme y hará preguntas, claro que las hará, y yo estoy en medio de la nada, literalmente; no tengo escapatoria.

71



Me va a tocar esperar un buen rato hasta que Eiden llegue, pero ni de coña me quedaré en ese bareto; es algo que he acabado de decidir cuando he visto dos cucarachas paseando tan tranquilas por delante de la barra, además de que, desde que he colgado el teléfono, mi amiga la camarera cada vez me está mirando peor. Lo mejor es salir de aquí y esperar a mi caballero andante personal en mi coche.

En el camino de vuelta me doy cuenta de que estoy más sola que la una: no pasan coches, no hay casas...; por no haber, no hay ni vegetación, y parece que en cualquier momento puede aparecer Art, el payaso de *Terrifier*, vestido de Papá Noel, como en la tercera entrega.

Cuando llego hasta donde se ha quedado tirado mi coche, me siento dentro a esperar y me tranquilizo un poco...

Lo que nos lleva a mi situación actual gracias a mi mala suerte: esperar a que mi EX venga a salvarme. Estáis disfrutando con mis males, ¿verdad?



Oigo el motor desde lejos, aunque es normal teniendo en cuenta que literalmente estoy en medio de ningún sitio y lo único que ha pasado por aquí en la hora y tres cuartos que llevo esperando ha sido NADA, literalmente.

Estaciona el coche y se baja...

—Joder, Lia, ¿estás bien? He venido lo más rápido que he podido. ¿Qué coño le ha pasado a tu coche? —pregunta supernervioso, alterado.

—Tranquilízate, que estoy bien. El motor se ha recalentado y he tenido que parar porque estaba empezando a salir humillo del capó y me he asustado un poco... Si en vez de colgarme el teléfono me hubieras dejado explicarme, no habría hecho falta ni que vinieras.

—Y si tú recordaras que los móviles se deben cargar para poder utilizarlos, no te habrías quedado sin batería, pero al parecer hay cosas que nunca cambian.

—Pero mi vida sería mucho más aburrida... —me mofo para intentar quitarle peso a la situación, aunque, a juzgar por su cara, a él no le ha hecho mucha gracia mi comentario.

Se oye un trueno. No me jodas, no se pondrá ahora a...

—Está llegando la tormenta aquí, métete en mi coche, Lia, antes de que termines *em-pa-pa-da*. —Esto último lo dice remarcando cada sílaba. Está claro que el uso de las palabras con doble sentido no lo ha perdido con el paso de los años.

Él se sube al coche y me mira expectante desde dentro, esperando a que haga caso a sus indicaciones de una vez.

La duda sobre cómo proceder se disipa en cuanto me caen las primeras gotas frías de lluvia. Me monto en su coche, que, por si os lo preguntáis, es un Cadillac Escalade negro, impresionante, y Eiden me recibe sonriendo de oreja a oreja.

—¿Por qué sonríes? ¿Ahora te ponen feliz las tormentas?

—No...

—¿Entonces...? —pregunto curiosa.

—Porque me estoy imaginando la cara que vas a poner cuando te cuente algo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado?

En serio, ¿algo más que añadir a la interminable lista de desgracias de hoy?

—Cuando estaba a mitad de camino, mi prima me ha llamado por teléfono: no podemos volver a River Town, han cortado la carretera por las lluvias.

—¿Qué? —exclamo sin dar crédito y abriendo mucho los ojos y la boca.

—Esa es justo la cara a la que me refería... No te preocupes, conozco un hotel donde podremos alojarnos esta noche hasta que podamos volver al pueblo.

—¿Y mi coche? ¿Y la tienda? ¡Ay, Dios!

—Pues se va a tener que quedar aquí hasta que la grúa lo pueda llevar al taller. Tranquila, no creo que nadie se lo lleve... Y tanto Samara como Millie están al corriente de la situación, ellas se harán cargo de todo.

—Muy gracioso. Me estás vacilando, ¿no?

—No, no te estoy vacilando; hasta mañana por la tarde es posible que no restablezcan el acceso al pueblo, hay una alerta roja por lluvias torrenciales y ya sabes cómo son esas carreteras, o lo que queda de ellas. Si no nos damos prisa, nos va a pillar aquí también y

no sé tú, pero yo prefiero dormir en la cama de un hotel, mullidita y calentito, antes que en un coche. Pero lo que la morena diga... —Va echando el asiento hacia atrás y estirando las piernas—. Por cierto, puedes usar mi móvil si quieres, para avisar a Matt.

—¿Qué Matt?

—Matt Rudolf, tu novio con apellido navideño; así se llamaba, ¿no? Está claro que no vas a llegar a Airadale y me dijiste que habías quedado con él. Igual quieres decírselo cuanto antes, tu móvil está muerto y tardará un poco en cargarse para que lo puedas encender y usarlo. No quisiera que el pobre chico se pasase horas esperándote preocupado cuando a la vista está que va a quedarse esperando y tú no vas a aparecer.

¿Soy la persona más tonta del universo? Efectivamente.

—Yo te dije que había quedado, no con quién, así que no tengo que avisar a Matt, porque no había quedado con él. Además, tampoco somos novios en plan novios, ni tenemos una relación tan seria como para que tenga que darle explicaciones... Y, sí, yo también prefiero dormir en una cama que en el coche, gracias —alego enfurruñada mientras me peleo con el cinturón de seguridad, que al parecer ha decidido también ponerse en mi contra.

¿Estoy siendo muy infantil y odiosa? Efectivamente de nuevo, no os voy a quitar la razón en eso, pero es que las palabras salen de mi boca antes de pasar por el filtro de la sensatez...

—Ya, ahora no sois novios en plan novios. Y, entonces, ¿qué sois? Trae, deja que te ayude con eso, anda.

Eiden se acerca de forma peligrosa a mí mientras me quita el cinturón de las manos para ayudarme a ponérmelo.

—Lo que seamos o dejemos de ser tampoco creo que sea de tu incumbencia.

Lo tengo a un centímetro de mi cara. Me alcanza el aroma de su perfume; después de tantos años sigue siendo el mismo; huele a él, huele a casa. Cierro los ojos un instante para disfrutar de este momento, un segundo para olvidarme de todo. ¿Sabéis que hay olores que te transportan a lugares? Pues yo estoy viajando a un lugar en el que fui muy feliz.

El clic que suena me saca de mi ensoñación, y al abrir los ojos veo que él me está mirando fijamente a los labios y que se está humedeciendo los suyos. Su mirada feroz me indica que se está debatiendo entre hacer algo que complicaría más las cosas o dejar pasar este deseo que es evidente que nos está consumiendo en estos instantes. Sonríe de lado, se acerca un poco más a mí y me susurra...

—¿Y no será que ese tal Matt Rudolf no existe? Te dije en su día que soy una caja de sorpresas, Lia, y se me da muy bien investigar. No me ha costado mucho averiguar la verdad... La pregunta ahora es: ¿por qué me has mentido?

¿Algo más podría pasar en este día tan maravilloso?

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto mientras trago saliva con dificultad.

—Pues desde hace exactamente cinco segundos, el tiempo que has tardado en confirmar mis sospechas, nena.

«Maldito».

—No hace falta que me expliques nada ahora, ya tendrás tiempo en la cena porque al final sí que parece que vamos a cenar... juntos.

Dicho lo cual arranca el coche en dirección al hotel donde nos vamos a alojar hasta que podamos volver a River Town. La tormenta está empezando a pegar fuerte y, cuanto antes lleguemos al destino, mejor..., y no solo me estoy refiriendo a la tempestad.

72



—Tienes que estar de broma...

Eiden me mira con una ceja levantada mientras mueve la cabeza de lado a lado indicándome que no es así.

—Es totalmente en serio, es lo que me ha dicho, solo queda una habitación libre.

—Venga, Eiden, ahora dime que la habitación solo tiene una cama y remátame. ¿Por qué el universo está hoy en mi contra?

Levanta los hombros en señal de «Es lo que hay» apoyándose en la pared y yo me dirijo a hablar con la recepcionista.

—Lo siento, señorita, pero hay una convención de terrarofilia y estamos completos. Como le he explicado varias veces a su compañero, solo nos queda una habitación disponible.

Estoy a un pasito diminuto de declararles la guerra a las tortugas; primero las pajitas de cartón y ahora esto.

—¿Y no puede hacer nada? ¿Hacer algún cambio o algo? Dígame que la habitación es doble con camas separadas al menos.

—Es imposible hacer ningún cambio, señorita, pero, efectivamente, la habitación es doble.

Esto, después del día que he tenido, es música celestial para mis oídos.

—Muchas gracias, Emilia —leo su nombre en el cartelito que lleva prendido en la camisa del uniforme del hotel—, acabas de hacerme muy feliz.

De todo lo que me ha pasado hoy, tener que compartir cama con Eiden creo que habría sido lo peor. Incomunicada, sin poder volver a mi casa, abandonada por mi coche, Eiden al tanto de la falsedad de mi relación con el bueno de Matt y esperando mis explicaciones y, para postre, teniendo que compartir habitación con él.

—Venga, no pongas esa cara, que ya sabes que no soy ningún asesino en serie ni nada con lo que luego puedan hacer un documental turbio en alguna plataforma de *streaming*.

Paso por su lado mirándolo mal y sacudiendo la melena con la mano, en un absurdo intento de recuperar algo de dignidad, y le quito la llave.

—Eeeh, creo que es por el otro lado —me indica con el dedo índice, aguantándose la risa.

—Ya lo sabía, te estaba poniendo a prueba.

Me doy la vuelta resoplando y pongo rumbo —esta vez sí, en dirección correcta— a nuestra habitación.

—No me lo puedo creer.

Cuando abro la puerta casi me caigo de culo. Emilia, ya no me caes tan bien. Ante mis ojos hay una habitación demasiado pequeña para compartir con la persona que más nerviosa del mundo me pone y, en el centro, lo único que se ve es UNA SOLA CAMA.

Lo miro a los ojos y lo veo sonreír, está disfrutando con esta situación, apoyado en el marco de la puerta. Mi mirada se desvía a sus hoyuelos; mierda, es que está muy guapo y yo ya empiezo a sentirme muy cansada de luchar contra todo lo que me hace sentir.

«No, no, Acalia. Mantente fuerte, piensa en manatíes o en Perry el Ornitorrinco».

No me traiciones de esa manera, cabecita mía. Repite conmigo: no está condenadamente sexy, es el antimorbo, no lo vamos a volver a besar, sus labios y los míos no van a volver a rozarse.

—Bueno, no pasa nada, es solo una noche —murmuro resignada intentando darme autoánimos.

—Cuando se trata de ti y de mí, pueden pasar muchas cosas en tan solo una noche —suelta con voz ronca.

Mierda.

—Eres muy tonto.

—Y tú, preciosa.

Eiden entra, cierra la puerta de la habitación y deja sobre la cama una bolsa de viaje que ha cogido del maletero al bajarnos del coche.

—Lo que va a pasar es que terminarás durmiendo en el suelo como sigas en ese plan —lo amenazo señalándolo con el dedo.

—Vale, vale, perdona. Igual te apetece darte una ducha. Te he traído algo de ropa para que te cambies, la tienes en esa bolsa negra de ahí. —Señala la bolsa que acaba de dejar sobre la cama. Cuando la miro con más detalle, veo que es una Maxwell Scott, que prefiero no saber cuánto cuesta, pero conociendo la marca sé que al menos son cuatro cifras.

—La verdad es que sí que me vendría bien —comento casi sintiendo como el agua cae por mi piel.

—Hazlo sin prisa, mientras tanto voy a reservar mesa en el restaurante.



Salgo de la ducha con la energía renovada. Me he tomado mi tiempo, lo necesitaba. Estaba empezando a sentirme como uno de los hermanos Baudelaire. Mientras me quito la humedad del pelo con una toalla, me doy cuenta de algo: Eiden me ha traído ropa, pero ¿por qué? Si lo han avisado a mitad de camino de que la carretera estaba cortada, ¿cómo ha podido saber que íbamos a tener que pasar la noche fuera?

Parece que no soy la única que va a tener que dar explicaciones hoy.

—¿Cómo sabías que iba a necesitar ropa para cambiarme? —lo increpo en cuanto salgo del baño.

Eiden está tumbado en la cama, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los brazos detrás de la cabeza, sin camiseta... Es la puta imagen más sexy que he visto en años. Trago saliva y me permito admirarlo un poquito más, intentando, en vano, ver bien el nuevo tatuaje que le adorna el pecho antes de seguir con mi interrogatorio.

—Pues porque soy un hombre que se anticipa a las situaciones —me contesta tan tranquilo.

—Eso no me lo creo; veo que no soy la única que esconde cosas, ¿eh? Tienes dos opciones: empezar a cantar tú solito o esperar a que llame a Samara y le pregunte directamente a ella, tú eliges —lo reto.

Eiden resopla, se pone la camiseta y se levanta de la cama para venir hacia mí.

—Vale, mira, te propongo una tregua. Está claro que los dos tenemos mucho de lo que hablar, pero vamos a olvidarnos de todo por esta noche. Creo que tu día ya ha tenido suficiente intensidad y para mí tampoco está siendo del todo fácil. Así que vamos a olvidarnos de estas cuestiones, cenamos y pasamos una noche agradable, como dos viejos amigos que hace años que no se ven y se van a poner al día de sus vidas. Sin más pretensiones, solo por hoy. ¿Qué dices? ¿Aceptas?

Me quedo unos segundos mirando la mano que me ha tendido mientras espera mi respuesta y, aunque mi miedo hace acto de presencia y las alarmas empiezan a sonar en mi interior pidiendo que diga que no, decido que sí que merezco esta tregua y pasar una noche agradable en su compañía.

—Acepto.

Agarro firmemente su mano, haciendo borrón y cuenta nueva por el momento y dejando a un lado todas las explicaciones que nos tocará darnos cuando salga el sol. Pero, ¿sabéis una cosa?, siempre he sido más de la luna que del astro dorado.

73



El restaurante está escondido entre unas estrechas calles cerca del hotel donde nos ha tocado hospedarnos. Es un local en apariencia clásico. Cerca de la puerta tienen el típico atril de madera, desde donde van recibiendo a los clientes. Que dispongan de aparcamiento justo al lado es un plus, teniendo en cuenta que está cayendo el diluvio universal. Aunque el olor a lluvia entra de igual manera por las ventanas descubiertas del estacionamiento, dejando en el aire esa sensación de nostalgia que suelen traer consigo las gotas de agua mezcladas con el ambiente.

—Buenas noches, señor Hugh, señorita, tienen su mesa ya preparada. Si son tan amables de acompañarme... —nos saluda el *maître* de sala cuando entramos en el local.

Noto que la presencia de Eiden pone algo nervioso al hombre que nos está atendiendo y que a nuestro paso los camareros sonríen y cuchichean.

Me llevo la mano a la boca para no reírme. Se me hace muy raro ver cómo lo tratan, no conozco esta faceta suya, y a los camareros solo les falta ponerse a hacer la ola o besar el suelo por donde pisamos.

A la persona que ha decidido qué iba a ponerme hoy, que todos sabemos que ha sido Samara, le ha parecido buena idea que yo lleve un vestido midi de satén amarillo, con manga francesa, combinado con unos tacones verde hierba. Un estilo ideal para un día de lluvia torrencial a mediados de otoño; menos mal que ha tenido la consideración de añadir también un abrigo muy mono y unas medias para que no muera congelada. Casualmente es un vestido que me compré hace meses, medio obligada por mi amiga, con intención de ponérmelo en alguna ocasión especial que ella ha decidido que sea esta noche. El pelo me lo he recogido en una coleta alta, rollo *clean look*, porque no me apetecía mucho peinarme. No me juzguéis, ¿vale? Os recuerdo que he tenido un día muy muy duro. Eiden va vestido con un pantalón de pinzas y camisa negros, que le quedan como un guante; no hace falta que os diga que está tremendo así vestido.

Nuestra mesa está apartada del resto, en una especie de reservado. Las paredes están decoradas con un papel pintado con rosas rosas y del techo cuelga una lámpara de araña con cristales de colores.

Agradezco que estemos solos, pero por otro lado me hace sentir un poco rara, algo fuera de lugar; no estoy acostumbrada a estas atenciones.

—¿Qué te ha hecho antes tanta gracia? —pregunta Eiden cuando nos sentamos a la mesa.

—Verá, señor Hugh, no sabía que había venido esta noche acompañada de una celebridad —respondo en broma.

—No soy ninguna celebridad, señorita, pero no voy a negar que en el sector soy algo conocido. Y quizá haya elegido este restaurante, en el que sé que saben quién soy, para impresionarte.

¿No es lo que intentan hacer siempre los viejos amigos que se reencuentran después de muchos años?

—¿Y quién eres ahora, Eiden Hugh? —planteo con verdadero interés.

Tengo curiosidad por saber cómo se ve a sí mismo tras tanto tiempo.

Veo como se está debatiendo sobre qué respuesta darme.

—¿No prefieres descubrirlo por ti misma?

Sus ojos atrapan los míos y siento el peso de su mirada en cada centímetro de mi ser. La piel me empieza a arder.

—No lo sé.

Y es la verdad.

Se crea una especie de atmósfera densa, como los días de tormenta. Eiden entreabre los labios para decir algo, pero se detiene.

—¿Qué ibas a decir? —pregunto valiente.

—Nada, que eres preciosa.

—Ejem, disculpen, les traigo la carta. Tómense el tiempo que necesiten.

Salvada por la campana, porque ¿qué le iba a responder a eso?

—No será necesario. Lia, ¿te importa que pida yo por los dos? ¿Confías en mí?

El calor sigue aumentando...

—Adelante —digo.

Con una destreza que me deja con la boca abierta, Eiden pide varios platos de la carta, e incluso intercambia alguna sugerencia con el jefe de sala. Es impresionante verlo en su entorno; sin duda este es su mundo y es algo que me hace sentir muy orgullosa. Ver como ha evolucionado, notar su confianza y su seguridad en lo que

está haciendo... La pregunta que le he hecho iba en serio. ¿Quién es ahora Eiden Hugh?

—Perfecto, ¿alguna cosa más? —plantea el empleado que nos está atendiendo, y me saca de mis pensamientos.

—De beber nos gustaría una botella bien fría de Castillo de Bodiam y una botella de agua. De momento eso es todo, gracias.

—Gracias —agradezco yo también al camarero devolviéndole la carta—. Menudo despliegue; ¿te has dejado algo por pedir? —bromeo con Eiden.

—Bueno, es que he pensado que tendrías hambre, y estos platos, los que he elegido..., verás, las recetas son mías y quería que... quería que los probaras... Además, así, al tomarnos nota de todo, nos molestarán lo menos posible después.

Mierda, resulta que Eiden, versión madura, también es jodidamente adorable.

—Me encantará probar tus recetas —contesto risueña.

—Estás muy guapa, por cierto.

—Gracias, me he puesto lo primero que he encontrado, literalmente —digo sonriendo—. Tú también estás muy guapo.

—Debo confesar que yo sí que he pensado en lo que me iba a poner. —De su boca se escapa una media sonrisa que me corta la respiración.

—Vas vestido entero de negro; por muy buena percha que tengas, es difícil impresionar vestido así.

Mentira y gorda; él sería capaz de impresionarme hasta con un saco de patatas, pero nunca lo admitiré en su presencia.

—Eso lo dices porque no has visto aún el tanga de color rojo que llevo, nena.

—Ni lo voy a ver.

—Pues tú te lo pierdes...

Llega el camarero con las botellas y al ratito vuelve con los entrantes; está todo buenísimo y Eiden me va detallando el proceso de cada plato y cómo fue después enseñar a prepararlo al chef del restaurante donde estamos cenando. Vuelvo a ver en sus ojos ese brillo de pasión al explicarme todo el proceso y mi pecho se llena de orgullo, por verlo realizado y feliz.

—¿Y qué me cuentas de ti, Lia? ¿Has sabido algo de tus padres durante estos años?

—Me gustaría poder decirte que sí, pero la verdad es que no, no he sabido una palabra de ellos. Es triste, ¿verdad?, que hayan olvidado por completo que tienen una hija y que no se hayan molestado en saber algo de ella. Pero no pasa nada, intento estar en paz con esa parte de mi pasado y supongo que el perdón terminará por llegar con el tiempo. En el fondo me hicieron un favor siendo como fueron, de esa manera pude aprender por las malas qué no quería en mi vida. Por fin vivo como siempre he deseado y me encanta mi trabajo. Hace unos meses creé un club de lectura con las señoras del pueblo, las adoro tanto... Están loquísimas.

—Algo me contó Margorie, sí...

Su respuesta me da a entender que, durante este tiempo, él sí ha preguntado por mí.

—¿Hablas con Margorie de mí?

—A veces... ¿Por qué me has llamado a mí, Lia?

Esa pregunta me pilla totalmente desprevenida y me tenso.

—Pues... pues porque tu número es el primero que se me ha ocurrido...

—Venga, no me jodas. De todos, ¿el mío es el primero que se te ha venido a la mente?

—Vale, quizá tu número es el único que me sé de memoria, Eiden.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Que tu número es fácil de recordar?

—Lia... —me advierte.

—Pensaba que esta era una cena sin explicaciones. Solo dos viejos amigos que se han reencontrado y se están poniendo al día. —Mi voz suena nerviosa cuando las palabras salen de mi boca.

—Tienes razón, perdona.

Me remuevo incómoda en la silla, con tan mala suerte que se me cae la copa encima de sus pantalones.

—Mierda, perdón, lo siento mucho —me disculpo absolutamente colorada.

—No te preocupes, no pasa nada.

—Sí, sí pasa. Espera, déjame que te ayude a limpiarlo.

Me acerco a él servilleta en mano y le empiezo a intentar secar el líquido que he derramado en sus pantalones. No caigo en que lo que estoy secando es la zona de su entrepierna hasta que comienzo a notar que algo se está poniendo duro. Eiden me coge de la mano con firmeza y me para.

—Lia, déjalo, que lo estás... Por favor, para. —Su voz suena ronca y sus pupilas están dilatadas.

Al darme cuenta de la situación abro mucho los ojos y vuelvo a notar como el calor sube por mis mejillas.

—Oh, oh, claro, mierda, perdona, yo, no...

—No pasa nada, pero, si querías ver el tanga rojo, no hacía falta que me mancharas los pantalones, con pedírmelo habría sido suficiente —bromea Eiden partiéndose de risa.

—Vete a la mierda... —contesto yo también riendo y muerta de la vergüenza.

Pero ¿en qué narices estaba pensando para limpiarle a conciencia el paquete con una servilleta? Definitivamente, mi parte racional: *not found*.

74



Durante el resto de la cena mantenemos un ambiente distendido; intentamos olvidar el incidente del vino y disfrutar de la comida. La verdad es que estaba todo exquisito y el trato ha sido de diez. El chef ha salido a charlar un rato con nosotros al terminar; bueno, quien dice «nosotros» dice «con mi acompañante». Ha sido un poco momento frikifán absoluto, con un «¿Te importa que nos hagamos una foto?» incluido.

Estamos subiendo hacia nuestra habitación. Estoy un poco nerviosa al pensar que vamos a tener que compartir cama, no os voy a mentir. Pero voy a esforzarme por parecer una persona adulta y me tragaré los nervios y haré que no se noten, o por lo menos lo intentaré. Veremos si me sale bien.

—¿Has pensado cómo vamos a dormir? —pregunta Eiden.

—Pues tú en un lado y yo en el otro.

—Qué graciosa eres. Lo digo en serio, no me importa dormir en el suelo si te vas a sentir incómoda o...

—Eiden, por favor, somos adultos, hemos mantenido una relación y ninguno de los dos tiene pareja a la que le pueda molestar la situación, ¿no? Creo que podremos ser capaces de dormir en la

misma cama sin sentirnos incómodos. Yo no tengo ningún problema, ¿lo tienes tú?

Juraría que ha sonado bastante creíble, ¿verdad? La realidad es que por dentro estoy hecha un flan, pero habíamos dicho que le cerrábamos la puerta al miedo y enterrábamos los nervios, y eso es lo que estoy intentando. Mandadme fuerza, que la necesito.

—No-no, Lia, por-por mí tampoco hay problema. Voy-voy al baño a cambiarme, ¿o quieres ir tú primero? —Titubea al decírmelo.

—No, ve tú primero, yo espero.

Un momento, ¿está inquieto? Su forma de hablarme algo insegura me está indicando justo eso, quizá también es porque está cansado.

La puerta del baño se abre y él sale con el pelo húmedo, despeinado y con solo unos bóxers negros Calvin Klein, que me hacen tragar saliva lentamente y quedarme un rato, quizá demasiado, mirándolo.

Y entonces lo veo, el tatuaje nuevo al completo y con todo detalle que adorna su pecho. Dos alas abiertas, pero sus plumas son como arañazos, y, en el centro de estas, el dibujo de una flor que hace que se me instale un nudo en la garganta. La misma que adornaba la pulsera que me regaló la primera Navidad que pasamos juntos, la flor de loto. Me devuelve la mirada al descubrirme contemplando ese dibujo permanente en su piel, con una sonrisa canalla en todo su esplendor, diciéndome «Aquí me tienes, siempre has estado aquí». Si en algún momento he pensado que había un ápice de inseguridad en él, ya no queda resto alguno de ella.

—Puedes pasar tú cuando quieras.

—Sí, claro. Voy a coger el pijama que he visto antes que había en la bolsa. Desde luego que, para ser algo totalmente inesperado, has pensado en todo.

—Habíamos dicho sin explicaciones, Lia —me recuerda.

Me meto en la ducha y dejo que el agua se lleve el nudo que se ha formado en mi garganta al ver ese tatuaje. Quizá le estoy dando demasiada importancia y no significa lo que yo estoy pensando, pero es mucha coincidencia que, de entre todas las figuras que puedes escoger para marcar tu piel, sea esa flor la elegida, pero tiene razón: hemos hecho una tregua y esa no es una conversación que vayamos a tener ahora.

Estamos amontonando en un rincón las cosas por decirnos, y en algún momento caerán esparcidas por el suelo y quizá alguna sea pisoteada cuando intentemos recogerlas.

Nos acostamos cada uno en el mismo lado de la cama en que dormíamos cuando estábamos juntos, y aunque sea un gesto natural por pura costumbre, no puedo evitar sentirlo como un recordatorio de que nuestra historia no tenía un punto final.

Nuestros cuerpos no se rozan lo más mínimo y aun así esa maldita electricidad está latente; bastaría una pequeña chispa para que todo empezara a arder. El silencio nos sorprende de golpe como un traidor que acaba de ser descubierto, porque deja al desnudo nuestras respiraciones, que están muy lejos de estar tranquilas y acompasadas.

—Voy a apagar la luz. Buenas noches, Lia.

Y en esos momentos me parece la mejor de las decisiones.

—Buenas noches, Eiden.

75



Me despierta un peso que arde en mi piel. No sé qué hora es. Intento moverme, pero algo me lo impide. Giro un poco la cabeza y veo que Eiden me está abrazando. Supongo que a lo largo de la noche nos hemos movido hasta terminar demasiado juntos. Yo tengo la camiseta del pijama un poco levantada y es justo donde está reposando su brazo, por eso lo noto tan caliente.

Su cabeza está apoyada cerca de mi cuello y siento su respiración en él. Intento librarme de su abrazo y lo que consigo es justo lo contrario, Eiden me aprieta con más fuerza y me pega mucho más a su cuerpo. Noto como algo muy duro se clava en mi glúteo y entiendo que es imposible que sea su móvil, pero estas cosas suelen pasar, ¿no? Es algo involuntario. No hay problema, es algo natural.

—Necesito ir al baño —susurro.

Su respuesta es incomprensible, pero no solo no me suelta, sino que además empieza a darme besitos por el cuello.

Vale, mierda, eso me parece demasiado placentero.

—Chisssssssssst, chisssssssssst, Eiden, despierta, me estoy haciendo pis... Eiden...

Muevo un poco el culo intentando que así se espabile.

—Hummm... estás juguetona. ¿Así te gusta...? —murmura aún medio dormido apretando su polla aún más contra mí.

—¡Eiden! —Esta vez levanto un poco la voz y parece que funciona porque se despierta sobresaltado.

—Hostias, Lia, perdona, estaba soñando que, bueno, lo-lo siento, no pretendía... —se excusa mientras me suelta.

—No te preocupes, es que necesito ir al baño. He intentado zafarme de ti y no despertarte, pero ha sido imposible, duermes como un lirón.

Me levanto y corro hacia el baño.

—Hacía mucho que no dormía tan bien —oigo que dice a mi espalda.

Mientras estoy en el baño acaricio el trozo de piel en el que minutos antes había estado su brazo. Aún siento su calor si paso la mano; cierro los ojos y me tomo un momento antes de volver a la habitación.

Al regresar lo encuentro sentado en el borde de la cama mirando hacia la puerta del baño, hacia mí, pensativo. El ambiente ha cambiado; no sabría explicar muy bien en qué, pero a estas alturas es absurdo negar que algo pasa.

—¿En qué piensas? —pregunto mientras me voy acercando a él.

—En que creía que había olvidado lo jodidamente bien que me siento al despertarme a tu lado, pero acabo de descubrir que no, no había olvidado la sensación, solo la echaba de menos, y no sé cómo voy a poder volver a estar sin ello de nuevo.

Eso me pasa por preguntar. Y aquí están otra vez esas mariposas revoloteando en mi interior, anunciando la resurrección de algo que nunca estuvo muerto. Me pongo delante de él, me abraza y apoya la cabeza en mi vientre, levantando un poco la camiseta y dejando un reguero de besos suaves por él. Su incipiente barba roza esa parte

desnuda de mi cuerpo, en el tortuoso camino que están dejando sus labios, y hace que se me erice la piel.

—Lia, me muero por sentirte de nuevo. No te haces una idea de lo mucho que te deseo. De lo mucho que me haces falta.

Y no es necesario que diga nada más porque yo me muero por lo mismo. Me acomodo a horcajadas encima de él y lo beso, y en ese beso le doy todo cuanto tengo. Le doy mis miedos, mis explicaciones, mis preguntas, mis anhelos, mis años sin él, mis risas y mis llantos. Y cuando ya no queda más, cuando tan solo quedo yo, también se lo entrego. Él responde al beso con pasión, con años de frustración, con ferocidad, con castigo, siendo un poco territorial pero tierno a la vez, cayendo y dejándose ir en mí.

Después del beso nos miramos a los ojos; apoya su frente en la mía.

—¿Estás segura?

Ambos sabemos que no podemos contener el deseo mucho más, no estando en la misma habitación, no cuando la telaraña ya está terminada y nosotros nos hemos enredado en ella; es imposible parar esto.

—Aún es de noche, técnicamente nuestra tregua sigue vigente, podemos modificarla y ser dos amantes que se han reencontrado, sin preguntas, solo tú y yo, hasta que salga el sol. Quiero que me hagas el amor, Eiden —le propongo esta vez yo a él.

—Vas a hacer que pierda la cabeza, joder.

—Me hago cargo, te ayudaré a buscarla si hace falta.

Me froto contra su erección, un gruñido escapa de su garganta diciéndome sin palabras que le gusta lo que acabo de hacer.

Libera mis pechos del pijama lentamente y empieza a jugar con ellos, su mirada fija en la mía; una mano acaricia uno y su boca tortura el otro. Ahora la cabeza estoy a punto de perderla yo, porque

esto es un tormento delicioso. Suelto varios gemidos y comienzo a mover las caderas en círculos frotándome más contra él.

—Miénteme, Lia, miénteme y dime que el tiempo no ha pasado, dime que no es verdad que llevo seis años sin hacer esto contigo, sin sentirte.

—No puedo decirte eso, ojalá pudiera. Lo único que puedo ofrecerte es esta noche. ¿Te conformas con eso? —pregunto mientras paso la lengua por la comisura de su labio.

—No, nena, lo quiero todo. Pero por ahora me vale.

Clava las manos en mis caderas y me levanta a pulso para darnos la vuelta y volvernos a tumbar en la cama. Se baja los bóxers y todo él, en su esplendor, es un regalo para mis sentidos. Intento deshacerme del pijama, pero me frena.

—De eso nada, quiero ser yo quien te desnude. Es una lástima que ya no lleves el vestido amarillo, porque he pasado toda la puta noche soñando con subírtelo hasta arriba y follarte con él puesto para después arrancártelo a jirones y hacer que te corrieras en mi boca.

—El vestido ya no me lo puedes arrancar, pero lo otro puedes hacerlo —propongo traviesa.

—¿Estás haciéndome una proposición? —dice mientras se deshace de mi pantalón de pijama y aparta las braguitas para rozarme con las manos en la ingle.

—No, te estoy diciendo que puedes comerme entera y hacer que me corra en tu boca si eso es lo que quieres, aunque no puedas arrancarme el vestido —contesto levantando un poco las caderas, porque está jugando alrededor de mi sexo por encima de las braguitas, suavemente, tomándose su tiempo, torturándome, y necesito más. Empiezo a sentir la humedad entre mis piernas y creo que puedo arder en cualquier momento.

—Pero sí que puedo arrancarte las bragas.

Dicho y hecho: el sonido de la tela al rasgarse resuena a la vez que mi respiración se agita en cuanto siento como su lengua se abre paso entre mis pliegues, separa mis piernas y me sube una a su hombro para tener más acceso. En esta postura todo se siente mucho más, estoy mucho más expuesta a él, y lejos de intimidarme lo que consigue es excitarme al máximo. Su lengua sigue lamiendo mi clítoris y yo estoy perdida en las olas de placer que me produce su boca.

—¿Te gusta, nena? Joder, qué bien sabes.

—Sí me gusta, así, no pares, fóllame con los dedos —suplico entre gemidos, que salen sin poder retenerlos.

—Me encanta cuando me pides que te dé más. ¿Vas a gritar mi nombre cuando haga que te corras, Lia?

Sigue comiéndome entera, lamiendo, succionando, parando cada vez que me lleva al borde del orgasmo. Cuando introduce los dedos en mi interior yo ya estoy más que perdida, olvidándome hasta de cómo me llamo, solo puedo sentirlo a él en cada parte de mi piel.

—¿Quieres que siga, Lia?

—Sí, no pares.

Comienza a mover la lengua con movimientos más profundos y rápidos al ritmo que hunde los dedos más dentro de mí, acompasando las dos cosas; el orgasmo llega a mí invadiéndolo todo, sin pedir permiso, haciendo que arquee la espalda y grite su nombre.

—Eiden...

—Sigues volviéndome loco, voy a follarte, cariño; joder, no te haces una idea de la cantidad de veces que he imaginado este momento, llevo años anhelándolo.

Asiento sin poder articular palabra, aún navegando en mi propio placer.

Saca un preservativo de la bolsa de viaje y se lo pone, se sitúa encima de mí y me penetra de una sola vez, intenso, profundo, rudo, pero se siente tan en casa que asusta un poco. Nuestros cuerpos nos están diciendo a gritos que da igual el tiempo que haya pasado, siguen acordándose el uno del otro; se añoraban, se necesitaban y nos lo están haciendo saber. Nuestras bocas están perdidas entre besos, recogiendo nuestros gemidos mientras jugamos a olvidar, mientras nos dejamos llevar por este baile lascivo.

Eiden sube el ritmo de las embestidas y mis caderas lo acompañan; mis pechos se mueven al ritmo frenético de las sacudidas y nuestra piel transpira y brilla a la luz de la luna que entra por la ventana. Siento como se empieza a formar en mi interior otro orgasmo, subo una pierna en su espalda y me enredo en él mientras meto una mano para tocarme al tiempo que me clava una mano en el muslo.

Continúo sintiendo sus embestidas rápidas y profundas, entrando y saliendo de mí, cada vez más rápido, más intenso.

—Me voy a correr, Lia.

Me penetra una última vez dejándose ir por completo y yo hago lo mismo. Atrapamos entre besos los gemidos del otro mientras él termina dejándose ir, sale de mí despacio y me besa en los labios. Nos quedamos un rato tumbados mientras nuestras respiraciones se recuperan.

Volver a tenerlo cerca, tocándome, pasando suavemente su mano por mi espalda, es delicioso. Pierdo la noción del tiempo; comienza juguetón a darme besos por el cuello mientras siento como se está volviendo a formar su erección, pero, antes de que me pueda dar la vuelta para corresponder a sus besos, se levanta y desaparece en el

baño. Oigo el sonido del agua de la ducha al caer y él asoma la cabeza desde la puerta.

—¿Vienes? —pregunta con una sonrisa juguetona en los labios.

No hace falta que me lo piense, claro que voy...

Esta noche no solo hemos follado, también hemos hecho el amor, y entre jadeos se nos han escapado muchas verdades. Hemos terminado exhaustos, enredados entre las sábanas. De esa manera es como nos encuentra el sol, que permite que sus rayos se vayan colando lentamente entre los huecos que dejan las cortinas, avisándonos así de su llegada; la intermisión ha acabado y ahora debemos enfrentarnos no solo a las explicaciones que nos debíamos, sino también a las consecuencias de la noche.

76



Abro los ojos un poco desubicada y me cuesta un rato ser consciente de dónde estoy. Me desperezo en la cama sin nadie a mi lado y noto una punzada de dolor en las piernas. Mierda, ¿tengo agujetas? Efectivamente, tengo agujetas producidas casi seguro por la sesión de sexo nocturno, maravilloso, fantástico, fabuloso.

—Vale, Samara, menos mal que esta vez se han dado prisa —dice Eiden, que está hablando por teléfono con mi mejor amiga—. Ya, ya lo sé, bueno, sí, pero eso es algo que pienso cambiar, sí, sí.

¿Cambiar? ¿De qué demonios están hablando?

—Pues llegaremos cuando lleguemos, no empieces. Vale, que sí, pesada... Venga, adiós. Te quiero.

Desde luego, aunque haya oído esa conversación, al tener como referencia solo las palabras de él, no me sirve de mucho. Lo único que saco en claro es que ya podemos volver a casa.

—Buenos días, dormilona —me saluda cuando ve que estoy despierta.

—Buenos días.

—La loca de mi prima me acaba de llamar para decirme que ya han restablecido el acceso al pueblo, tu coche ya va camino del taller

y yo ya estoy listo para bajar a desayunar cuando tú quieras.

—Vale, demasiada información para mi cerebro sin cafeína. Voy a vestirme.

Me da paso con la mano dejándome entrar en el baño. Cuando lo hago veo más ropa perfectamente doblada, esta vez unos vaqueros y una camiseta de manga larga básica verde, además de ropa interior. Pero esta maleta ¿qué es?, ¿como el bolso de Mary Poppins? Por si me quedaba alguna duda, está claro que aquí ha metido la mano mi amiga, doña más es más.

Me aseo rápidamente, porque mi piel y mi pelo olían a él y a sexo del bueno.

Salgo con las energías renovadas. Mi ex me espera sentado en el borde de la cama vestido con unos Dockers verdes y un polo blanco, y una chaqueta reposa sobre sus piernas. El negro le queda bien, pero el blanco hace que su piel bronceada resalte aún más.

—Yo ya estoy, ¿vamos? —pregunto.

—Vamos.



Un café doble después, mi cerebro funciona mucho mejor.

—Entonces, mi coche está de camino al taller, ¿no?

—Efectivamente. Les he dicho que te llamen en cuanto sepan algo más.

—Gracias por encargarte de ello. ¿Y podemos volver ya a casa?

—Sí, podemos, pero había pensado que quizá, como ayer no pudiste ir a Airadale a hacer las compras, podríamos ir juntos si te apetece. Comer allí y luego volver a River Town. Podríamos alargar la tregua unas horas más.

Ayer... Tan solo ha pasado un día y yo lo siento como si hubiesen sido muchos más, es una sensación muy extraña. Algo así como si el tiempo se hubiera detenido, pero nosotros dos hubiésemos seguido viviendo ajenos a aquello. En unos días celebraré mi cumpleaños y es como si lo hubiera olvidado, ha saltado a un segundo plano. Tengo que comprar aún algunas cosas y, la verdad, no me apetece volver a la realidad, no todavía; quiero seguir un poco más en este micromundo particular en el que nos hemos metido.

—Vale, me parece bien. Con una condición: quiero conducir tu coche.

—¿Qué? Ni de coña, nena. Mi coche es lo más preciado que tengo después de mi polla —contesta mientras esconde las llaves.

—Ese comentario ha sido demasiado hasta para ti. Dame las llaves, Eiden Hugh —ordeno extendiendo la mano.

—De acuerdo, sí, tienes razón. Pe-pero, Lia, trátalo bien, por favor.

—Lo voy a tratar igual que te trato a ti, pequeño.

—Pues estoy jodido, entonces...

—Vete por ahí, Eiden.

Me subo en el Escalade y me pongo las gafas de sol que tiene dentro del coche, al más puro estilo *CSI Miami.*

Bajo la ventanilla del lado del copiloto.

—¿Te llevo a algún sitio, guapo?

—Al fin del mundo, muñeca —me responde él guiñándome un ojo mientras se sube.

Conducir este trasto es tal como había pensado y se parece un poco a su dueño: rápido, directo, muy cómodo, y te deja sin aliento.

—Eiden, ¿te apetece...?

—¿... jugar a Oklahoma? —decimos los dos a la vez.

Nos echamos a reír sin poder evitarlo.

—Venga, empiezas tú —me propone él.

—¿Sigues escuchando la misma música?

—Compruébalo tú misma —dice señalando el equipo de reproducción.

Le doy al botón de encender y comienza a sonar una base por los altavoces del coche que conozco perfectamente: «Gangsta's Paradise», de Coolio, Kylian Mash y Rico Bernasconi retumba dentro del vehículo.

—Por lo menos sigues teniendo buen gusto musical, señor Hugh. Te toca.

—¿Prefieres ser una experta en una cosa o bastante buena en muchas?

—Menuda pregunta de cuestionario de revista. Esperaba más de ti, pero supongo que bastante buena en muchas cosas. ¿Te arrepientes de alguna cosa que hayas o no hayas hecho?

—Sí, de no haber vuelto antes. ¿Eres feliz?

Si me hubiera clavado un puñal, creo que habría dolido menos.

—Sí. —«No del todo, me falta algo, creo que me faltas tú», me hubiera gustado decirle—. ¿Qué es lo que más te gusta y lo que menos de tu profesión?

—Eso son dos preguntas, pero, bueno, como hoy estoy generoso, te voy a contestar a ambas. Lo que más me gusta es toda la parte creativa, encerrarme en la cocina y dejar que fluya, mezclar texturas, sabores, experimentar. Y lo que menos, supongo que es toda la presión que tengo sobre mis hombros. A veces solo me gustaría volver a ser ese chaval que vivía en un pueblo pequeño sin preocupaciones ni problemas de adulto, cuya única preocupación era no pasar el suficiente tiempo con su novia.

Segundo puñal directo al corazón.

—Debes de estar sometido a mucho estrés, ¿no?

—A veces siento que voy sin frenos, Lia. En estos años todo ha sido vertiginoso... Enseguida empecé a destacar en la cocina de Jasper, me dieron el premio y el proyecto de abrir La Rivière surgió muy rápido, casi a la vez. Mi vida pasó de cero a cien en cuestión de año y medio y, aunque estoy muy contento y orgulloso de todo lo que estoy logrando en mi carrera, en ocasiones siento que me ahogo.

Su confesión me deja sin palabras, es una de las pocas veces que lo he visto vulnerable.

—Creo que es normal que te sientas de ese modo; si no fuese así, serías una máquina. Has empezado desde cero en un sitio que no era tu hogar, sin conocer a nadie, tú solo, y te lo has ganado todo por méritos propios. ¿Por eso has vuelto? ¿Necesitabas parar?

—No exactamente, necesitaba reconectar. Volver y cerrar algunos temas.

Me yergo en el asiento del conductor al oírlo decir esas últimas palabras. ¿Seré yo uno de esos temas que tiene que cerrar?

—Espero que encuentres lo que has venido a buscar, Eiden.

—Voy a luchar por que así sea.



Aparco el coche cuando llegamos a Airadale. Después de terminar las compras que tenía que hacer, decidimos dar un paseo. Es un pueblo pesquero muy pintoresco, con las casitas pintadas de blanco y azul; un sitio al que me gusta mucho ir y al que he cogido un especial cariño por todas las veces que he acudido con mi jefa.

Vamos andando sin rumbo, perdiéndonos por sus calles. Cuando nuestros dedos se rozan, comenzamos el tímido juego de acariciar

suavemente la mano del otro mientras admiramos el paisaje.

En cuanto llegamos al principio del espigón nuestras manos ya están entrelazadas. El olor a salitre, los barquitos amarrados, las redes de pesca en el suelo... Supongo que todo fluye para que nosotros nos sintamos aún más libres, como si simplemente fuéramos dos personas enamoradas pasando un día de ocio, disfrutando de la compañía del otro.



Al salir del restaurante, paramos justo enfrente de una casa con el balcón lleno de flores rojas y nos quedamos admirando el precioso contraste de colores: esa fachada blanca con bordes en azul salpicada de ese rojo pasión que lo inunda todo.

—¿Puedo besarte, Lia?

—Odio que me lo tengas que preguntar, Eiden.

Y allí, frente a esa casa, damos por finalizada la tregua que habíamos hecho. En unas horas tocará enfrentarse a la realidad, no solo de las verdades que faltan por decir, sino también de las consecuencias por dejarnos llevar por el deseo y el pasado.

El beso es lento, queriendo alargar el momento, sin prisa, pero con urgencia; un beso dulce, pero con sabor amargo.

En el viaje de vuelta a casa es él quien lleva el coche. Los dos estamos en silencio gran parte del trayecto, por miedo a hablar, por miedo a lo que vendrá después.

77



¿Sabéis quién está esperándome cuando llego a casa? En efecto, Samara. Sabía que estaría allí cuando llegara, porque su vena cotilla es incontrolable y porque es mi mejor amiga, me conoce lo suficientemente bien para saber que la voy a necesitar.

Cierro la puerta y la miro, ella me devuelve la mirada.

—¿No me vas a preguntar nada?

—No, estoy esperando a que empieces tú a hablar.

—¿Y qué te digo, Sami? Todo es una mierda. Estoy hecha un puñetero lío. Y siento que esto me está superando y que en cualquier momento me va a explotar y vuelta a la casilla de salida.

—Si sigues así es porque aún no habéis hablado, ¿verdad?

—Pues no, hemos hecho como una especie de paréntesis mientras estábamos allí. Nos falta todo por decir. Por lo menos ya sabe que me inventé al navideño de Matt, pero, no, antes de que lo preguntes, tampoco se lo he dicho, lo adivinó él solito, ya sabes cómo de perspicaz es tu primo.

—Y burro hasta decir basta. No hubo manera de pararlo cuando se enteró de que necesitabas ayuda. Nunca lo había visto así. Me llamó para que lo ayudara a preparar ropa tuya, porque sabía que no ibais

a poder volver esa noche al pueblo debido a la tormenta. Pero es que solo a ti se te ocurre salir estando en alerta roja y sin batería en el móvil.

—Cuando yo salí de River Town el cielo estaba despejado.

—Pues cuando llamaste a mi primo esto era un puto desastre. Llovía a cántaros y ya habían cerrado el acceso, no sé cómo no acabó en comisaría o con el cepo puesto en el coche, porque por sus santos huevos él tenía que salir. Fue supertemerario, pero no hubo manera de hacerlo entrar en razón. Bueno, ya sabes cómo es.

Esa parte de la versión no la conocía.

—No me contó eso... Me dijo que lo llamaste a mitad del camino para avisarlo de que no íbamos a poder regresar esa noche. No tenía ni idea, pero, claro, siendo así tiene todo más sentido, por eso tenía ya la ropa y también un hotel pensado donde alojarnos.

—Mierda, pensé que eso sí te lo habría explicado. Bueno, pues ya lo sabes —me contesta risueña, como si no acabara de hacer que mis cimientos se hayan movido un poquitito más.

—Pues no, no me lo había dicho, Samara.

—De cualquier modo, tía, no podéis seguir así, esto ya es insostenible. Estáis alargando algo que ya podría estar solucionado si no fuerais los dos un par de bobos. Te lías con él en un callejón como si fuerais dos críos que no pueden contenerse, después de estar años casi sin poder oír ni su nombre, pero sois incapaces de sentaros a hablar y deciros todas las verdades que os quedan dentro.

Quizá estéis pensando que, que precisamente Samara me diga eso, no tiene mucho sentido, conociendo su historia con Kai... Pero es justo por eso, por todo lo que ella ha vivido, que sabe mejor que nadie de lo que está hablando.

—Sami, sé que tienes razón, pero ¿podrías dejar de intentar ser la voz de mi conciencia y limitarte a ser mi amiga? Bastante tengo ya que pensar.

—Lia, te estoy diciendo esto porque soy tu amiga. Estuve aquí contigo y fui testigo de lo que te costó levantarte, volver a ser tú, y sé que para él fue igual de jodido..., y necesitáis hablar, necesitáis cerrar la herida. Y también sé que no me lo quieres contar, pero se te nota en la piel, guapa.

—Que se me nota ¿qué?

—Pues que has follado, reina. No quiero detalles, porque también sé que hay un noventa y nueve coma nueve por ciento de posibilidades de que haya sido con mi primo, y paso, la verdad. Pero hacía mucho que no brillabas así, so perra.

Su comentario me hace reír y creo que esta es la fórmula de nuestra amistad, porque los verdaderos amigos son los que están en las buenas y en las malas, los que te aconsejan, te escuchan, los que son capaces de lanzarte la realidad a la cara, aunque no la quieras oír, y también son esos que logran hacerte reír a carcajadas y conseguir que el peso de los problemas se esfume a golpe de risotadas.

—Y tú con Kai, ¿qué?

—Uy, Lia, los problemas de uno en uno, amiga —suelta mientras me tira un cojín del sofá a la cara.

Voy a seguir su consejo, entonces. Problema número uno al que ponerle solución: hablar con Eiden y no morir en el intento.

78



Está todo listo para la fiesta de mañana y tengo muchas ganas, pero aún no os puedo desvelar mi disfraz, quiero que sea una sorpresa.

Voy camino de El Tres, he quedado allí con Samara. Kai quiere que probemos una nueva creación que le gustaría incorporar a la carta de cócteles; la novedad es que, en vez de líquidos, son sólidos, en formato gelatina más concretamente. A mí la idea me gusta, me parece algo bastante divertido, pero quiere nuestra opinión una vez que los hayamos probado.

Voy directa a la barra, que es donde está ya sentada Samara. No veo a Kai, pero supongo que estará en el almacén cogiendo algo.

—¿Qué tal, rubia? —la saludo.

—Bien, ¿habéis hablado mi primo y tú?

—Tan directa como siempre. Y, no, creo que voy a esperar a que pase la fiesta para hablar con él.

—Vale.

—¿Vale? ¿No me vas a echar la bronca, ni a decir nada más? ¿Vale y ya está? —pregunto extrañada.

—Los dos sois mayorcitos ya para saber cuándo hacer las cosas..., aunque a los demás nos estéis volviendo locos.

A esta le pasa algo.

—¿Estás bien? —vuelvo a preguntarle porque me está resultando muy rara su actitud.

—Perfectamente. ¿Todo en orden? —La pregunta la dirige a Kai, que acaba de llegar.

Mi amigo asiente con la cabeza y yo no entiendo nada de qué narices les pasa a estos dos. ¿Será que han empezado con las gelatinas sin mí?

—Mierda —suelta de pronto Kai.

—¿Qué pasa? —digo extrañada.

—Me he dejado una caja de vasos en el almacén; ¿te importaría ir tú a por ella, Jerry Lee? Mientras voy preparando las *chupitinas*. —Chupito y gelatinas; es Kai, lo queremos así.

—Eso está hecho. Ahora vuelvo, pero no empecéis sin mí, ¿eh?

Definitivamente a estos algo les ha picado; siento que me estoy perdiendo algo esencial y soy incapaz de saber qué es.

Abro la puerta del almacén y, cuando veo que no estoy sola, por fin entiendo que esto es un tipo de encerrona, pero no acabo de adivinar el motivo.

—¿Por qué estás tú aquí? —pregunto.

—Kai me ha pedido que lo ayude con unos barriles —dice levantando los hombros—. ¿Y tú?

—A mí me han mandado a por una caja de vasos...

Oímos la cerradura de la puerta.

—¡Eh! ¿Qué coño hacéis? ¡Abrid la puta puerta! —grita Eiden moviendo fuertemente la manija.

—Lo sentimos mucho, pero nos habéis obligado a hacer esto. No vais a salir del almacén hasta que aclaréis todas las cosas que tenéis pendientes. Y no os molestéis en intentar salir por la puerta del

callejón, porque también está cerrada —oímos que nos dice Samara al otro lado de la puerta.

—Si esto es una bromita, no tiene gracia, chicos. Esta os la guardo, que lo sepáis —los amenazo.

—Nosotros también te queremos, Lia. Cuanto más tardéis en empezar a hablar, más tiempo tardará en abrirse esta puerta. Suerte, chicos —nos vuelve a decir Samara, y oigo como se alejan sus pasos.

—Esto no ha sido idea tuya, ¿no? —le pregunto a Eiden.

—Esta vez estamos en el mismo barco, Lia. No tenía ni idea de lo que tramaban estos dos. No creo que fuera necesario llegar a esto, aunque a mí estar contigo solo en una habitación siempre me va bien.

—Qué bobo eres. Es cierto que tenemos que hablar y aclarar algunas cosas, pero está claro que ellos han pensado que necesitamos hacerlo ya y han tomado la iniciativa. Los veo capaces de dejarnos encerrados aquí hasta Navidad.

—Bueno, si sopesamos las opciones que tenemos, comida la verdad que no hay mucha, pero podemos emborracharnos hasta perder el conocimiento e incluso repetir el proceso varias veces. Y frío tampoco vamos a pasar.

Estamos manteniendo una conversación de besugos, y al parecer ninguno de los dos quiere dar el primer paso y elevar esta conversación al nivel en el que tiene que estar.

—Venga, es verdad que quizá los estamos volviendo un poco locos, tienen parte de razón, Eiden. Nos estamos comportando como niñatos.

—¿«Nos»? Lia, yo no soy el que se ha ido inventando relaciones. Puedes empezar explicándome eso si quieres —me suelta.

Toma, la primera en la frente.

Tendrían que haberme avisado de que iba a necesitar una armadura para protegerme, pero dicen que un buen ataque es siempre la mejor defensa, y contrataco.

—Bueno, sí, claro que podría, pero ya que estamos diciendo lo que no hemos hecho, destacaría que yo no he ido de superheroína a salvar la vida de nadie jugándome la mía propia.

—Oh, claro, perdona por salvarte el culo —me rebate a la defensiva.

—Mi culo no necesitaba ser salvado, Eiden. Solo necesitaba una grúa.

Esto no está saliendo bien... Estamos los dos muy tensos, se podría cortar el ambiente con un cuchillo.

—Pero me llamaste a mí, joder. Llevo intentando acercarme a ti desde que volví, pero no me dejas, Lia.

—¿Y eso no te hace pensar que quizá no quiero que te acerques? —escupo levantando un poco la voz.

Veo como la expresión de Eiden cambia con lo que le acabo de decir. No es verdad que no quiero que se acerque, pero, cuando un animal herido se siente acorralado, muerde, y, desde que él ha vuelto, no sé qué me pasa, pero mi conducta es irracional en todo lo relacionado con él.

Lo más fácil y lógico sería decirle cómo me siento verdaderamente, seguir negando lo evidente solo está consiguiendo complicarlo todo más e incomodar a la gente que nos quiere. Pero me veo incapaz de expresárselo con palabras. Me siento en el sofá que Kai tiene en el almacén y me tapo la cara con las manos.

—¿Es eso lo que quieres, Lia? ¿Que no me acerque más a ti? Porque, si es así, si eso es lo que de verdad quieres, dímelo y ya está, haré todo lo que esté en mi mano para que me veas lo menos posible.

—No, Eiden, no sé por qué he dicho eso, lo siento. Mi cabeza es un completo desastre y cada vez que abro la boca la lío más. Me siento muy tonta por estar comportándome así, pero soy incapaz de hacerlo de otra manera. No consigo controlarme.

—Hablemos, ¿vale? Con calma.

—Vale. Te escucho.

—Lia, creo que he sido claro con mis intenciones desde el principio. He vuelto por ti, porque no he dejado de pensarte ni un solo día; porque ya he vivido lo que es estar separado de ti y no me ha gustado; porque en cada paso que daba siempre estabas presente. Después de seis años sigues aquí, Lia. —Se señala el pecho y mi corazón empieza a latir nervioso.

—No te mentí cuando te dije que tu número es el único que recuerdo de memoria. Aun habiéndolo borrado de mi móvil, lo he marcado tantas veces queriéndote llamar durante estos años que lo tengo grabado y no soy capaz de olvidarlo.

»Esto que te acabo de decir ha sonado superpatético, mierda.

—No, no lo es, dice muchas cosas, ¿no lo ves? ¿Por qué te inventaste lo de Matt?

—Por miedo —confieso al fin.

—Por miedo ¿a qué? ¿A mí?

—Por miedo a nosotros, Eiden. Por miedo a dejarnos llevar sin pensar en las consecuencias, por temor a volver a caer en el pozo sin fondo en el que ya nos metí a los dos, lanzarme al vacío sin cuerda. Lo nuestro no es posible, nada ha cambiado, no en cuanto a lo esencial: yo vivo aquí y tú, en New Lake; no podemos tener una relación y no quiero volver a sufrir.

—Joder, Lia, después de todo, ¿ni siquiera eres capaz de llegar a plantearte ni por un segundo una vida conmigo? Hay muchas formas de tener una relación, ya he estado muchos años sin ti y cualquier

cosa me compensa más que esa. Estoy poniendo todas las cartas sobre la mesa; solo háblame, dame algo a lo que agarrarme para sentir que me eliges a mí, nena. Que nos eliges a nosotros. Que confías en mí. A veces hay que dar un salto de fe. Necesito sentir que me eliges, aunque solo sea por esta vez.

—Me he planteado muchas veces una vida contigo, Eiden. Cada día, desde que te fuiste, llevo cargando con el peso de la culpa por ser tan idiota de no pensar en mi propia felicidad y te elegí a ti por encima de nosotros, te hice desplegar las alas para que volaras y lucharas por tus sueños, eso es el salto de fe que di. Pero lo que me pides ahora no es real y la distancia acabaría con nosotros. No funcionaría, estamos en el punto de salida de nuevo. Y lo mejor es dejarlo así, cuando duele, pero no tan profundo.

Mentira y de las gordas, porque si algo me ha quedado claro con su vuelta es que, por mucho que pase el tiempo, él siempre me va a doler. Cada puta palabra que sale de mi boca quema, arde, deja marcas invisibles en mí. En los dos.

—No lo sabes y ni siquiera quieres intentarlo. Pero no voy a seguir rogando, Lia.

—Lo siento, Eiden. Pero nuestros caminos ya están separados.

—Yo creo que no —murmura él.

—¿Qué?

—Nada, que una vez más me siento como un puto imbécil. Pero al menos en esta ocasión hemos podido aclarar las cosas —añade mientras se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunto, porque ahora mismo mi interior se deshace en gritos diciéndome que necesita sentir su contacto de la manera que sea.

—Odio que me lo tengas que preguntar.

Entiendo su referencia y duele. Nos damos un abrazo, poniendo así una especie de final a nuestra historia. Los abrazos se supone que reconfortan, pero este está partiendo cada uno de mis sentidos en mil pedazos; necesito que así sea, que arañe, aunque sepamos que aún nos queremos, que no hemos conseguido olvidarnos. La balanza está dejando claro que lo nuestro quizá siempre estuvo destinado al fracaso. Intentamos hacer lo correcto, nos dejamos llevar por aquello que pensamos que es lo que debe ser, pero realmente es imposible saber si estamos obrando bien o, por el contrario, caminamos por la cuerda floja y acabaremos estampados contra el suelo.

Equivocarse forma parte de crecer como individuos, el problema es cuando nos empeñamos en no avanzar, en no ver más allá, y nos bloqueamos. Y aunque siento que no estoy en ese punto, estoy completamente paralizada ahora mismo; me veo incapaz de avanzar y supongo que esta es mi manera de protegerme de aquello a lo que no soy capaz de enfrentarme.

—Lia, si decides dar el salto, avísame, estaré ahí para cogerte —me susurra Eiden al oído.

Sale del almacén, en algún momento nuestros amigos han decidido abrir la puerta; yo opto por esperar un poco más. Necesito asimilar lo que acaba de pasar, gestionar que el miedo ha podido conmigo y ha terminado ganando la batalla.

79



Cuando cojo fuerzas, salgo del almacén para encontrarme con mis amigos. Rezo por que Eiden se haya ido. Kai y Samara me esperan fuera con un semblante muy serio. No los culpo por lo que ha pasado, intentaban ayudar y que dejáramos de liar la madeja, así como arrancar una tirita de golpe y no poco a poco, estirando y lastimando la piel, que era lo que estábamos haciendo Eiden y yo mientras jugábamos a olvidar nuestra realidad. Como si esa fuera una verdad fácil de borrar.

—Lia, de verdad que no pretendíamos... —se excusa Samara.

Supongo que ver a su primo salir del almacén ha bastado para que sepan que su plan ha sido un fracaso.

—No pasa nada, chicos, era algo que tenía que pasar. Quizá habría preferido hacerlo en la intimidad y no tener que sufrir esta humillación en público.

Aunque sí que estoy molesta por que hayan decidido por los dos y nos hayan forzado a hablar cuando era algo que habría terminado ocurriendo si me hubieran dejado el tiempo que necesitaba para asimilar todo lo que había vuelto a sentir en las veinticuatro horas

que habíamos pasado en nuestro viajecito exprés, no los voy a mortificar por ello, porque lo hecho hecho está.

—Pero ¿habéis hablado? Nosotros pensábamos que...

Corto a Kai y no lo dejo terminar, no me apetece dar más explicaciones ni escucharlas.

—Chicos, dejadlo, ¿vale? Todo esto ha sido absurdo. Sabía desde el principio cómo iba a acabar; por mucho que sigamos queriéndonos, esto no nos va a llevar a ningún sitio: yo no me iré de River Town. Han pasado los años, pero seguimos en el mismo punto que cuando lo dejamos.

—Pero...

—Kai, no.

Samara le tapa la boca para que no continúe.

—Pero si...

—No sigas, no podemos meternos, es su decisión —lo vuelve a cortar mi amiga.

Estoy demasiado sumida en mis pensamientos para prestar atención a la conversación que mantienen ellos. Necesito estar sola y lamerme las heridas. Ahora mismo iría a cualquier sitio lejos de aquí, pero sigo sin coche, así que me tendré que conformar con mi casa, un moño despeinado, una taza de café y la música más triste que encuentre para soltarlo todo. Me esperan varias horas de escuchar esa lista de reproducción con canciones melancólicas que todos tenemos reservadas para momentos como este.

—Chicos, yo creo que lo mejor es que me vaya a casa. Vamos hablando, ¿vale?

—¿Necesitas que te lleve?

—No, gracias, Kai, he venido con la bici.

Me he comprado una bicicleta eléctrica, que me resulta mucho más cómoda y menos cansada. Y la verdad es que ahora que estoy

sin coche agradezco tener cómo moverme.



Cuando cierro la puerta tras de mí es como si todas las emociones acumuladas de estos días brotaran y salieran hacia fuera y, por primera vez en mucho tiempo, me siento vacía. No me gusta en quién me estoy convirtiendo. Llegué aquí buscando un futuro y mi propia felicidad, salir del infierno donde estaba, y lo había conseguido, o eso creía, y por esa parte me sentía satisfecha, pero a su vez todo se ha vuelto demasiado mecánico y me estoy olvidando de vivir. No me malinterpretéis, soy muy feliz en River Town. Pero por primera vez en años siento que quizá habría tenido que salir un poco más de mi zona de confort, arriesgar más.

Por temor, no he hecho muchas cosas. No he sido capaz de coger las riendas y he dejado que sentimientos oscuros me manejaran. Siento que me he acomodado porque, después de estar en modo supervivencia tantos años, me ha ganado esa burbuja que he construido, pero me falta algo..., tengo la impresión de que necesito dar algunos pasos más para llegar hasta el final, para sentirme completa, viva en lugar de en constante letargo, pero es como si la luz se hubiera apagado y estuviera dando tumbos a oscuras. Quizá crecer demasiado rápido me está pasando factura.

Llegué aquí estando rota y pensaba que las heridas estaban cicatrizadas, pero estoy comenzando a dudar de que eso sea así porque es como si volviera a brotar la sangre de ellas.

Mañana celebro mi fiesta de cumpleaños y todo ha sido relegado. Ya no me hace especial ilusión la celebración. No estoy de humor.

A las doce en punto recibo un mensaje que no esperaba. En la pantalla se refleja como número desconocido, porque no está guardado en la memoria de mi teléfono, pero realmente no lo es... Está grabado en mí y duele. Siempre dolerá.

> Feliz cumpleaños, Lia. Ojalá todo fuera diferente.
> Piensa en lo que te he dicho.

Es igual que cuando estábamos juntos, pues él era siempre la primera persona en felicitarme. Los años que hemos estado sin saber el uno del otro he añorado ese mensaje y hoy, al leerlo, me he sentido muy triste.



Esta noche no solo no he dormido, sino que además no he sido capaz de despejar la mente y no he parado de darle vueltas a todo una y otra vez, entre paredes que parecía que amenazaban con asfixiarme en cualquier momento. Es de las peores noches que recuerdo.

No os voy a engañar, me apetece más bien poco el día de hoy, pero lo haré por Kai y Samara y sé que no terminaré pasándomelo mal si me fuerzo un poco en conseguirlo. Quizá de esa manera me distraiga y logre poner algo de orden en mi cabeza. Eiden no vendrá porque hoy no está en el pueblo, me lo ha dicho Kai hace un rato, cuando me ha llamado por teléfono para felicitarme. Ha tenido que ir a no sé dónde a recoger unos papeles. Tampoco le he prestado mucha atención.

Cuando Samara llega a mi casa, la acompaña un aura de disculpa que ocupa toda la habitación.

—Joder, menuda cara tienes —dice mi amiga según abro la puerta.

—No he dormido lo que se dice muy bien. Gracias por la observación.

—Jo, venga, Lia, no quiero que estés tan de bajón. Hoy es tu cumpleaños, vamos, anda, anímate un poco. Además, esta es la fiesta que siempre has querido hacer... Con la que hemos liado preparándolo todo, como para estar así de abatida, tía.

—¿Me das un abrazo? —pregunto poniendo pucheros.

—Sí que estás mal si estás pidiendo abrazos... Ven aquí...

La verdad es que sí que estoy muy triste. Ahora mismo creo que debería cambiar el *outfit* que he elegido, buscar una peluca azul, unas gafas redonditas y convertirme en Tristeza de *Del revés*; creo que va mucho más con mi *mood* actual.

Después del abrazo y de las tonterías que me suelta Sami, estoy de mejor humor.

—Pon algo de música, tía, que esto, en vez de una prefiesta, parece un velatorio. —Samara, tan delicada como siempre.

—Una lija del seis es mucho más fina que tú, tía.

—Sí, pero una lija de esas no tiene estas manitas para peinarte exactamente igual que tu personaje, así que calla y pon música. Y que sea actual, que con el Ricitos de Oro y su repertorio musical tengo bastante.

—¿Escucháis música juntos? —pregunto a mi amiga con una ceja levantada.

Ella me responde sacándome su precioso dedo corazón. Cuando entro en la aplicación web para poner música, me doy cuenta de que mi email está abierto. Me resulta raro porque tengo la manía de cerrarlo siempre. Me pongo a revisar, por si hay algo importante, ya que a veces me envían a mí, en vez de a la Libreristería, propuestas

para eventos, así que suelo mirarlo cada poco por si se ha colado alguno.

Mientras reviso la carpeta de spam, lo veo; con fecha de hace unos días. El corazón se me acelera y empiezo a sentir sudores fríos por el cuerpo, pero es mi reacción la que me pone en alerta. Vacío la carpeta sin ser capaz de abrir el correo para ver su contenido, bloqueada por completo al ver quién me lo había enviado, como un acto reflejo. Un acto que me indica a gritos que eso con lo que creía estar en paz clama porque aún está en guerra. Después me quedo en una especie de limbo, mirando fijamente la pantalla del ordenador, casi sin pestañear, dándole vueltas a qué pondría en él, arrepentida de haberlo enviado a la papelera y haberla vaciado sin haber sido capaz de echarle un vistazo. Comienzo a sentirme débil, tonta y cobarde. Y odio sentirme así, vulnerable, sin llevar las riendas simplemente por un email.

Y vuelvo allí...



El día de mi decimonoveno cumpleaños salí a merendar con unas antiguas compañeras de clase. Solo quedábamos en fechas señaladas, un poco por compromiso. Esa mañana recuerdo que me desperté con la sensación de que algo iba a pasar. ¿Sabéis a qué sensación me refiero? Se te pone como un nudo en la boca del estómago y no consigues deshacerlo por mucho que lo intentes. Fue algo que noté prácticamente durante todo el día. A las siete y media de la tarde entraba por la puerta de mi casa; todo estaba a oscuras, pero se oían voces, risas, ¿jadeos?, que provenían de la habitación de invitados.

Aún me cuesta recordar todo lo que viví en esos momentos.

Después de descubrir lo que mi padre había hecho e imaginar en qué podría convertirse mi vida a partir de ese instante, empecé a encontrarme realmente mal. Los nervios que había sentido durante todo el día se transformaron en náuseas, corrí al baño y solté todo lo que tenía dentro, cerré la puerta, me senté en el suelo y lloré, lloré tanto que me dolían los ojos; lo hice en silencio, pero quemándome por dentro.

Lloré por mí y por esa niña que se había sentido tan sola en ese mismo baño otras tantas veces, un lugar que me había servido de refugio para sus constantes broncas. Lloré hasta quedarme sin lágrimas y me prometí intentar no sufrir más, pensar solamente en mí, y tratar de sanar. Mis padres decidieron traerme al mundo, sí, pero en realidad no les debía nada y, en cambio, me lo debía todo a mí misma.

No sé cuánto tiempo estuve mirando los azulejos del baño. Cuando oí unos pasos, me levanté deprisa y salí a enfrentarlo y comprobar que mis sospechas eran ciertas.



Y es entonces cuando algo en mí hace clic. Llevo tanto tiempo protegiéndome que me he olvidado de sentir. Para que lo bueno pueda volver a entrar, lo malo también se tiene que sentir e ir. Me ha costado muchos años darme cuenta de esto, pero creo que por fin lo siento. Entiendo que llevo esforzándome por no caer en los mismos errores de mis padres desde que era una niña; que, aunque corté toda relación con ellos, nunca ha sido del todo cierto, que en parte me he engañado a mí misma, porque siempre he mantenido ese hilo

de esperanza de que en algún momento volverían a ponerse en contacto conmigo y que todo habría cambiado, pero el temor por repetir su historia no me ha dejado ser feliz. Me he centrado tanto en no ser como ellos que me he perdido poco a poco por el camino porque, mientras no me enfrente a esas emociones que aún me despiertan y cierre esa parte de mí que haga que consiga estar en paz de verdad con la niña que fui, no voy a poder avanzar y dejar salir y ser la mujer que soy; siempre iré en línea recta sin salirme del camino por miedo, pero la vida también es asumir riesgos, coger curvas, encontrarte piedras y sortearlas si es preciso. Para aprender a correr, primero es necesario saber andar, y llevo años sin hacerlo, llevo años parada. Llevo años sin querer sentir. Debo volver y enfrentarme con el miedo cara a cara y esta vez ganarle la batalla.

—¿Lia? ¿Estás bien? —pregunta Samara preocupada.

—No, pero creo que lo estaré. Necesito que me ayudes, Sami.

—Me estás asustando.

—Me tengo que ir. Necesito que anules la fiesta, que te ocupes de avisarlos a todos. Lo siento mucho, pero no puedo quedarme aquí.

—¿Te has vuelto loca?

Samara está alucinando y es normal, pero jamás he tenido algo tan claro como ahora.

—No, o sí, no lo sé. Pero tengo que hacer esto y lo tengo que hacer ya, no puedo seguir ni un minuto más así. Puede parecer desmedido e irracional que me vaya a marchar así, pero, en serio, necesito hacerlo. Me lo debo.

—Es por lo que has visto en el ordenador, ¿verdad?

—Sí, un email. Era de mi madre y, después de tantos años, no he sido capaz de abrirlo. Me he quedado bloqueada, Samara, y en realidad creo que llevo años así, en una especie de limbo personal, y no me estoy permitiendo avanzar. Alguien me dijo que tengo que

saltar y creo que es justo lo que voy a empezar a hacer. Discúlpate con todos por mí. ¿Podrías llevarme a la estación de autobuses?

—Claro, pero ¿para qué?

—Para volver a mi antigua casa a solucionar algunos asuntos pendientes. Necesito poner punto final a mi pasado para poder seguir mi camino, libre y sin peso en la mochila. No lo hago por ellos, esto lo hago por mí.

Preparo una pequeña maleta y, al recoger varias cosas para llevarme, la veo —casi había olvidado que seguía estando allí, justo donde la dejé hace años—, la cojo y la devuelvo al sitio de donde nunca debería haber salido. Volver a sentirla en mi piel hace que sonría y que regrese a ese lugar donde aprendí a ser feliz, donde reír no costaba y donde, en definitiva, empecé a ser, aunque después los miedos paralizaran esa andanza.

Samara me deja en la estación. Hora y media después estoy poniendo rumbo allí de donde hui años atrás.

Me voy de River Town de la misma manera que llegué, con una bolsa llena de miedos y deseando poder comenzar de nuevo.

80



Cuando llego y me bajo del autobús lo primero que hago es alquilar un coche, no me apetece moverme en transporte público. He descansado algo en el trayecto, pero saco un café de la máquina de la estación, porque una dosis de cafeína siempre va bien.

Y aquí estoy. Frente a mí se alza, tan grande e intimidante, mi antiguo edificio, donde está la que era mi casa, un rascacielos imponente que es tan frío e impersonal por fuera como lo eran algunas de las personas que vivían dentro de él.

Llamo al portero automático sin saber si alguien me va a contestar al otro lado, si me abrirán siquiera la puerta, pero, para mi sorpresa, la respuesta a esas dudas es afirmativa. Subo en el ascensor hasta el ático de mis padres en total y absoluta tranquilidad. Es curioso que cuando por fin decides enfrentarte a aquellas cosas que te han atormentado es cuando más sosegada puedes llegar a sentirte.

La puerta principal está abierta cuando salgo del ascensor y me adentro sin saber quién o quiénes me recibirán.

Hay olores que te transportan al pasado, aunque uno no es realmente consciente de ello hasta que lo descubre. Al volver a entrar en esta casa tantos años después, este olor me lleva de

vuelta a cuando solo era una niña y me escondía en el baño siempre que mis padres discutían. También me veo con diecinueve años recién cumplidos saliendo por la misma puerta por la que muchos años después estoy entrando.

—¿Hola? —pregunto esperando una respuesta.

En el sofá blanco, que apuesto que es de algún diseñador famoso, me espera Leticia, mi madre. Vestida con un traje azul cerúleo, con su melena rubia perfecta, elegante y altiva por fuera, solo queda descubrir si también sigue siendo débil y estando rota por dentro. En cuanto entro en su campo de visión, se pone de pie y veo como junta las manos para intentar que cese el temblor que ha empezado en ellas cuando me ha visto.

—Acalia, has venido... —murmura claramente sorprendida al verme en su casa de nuevo.

—Sí, mamá.

Se acerca hasta donde estoy, me mira de arriba abajo, quizá buscando a la niña que se marchó de aquí. Lo que se encuentra, en cambio, es a una mujer desconocida que le devuelve la mirada. Se lleva las manos a la cara y se arrodilla ante mí, sollozando.

—Lo siento mucho, hija, perdóname; no fui capaz y me di cuenta demasiado tarde. Lo siento mucho, de corazón.

Ese acto de sumisión lo veo innecesario, demasiado sufrimiento hemos cargado durante nuestra vida.

—Mamá, levántate del suelo, por favor. No necesito que te arrastres ante mí. He vuelto para hablar, y para saber si las cosas han cambiado.

Le tiendo la mano para que se incorpore.

Lo único que me dio tiempo a leer antes de quedarme bloqueada y enviar el email a la papelera y borrarlo definitivamente fue el emisor y, en mayúsculas, el asunto, con unas palabras que se me

marcaron a fuego. «A LA HIJA QUE PERDÍ, LO SIENTO. Necesito verte».

—Tantos años perdidos, tanto daño... Te dejé marchar pensando que era lo mejor, cariño. Pensando que realmente, de esa manera, te estaba protegiendo por fin. No sabes cuánto lo siento —sigue sollozando mientras su mano temblorosa me acaricia la cara.

Su tacto me resulta extraño. Cuando era muy pequeña mi madre me abrazaba y me mostraba su afecto y yo lo recibía contenta y feliz, como cualquier niño, pero, con el paso de los años y su espiral de autodestrucción, dejó de hacerlo y este contacto, después de todo lo que hemos pasado, es como cuando te toca un desconocido, incómodo, como una intromisión a mi intimidad, pero a la vez calma algo dentro de mí que no sabía que era necesario apaciguar.

—Vamos a sentarnos y a hablar con tranquilidad, mamá —le propongo.

El sofá es muy bonito y de un diseño espectacular, mezclando la tela de borreguito blanca con madera, pero es muy incómodo. Mi madre no para de mirarme fijamente sin decir nada, lo que hace que el ambiente se vuelva un poco tenso a nuestro alrededor.

—¿Estamos solas? —al fin me atrevo a preguntar.

—Sí, Acalia. Mike..., tu padre —se corrige, aunque bien podría haberlo llamado solo por su nombre de pila, porque de padre no llegó a ejercer nunca— no está.

No he venido hasta aquí para enfrentarme a él, ya le dije todo lo que tenía que decirle y mi historia con él está cerrada, así lo siento. Pero es un alivio saber que no está aquí, y me da esperanzas de que quizá esta vez sí que sea diferente.

—¿Cómo pudiste aceptar aquello, mamá?

—No lo sé, estaba muy perdida, Acalia. ¿Cómo te enteraste? ¿Cómo lo supiste?

—Lo vi. Cuando volví a casa aquel día, oí risas, susurros... Al principio no entendí qué estaba pasando, pero, a medida que me fui acercando al cuarto de invitados, algo en mi interior hizo clic. Él estaba con otra mujer en nuestra casa, contigo drogada en vuestra habitación, apenas a unos metros de distancia. Me empecé a sentir mal y corrí a encerrarme en el baño. Cuando oí que se acercaban pasos a la puerta de la calle los pillé despidiéndose en la puerta —confieso ante la cara horrorizada de mi madre—. En cuanto la chica con la que estaba se marchó, me aproximé aplaudiendo, por la mierda que acababa de presenciar. Su cara pasó de la sonrisa a la más absoluta seriedad. Su piel morena parecía casi translúcida; se había convertido en un fantasma viviente, mamá.

Omito algunos detalles, como que ella era pelirroja, se llamaba Ingrid y era poco mayor que yo en ese entonces, y que se dieron un beso en los labios que me hizo mirar hacia otro lado.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento tanto, tu padre no me dio esa versión. Se calló esa parte y yo no quise, no pude, preguntar más.

—Típico de él. Incluso habiéndolo pillado in fraganti, me lo quiso negar todo, mamá. «No sé qué conclusiones está sacando tu cabecita, pero no es lo que piensas», me dijo sin poder mirarme a los ojos. No pude más y fue entonces cuando exploté y le solté todo lo que sentía, todo lo que no me había atrevido a reprocharle durante aquellos años. Pero su respuesta fue lo que hizo que tuviera que marcharme.

Vuelvo mentalmente a ese momento, a todo lo que le recriminé y a lo que él me respondió...

«¿Sabes? Yo ya no pienso nada, Mike, pero tienes muy poca vergüenza... si es que alguna vez la has conocido. Tu mujer, con la que se supone que has vuelto hace poco, está en vuestra habitación y tienes los santos huevos de traerte aquí a quien sea esa y follártela en NUESTRA CASA, con mi madre a unos metros de distancia. Llevo años aguantando vuestras discusiones, gritos, peleas; oyendo como le dices a mamá que está loca, que todo son imaginaciones suyas; tu respuesta ha sido siempre atacarla de la manera más vil y cruel posible para desestabilizarla y luego poder marcharte sin mirar atrás. Llevo años deseando despertar de esta pesadilla para, una vez más, descubrir que la realidad supera mil veces la ficción. No quiero que me des explicaciones de ningún tipo, quiero que te marches y nos dejes en paz a mamá y a mí, que no vuelvas».



Recordar como me armé de valor y le dije todo aquello me hace sentir muy orgullosa de mí misma.

—Y entonces te contó que yo había aceptado las condiciones, ¿verdad?

—Sí. Afirmó que estabas al tanto de todo aquello, que había sido un requisito para volver a casa, que le habías dicho que no hacía falta que dejara sus «aficiones» para volver contigo. Me horrorizó que definiera con ese término la realidad de serte infiel en vuestra propia casa y me pareció imposible que tú hubieras aceptado semejante aberración, mamá. También me dijo que traer a aquella chica a casa no había sido la mejor idea, pero que él pensaba que yo volvería más tarde, que no tendría que haberme enterado de aquella forma tan brusca y que iría con más cuidado la próxima vez.

—Acalia, yo... —Mi madre no sabe qué decirme, pero yo por fin estoy empezando a liberarme de la oscuridad que me ataba a esos recuerdos.

—*Próxima vez*, mamá. ¿En qué narices se iba a convertir nuestra casa?, ¿en una especie de burdel privado? ¿Esa iba a ser nuestra nueva cotidianeidad? ¿Así íbamos a vivir a partir de aquel momento? Le dije que era un maldito cerdo. Nunca una persona me había provocado tanto rechazo y tanto asco como él. La rabia que sentía cada vez que lo miraba amenazaba con consumirme... y era mi padre. Una parte de mí siempre esperó que todo cambiara, pero ese día la esperanza murió. Así que no pude más. Tú habías aceptado aquella situación, habías dicho sí a vivir bajo aquellas circunstancias, lo habías elegido, pero yo no y me negaba a hacerlo. Me marché aquella misma noche. Fue muy triste asumir que nadie me rescataría de esa situación, que era hora de empezar de cero y buscar mi felicidad, y a eso me he dedicado todos estos años, a intentar hallarla.

—Nos divorciamos de forma oficial hace tres años, después de una larga batalla entre nuestros abogados, y él se marchó, para siempre, Acalia —suelta sin medias tintas—. No sé exactamente dónde está viviendo, nos comunicamos a través del bufete. Prefiero ahorrarte los detalles más feos de esta parte de la historia, al menos esta vez puedo protegerte de ellos. Solo te diré que lo dejé yo y él estuvo suplicando durante un tiempo hasta que me harté y lo bloqueé en todas partes. Ya no se puede poner en contacto conmigo; si lo hiciera, perdería la pensión que le asignaron. Al final parece que todo se resume y se arregla con dinero. Los abogados me aconsejaron que esa era la mejor opción. Si la cosa se hubiera alargado más, incluso se habría podido quedar con la mitad de todos mis bienes y eso sí que no lo podía permitir. Ambos hicimos cosas

mal y, si él hubiera conseguido darle la vuelta a la tortilla, yo habría tenido problemas.

Escuchar que hacía tres años que mi padre se había ido definitivamente y ella no había sido capaz de buscarme hasta entonces me sienta como una bofetada, no os voy a engañar, pero entiendo que también habrá necesitado pasar por un proceso de sanación. Y una parte de mí también se alegra de oír que ha conseguido tomar las riendas de su vida. El dinero, en realidad, nunca ha sido problema, aunque sí que es triste confirmar que fue lo único por lo que se movía Mike.

—Me alegro mucho. Fue un padre de mierda, pero aún peor marido, mamá. Me hace feliz que al final terminaras por darte cuenta de que ese hombre lo único que te hacía era daño.

—No siempre fue así, hija. Al principio era atento, me hacía reír mucho..., pero algo se torció en el camino y no fuimos capaces de reconducirnos ni tampoco ver que él tenía problemas y yo también. Nos fuimos corrompiendo ambos, en vez de ayudar a reconstruirnos. Yo era absolutamente dependiente emocional y de alguna manera él también lo era de mí. Necesitaba su constante aprobación. Entré en una depresión de la que me resultaba imposible salir sola y con el paso de los años todo fue agravándose, la pelota se hizo más y más grande porque se acumulaba en mí tanta culpa que me fue inviable gestionarla. Pensé muchas veces en pedir ayuda, pero la vergüenza y el qué dirán pesaban más, así que era una idea que descartaba cada vez que se me pasaba por la cabeza. Y vuelta a empezar.

Verla reconocer todo eso me indica que realmente tengo ante mí a una persona del todo desconocida, a alguien que ha logrado recomponerse. Alguien que ha sido capaz de buscar ayuda por fin y salir de la oscuridad en la que en cierta manera ella se había sumido.

—No te imaginas lo feliz que me hace oírte decir estas palabras, mamá.

—Fue en gran parte gracias a ti, me diste fuerza para cambiar. Cuando recibí tu mensaje felicitándome la Navidad miré a mi alrededor y lo que vi no me gustó. Empecé a entender cuánto daño te habíamos causado y supe que, aunque me costara, tenía que cortar con aquello, pero no quería arrastrarte aquí de nuevo con nosotros. No fui capaz de llamarte antes, hija, aún estaba corroída por dentro, tenía que salir de esa espiral. No tenía voluntad, pero tus actos fueron los que iluminaron el camino que debía seguir, me hicieron pensar, recapacitar, ver hasta dónde habíamos sido capaces de llegar... Pero la pena me impedía reconocer entonces lo que te estoy diciendo, por eso no me he puesto antes en contacto contigo hasta ahora.

Sé que no está siendo del todo sincera conmigo, pero tampoco me sorprende. De todos los hechos hay dos puntos de vista como mínimo, dos versiones, y entiendo que es imposible reconocer al cien por cien todos nuestros defectos y errores, porque a veces son demasiado dolorosos para admitirlos en voz alta. Incluso, en muchas ocasiones, todas aquellas cosas que sabemos que hemos hecho mal las borramos o nos autoexcusamos para poder sobrellevarlas mejor, pero aun así veo que mi madre ha avanzado mucho. Lo puedo ver y también sentir. Si quiero cerrar este capítulo de mi vida, tenemos que avanzar las dos y poner de ambas partes; hacer leña del árbol caído no tiene ningún sentido a estas alturas.

Rebatirle lo que me está contando y decirle lo que quizá se asemejaría más a la realidad solo conseguiría dañarnos más a las dos. Hay que saber qué batallas dejar pasar por la propia paz mental. Estoy orgullosa de que haya sido capaz de reconducir y

recomponer su vida, y en su mirada veo sinceridad y un brillo que no recordaba y decido quedarme con eso.

—Vales mucho más que él, nunca mereciste la vida que te dio. No erais buenos el uno para el otro. Siento que tuvieras que pasar por todo aquel sufrimiento, mamá.

—Me ha costado años de psicólogos aceptar que no me merecía el trato que me daba, ni los insultos, y que sacábamos nuestra peor versión. El primer año que me separé estuve en un retiro de cuidado personal y allí compartí con otras mujeres vivencias, miedos, inquietudes y ganas. Me vino muy bien para aceptar y asumir muchas cosas. Aunque nunca es fácil reconocer que tu vida jamás estuvo ni cerca de ser perfecta, como intentaba autoengañarme.

Os traduzco lo de «retiro de cuidado personal», porque dicho así suena muy *cool*, pero muy posiblemente donde mi madre estuvo fuera en una clínica de rehabilitación y terapia para mujeres que estaban pasando por lo mismo que ella.

—Cuando salí de allí comencé a ir a terapia y sigo en ella, ahora voy una vez por semana. Me ha ayudado mucho a ponerlo todo en perspectiva y a sanar. Aún me queda mucho trabajo por delante, pero voy pasito a pasito —continúa contándome—. Pero necesitaba verte, hija, y pedirte perdón a la cara. Ojalá hubiera sido capaz de elegirte primero a ti y protegerte de todo. Sentía mucha vergüenza, Acalia, no sabía cómo enfrentarme a todo lo que te habíamos hecho pasar.

—No supiste hacerlo mejor. A veces las circunstancias nos hacen tomar malas decisiones, la vida no nos lo pone fácil y juzgar desde fuera sin saber siempre es más sencillo que salir del agujero en el que estamos. Necesitaba saber que estabas bien, ha sido un pensamiento recurrente durante estos años, mamá. Soñaba con que al final serías capaz de reconducir tu vida. Tu email, y la reacción

que provocó en mí, fue lo que necesité para saber que tenía que venir aquí e intentar dejar nuestro pasado atrás. Esto es lo que me hacía falta para seguir adelante con mi vida y seguir creciendo.

—Acalia, ¿me dejas que vaya a por una cosa?

—Claro, te espero aquí.

Pasan unos minutos y regresa con una cajita de metal en las manos, se sienta de nuevo en el sofá y la pone entre las dos. La abre con manos temblorosas y los ojos llorosos. Saca el contenido y me lo da.

—Después de tu mensaje, cada año te escribí una.

La miro sin saber qué decir. Son postales navideñas, todas escritas de su puño y letra. En todas me cuenta cómo va sintiéndose a lo largo de los años que han ido pasando, lamentándose, volcando su soledad en cada una de ellas. Ya es tarde para contener mis lágrimas, que resbalan sin parar ante las confesiones de mi madre.

—¿Mamá? Esto...

—No pude hacerlo mejor, Acalia, lo siento muchísimo.

—No sé qué decirte. Durante todo este tiempo me había preguntado si en algún momento te habías acordado de mí, y ahora...

—Siempre, Acalia, pero no podía volver a tu vida y convertirlo todo en un desastre otra vez. Sabía que en cualquier sitio estarías mejor que aquí..., aunque admito que me preocupé de saber dónde y cómo estabas. No me enorgullezco de ello, pero envié a alguien para que me confirmara que estabas sana y salva. No pude hacerlo personalmente, porque yo necesitaba recomponerme para que, si volvías algún día, te sintieras orgullosa de mí cuando me vieras.

—Yo...

—Quiero pedirte una cosa, aunque por supuesto soy consciente de que no estoy en disposición de pretender nada de ti, pero...

aunque ahora la respuesta sea que no, me gustaría formar parte de tu vida; conocernos y seguir en contacto.

Conocernos, esa palabra me parece más real que nunca, porque es obvio que somos unas auténticas desconocidas. Yo no tengo ni idea de cómo es mi madre y ella tampoco sabe cómo soy yo. Pero... ¿quiero que forme parte de mi vida después de todo?

—Claro, mamá. No necesito pensarlo. Me gustaría que siguiéramos en contacto, contarte cómo es mi vida y que formes parte de ella.

Estoy dispuesta a conocer a la verdadera Leticia y a esta nueva versión de mí con su madre cerca.

81



Llevo ya dos semanas en casa de mi madre y los días están transcurriendo más rápido de lo que imaginaba. Estamos retomando nuestra relación poco a poco y hemos pasado tiempo de calidad juntas; hemos ido de compras, lo que me ha hecho darme cuenta de que seguramente ella y Samara se llevarían demasiado bien, hemos ido a comer por ahí y, lo más importante, estamos conociéndonos, algo que no habíamos hecho nunca. Cada vez me gusta más la mujer que veo en ella y me siento más cómoda en su compañía. No queda nada de la persona que me crio y con la que conviví durante diecinueve años, es alguien totalmente nuevo; quizá siempre estuvo ahí encerrada, entre las sombras, con miedo a salir, y una vez disipada esa oscuridad su verdadero yo por fin está floreciendo.

Es maravillosa, llena de vida, inteligente y con muchas inquietudes. Quiere volver a estudiar, aunque aún no tiene nada claro qué rama escoger. Este tiempo juntas está sanando partes rotas a pasos agigantados. Deseo de todo corazón que sigamos por este camino las dos. Tengo muchas ganas de que venga a River Town y conozca a mi familia de allí.

Por la noche, tras cenar, vemos juntas *Ha nacido una estrella* y, mientras Ally está cantando «Shallow», le hablo por primera vez a mi madre de Eiden, de nuestra historia a lo largo de los años, de los «y si», de los «pero» y, sobre todo, de mis miedos. Hasta ese momento le había hablado de todos salvo de él; lo había omitido por temor a lo que me pudiera decir. Ella, por supuesto, se había interesado por mi vida amorosa, pero le dije que no había habido nadie importante. Cuando le acabo confesando que sí ha existido ese alguien que le daba la vuelta a mi mundo, no solo no se sorprende, sino que prácticamente parece que solo estaba esperando con paciencia a que yo le abriera esa parte de mi vida.

—Ya me lo suponía, me parecía imposible que no hubieras vivido una historia de amor aún, Acalia —comenta tras mi discurso.

—La verdad es que lo nuestro es complicado, mamá.

—¿Es complicado realmente o lo estáis haciendo complicado vosotros, cariño? Por lo que me cuentas, después de tantos años vuestros sentimientos son más fuertes que nunca, pero os estáis empeñando en negar lo evidente. Si es verdad que ese chico ha vuelto por ti, está claro que lo que siente por ti está intacto, aun con todo el tiempo que ha pasado. Eso debería darte un pequeño empujón para dejar los peros fuera de la ecuación.

—Creo que el problema soy yo y mis miedos, mamá. Yo vivo en un sitio, él en otro, y no sé...

—Mi niña... —Me atrae hacia ella de forma cariñosa y me acaricia el pelo—. El miedo solo sirve para dejar de vivir, te lo digo por experiencia. Nunca dejes de hacer algo por miedo a lo que pueda pasar después. Aunque pienses que tu corazón podrá sufrir, lucha por ser feliz, incluso si eso significa que tengas que salir de tu zona de confort. Estamos hechos para equivocarnos y resurgir, como el ave fénix, hija. Nos empeñamos en hacer difíciles las cosas fáciles.

Ya habéis desperdiciado mucho tiempo estando separados; habéis crecido, habéis madurado, cada uno ha intentado seguir con su vida y, aun así, os seguís queriendo. Yo creo que solo eso ya es una parte importante del camino hecho.

—Ya, mamá, pero a veces solo con el amor no es suficiente. Hay muchos factores que indican que lo nuestro no puede salir bien; la distancia, el principal. Tenemos vidas totalmente opuestas.

—Quizá no, pero es el motor que pone en marcha todo lo demás, mi niña. Sin él nada funcionaría. Y asegurar que saldría mal por la distancia sin haberlo probado es decir mucho. Es un riesgo y no será sencillo, eso desde luego, pero ¿crees que estaríais dispuestos a asumir ese riesgo? Arrepiéntete de cosas que hayas hecho, que hayas intentado, que sin duda son las que te dejarán lecciones aprendidas, y vive, Acalia, vive.

Seguimos viendo la película, pero sus palabras se han grabado en mi mente y quizá tenga razón y lo único que he estado haciendo durante estos años ha sido dar vueltas en círculos por miedo, precisamente, a vivir.

82



Lo primero que hago después de desayunar y todavía con las palabras de mi madre revoloteando en mi cabeza es contestar una llamada.

—¿Cómo van las cosas por allí, Lia? Te echo mucho de menos —dice Samara al otro lado de la línea.

Aunque estamos hablando prácticamente a diario, no deja de repetirme que me añora mucho, que mi ausencia se nota, que se aburre, que todo el mundo en el pueblo le pregunta cuándo voy a volver... Yo también la echo mucho de menos; llevamos años viéndonos casi todos los días y su falta también se me hace patente.

—Muy bien. Ayer fuimos a comer y conocí a varias de sus nuevas amigas; algunas son con las que hace terapia de grupo y eso es genial porque se apoyan las unas a las otras, se comprenden y, lo más importante, no se juzgan, y en momentos así tener a personas que te entiendan creo que es esencial. Es una mujer completamente nueva y se está esforzando mucho, Sami. Pensé que nunca iba a decir esto, pero tengo muchas ganas de que la conozcáis. Y yo también os echo mucho de menos, a todos.

—A todos, pero a mí más, ¿no?

—A *todos* —le recalco.

—Y, entonces, ¿cuándo regresas?

—No lo sé, pero no creo que tarde mucho. Cuando hablé con Margorie por teléfono le dije que me quedaría unas dos semanas por aquí y, aunque me contestó que me tomara todo el tiempo que necesitase, tampoco quiero abusar. Además, falta menos de un mes para Navidad y es una época de locura y mucho trabajo, no quiero dejarla sola. ¿Y vosotros qué tal estáis? ¿Alguna novedad en el frente?

No hace falta que le especifique a mi amiga por quién estoy preguntando y que con ese «novedad en el frente» me refiero a su primo, aunque no suelta prenda.

—Ya sabes, por aquí todo igual, Lia..., cuando vuelvas ya hablaremos. Ahora céntrate en disfrutar del tiempo con tu madre. Y no te olvides de mandarme las fotos de esa tienda gótica que me contaste que habías encontrado. Te quiero —se despide.

—Dalo por hecho. Te quiero, Sami —digo antes de colgar el teléfono.

Me quedo un rato mirando la pantalla del móvil. Ahora que he encajado otra pieza más en el rompecabezas que es mi vida, al retomar la relación con mi madre y ver que poco a poco todo va mejorando, siento unas fuerzas renovadas; siento que algo en mi interior está volviendo a su sitio. Regresar a la ciudad donde me crie y establecer nuevos recuerdos y sensaciones encima de los negativos que tenía me está ayudando a desprenderme de esa fobia sobre ella y a lo que significaría para mí volver a vivir en un lugar así. Tengo mi vida prácticamente encaminada en River Town y soy feliz, pero tal vez es hora también de apostar por mí, de ir un paso más allá. Superados los miedos que siempre han estado conmigo, me veo capaz para enfrentar nuevos retos, quiero ir a por todas. Me

acaricio la muñeca y entonces lo sé. Ha llegado el momento. Voy a recuperar a Eiden.



Después de estar toda la noche dando vueltas en la cama de mi antigua habitación y que mi madre me diga por la mañana que tengo muy mala cara y que quizá debería intentar ponerle remedio ahora que sabe que esa angustia tiene nombre y apellido, me armo de valor y marco su número. No tengo ni idea de qué le voy a decir cuando me responda, solo espero no bloquearme cuando oiga su voz..., pero no obtengo respuesta. Lo único que me devuelve el teléfono es la grabación robótica de su buzón. Pienso en dejarle un mensaje, pero lo descarto por dos motivos: el primero, me parece demasiado frío, no quiero que esa sea nuestra primera toma de contacto. El segundo, Eiden nunca escucha los mensajes del buzón de voz, así que mi mensaje se quedaría en el limbo de las llamadas que descubres que ha habido meses después. Tengo que encontrar otra manera de contactar con él.

Acto seguido llamo a Kai, pruebo también con Margorie y con Samara, intentando saber si está con ellos, pero obtengo el mismo resultado. Parece que han desaparecido de la faz de la tierra. Solo hay una persona en el pueblo que me falta por llamar y pruebo suerte. Responde al segundo tono.

—Hola, Millie. No estará Eiden por ahí, ¿verdad? Es que lo estoy llamando, pero no consigo dar con él. Eres la última persona que me faltaba por llamar para probar suerte.

—No, cielo, no está aquí. Debe de estar en el restaurante. ¿Quién sabe dónde para ese chico? —Millie siendo Millie.

—Vale, vaya... Pensé que... Bueno, no pasa nada, gracias. En unos días nos vemos. Un beso muy fuerte.

—¡Qué alegría me acabas de dar! Vuelve pronto, que esto sin ti es un mar de penas. Adiós, cielo. Cuídate.

Estoy un poco decepcionada, porque no me esperaba que Eiden hubiera vuelto a New Lake, confiaba en que aún siguiera en River Town; al fin y al cabo, me dijo que iba a estar en el pueblo unos meses y mi cabeza eso lo había traducido como más tiempo. Está claro que esta vez, si quiero luchar por lo nuestro, me va a tocar dar el gran salto.

Llamo a mi jefa unas horas después y por fin me lo coge.

—Hola, Margorie. ¿Qué tal todo por allí?

—Perfecto, niña. Todo sobre ruedas. ¿Qué tal estás tú? ¿Y tu madre? Espero que esa señora se esté comportando.

Ella me acogió bajo sus alas y fue testigo de primera mano de cómo llegué al pueblo; digamos que siente algo de recelo aún respecto a que mi madre haya cambiado y no se termina de fiar de ella.

—Todo va bien, puedes estar tranquila. De verdad que ha cambiado. Ya me conoces; si no lo sintiera así, no me habría quedado ni le habría dado otra oportunidad. No soy la misma que se marchó de esta casa, he tenido la suerte de estar rodeada de personas maravillosas durante todos estos años, entre ellas una señora un poco cabezota que vive rodeada de flores; igual la conoces, es una perla, toda una joya... —Intento calmar su reticencia hacia mi madre haciendo referencia a cuando nos conocimos.

—Niña, lo único que quiero es que no vuelvan a hacerte daño. —Su voz suena mucho más tranquila.

—Lo sé, de verdad que lo sé. Y una vez más debo agradecerte todo lo que has hecho por mí... y, abusando de tu bondad, quería pedirte una última cosa.

—Claro, dime.

—¿Te trastocaría mucho si retraso mi vuelta un poco? Hay algún asunto que aún tengo pendiente por aquí y, bueno, no me gustaría volver con eso rondándome la cabeza. Podemos descontar los días de las vacaciones.

—Ay, niña, no hay ningún problema. Ya te dije que podías tomarte el tiempo que necesitaras, lo primero es lo primero. Y como me vuelvas a decir que te descuente los días de las vacaciones, te despido, mira que eres pesada. Además, tengo a Fernando ayudándome en la Libreristería y están todas las señoras del pueblo locas con él. Nada como tener a un autor *bestseller* en la tienda para vender libros.

—Gracias, Margorie. Y no explotes demasiado a Fer. Nos vemos en unos días, tengo muchas ganas de veros a todos. Te quiero.

Colgamos y, ahora sí, ya no hay vuelta atrás. Le cuento a mi madre lo que ha pasado y lo que siento que tengo que hacer.

Su respuesta me anima a ello.

—Ya es hora, Acalia. A veces hay que correr ciertos riesgos para alcanzar lo que queremos.

—Eso parece, mamá. Y eso es lo que voy a hacer.

—Estoy muy orgullosa de ti, hija.

Lo siguiente que hago es buscar la manera más rápida de llegar a mi destino y un alojamiento y pongo rumbo a New Lake.

Si me lanzo, me lanzo a lo grande; solo espero que Eiden esté debajo para recogerme tal como me prometió.

83



Cuando llego, voy directa al B&B que he reservado. Encontré uno supermono muy cerca de La Rivière, el restaurante de Eiden. Solo mi madre sabe que estoy en New Lake y quiero que siga siendo así hasta poder hablar primero con él. A todos les he dado la misma versión, que volvería a River Town en un par de días porque necesitaba pasar algo más de tiempo con mi madre; nadie lo ha dudado.

La habitación que he alquilado es muy bonita y luminosa. Las paredes son blancas con pequeñas motitas rosas; los muebles también son blancos, sencillos pero que a su vez aportan calidez a la estancia. Sonrío al ver la cama con dosel y la alfombra rosa de pelito a sus pies, me recuerda mucho a la que tenía Samara en su antigua habitación. Cuando mi amiga se marchó de casa de sus padres, su madre insistió mucho en que se la llevara —como había sido un regalo de sus tíos, le pareció una gran idea—, pero ella la aborrecía y consiguió convencerla de que era preferible dejarla donde estaba, porque iba a estar mucho mejor cuidada en su antigua habitación que en su nueva casa. Y en eso mi amiga tenía razón porque no

tengo ninguna duda de que, si se la hubiera llevado, habría acabado dentro de una hoguera en el jardín.

El baño de la habitación es pequeñito, pero completo, no le falta de nada. Me refresco un poco después del viaje, me visto y pongo rumbo a darle el giro más importante a mi vida.



Me encuentro frente a La Rivière. Pese a ser un restaurante muy aclamado, con un nombre muy francés y una lista de espera de más de un año, cuyo chef y dueño —*aka* mi exnovio y espero que mi futuro algo— es, además, alabado en el mundo culinario de todo el planeta, su aspecto por fuera te deja con la duda de si realmente te encuentras en el sitio adecuado o, por el contrario, te han pasado mal la ubicación.

Una de las paredes está llena de grafitis de colores vibrantes; el resto de ellas están cubiertas por un cristal negro opaco que impide ver el interior del local. Justo por encima de la puerta se puede leer, en letras de neón blancas, el nombre del restaurante y nada más. Los diversos colores de los dibujos hechos con los espráis contrastan con la oscuridad y sobriedad de los cristales, todo muy *underground*, muy elegante, muy gamberro y, en definitiva, muy Eiden.

En la entrada me encuentro con un chico —camisa blanca, pantalones negros, pelo morado y un septum en la nariz— que me recibe con una sonrisa cuando me acerco. Como el establecimiento aún está cerrado, no hay mucha gente. Doy por hecho que es un trabajador de aquí.

—Buenas tardes, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? Aún falta un rato para que el local esté abierto al público.

Su forma de dirigirse a mí es totalmente opuesta a su aspecto algo rudo.

—Hola, buenas. Estoy buscando a Eiden Hugh. Soy una amiga. No sé si ha llegado ya; si es así, quizá podría entrar y decirle que lo estoy buscando. Gracias.

—¿Sería tan amable de indicarme su nombre? No quiero importunarla, pero como comprenderá aquí llega mucha gente preguntando por el chef, y uno de los recursos más utilizados suele ser ese precisamente. No se hace una idea de la cantidad de supuestos amigos que tiene el señor Hugh.

No termino de acostumbrarme a que Eiden sea tan popular en general y tan reputado en el campo de la gastronomía, pero tiene todo el sentido que se aseguren bien antes de dejar entrar a alguien desconocido.

—Sí, claro, perdone. Mi nombre es Acalia James. Soy una vieja amiga del pueblo donde creció. Quizá debería haberlo llamado antes de venir, supongo que esto no ha sido una buena idea... —Doy vueltas al móvil que tengo en las manos porque estoy nerviosa, me estoy empezando a sentir un poco tonta.

No he vuelto a intentar llamarlo desde que lo hice estando en casa de mi madre y tampoco he respondido yo a sus llamadas. Quería darle una sorpresa viniendo aquí, pero no he pensado que acceder a él no iba a ser como cuando vas al bar de tu tío Peter. No obstante, no paso por alto que, en cuanto pronuncio mi nombre, el gesto del joven cambia.

—Oh, perdone, ¿usted es la señorita Acalia? Disculpe las molestias. Por supuesto que estaré encantado de avisar al señor Hugh y dejarla pasar, pero lamentablemente él no se encuentra aquí.

—Vaya, ¿sabe quién soy?

Me sorprende que este chico sepa de mi existencia.

—Así es. El señor Hugh dejó una lista con nombres de amigos y familiares para los que siempre hay una mesa disponible si así lo desean.

—Oh, claro, sí. Eiden siempre tan detallista. ¿Y sabe sobre qué hora llegará? Puedo pasarme más tarde, no tengo ningún problema. Mi alojamiento está muy cerca.

Intento disimular, porque cada vez es más patente mi sentido del ridículo.

—El problema, señorita, es que el señor Hugh, hasta donde yo sé, no tiene previsto venir, por el momento.

Genial. Me encanta cuando mis planes salen bien; nótese la ironía.

No estoy entendiendo nada. Si no está aquí, ¿dónde está?

—Oh, por supuesto, qué tonta he sido. Me he debido de confundir con las fechas, lo mejor será que lo llame por teléfono. Perdone por haberle hecho perder el tiempo, muchas gracias y disculpe las molestias.

Me despido del muchacho del pelo morado y me doy la vuelta. La necesidad de salir corriendo aumenta con cada paso que doy; si no lo hago es por no seguir haciendo el ridículo.

Dejarme llevar por mis impulsos como si mi vida se hubiera convertido en una comedia romántica de los noventa no está resultando ser muy buena idea. Sigo andando, aumentando la velocidad a medida que me voy alejando del restaurante, y a su vez me voy autocompadeciendo.

Me siento muy ridícula por la situación que acabo de vivir. Supongo que, cuando improvisas tanto, lo más probable es que te pase como a mí y la acabes pifiando, al menos a veces. Intento darle la vuelta a la situación. Tengo dos días para hacer turismo y conocer New Lake. Este lugar es muy distinto a River Town, empezando por su clima, que no es tan húmedo como en mi amado

pueblo, ni tan frío. Aquí se respira un rollito surfero y muy chic. Algunos sitios ya han puesto la decoración navideña y el contraste me está resultando muy interesante.

Mi objetivo sigue siendo el mismo, lo único que mi reencuentro con Eiden va a tener que esperar un poco más, por motivos obvios. Ahora tengo que ocuparme de saber dónde está.



Después de perderme un poco por las calles colindantes, me paro en una pequeña cafetería que llama mi atención; es como transportarme a otro lugar. Una gran cristalera deja ver todos los expositores, que están llenos de galletas, bollos, tartas... Tiene un pequeño toldo, típico francés, verde con rayas blancas, en el que se puede leer el nombre de la cafetería, MINNI COOKIE. La fachada está pintada entera de verde, así como la puerta de entrada. Dentro la estética del local sigue la misma línea, salvo por el color, porque predominan el blanco y el rosa empolvado. Las mesitas son redondas, con patas de hierro forjado a juego con las sillas. Lo único que no parece sacado de uno de los jardines de Versalles es el mostrador, la cafetera y la zona de cobro, que cuenta con un modernísimo ordenador.

Es como si el destino me estuviera dando una compensación por lo mal que me está saliendo todo hasta este momento. Como todo tiene una pinta increíble, decido entrar. Me recibe el sonido de una campanita al abrir la puerta y aparece una chica rubia, guapísima, que lleva un vestido vaporoso y un delantal blanco con flores, y que se dirige a mí con voz cantarina y risueña.

—Hola, buenas tardes. ¿Necesita una carta para ver nuestras especialidades o tiene claro lo que quiere?

—Hola. La verdad es que tenía pensado tomarme solo un café, pero, con todo lo que hay, creo que sí necesito ver la carta, muchas gracias.

Me da la carta y el móvil que tiene en su delantal empieza a sonar. La chica me sonríe y se disculpa mientras contesta.

—Hola, Dylan... Sí, le puedes decir a Enzo que llame él directamente a Bree... Claro, no hay problema, él ya sabe que tiene una mesa siempre que quiera... Bueno, te dejo, que hay clientes esperando. Sí... Un beso. Te quiero.

Se mete en el almacén y me deja con la difícil decisión de elegir lo que quiero comer de todos estos dulces.

Me decanto por un White Chocolate Mocca con sirope de caramelo salado y una *mousse* de mango, yogur y jengibre, que es una de las especialidades de Navidad. Repito, todo tiene una pinta increíble.

Cuando termino y pago, salgo del local contenta al haber descubierto un sitio muy bonito al que sin duda volveré durante mi estancia en New Lake, porque había dos galletas que me han hecho ojitos y no me iré de aquí sin probarlas.

84



La noche en el alojamiento resulta ser muy interesante, por decirlo de alguna manera. Digamos que la casa en la que me alojo es muy bonita, pero bastante antigua, y se oye absolutamente TODO... y cuando digo «todo», me refiero a la parejita de enamorados que está en la habitación de al lado, pared con pared. Que sí, que son muy cuquis, muy amorosos, pero demasiado explícitos e intensos y, sobre todo, muy muy ruidosos; no sé si estáis entendiendo lo que quiero decir. En conclusión, que no he dormido nada, vaya nochecita me han dado esos dos.

Mi *planning* para el día de hoy es sencillo: lo primero será volver a la cafetería que descubrí ayer, pedirme un café doble y dos de las deliciosas galletas que se me antojaron. Después pasearé sin rumbo por las calles, yendo a donde mis piernas me quieran llevar; mi intención es perderme por la ciudad sin más pretensión que estar conmigo misma y comprar algún adornito nuevo para el árbol de Navidad, como un Papá Noel en bañador haciendo surf o algo así.

Estoy mensajeándome con mi madre justo cuando llego a la cafetería. No me doy cuenta de que, cuando me dispongo a entrar, alguien está saliendo y justo al levantar la cabeza me golpeo con un

torso duro y musculoso. Me cuesta reaccionar porque el olor que me invade me resulta demasiado familiar. Huele a casa, huele a... Pero eso es imposible, ¿no? Me lo tengo que estar imaginando, el no dormir y la falta de cafeína deben de estar pasándome factura. Eso o estoy empezando a volverme loca, no descartemos posibilidades antes de tiempo.

—Perdona, iba... Estaba distraída y no te he visto.

—¿Lia?

Su voz, esa voz que oí por última vez hace dos semanas en una despedida que dejó un sabor agridulce, en la que el miedo tomó la batuta y lideró gran parte de aquella conversación.

—¿Eiden? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

—¿Yo? Creo que la pregunta correcta sería ¿qué se supone que haces tú aquí? Creía que estabas en casa de tu madre, Samara me contó que te habías marchado allí. Y como no me has devuelto ninguna de las llamadas, pensé que...

—Sí, allí estaba, hasta ayer... Bueno, yo... Hablé con Millie y ella... Ella me dijo que estabas... Y yo pensé...

En algún momento de mi vida quizá aprenda por fin a comunicarme como una persona adulta medianamente funcional, porque en la actualidad queda patente que aún no lo he conseguido. Él me mira atónito, no sé si porque no he sido capaz de formular una frase coherente o por el hecho de que no se crea del todo que esté frente a él, en New Lake.

Cojo aire e intento ordenar las palabras que tengo amontonadas en la cabeza y que quiero decirle; quizá no es el mejor sitio para tener una conversación de esta índole, pero, qué narices, el hecho de que haya cruzado medio país ya lo hace lo suficientemente especial, ¿no? Si esta circunstancia no es lo bastante romántica, que

venga el mismísimo creador de momentos de purpurina y arcoíris y me lo diga a la cara.

—Perdona, vuelvo a empezar. Yo estaba en casa de mi madre, pero llamé a Millie y ella me dijo que estabas en tu restaurante y yo... yo... aún tenía muchas cosas que decirte en River Town, así que, como di por hecho que no ibas a estar allí, vine aquí para darte una especie de sorpresa, pero luego me dijeron que no estabas y no sabía qué hacer... Y ahora de repente choco contigo... —Miro la pulsera con la flor de loto que llevo en una muñeca, esa que me volví a poner antes de salir de mi casa, esa que él me regaló hace años, y pronuncio las palabras que tanto tiempo llevo queriendo decir—. Y he saltado, Eiden.

No dice nada, solo sonríe.

—¿Tiene sentido algo de lo que te estoy diciendo? Estoy muy nerviosa, lo siento —pregunto con el corazón a mil.

—No me he enterado de la mitad de las cosas que has dicho, nena. Pero me da igual, joder. Estás aquí... No me lo puedo creer, Lia.

Siento que las grandes manos de Eiden me agarran por la cintura y me acercan a su cuerpo. Es un movimiento rápido, por lo que no me da tiempo a reaccionar. Posa su frente sobre la mía y me mira directamente a los ojos; aún se vislumbra cierta incredulidad en ellos, como si no creyera posible que sus dos mundos hubieran colisionado por fin, para hacer uno nuevo, uno lleno de posibilidades.

Todavía no he podido confesarle todo aquello que siento y que se me está haciendo bola en mis entrañas; me tiemblan las manos y llego a pensar que mis piernas pueden fallarme en cualquier momento. Veo que los labios de Eiden se acercan a los míos, despacio, pero decididos. Mi cerebro, pilotado en estos instantes por

un elfo distraído dando saltitos y haciendo piruetas cuquis, hace que gire la cara y lo que se iba a convertir en un beso en los labios, tierno y bonito, un beso que firmaría nuestro nuevo comienzo, pase a ser un simple beso en la mejilla, como cuando la carroza de Cenicienta se convierte de nuevo en calabaza, algo frío y distante.

«Muy bien, Lia, tú sí que sabes conquistar a un viejo amor».

Podéis reíros o hacerme la ola, lo dejo a vuestra elección.

No os voy a engañar, el ambiente se ha vuelto un poco raro. Le acabo de hacer la cobra al tío del que estoy enamorada y por el cual estoy dispuesta a darlo todo y empezar de cero. Retomar nuestra historia.

Oímos la campanita de la puerta de la cafetería y eso ayuda a destensar un poco la maraña de nervios en la que estoy sumida; salvada por la campana y nunca mejor dicho. Del local sale una chica alta, con unas curvas de infarto y una melena roja larguísima, al más puro estilo de la princesa Ariel. Lleva en la mano un cartón con dos vasos grandes que supongo serán cafés y una bolsita de papel en la otra. Se para justo delante de él, que ya no está agarrándome porque ha retrocedido unos pasos.

—Ya lo tengo todo, pichoncito. Cuando quieras nos vamos al restaurante —dice la pelirroja dirigiéndose a Eiden.

¿«Pichoncito»? ¿Qué narices...?

—Gracias, Bree; ¿te importaría ir pasando? Enseguida te alcanzo —contesta él a la misteriosa chica, que al parecer se llama Bree.

—Claro, guapo. —Y le da una cachetada en el culo.

La pelirroja se va en dirección a La Rivière sin reparar en mi presencia; vamos, que ha pasado de mi cara. Quizá decir que yo estoy flipando es quedarse corta. No estoy entendiendo nada, me he quedado de piedra; por el cuerpo de *David* de Miguel Ángel ahora mismo debe de correr más la sangre que por el mío.

No soy tonta, soy consciente de que en estos seis años no habrá guardado celibato, yo tampoco lo he hecho; somos humanos con necesidades afectivas y físicas, no rocas. Pero una cosa es saberlo y otra muy diferente es presenciarlo, y más cuando yo estoy aquí para que hubiera un nosotros, o por lo menos para intentarlo.

—Perdona, quizá esto no ha sido buena idea. Lo último que quiero es molestar, seguro que tienes muchas cosas que hacer. Lo mejor será que me vaya —expongo un poco cohibida y violentada por la situación.

Mi valentía del día anterior se ha ido con la melena al viento de la tal Bree.

—¿Qué? Pero ¿por qué dices eso, nena? Es cierto que tengo que ir a resolver unos asuntos al restaurante, pero, joder, estás aquí. Es que creo que estoy viviendo un puto espejismo, en serio. Estás aquí, eres real —asegura volviendo a poner las manos en mi cintura, como si aún le costara creer todo lo que está pasando—. ¿Te gustaría acompañarme? Me encantará que conozcas La Rivière. Luego, en cuanto termine de hacer lo que tengo pendiente, seré todo tuyo y podré... podremos ver la ciudad. Me muero por enseñarte lo que ha sido mi vida aquí.

Su sonrisa, con los hoyuelos de la perdición incluidos, no se ha desvanecido de su cara casi desde que hemos chocado por casualidad, pese al momento cobra. Y la ilusión de sus ojos hace que la escenita que acabo de presenciar se difumine, aunque no entienda muy bien lo que ha pasado ni por qué está actuando tan normal. Pero no es el momento ni el lugar y me dejo llevar. Yo aún tengo todo por decirle y quiero pensar que este asunto tendrá una explicación lógica.

Pero ¿y si esa chica es su algo más? Es posible. Si ambos trabajaban juntos, como parece ser, habrán pasado muchas horas

compartiendo espacio, y ya se sabe que el roce hace el cariño. La otra posibilidad, la que mi corazón de escorpio me grita que es la correcta, aunque mi cabeza trate de acallarla, es que solo son muy buenos amigos, como Kai y yo. Sea lo que sea, no me voy a ir de aquí sin aclararlo todo con él. Y como me dijo mi madre, si salto y acabo herida, terminaré recuperándome; pero por él, por nosotros, valdrá la pena intentarlo.

—Claro, voy contigo.

85



El interior del restaurante es muy minimalista, enteramente gris y negro, con una tenue luz cálida que lo hace muy íntimo y sensual. Las mesas, cuadradas, mezclan madera oscura con metal y mármol y están bastante separadas unas de las otras, dando una privacidad necesaria a los comensales. El ambiente huele a flores y ámbar. Todo el conjunto resulta muy embriagador.

—¿Qué te parece? —pregunta atento a mi reacción.

—Es impresionante. No me imagino las horas y el esfuerzo que habrás invertido para llegar a materializar este proyecto. Es muy tú. Me encanta.

—Gracias. En parte todo esto también es gracias a ti, Lia. No creo que hubiera sido posible si tú no me hubieses empujado a perseguir mis sueños. Me gustaría un montón que pudieras ver como ponemos en marcha los engranajes del restaurante, porque la cocina vacía pierde todo su encanto, pero aún es pronto para que llegue el equipo. Ahora, sin los cocineros y pinches, está incompleta, como sin alma.

Eiden se sitúa detrás de mí y posa una mano suavemente en mi cadera para guiarme por el amplio local. No sé si es por el ambiente,

por su cercanía, por la pasión con la que habla, pero enciende algo dentro de mí que me hace sentir que todo lo que hemos pasado al estar separados ha merecido la pena si el destino final es este.

—Te estás poniendo muy serio y me estás preocupando, señor Hugh.

—Quizá estoy intentando parecer más interesante para ver si de esa manera consigo un beso de esos preciosos labios, señorita James —pronuncia en tono algo burlón y riendo.

Ya sabía yo que no iba a pasar por alto el momento cobra.

—Si sigues así de pragmático, quizá sí que consigas ese beso. Pero creo que antes deberíamos hablar, Eiden —le contesto.

Necesito quitarme este peso de encima y soltar todo lo que tengo que decirle.

—Vale, tienes razón, Lia. Vamos a mi despacho, allí podremos charlar tranquilos.

—¿Dónde te has metido? Está Jasper al teléfono, otra vez. ¿Puedes atenderlo tú para que así me deje en paz a mí? —nos interrumpe una voz femenina desde algún punto del establecimiento.

—Ese hombre será un genio en la cocina, pero es más pesado que coger a un puto elefante a pulso —protesta Eiden—. Lo siento, Lia, pero no nos dejará en paz si no lo atiendo. ¿Te importa? Intentaré que sea lo más breve posible.

—Claro, no hay problema. Te espero aquí.

Se marcha y yo me doy la vuelta para seguir admirando el local, pero me topo de frente con unos ojos verdes y una melena roja; la chica se sorprende al verme.

—Hola. Creo que no nos han presentado como es debido. Soy Brianna, aunque todo el mundo me llama Bree. Trabajo con Eiden desde... desde que llegó aquí. Tú eres... eres Acalia, ¿verdad?

—Hola. Sí, soy yo.

Al parecer en ese sitio todo el mundo con el que me cruzo sabe quién soy.

—Te voy a confesar que en algún momento llegué a pensar que eras alguien inventado, que no eras real. Aquí, a mi colega el chef, cuando bebía se le iba la lengua un poco y empezaba a hablar de ti como alma en pena; lo dejaste algo tocadillo. Cuando he oído que te llamaba Lia y luego tu voz, no me lo podía creer. La llamada del pesado de Jasper me ha venido genial para comprobar que efectivamente existes de verdad y no eres una alucinación de Eiden.

—Bueno, pues sí, hasta donde yo sé, soy real.

—Y muy guapa, ¡guau! Se quedaba corto cuando hablaba de ti.

¿Quién es esta chica y de dónde ha salido? No sé si sentirme intimidada o halagada. Lo que está claro es que realmente, en nuestro encuentro casual fuera de la cafetería, no ha reparado en mi presencia, porque, si no, no se haría ahora la sorprendida.

—¿Quién se quedaba corto? Veo que Bree ya se ha presentado ella misma. Perdona por cualquier chorrada que haya soltado por su boca, la verborrea es parte de su personalidad —suelta Eiden colocándose a mi lado y agarrándome por la cintura.

—No te pases, que puedo empezar a largar anécdotas de tus peores noches... Y dime que ya has aclarado las cosas con ese pesado, por favor —contesta Bree a Eiden poniendo las manos a modo de súplica.

—Algo así, he hecho lo que he podido. La próxima vez que llame, dile que me contacte directamente a mi teléfono personal, que os deje trabajar tranquilos a vosotros. Y si sigue dando por culo, tendré que tomar otras medidas.

—Por cierto, antes de que se me vuelva a olvidar, Anna quiere saber si sigue en pie el plan de hoy. Igual Lia se apunta también. Uy,

perdona, ¿puedo llamarte Lia? —pregunta Bree en tono amigable.

—No, no puedes. Y no creo que... —bufa Eiden a la vez que contesta por mí, pero lo corto antes de que siga.

—Sí, claro que puedes. No sé cuál es el plan de hoy, ni quién es Anna, pero me encantará ir —afirmo.

—Claro, qué tonta soy, es que yo siento como si te conociera de hace tiempo, pero tú no tienes ni idea de quiénes somos... Anna es mi mujer, llevamos tres años casadas —explica orgullosa levantando la mano derecha y enseñándome su alianza—. Tiene una pequeña cafetería cerca de aquí y hemos quedado con ella en ir a merendar. Se va a morir cuando te conozca.

—Pues entonces, sí, sin duda me encantará ir y que me contéis alguna de esas anécdotas vergonzosas de Eiden.

Él pone los ojos en blanco y suspira.

—Genial, chicos. Nos vemos luego, ya os dejo solos para que... para que habléis.

Se despide de Bree diciéndole por señas y entre bromas que se va a enterar y ella le saca la lengua burlándose de él. Desaparece al meterse por una de las puertecitas de lo que imagino que será algún tipo de zona de descanso o despacho.

Al parecer mi corazón tenía razón y Bree y él son solo muy buenos amigos. Una parte de mí agradece no haber tenido que enfrentarme también a la ex de mi ex. *More drama? No, thanks*. La otra parte también está feliz porque haya encontrado apoyo en alguien en New Lake, salta a la vista que ambos tienen mucha complicidad.

—Perdona por la espera y por el numerito. Bree y yo nos conocimos en las prácticas en el Saison de Jasper y, bueno, ya ves que es un poco intensa, desde entonces no me la he podido quitar de encima. Digamos que, cuando nos conocimos, ambos estábamos pasando un mal momento y nos dimos apoyo mutuo. Anna, su

mujer, es la propietaria de la cafetería donde nos hemos encontrado. No lo tuvieron fácil en su relación y, resumiendo, nos fuimos haciendo confidentes y amigos con el paso del tiempo. Las dos son un gran pilar para mí. Me alegra que las quieras conocer, aunque no me beneficie en absoluto, porque estoy seguro de que van a airear todos mis trapos sucios esta tarde.

—Así que ellas conocen tus secretos oscuros, es bueno saberlo.

—¿Debería preocuparme?

—Puede... —contesto riendo.

—Anda, vamos, creo que tenemos una conversación pendiente, nena.

86



Su despacho contrasta del todo con el interior del restaurante. Tiene todos los muebles en blanco, paredes claras y es muy luminoso; son dos zonas completamente opuestas. Supongo que ha querido separar ambos espacios.

En su mesa puedo ver que hay un marco de fotos de madera oscura, y en esa foto aparecemos los cuatro, su prima, Kai, él y yo, en aquellas vacaciones de primavera, sonriendo a la cámara, sin saber que nuestras vidas estaban a un paso de cambiar para siempre.

Parece mentira cómo el destino juega con nosotros, cómo damos las cosas por sentadas cuando en realidad lo único que nos pertenece es el presente, el ahora.

Cierra la puerta tras de sí y me ofrece asiento en un sofá Chester color verde menta. Una vez más, un silencio cargado de electricidad hace acto de presencia. Me muero de ganas de besarlo, pero antes quiero dejarle claro que si he ido hasta allí es porque apuesto por nosotros.

Él se sienta a mi lado y espera a que sea yo la que empiece a hablar. Voy a procurar resumir todo lo que tengo pensado decirle en

algo directo que ambos entendamos.

—Las semanas que he pasado con mi madre me han hecho ver que, por mucho que lo niegue, sigo... sigo enamorada de ti, Eiden. Y que ahora sí puedo avanzar. Por eso, si tú quieres, podemos... podemos intentarlo.

Veo como sonríe y le brillan los ojos.

—Claro que quiero, Lia, nunca en todos estos años te he podido sacar de mi cabeza ni de mi corazón. Te quiero, joder, te quiero muchísimo. Siempre he estado loco por ti, nunca he dejado de estar enamorado.

—He saltado, por fin. He dejado todos mis miedos atrás. Ya he vivido en el que pensaba que era mi sitio seguro sin ti y no quiero hacerlo más. Estoy dispuesta a estar donde sea, siempre que sea contigo. Juntos.

—Claro que lo has hecho y no sabes las ganas que tenía de oírte decir eso por fin. Juntos —afirma desviando la mirada a mi muñeca —. La llevas puesta.

—Sí, la cogí antes de irme a casa de mi madre. Era una forma de recordarme por qué estaba volviendo allí.

—¿Y por qué era?

—Para poder volver a ti. Nunca me la debería haber quitado. Te quiero, Eiden.

Antes de terminar la frase ya estamos enredados; él hace desaparecer el espacio que hay entre nosotros en ese Chester y nuestras bocas se encuentran al fin.

Nuestros labios se funden, abriéndose paso entre las brumas de nuestro futuro, sabiendo que por fin estamos en la misma senda, juntos. Hemos tenido que luchar, hacer cada uno nuestro propio trabajo personal, dejar los miedos, los peros y los interrogantes en la

cuneta y aprender a confiar el uno en el otro, a sanar, a saber que por fin vamos los dos hacia el mismo destino.

Ese primer beso lo enlazamos con otros, más pausados, con caricias que se unen y manos que empiezan a buscar la piel que se esconde bajo la ropa, sabiendo que ya no hay prisa, que no tenemos que escondernos, que al fin somos un nosotros.

—Y ahora ¿qué? —pregunto riendo aún contra su boca.

—¿Ahora? Joder, ahora viene lo mejor...

—Ah, ¿sí?

—Y tanto que sí, nena. Pero aún... aún es pronto para decírtelo, Lia. Necesito algo más de tiempo, necesito que confíes en mí. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Claro que podré —musito contra su boca.

Lo único que ocupa casi todos mis pensamientos ahora mismo es poder pasar el máximo tiempo posible con él antes de volver a River Town.



Estar en compañía de Bree y Anna es genial, aunque debo reconocer que la efusividad de la dueña de la cafetería al conocerme me ha resultado un poco incómoda al principio. Es una chica muy simpática, pero demasiado intensa; irradia el nerviosismo por la piel, aunque a medida que ha ido pasando el tiempo se ha tranquilizado bastante y el ambiente se ha vuelto más relajado.

—¿Sabes que fue Eiden quien descubrió que este local estaba en alquiler? —me plantea Bree.

Veo como él agacha la mirada y niega con la cabeza, restándole importancia a la historia a la que está haciendo referencia Anna.

—Es muy modesto, pero sabía que Anna quería abrir su propia cafetería, para poder servir también sus dulces y galletas, y, en cuanto pasó por delante de este establecimiento, lo vio claro: aquí Anna podría empezar su sueño. Si Minni Cookie existe en gran parte es gracias a él, que me llamó rápidamente para que no nos lo quitaran. No abundan los locales por esta zona, y cuando Eiden nos avisó ya había mucha gente interesada, pero lo conseguimos —cuenta Bree mientras yo pongo la mano sobre la pierna de Eiden. Sé lo buena persona que es y lo poco que le cuesta ayudar a aquellos a quienes quiere.

—Los tres hacéis un buen equipo —apostillo. No me puede hacer más feliz saber que él ha logrado tener su propia familia en una ciudad tan grande—. Este sitio es mágico, Anna, has sabido plasmar a la perfección el aura especial y el encanto de las auténticas *pâtisseries*, tienes mucho talento.

—Gracias, eres encantadora, Lia. Ojalá hubiera más gente como tú en el mundo.

—Entonces, ¿vosotros dos volvéis a estar juntos? —pregunta la pelirroja sin mucho miramiento.

—Bree... —la advierte su amigo.

—Sí, volvemos a estar juntos —afirmo con firmeza—. Y vosotras, ¿cómo os conocisteis? —Tengo curiosidad por saber un poco más sobre ese asunto, después de que Eiden me haya comentado que tuvieron un inicio complicado.

—Esa historia es un poco loca y nos daría para escribir un libro. Aunque las dos somos de aquí, nos conocimos un poco lejos. Bree estaba trabajando como camarera en un evento deportivo a la vez que estudiaba cocina y yo acudí allí con mi primo Dylan, que es el representante del deportista de élite Enzo Silva. Me hacía mucha ilusión acudir a una de esas fiestas y me llevó por lo pesada que me

puse. Y digamos que la atracción fue instantánea y que una cosa llevó a la otra.

—Pero se nos olvidó intercambiarnos los teléfonos y todo quedó como un rollo de una noche, hasta que tiempo después coincidimos en un bar de New Lake por casualidad y, aunque hemos tenido nuestros altibajos, de los que Eiden ha sido testigo... —sigue contando Bree.

—Ahora estamos felizmente casadas —termina la frase Anna irradiando triunfo en su voz.

La tarde va pasando mientras me cuentan anécdotas de Eiden y él, muerto de la vergüenza, intenta en vano que ellas dejen de hablar. Nos despedimos de las chicas, prometiendo que nos volveremos a ver pronto.



Hemos decidido ir a recoger mis cosas al B&B, queremos exprimir al máximo el tiempo que tenemos juntos. De camino allí, Eiden me cuenta un poco más sobre la relación de Anna y Bree. La familia de la primera nunca aceptó su relación con una mujer y todos la dieron de lado, menos su primo Dylan y la madre de este. Me resulta muy triste que aún haya este tipo de prejuicios y se ponga en duda que el amor es amor. Y, sobre todo, que estos juicios provengan de las personas que se supone que deberían apoyarnos y protegernos. Me alegro de que hayan superado los obstáculos en su historia de amor y que ellas formen parte de su vida, porque de alguna manera también van a estar en la mía.

Antes de que Eiden tenga que volver al restaurante, me lleva a su ático, en el que pasamos el resto del día. Se mudó hace cuatro años

del antiguo apartamento que alquiló cuando llegó aquí. Desde la terraza se puede ver toda la ciudad, tras la que se está empezando a esconder el sol.

Entre risas, besos, caricias y su enorme cama, el tiempo se nos escapa de los dedos. El atardecer da paso a una nueva despedida, Eiden tiene que ir a trabajar y yo regreso a River Town muy temprano al día siguiente.

—Ojalá pudiera volver mañana contigo, Lia. Pero tengo que quedarme aquí un día más para acabar de solucionar algunas cosas. Además, estamos ultimando los detalles del menú especial de Navidad y los chicos tienen que seguir practicando alguna elaboración. Y como has podido comprobar, Jasper está causando algún que otro problema, pero espero poder dejar zanjado ese tema para volver y seguir disfrutando de ti, de mí, de este maravilloso cuerpo. —Va depositando un reguero de besos en la piel que ha dejado libre la camiseta suya que llevo puesta.

—No pasa nada, a mí también me gustaría poder quedarme y seguir disfrutando de ti y de esta cama, pero me marché de una forma un poco abrupta y no quiero abusar de la confianza de Margorie. No me ha puesto pegas en todo el tiempo que he estado fuera, pero todo tiene un límite y no me gustaría traspasarlo. Además, un día se pasa volando. Me da pena no ver el restaurante en acción, pero ya habrá otra oportunidad. —Busco su boca para besarlo.

Mientras se viste para marcharse al restaurante, caigo en la cuenta de que esta, posiblemente, sea la primera despedida de muchas. Si hemos apostado por un futuro juntos, vamos a tener que pasar tiempo separados, yo en River Town y él en New Lake. Porque, aunque yo estoy más que dispuesta a ir al fin del mundo por él, la realidad no es tan sencilla como en un cuento de hadas y

habrá momentos difíciles a los que nos tendremos que enfrentar, y estar separados va a ser uno de ellos. ¿Tengo miedo? La verdad es que no. Si echo la vista atrás, soy consciente de lo que llevamos a las espaldas, de todo lo que hemos superado y, sobre todo, de que ni el tiempo ni la distancia han conseguido ganarnos la partida.

Estoy sola en su piso, un poco aburrida. ¿Y qué hace una cuando se aburre? Come, y más si su novio es un reputado chef que cocina a las mil maravillas. Cojo uno de los platos que me ha preparado para que cene y me pongo una película romántica navideña, de estas que ya sabes que son malas antes de empezarlas. Al rato veo que la pantalla de mi móvil se ilumina y que está entrando una videollamada. Es el chico de mis sueños. Me peino un poco rápidamente y contesto.

—¡Hola! —saludo poniendo la mejor de mis sonrisas.

—Has dicho que querías ver La Rivière en acción, ¿no? Tus deseos son órdenes. —Gira la pantalla para que pueda ver al equipo, que ya está empezando a emplatar para el servicio de cenas—. Ellos son el alma de este lugar; toda la magia que sucede fuera es gracias a todas las personas que están dentro de esta cocina.

Mi corazón se pone a dar saltitos al darse cuenta de que me ha llamado por el comentario que le he hecho antes de marcharse; si es que cómo no voy a estar perdidamente enamorada de este hombre, es imposible.

—Chef, los entrantes están ya preparados —oigo a alguien dirigirse a Eiden.

—Muchas gracias por dejarme ser partícipe, no cualquiera puede ver la cocina en acción del gran chef Hugh —bromeo—. Me ha hecho mucha ilusión, pero no quiero entretenerte.

—¿Ese humo de dónde sale? —pregunta otro.

—Empieza la fiesta, nena. Nos vemos en unas horas, preciosa.

—Estaré en tu cama esperándote, nene —contesto mimosa; lanzo un beso a la pantalla y le digo adiós.

Acabo de cenar y de ver la película y, sí, termina siendo tan mala como imaginaba. ¿Qué podía esperar de una obra audiovisual donde el protagonista es un fantasma que solo se aparece en la época de Navidad? Lo recojo todo y me acuesto. No soy consciente de cuándo me quedo dormida.



Me despiertan sus labios en la penumbra de la noche buscando los míos, que lo reciben ansiosos, mientras yo estoy en su cama, esperando por él, deseosa de que vuelva a su casa.

—No me puedo creer que estés aquí, me sigue pareciendo un jodido sueño el día de hoy, Lia —susurra mientras me desnuda lentamente y va dejando besos por mi cuerpo.

—Si llego a saber que ibas a estar tan entregado a la causa, habría venido antes —contesto juguetona dejándome hacer.

—Hoy por primera vez he quemado dos preparaciones. Parte del equipo estaba alucinando y he tenido que aguantar las bromitas de Bree. No podía concentrarme, me he pasado todo lo que ha durado el servicio de cenas pensando en este jodido momento, en volver a tenerte así, completamente desnuda para mí.

—Espero que ahora sí que estés concentrado, señor chef...

—Ufff, nena, más que concentrado y con mucha hambre, estoy deseando devorarte.

Volvemos a hacer el amor con los sentimientos a flor de piel, con una pasión desmesurada, disfrutando de cada centímetro de nuestros cuerpos..., con la promesa de que este es nuestro nuevo

comienzo, de que por fin lo vamos a conseguir, de que esta vez el futuro no se escapará efímero entre nuestros dedos entrelazados. Eiden despierta en mí todos los sentidos, es como ese sabor picante del que tu gusto siempre pide más y no puedes dejar de comer.

El sol comienza a salir colando la sombra de las palmeras que adornan la calle en las paredes de la habitación. Es hora de volver, es hora de volver a casa.

87



Me encuentro de nuevo frente a una estación de autobuses para coger uno que me llevará a mi destino, ese que por ahora considero mi hogar, el lugar que me ha hecho quien soy, donde realmente he crecido, donde he amado y donde también he sufrido. Vuelvo a casa, vuelvo a River Town.

Esta vez no hay ningún tronco en el camino y el chófer no me deja tirada a kilómetros de distancia, llega justo hasta la entrada del pueblo.

En cuanto pongo un pie en la acera y respiro el aire fresco y frío, miles de instantes y recuerdos se agolpan en mi mente. Me va a costar, cuando llegue la hora, despedirme de estas calles, de las personas que pasean por ellas, de los olores que me rodean y de los sonidos que lo acompañan todo, haciendo que este lugar sea un sitio especial. El peso de la pena por saber que en algún momento llegará el adiós definitivo me invade y las primeras lágrimas se agolpan en mis ojos. Dejo que salgan, sintiendo como van mojando mis mejillas, hasta que poco a poco la pena se va diluyendo y se transforma en otra cosa.

La primera parada, una vez que ya me he serenado, es donde Margorie. Entre sus vacaciones y mi ausencia de estas últimas semanas, hace tiempo que no la veo y tengo muchas ganas de hacerlo.

Cuando llego a la Libreristería descubro que mi coche está aparcado allí. Es un alivio porque no tenía ni idea de cómo iba a llegar hasta mi casa.

—Ya estoy aquí —digo con voz cantarina en cuanto pongo un pie dentro.

Margorie asoma la cabeza por la puerta del almacén y viene corriendo tan pronto como ve que soy yo.

—Niña, pero qué guapa estás, ven aquí. Mira que te he echado de menos, hay que ver lo mucho que te quiero. —Me da un abrazo que me hace sentir en casa—. Cuéntamelo todo, hija. ¿Qué tal con tu madre?

Tendré el pelo lleno de canas como ella y seguirá llamándome niña.

—Muy bien, mucho mejor de lo que podía imaginar. Hemos disfrutado mucho la una de la otra. Es una mujer totalmente nueva, espero que pronto podáis conocerla.

—Me alegro mucho por ti, ya es hora de que esa mujer empiece a valorar a la gran hija que tiene. Cambiando de tema, Eiden dejó por aquí las llaves de tu coche. Espera, que las busco. —Abre un pequeño cajón que tenemos en el mostrador y trastea en él—. Está fuera, me imagino que lo habrás visto. El mecánico nos llamó para avisarnos de que estaba listo, pero, como no estabas y la avería ya se había pagado, nos permitió sacarlo del taller y dejarlo aquí para cuando volvieras, así que Eiden fue a por él. Por cierto, hay que ver lo guapo que está, le han sentado muy bien esos años que ha vivido fuera, ¿eh?

Me ruborizo un poco con el comentario de Margorie, aunque tiene toda la razón. Tengo muchas ganas de contarles a todos que volvemos a estar juntos, pero, hasta que no estemos los dos, no voy a darles la noticia.

—La verdad es que sí. Le daré las gracias en cuanto lo vea. Luego igual me paso por El Refugio a ver a Millie. Ahora voy a ir a casa a darme una ducha y dejar la bolsa de viaje.

—¡Uy, niña, eso no va a poder ser! Hubo una fuga de agua en el comedor y está cerrado hasta nuevo aviso. Mi hermana está de los nervios. Si te parece, le puedo decir que mañana se pase por aquí y así la ves y que te ponga ella al día.

—Sí, claro, no sabía nada. La llamaré luego por teléfono para preguntarle.

—Buenísima idea, tú llámala, que se va a llevar una alegría, pero nada de acercarte por allí, muchacha, ¿de acuerdo?, que está todo que da pena verlo y están los trabajadores intentando darse prisa.

—Claro, Margorie. Y, bueno, ¿tú qué tal? ¿Cómo han ido esas vacaciones con Fernando?

—Qué cotilla eres..., pero te diré que hemos estado muy bien, ese hombre está loco.

Veo que mira disimuladamente y entre risitas hacia su dedo anular y, al descubrir lo que hay allí, no puedo evitar soltar un grito de emoción.

—¡Hala, Margorie! ¿Eso es lo que creo que es? ¿Te ha pedido matrimonio? Enséñame ese anillo ahora mismo.

—Sí, pero no le he contestado.

—Llevas puesto el anillo, eso ya es toda una declaración de intenciones... Si necesitáis arreglos florales para la boda, conozco a una chica majísima que hace unos trabajos impresionantes —bromeo mientras le doy otro abrazo.

Su mirada se dirige a su otra mano, donde aún descansa su anillo de casada, y creo saber qué es lo que está pasando por su mente en estos momentos, aunque no lo diga.

—Anda, anda... Estás montando demasiado alboroto por solo un anillito...

—Margorie, todos merecemos ser felices de la manera en la que elijamos. Estoy segura de que Josh, desde donde esté, se lo está pasando muy bien viendo como la mujer con la que se casó, su perla, sigue siendo tan terca y los años no la han ablandado ni un poquito. Seguro que él siempre ha deseado que tú fueras feliz y no debes sentirte culpable por ello.

Le he dicho, por primera vez en años, algo que llevo pensando desde hace mucho tiempo.

Mis palabras hacen que los ojos de la mujer que me recogió por el camino cuando llegué aquí se llenen de lágrimas. Vuelve a bajar la mirada observando sus manos y sonríe. Una sonrisa de esas que te salen cuando sientes paz, cuando la pena y la culpa se transforman en añoranza y esperanza.

—Gracias, mi niña —me dedica sin más.

—¡Margorie Corazón de Hielo está empezando a derretirse! —exclamo entre risas.

—Vete a casa a descansar, que se nota que las horas del viaje te están pasando factura. —Y la carcajada que suelta inunda toda la Libreristería.

—Adiós, señorita prometida. Mañana nos vemos, que habrá que empezar a poner este lugar en modo navideño, ¿no? —Me despido mientras le doy un beso en la mejilla.



Volver a mi casa es la sensación más acogedora que he tenido en semanas. Mis cosas, mi ducha, mi cama... Es respirar y sentir el hogar mires donde mires. Me doy una ducha larga, tomándome todo el tiempo que me apetece, y después llamo a Millie, que me cuenta todo el lío de la fuga en el comedor. Dice que estará listo en unos cuantos días. La verdad es que la noto muy tranquila por teléfono para todo lo que ha pasado, además de que ella ya va teniendo una edad y, aunque está muy bien físicamente, porque esa mujer tiene más energía que yo, estos disgustos no le vienen bien. Quedamos en que mañana se pasará por la Libreristería y me lo explicará todo con más detalle.

La ducha me ha sentado de maravilla y al mirar el reloj descubro que es más pronto de lo que pensaba, así que decido ir a ver a mis personas favoritas del mundo, Samara y Kai. Les escribo un mensaje rápido y quedamos en media hora en El Tres.

Antes de dirigirme hacia allí, le envío un mensaje a Eiden, porque ni siquiera lo he avisado de que ya he llegado.

Hola, guapo. Ya estoy en River Town. Gracias por dejarme el coche listo, ha sido todo un detalle.

Hola, preciosa. No hay de qué. Ya te echo de menos, pero en nada me tienes por allí. ¿Todo bien?

Sí, todo genial. He estado con Margorie y ahora he quedado con Kai y tu prima. ¿Tú qué tal? Ya estoy contando las horas para verte. 😘

Justo salgo ahora para el restaurante, Pásalo bien con esos dos cafres. Hablamos mañana. Te quiero, nena.

Yo también te quiero. Saluda de mi parte a Bree y Anna. ❤️

88



Cuando llego al bar descubro que Samara y Kai están juntos, demasiado juntos, tan juntos que una tiene la lengua dentro de la garganta del otro... Pero ¿qué ha pasado aquí en mi ausencia? Al parecer, me he perdido muchas cosas...

Espero pacientemente a que mis mejores amigos se separen para hacer acto de presencia, no quiero interrumpirlos...

—¡He vuelto! —grito para llamar su atención.

En cuanto me oyen, los dos corren a abrazarme.

—Lia, por fin, no te vuelvas a ir jamás. Estas semanas sin ti se me han hecho eternas. Prométeme que nunca más me vas a dejar... —gimotea Samara, y a mí me entra una especie de culpa, sabiendo que posiblemente en unos meses me marcharé de aquí.

—Eres muy exagerada, Sami. Seguro que no ha sido para tanto y que has encontrado otras formas de entretenerte —contesto en tono de broma.

Ellos no saben que los he visto, así que tengo vía libre para pasármelo muy bien mientras los vacilo un rato.

—No le hagas ni caso, Jerry Lee. Ahora cuéntanos qué tal. ¿Alguna novedad, algo que no sepamos? —pregunta Kai entre risas.

—¿Novedad? —pregunto yo.

—Tipo... viajecito exprés inesperado... —completa Samara.

—Exacto. ¿Qué tal las vistas desde New Lake...? —vuelve a preguntarme mi mejor amigo.

Pero serán... Voy a matar a Eiden en cuanto lo vea. Se suponía que íbamos a esperar a contarlo cuando estuviéramos los dos, pero parece que alguien se ha ido de la lengua... Y yo, ilusa de mí, pensaba que iba a poder vacilarlos y pasarlo bien un ratito; qué rápido han cambiado las tornas.

—Veo que las noticias vuelan y que alguien no sabe mantener la boca cerrada.

—Me llamó para contármelo en cuanto te subiste al autobús. No ha entrado demasiado en detalles, pero hacía mucho que no lo notaba tan feliz y pletórico. Me alegro tanto por vosotros dos, primita... —celebra Samara.

—Sí, chicos, yo también estoy muy contenta y creo que ahora de verdad va a salir bien, que estamos preparados para que lo nuestro por fin tenga una estabilidad. Nos ha costado unos cuantos años llegar hasta aquí, pero es absurdo seguir negando lo evidente. Vamos a apostar por los dos, ahora sin tonterías, luchando juntos.

—Eres tan mona enamoradita... —me pincha mi amiga.

—Vamos a ir poco a poco y aún tenemos que hablar largo y tendido, pero por el momento estoy deseando que vuelva. No sé cuánto tiempo se va a poder quedar, pero aprovecharemos al máximo e iremos viendo.

—Es lo mejor que podéis hacer, despacito y con tranquilidad —comenta Kai.

—Oye, y tu garganta ¿qué tal? —le planteo a mi amigo.

Ha llegado el momento de mi venganza y no pienso desaprovecharlo.

—Bien, ¿por...?

—Por la inspección profunda que te estaba haciendo Samara cuando he llegado. Veo que no soy la única que tiene novedades, ¿no?

Y es que mis amigos, durante todos estos años, han tenido sus idas y venidas, pero es la primera vez en todo este tiempo que los veo darse muestras de cariño en público, sin miedo a que la gente los vea, sin esconderse.

—Bueno, puede que estas semanas hayamos puesto en común algunos temas que teníamos pendientes y que nos hayamos dado cuenta de algunas cosas —explica Samara un poco sonrojada.

—Vamos a ver qué pasa. De momento estamos bien así, juntos, sin dramas y sin darle muchas vueltas a la historia —añade Kai mirando con complicidad a la rubia.

Están siendo muy prudentes al contarme las cosas; lo acepto y me parece bien, cada cosa a su tiempo y sin prisa. Veo que, por debajo de la mesa a la que estamos sentados, sus manos están entrelazadas. Igual mi parte menos racional y más enamoradiza es la que está hablando por mí, pero creo que esto tiene muy buena pinta. Puede que, para mis amigos y su turbulenta relación, también haya llegado el momento.

Al final parece que todo, poco a poco, va poniéndose en su lugar.

Para cuando nos damos cuenta es más de medianoche; siempre que nos ponemos a hablar los tres, el tiempo vuela y no somos conscientes de ello hasta que volvemos a mirar el reloj. Nos despedimos fuera de El Tres mientras Kai cierra el bar.

Me subo al coche y observo por el retrovisor como mi amigo tiene agarrada por la cintura a Samara y como ella apoya la cabeza en él. Aunque sus casas no están en la misma dirección, se marchan

juntos. Los miro con una sonrisa en los labios que no consigo quitar hasta que llego a mi casa.

Mañana promete ser un día bastante ajetreado: vuelta al trabajo, reencontrarme con todos los vecinos del pueblo, que estoy segura de que irán pasando por la tienda a lo largo de la mañana, hablar con Millie y que me cuente cómo va el arreglo y, sobre todo, contar las horas para reencontrarme con el chico de ojos color del mar más bonitos de todo el planeta.

Lia, enamorada, ¿escupe purpurina y arcoíris? Pues sí, no os lo voy a negar.

89



La mañana ha sido un ir y venir constante: luces navideñas colocadas a medias, cintas rojas que se resistían a quedarse en su sitio, visitas inesperadas... Millie ha cumplido su palabra y se ha pasado por la Libreristería para saludarme y contarme que en unos días las reparaciones del comedor estarán listas.

A las cinco de la tarde, dos horas antes de la hora en la que Eiden me había dicho que llegaba, me llama por teléfono para decirme que quizá se retrase un poco; ha encontrado algo de tráfico por el camino y no quiere que me preocupe.

¿Preocupada? No, lo que estoy es de los nervios, que me están comiendo viva. Sé que en cuanto lo vea se esfumarán como por arte de magia, porque él tiene ese efecto en mí, pero las esperas no las llevo bien. Aunque creo que a estas alturas de la historia ya sois más que conocedores de ese dato. Las paredes de mi casa me están agobiando y no llevo aquí ni una hora.

Después de limpiar sobre limpio y de mullir los cojines como unas diez veces para luego comprobar que las agujas del reloj han decidido no avanzar tan rápido como yo esperaba, resuelvo dar un paseo por los alrededores, así que me visto con lo primero que

encuentro de abrigo en el armario y salgo; necesito que me dé un poco el aire. Lo último que espero al cerrar la puerta es encontrarme con él.

—Pero tú... ¡¿qué haces aquí?! —exclamo mientras corro a sus brazos.

—Iba a entrar en tu casa por sorpresa, como en los viejos tiempos, pero me has pillado antes.

Su coche está aparcado a pocos metros de mi casa y él me espera de pie apoyado en el capó, con las piernas y los brazos cruzados. Va vestido completamente de negro, con sudadera y chaqueta de cuero incluida, y me mira con hambre en los ojos y esa sonrisa canalla que tanto me gusta, cual depredador esperando a su presa. Con lo que quizá no cuenta es con que mis ganas son un poquito más grandes que las suyas y que esta vez será él el devorado.

En cuanto siento el tacto de su piel sobre la mía, me lanzo a sus labios. Las ansias me consumen, es una mezcla de sentimientos ajena a lo racional. Se juntan las esperas, lo que está por venir, la sorpresa de no esperarlo aún, salir y encontrármelo frente a mi casa, lo guapo que está y su forma de mirarme.

Los nervios que minutos antes me consumían se han transformado en deseo.

—Vamos dentro —jadeo, casi suplicando, sin despegarme de sus labios.

—Joder, nena. Ahora mismo haría todo lo que me pidieras, sin cuestionar ni una sola palabra.

Para cuando la puerta de mi casa se termina de cerrar, después de empujarla con el pie, yo ya estoy en ropa interior y Eiden sin camiseta y con los pantalones desabrochados; su excitación es evidente a simple vista. Mientras nos devoramos con ferocidad y con

nuestras lenguas batiéndose en una lucha de poder, consigo separarme el tiempo suficiente de su boca para formular una frase.

—Llévame a la cama.

Cuatro palabras, catorce letras, concisas, sin dudas, pero llenas de promesas.

Eiden me coge por el culo y me sube en brazos hasta la habitación mientras yo enredo las piernas alrededor de su cuerpo. Me deja sobre la cama y acaba de desnudarse frente a mí. Verlo es una delicia, cómo se le marca cada músculo, cómo lo hace todo sin apartar ni un segundo la mirada de mi cuerpo, haciéndome sentir la mujer más deseada del mundo, anticipándome todo lo que me va a hacer.

—Te deseo tanto, Lia... Aún no soy capaz de entender cómo he podido vivir tanto tiempo sin ti, sin sentir tu cuerpo, sin sentir como te estremeces con cada roce, con cada caricia —susurra con voz ronca mientras pasa los dedos lentamente por mi piel.

Se me escapa un leve gemido cuando su boca roza esa parte sensible de mi centro.

—Cómo he podido vivir sin oír como te deshaces cada vez que te pruebo —dice, y empieza a lamer y succionar entre mis pliegues—. Cada vez que pienso que vuelves a ser mi realidad, nena, me siento el hombre más afortunado del universo. Ahora, por fin, eres mía.

—Nunca he dejado de serlo, Eiden. Nunca —confieso entre gemidos, sintiendo como, cada vez que pasa la lengua, el placer se acumula en la parte baja de mi vientre.

—Te quiero, Lia.

—Te quiero, Eiden.

Y en cuanto pronuncio esas tres palabras exploto de la forma más brutal y devastadora. Pero el deseo de sentirlo dentro de mí hace que mi cuerpo pida aún más. Él lo siente también y coge un

preservativo y se funde en mi interior, soltando un gruñido y haciendo que mi espalda se arquee de puro placer; sé que ahora mismo hasta podría respirar sin aire.



Estoy tumbada en la cama, con la cabeza encima de su pecho, ambos agitados y con los músculos palpitando después de haber sucumbido al placer.

—Si llego a saber que este iba a ser el recibimiento, hubiera venido antes —bromea mientras me hace masajitos en la cabeza.

—Pues algo bueno tendremos que sacar de las veces que tengamos que despedirnos, ahora que volvemos a estar juntos. Sin duda, creo que los reencuentros serán mi parte favorita. Y haremos que merezca la pena cada uno de ellos.

Al oírme se queda quieto y pensativo.

—Lo estás pasando mal pensando en las despedidas, en la distancia, y estás intentando darle la vuelta para verle el lado bueno, algo positivo, para que el malo lo sea menos, ¿verdad?

Siempre ha sabido leerme y esta es, una vez más, la prueba de ello. Sabe lo que me atormenta y lo que estoy intentando hacer para paliarlo, ahora que he vuelto aquí y sé que mi tiempo bajo el cielo de River Town tiene fecha de caducidad.

—Sí, pero no quiero pensar en eso ahora. Quiero disfrutar de nosotros cada segundo que podamos estar juntos —sentencio incorporándome un poco y dándole un beso en los labios.

Eiden se echa el pelo hacia atrás y me sonríe.

—Anda, vístete, hay algo que quiero enseñarte.

—¡Uy! Qué misterioso...

Más que misterioso, lo noto algo nervioso; Eiden siempre se ha caracterizado por ser una persona muy segura y en muy pocas ocasiones he notado pinceladas de inseguridad en él, y me parece que esta es una de esas veces.



Después de subir al coche, me ha tapado los ojos. No tengo ni idea de a dónde me ha llevado, pero, a juzgar por la duración del trayecto, no hemos salido del pueblo. Los nervios vuelven a hacer acto de presencia, porque siento que él también los sufre, lo he notado en su manera de acariciarme la pierna mientras conducía.

Baja del vehículo, me abre la puerta y me da la mano para guiarme por el camino que nos lleva a nuestro destino. Al principio ignoro dónde estamos, pero entre que los olores que desprenden las plantas se me hacen muy familiares y que me suenan las piedras que componen el camino bajo mis pies, creo adivinar el lugar, pero no entiendo por qué estamos aquí.

—Tengo que pedirte que, cuando te destape los ojos, me dejes explicártelo todo antes de que saques tus propias conclusiones. Me hubiera gustado que estuviera algo más avanzado cuando te lo enseñara, pero no quiero esperar más, no cuando tú estás pasándolo mal.

—Me estás asustando un poco. Quiero ver ya lo que sea que me quieres mostrar —confieso.

Oigo como suspira y se sitúa justo detrás de mí mientras sus manos desatan el nudo del pañuelo que tengo puesto y que hasta ahora me ha tenido sumida en la oscuridad. Me lo quita con suavidad y, después de que mis ojos se vuelvan a habituar a la luz,

contemplo lo que Eiden me quería mostrar. Al descubrir de qué se trata, me quedo un poco en shock.

—¿Qué...? ¿Qué significa esto? —logro preguntar.

90



Los olores que me rodean me son conocidos, porque el sitio en el que estamos es donde años atrás empezó todo, allí donde nos vimos por primera vez.

Veo a mi alrededor las máquinas, los materiales de obra, los escombros. Conozco muy bien este lugar, estamos en El Refugio, más concretamente frente al edificio del comedor, que yo creía inundado. Todo está más o menos igual, aunque las ventanas son diferentes, más grandes; la puerta de entrada también es otra y hay un precioso cartel en el lado derecho de la misma, clavado en la pared de piedra, donde se puede leer RESTAURANTE BOUTIQUE MARLOU.

Me esfuerzo por entender qué significa lo que veo, sin llegar a hacerlo, mientras lo miro buscando una explicación de qué quiere decir todo esto.

—¿Me acompañas dentro, Lia? Es hora de que sepas la verdad.

Entro junto a Eiden en el comedor de Millie, el sitio que fue su propio refugio, allí donde aprendió a canalizar toda la rabia que sentía y centrarse en su pasión, la cocina. El espacio sigue manteniendo su esencia, pero el mobiliario es totalmente nuevo y

más moderno. Está todo tapado aún, pero se vislumbran algunos muebles y las lámparas a través del plástico que los protege.

—Aún falta remodelar toda la cocina y construir la terraza exterior, tardará meses en estar listo para que podamos abrir al público, pero ya no hay vuelta atrás y no puedo estar más orgulloso y feliz. No te haces una idea de lo mucho que me ha costado no decírtelo, no compartirlo contigo, Lia.

Sigo en shock y sin saber qué decir. Solo puedo mirarlo y sentir como mis manos empiezan a temblar, esperando que diga algo más, que acabe de confirmarme lo que estoy creyendo entender.

—Mi sitio siempre ha estado aquí, nena. Mi objetivo siempre fue volver, contigo. No tuve dudas de que lucharía por ti. Necesitaba demostrarte que lo había conseguido, que tu sacrificio no había sido en vano. Me esforcé por ser el mejor y, aunque hubo momentos en los que me ahogaba, sabía que todo habría valido la pena cuando pudiera regresar a tu lado. Este proyecto llevaba mucho tiempo en mi mente y, cuando vi claro que se acercaba el momento de poder volver, lo dispuse todo. Hablé con Millie, que ahora es mi socia, para proponérselo, y la idea le encantó. A ella cada vez le cuesta más hacerse cargo de la cocina, y eso de que yo llevara la batuta aquí y ella pudiera centrarse solo en el hostal le gustó.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para contármelo?

La cabeza me da vueltas y el corazón me late fuera de órbita. Él está expectante, sin acercarse demasiado a mí, analizando cada una de mis reacciones ante sus palabras.

—Necesitaba saber que, pasara lo que pasase, me elegirías, que nos elegirías a los dos, que estabas segura de eso; que no te quedabas conmigo por seguir siendo la opción fácil.

—Nunca has sido la opción fácil. Siempre te elegí a ti por encima de todo.

—Ahora lo sé, pero cuando volví te habías vuelto inaccesible. He tenido ganas de contártelo muchas veces, pero me he frenado porque necesitaba saber que apostabas por mí fueran cuales fuesen las circunstancias. Necesitaba algo, una pequeña luz a la que agarrarme, pero tú me has dado mucho más que eso, me lo has dado todo; has iluminado el camino para que pueda encontrarte a kilómetros de distancia. Les pedí a todos que me guardaran el secreto, era muy importante para mí ser yo quien te lo enseñara. Siento habértelo ocultado hasta ahora, Lia.

—No... no sé qué decir, Eiden. Ahora mismo no sé cómo sentirme con todo esto. ¿Quiere decir que vas a mudarte de nuevo a River Town?

—Quiere decir que todo lo que quiero y me importa está aquí; que no es preciso que tengamos una relación a distancia; que te aseguré que había vuelto por ti y es cierto. No puedo, ni quiero, seguir separado de ti ni un jodido minuto más. Y, sí, también quiere decir que me mudo de forma definitiva a River Town, que vuelvo a casa. Te quiero, Lia, y siempre has sido la mujer de mi vida. La que me dio las alas, la que confió ciegamente en mí cuando ni yo mismo lo hacía, la que lo dio todo por mi sueño. Todavía tengo algún viaje pendiente a New Lake. Bree pasará a ser la nueva chef y yo solo seré el jefe en la sombra; seguiré gestionando La Rivière, pero en la distancia.

—Por eso Jasper está tan insistente, ¿verdad? —pregunto entendiendo los comentarios que le oí cuando estuve en New Lake.

—Sí. Se enteró de que me marchaba y me hizo una oferta bastante generosa para comprarme el negocio. La rechacé, pero está claro que ese hombre no acepta un no por respuesta. Sin embargo, mi restaurante no está en venta, no dejaría mi equipo en sus manos. He trabajado el tiempo suficiente con él y su ego ocupa

más que la propia ciudad. Por otro lado, el proyecto que vamos a comenzar en River Town es algo mucho más pequeño, más íntimo. Hay planes en marcha para arreglar también el acceso y la carretera del pueblo, para que todos vivamos más seguros; no más cortes por lluvias, no más baches, no más accidentes.

Es inevitable sentir cierta tristeza al recordar a los padres de Kai. Si las carreteras hubieran estado en condiciones óptimas, quizá seguirían con nosotros.

—¿El nombre del restaurante es...? —me lanzo a preguntarle a Eiden.

—Es por ellos, sí, por Mark y Louisa, MARLOU. Le pedí permiso a Kai y la idea lo emocionó, este es mi pequeño homenaje para ellos.

—¡Oh! Es muy bonito, Eiden —pronuncio emocionada.

—¿Qué me dices, Lia? ¿Crees que ahora sí somos un nosotros?

—Creo que nunca dejamos de serlo. Y estoy deseando empezar de cero de nuevo contigo, soy muy afortunada de tenerte. Y soy muy afortunada de que el destino hiciera que llegara aquí, que entraras en mi vida, que te hicieras un hueco en ella, aunque estuviera rota, que me sacaras de mi zona de confort para seguir creciendo, que me ayudaras a sanar y que ahora por fin nos podamos amar sin reticencias y sin miedos.

—Joder, nena, no te haces una idea de lo feliz que me acabas de hacer.

Y de manera natural, sin pensarlo, unimos nuestros cuerpos y sellamos esta conversación con un beso; uno de los que marcan por dentro, de los que sabes que después serán seguidos por muchos más, de los que saben a recompensa, a triunfo y a hacer las cosas bien.

También tiene un sabor dulce, a futuro, a todo lo que hemos luchado por llegar a ser. Nos lo tomamos con calma, saboreándonos

sin prisa, sabiendo que no tenemos que escondernos, que podemos gritar lo que sentimos sin miedo a salir lastimados, que el tiempo es nuestro porque al fin somos un nosotros.

91

Algunos meses después...

Estos meses han sido una auténtica montaña rusa de emociones. Dicen que segundas partes nunca fueron buenas, pero, en mi caso, volver con Eiden está siendo una fantasía, maravilloso, y hemos ido recuperando el tiempo perdido mucho y muy seguido, porque estamos juntos siempre que podemos. Decidimos quitarnos la tirita cuanto antes y, dos días después de que él estuviera de vuelta, juntamos a todas las personas que queríamos en El Tres y les contamos que habíamos vuelto, así, sin medias tintas, entre copas y risas, como se dan las buenas noticias.

Las obras del Marlou se alargaron un poquito más de lo que esperábamos, así como la búsqueda de personal adecuado para trabajar allí. La voz de que el chef Eiden Hugh iba a abrir un restaurante nuevo corrió como la pólvora y muchísima gente se interesó por los puestos vacantes, pero no hubo tantos dispuestos a quedarse a vivir en un pueblo pequeño como River Town. Así que, entre eso y la rutina del día a día, hemos estado un poco estresados. Menos mal que las cosas en La Rivière van viento en popa. Jasper no volvió a molestar, después del burofax que Eiden le hizo llegar por parte de sus abogados.

También empezaron las obras de rehabilitación, tanto del acceso al pueblo como de la carretera. Nos han vuelto a todos un poco locos y nos han puesto al límite, parecía que nunca llegaría el día en

el que estuviera todo listo, pero, por fin y después de mucho trabajo y esfuerzo, ¡¡¡hoy se inaugura el Marlou!!!

Estoy observando a mi novio a través del espejo —en nuestra casa, porque oficialmente vivimos juntos— mientras se está terminando de vestir para su gran día. Va a ser algo informal, nada de trajes ni de ir demasiado peripuestos, pero, al ver cómo se sube los Dockers azul oscuro y cómo se le ciñen las mangas de la camiseta a los bíceps, se me cae la baba pensando en que todo él es mío, enterito.

—Si sigues mirándome así, le van a dar por saco a la inauguración y te ataré a esa cama hasta la eternidad, nena. —Su voz suena ronca y llena de promesas, y sus palabras me producen un dulce cosquilleo entre las piernas.

—Si me lo dices de esa manera, no sé si quiero dejar de mirarte o seguir provocándote —confieso entre risas—. Voy a vestirme, guapo.

Mientras paso por su lado, contoneándome para jugar un poco más, me agarra por la cintura y me atrapa entre la pared y su cuerpo. Dejo de reírme y mi respiración se acelera.

—¿Ya no te ríes tanto, Lia? —pregunta entre susurros, y estampa su boca contra la mía.

Mis labios se abren rápidamente para dar la bienvenida a su lengua, en un beso cargado de ganas. Si seguimos por este camino, estamos perdidos.

—Vamos a llegar tarde y quedarás fatal —digo dándole una última lametada y zafándome de sus brazos.

—Por ahora te libras, pero esta noche pienso arrancarte todo lo que lleves puesto en cuanto crucemos la puerta.

—Y yo estaré deseando que lo hagas, nene.

Entre promesas me separo de él y voy al baño meneando un poco más el culo.

Eiden se marcha al restaurante antes que yo porque tiene algunas cosas pendientes por preparar, y quiere revisar que todo esté perfecto y listo antes de que empiece a llegar la gente. Yo estoy esperando a que me vengan a buscar, voy con Kai y con Samara.

Cuando llegamos, nos encontramos con Bree y Anna, que no podían faltar en un día tan importante para él. Millie también está y nos acercamos a ellas.

—Mi hermana y Fernando llegarán enseguida, han ido a su casa a cambiarse cuando Margorie ha terminado de decorar el restaurante —nos explica Millie.

—Está todo precioso, como siempre Margorie no defrauda.

Está decorado con flores colgantes en tonos morados y negros. Los arreglos florales que ha hecho son una auténtica delicia. Parece imposible, pero sigue superándose en cada evento que prepara.

—¿Qué tal el viaje, chicas? —pregunto a Bree y Anna.

—Muy bien. Llegamos ayer bastante tarde, pero Millie nos lo tenía todo preparado y hemos dormido como nunca. Este pueblo tiene un encanto mágico. Ahora entendemos todo lo que Eiden nos contaba.

—Millie es la mejor anfitriona del mundo —les confieso entre risas.

—La verdad es que sí. ¿Qué tal está el señor chef? Aún me acuerdo de cuando inauguramos La Rivière, estaba insoportable —bufa Bree.

—Pues la verdad es que esta vez está sorprendentemente tranquilo. Yo pensaba que estaría más nervioso, pero, nada, se ha vuelto como una auténtica roca —comparto con Bree, Anna y los demás.

—Eso es porque esta vez estoy muy bien acompañado —me susurra por detrás.

—Hombre, el *boss* hace su aparición estelar —señala Bree.

Todos saludan a Eiden y puedo ver lo pletórico que se siente de saber que tendrá a todas las personas que quiere reunidas, celebrando lo que con su esfuerzo ha conseguido. Esta vez sí.

Poco después llegan sus padres, sus tíos y el resto de los invitados, y va pasando el tiempo; también va llegando a nuestras manos un delicioso vino que está haciendo que Bree esté más habladora de lo habitual, que ya es decir.

—Bueno, al menos hoy no vamos a acabar en ningún estudio de tatuajes, ¿verdad, chef? —bromea entre risas, y de pronto veo como él clava los ojos en ella.

—En mi defensa diré que la culpa la tuvo el tequila —comenta Eiden.

—Lia, tú no sabes esa historia, ¿verdad? Seguro que el capullo este nunca te ha contado lo del tatuaje de su pecho —continúa Bree.

Sé a qué tatuaje se refiere. A las alas con la flor de loto en el centro.

—No, no lo sabe y puede continuar sin saberlo, Bree. No sé si recuerdas que esa noche no fui el único que se hizo un tatuaje. Quizá Anna quiera saber también esa historia... —la amenaza este entre risas.

—Creo que tanto Anna como una servidora estaremos encantadas de escuchar ambas historias, no os cortéis ahora que la cosa se pone interesante... —intervengo yo, y Anna asiente.

—Eiden, ¿no decías que de esa noche no te acordabas de nada de lo que había pasado? —sigue diciendo Bree.

—Puede que lo dijera como defensa y porque sabía que algún día ibas a intentar utilizarlo en mi contra, es mi as en la manga. Así que, si tú hablas, yo también —contesta tajante mi novio.

—Entonces mis labios vuelven a estar sellados —sentencia la pelirroja mientras se da la vuelta para dejar la copa vacía que tenía en las manos.

Eiden también se va, es el principal protagonista de la noche y tiene que atender a los invitados. Ha venido prensa especializada en gastronomía y, aunque está intentando pasar el mayor tiempo posible con nosotros, es normal que deba irse en ciertos momentos. Y además es algo que me viene genial para lo que tengo en mente.

Observo como Bree se va en dirección al baño y la sigo.

—¿Me estás siguiendo, Lia? —pregunta con una sonrisa cuando me descubre detrás de sus pasos.

—Puede —admito entre risas.

—Chica mala..., si es que Eiden no podía elegir una normal. ¿Qué tramas, morena?

—Ya lo sabes. Cuéntame la historia.

—Si se entera, me va a matar, lo tienes claro, ¿verdad?

—Yo me ocupo de que no lo haga.

—Pues verás..., después de la inauguración salimos para celebrarlo, una cosa llevó a la otra y, no sé muy bien cómo, bueno, quizá sí que los chupitos de tequila tuvieron algo que ver, acabamos en un estudio de tatuajes. Esa noche fue la primera vez que me habló de ti pronunciando tu nombre, hasta entonces me había contado lo que le había pasado, pero nunca te había mencionado, siempre se refería a ti como su ex... No lo culpes, yo creo que fue su forma de protegerse. En fin, ese día fue cuando se hizo el tatuaje con las alas y la flor de loto que adorna su pecho. La misma de la pulsera que te regaló en vuestra primera Navidad juntos. Sí, también

me contó la historia de la pulsera y lo que significaba. Dijo cosas como que aún le sangrabas en la piel, que era una manera de tenerte siempre cerca del corazón, que así podrías seguir guiando su camino y demás moñadas penosas, que nunca jamás va a reconocer en público y que estoy segura de que por eso a la mañana siguiente fingió olvidar. Pero ese día algo hizo clic en él; no sé qué fue, quizá que en la inauguración fue consciente de que faltaban muchas personas importantes para él, que se dio cuenta más que nunca de las ausencias... El caso es que después de aquello ya tenía decidido que terminaría volviendo por ti.

La confesión hace que me salga una sonrisa genuina y a la vez sienta tristeza; espero que esta noche Eiden esté reescribiendo esos recuerdos agridulces de sus triunfos con otros más alegres y bonitos.

—Gracias, Bree.

Le doy un abrazo antes de salir del baño.

—¡Dile que prefiero una muerte rápida! —me grita mientras se cierra la puerta.

92



La noche va sobre ruedas, todo está saliendo perfecto. Todo son elogios para el restaurante, el *catering* —que es una parte del menú, pero en miniatura— y la decoración, además de buenas palabras también para Millie y para mi novio, al que ya llevo un rato intentando encontrar.

Decido salir, porque creo que sé dónde puede estar... y allí me lo encuentro, sentado en un banco de piedra, al lado de la fuente que da a la ventana de la habitación donde pasé mis primeros días en River Town.

—¿Tomando el aire, guapo? —le pregunto.

—Algo así.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Ya estás tardando en hacerlo, nena —dice golpeando con la palma de la mano la fría superficie para que me siente.

—¿Va todo bien?

—Sí, creo que es una de las mejores noches de mi vida. Pero necesitaba...

—Salir y tomar el aire para confirmar que es real, ¿verdad? —digo adelantándome.

—Es que me parece increíble que por fin tenga todo lo que siempre he soñado, Lia. Que estéis todos aquí conmigo, orgullosos, felices...

—Nunca te has merecido menos, cariño.

Con una mano le acaricio el pelo y la nuca de forma lenta, procurando reconfortarlo y que vea que lo sigo de verdad, que realmente no merece menos de lo que está sintiendo esta noche.

—Qué afortunado soy de tenerte, nena.

Nuestras bocas se juntan en un beso suave.

—Para suerte, la mía, guapo. Así que te sangro en la piel, ¿eh? —lo pico, aún con sus labios muy cerca de los míos, mientras le doy pequeños golpes con el codo en el costado.

—Te lo ha contado, la muy traidora.

Y sus caricias rápidamente se convierten en cosquillas.

—La he acorralado en el baño para sonsacarle la información —gorjeo sin poder parar de reír.

—Me hubieras acorralado a mí y te lo habría confesado también —contesta riendo conmigo.

—Ah, ¿sí? —pregunto al tiempo que me acerco de nuevo a sus labios.

—¿A ti? Te confesaría hasta los pecados que no he cometido, Lia.

Después de perdernos en la oscuridad de la noche decidimos volver dentro. Cuando entramos vemos que Bree está en el escenario que han puesto para la banda de jazz que ha amenizado la velada y que toda la sala está riendo a carcajadas. Y para nuestra sorpresa, mientras Bree baja, Kai coge el micrófono y se sube al escenario.

—Probando, probando, uno, dos, uno, dos... ¡¡¡¿Estáis preparados para el rock and roll?!!! —grita ante la atenta mirada de asombro de toda la sala—. Perdón, siempre he querido hacer esto. Bueno, yo

quería darle la enhorabuena a mi hermano de otra madre por este maravilloso restaurante. Estoy seguro de que mis padres estarán muy orgullosos de ti, Eiden. No solo por honrar su memoria con el nombre de tu local, sino también por arreglar la carretera para intentar impedir que nadie vuelva a sufrir su mismo destino. Te quiero, tío.

Toda la sala empieza a aplaudir e incluso veo a algunos limpiarse alguna lagrimilla, y me incluyo yo también.

—Ahora me gustaría dirigirme a cierta rubia. —Todas las miradas se clavan en Samara mientras Kai continúa con su discurso—. Sé que posiblemente después de esto voy a ser hombre muerto, pero, *baby*, hemos venido a jugar y yo por ti apostaré hasta el final. Samara Hugh, ¿serías tan amable de subir aquí conmigo?

Mi amiga, que tiene los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir de las cuencas y un rojo intenso ha invadido por completo su cara, empieza a andar lentamente hacia donde está mi mejor amigo, que la espera y la coge de la mano para subirla al escenario con él.

—Nuestra historia ha estado llena de idas y venidas, de momentos duros, de rincones en los que nos robábamos secretos. Cuando parecía que íbamos en la dirección correcta, un revés hizo que yo me desviara, pero el destino se ha empeñado en unirnos una y otra vez. Hemos crecido juntos y en cierta manera hemos aprendido también el uno del otro. Y hoy, delante de todo River Town y de algunos extraños, quiero preguntarte algo. Hemos ido muy despacio, con calma, y sé que pasas de etiquetas, pero... ¿quieres ser mi novia, *baby*?

En la sala, que se había mantenido en silencio hasta ese momento, se empiezan a oír exclamaciones de asombro.

—¡Oooooh! —gritan varios.

—¡Qué bonito! —se oye de otros.

Yo estoy alucinando y a la vez superemocionada. A medida que Kai ha ido hablando mi mano se ha enlazado cada vez más con la de Eiden, para terminar con él abrazándome por detrás.

—Kai, cariño, no me puedo creer que acabes de hacer lo que acabas de hacer. Pero, aunque estás en lo cierto en que lo nuestro, después de todo lo que hemos pasado, no solo no necesita etiquetas, sino que además está por encima de ellas, tengo que decir que... ¡¡¡sí!!!!!!!!!! —chilla Samara mientras se abraza a su ahora novio.

Todos los presentes empezamos a aplaudir. Sé que puede parecer una chorrada pedir ser novios con la treintena saludando, pero también sé que para ellos este paso es superimportante, por cómo ha sido su relación a lo largo del tiempo. Esto es casi como si fuera una propuesta de matrimonio.

Cuando se bajan del escenario, vamos hacia ellos para abrazarlos.

Está siendo una noche tan bonita y divertida que ojalá no se acabe nunca, aunque sé que, cuando lleguemos a casa, Eiden y yo tenemos asuntos pendientes, y me muero de ganas de resolverlos.

93



Después de la inauguración del Marlou todo ha ido viento en popa. El restaurante está recibiendo buenísimas críticas, lo que está haciendo que nuestro pequeño pueblo cada vez tenga más visitantes. Las calles de River Town nunca habían estado tan vivas.

No abre todos los días, así que Eiden tiene mucho tiempo libre para gestionar La Rivière mano a mano con Bree, aunque él desde la distancia. También estamos teniendo tiempo para nosotros, que seguimos recuperando los años perdidos.

Yo continúo al pie del cañón en la Libreristería, y si todo sigue como hasta ahora pronto vamos a necesitar a otro miembro más, porque a Margorie y a mí nos faltan manos.

He quedado en un rato con Eiden, en El Refugio; quiere cambiar los vasos del restaurante y no se decide acerca de qué opción le encaja más y me ha pedido mi opinión. Insistió en que tengo que verlos sobre las mesas del restaurante y con los platos de servicio, así que me toca ir hasta allí para satisfacer los deseos de mi novio.

Aparco el coche y me dirijo hacia la entrada. Se me hace raro que no esté Eiden fuera esperándome tal como me ha dicho, pero

supongo que se encontrará dentro por algún asunto importante. Cuando entro descubro, extrañada, que está todo a oscuras.

—¿Hola? ¿Por qué no hay luz? —pregunto sin entender muy bien qué está pasando.

—¡¡¡¡¡¡Sorpresa!!!!!!

—Pero ¿qué...?

Miro a mi alrededor totalmente alucinada por la estampa que tengo ante mis ojos. La luz del restaurante se ha encendido en el mismo momento en que todos mis amigos han salido de su escondite para gritar. Pero lo que me ha dejado más impactada es que van todos caracterizados de algún personaje de ficción. No me puedo creer que al final hayan organizado la fiesta de cumpleaños temática que tuve que cancelar hace unos meses. Tengo mucha suerte de que esta panda de locos forme parte de mi vida, aunque me siento un poco fuera de lugar al ser la única que no va disfrazada.

Veo a un chico de mirada azul penetrante acercarse a mí. Lleva una boina, un traje tres piezas azul de rayas, corbata gris, y de su chaleco sobresale la cadena dorada de un reloj de bolsillo. Es la versión de Tommy Shelby más sexy que he visto jamás.

—Puedes cambiar lo que haces, pero no puedes cambiar lo que quieres —dice mientras posa en sus labios un cigarrillo de mentira.

¡¡¡Socorro!!! Tengo que repetirme una y otra vez que estamos en un local lleno de gente y que no debo, ni puedo, tirarme a sus brazos, pero me acaba de dejar sin palabras. Esa frase, el traje, su voz...

—Estás... Esto... Yo...

Eiden, o el nuevo prota de *Peaky Blinders*, me agarra por la cintura y me acerca un poco más a él.

—Lo sé; cuando me he mirado en el espejo vestido así he estado a punto de pedirme matrimonio —suelta entre risas—. Espero que te guste la sorpresa, sabemos la ilusión que te hacía una fiesta así y estos meses, con las obras, han sido frenéticos y has estado al pie del cañón... Y quería, queríamos, hacer esto para ti.

—Es... es perfecto, no me esperaba nada, yo... Muchas gracias. Muchas gracias a todos —sollozo muy emocionada.

—Sí, sí, sí... Todo muy bonito y mi primo es el mejor y todo eso, venga, vamos, Lia. Que tenemos trabajo que hacer —me apremia mi amiga, que va vestida de Emily, de *La novia cadáver*, mientras me empuja hacia la salida. Debo añadir que está impresionante debajo de todo ese maquillaje azul y del vestido roído de novia—. Ahora os devuelvo a la protagonista de la fiesta, pero primero tengo que dejarla divina a ella también.

—No tardéis —oigo decir a Kai Manostijeras.

—Hasta pintada de azul estás preciosa, tía —piropeo a Samara mientras me lleva fuera.

—¿Verdad? Quizá esté mal que yo lo diga, pero me veo genial. Ahora vamos a ocuparnos de ti. Lo tengo todo preparado en una de las habitaciones de El Refugio.

Samara lo hace todo en tiempo récord. Estoy de nuevo frente a la puerta del local. El pelo que me ha rizado mi amiga, mechón a mechón, cae por mi espalda en un semirrecogido. El vestido verde que llevo deja al descubierto mis hombros y, como único adorno en mi cuello, un camafeo dorado, con la imagen de una mujer, que es exacto al que lleva el personaje del que voy caracterizada. Solo confío en que el chico que me espera dentro no haya tomado verbena, porque esta noche estoy sedienta. Katerina Petrova, más conocida como Katherine Pierce, ha llegado al pueblo para pasárselo muy bien.

—¿Me echabais de menos? —digo una vez dentro.

Ahora me puedo fijar en todos los disfraces que llevan mis amigos. Se lo han currado un montón. Veo algunas capas de magos, algún Cullen, algún Frodo, y hay también personajes de una galaxia muy muy lejana...

Kai va de Eduardo Manostijeras, en versión rubia y con el pelo más rizado, eso sí. Está impresionante, la verdad. Junto con Samara hacen una pareja de lo más *creepy cool*, en serio.

Veo que mi madre, o Sarah Sanderson de *Hocus Pocus*, está hablando con Margorie, Fernando y Millie. Es la segunda vez que viene al pueblo y la verdad es que ha hecho muy buenas migas con todos, pero en especial y para mi sorpresa, con la que más ha conectado ha sido con Millie.

—¿Nunca vais a dejar de sorprenderme? —pregunto mientras los saludo con un beso.

—Esta vez el que lo ha organizado todo ha sido tu novio, niña —confiesa Margorie.

—Estáis todos estupendos, pero vosotras dos... —digo refiriéndome a las hermanas—. Os habéis pasado el juego. ¿Cómo se os ocurre venir de las gemelas Grady?

Verlas con la edad que tienen con esos vestiditos, disfrazadas de las famosas hermanas de *El resplandor*, de Stephen King, resulta bastante inquietante.

—La idea, en realidad, fue de Fernando, le pareció muy gracioso —me cuenta la menor de las hermanas.

—Él tampoco se queda atrás, aunque creo que eso es hacer algo de trampa. Has venido como uno de tus personajes.

—El inspector jefe Mouri no podía faltar a esta fiesta, Acalia. Nunca se sabe cuándo va a tener que resolver un caso —expone Fernando.

—Cielo, justo detrás tienes a un mafioso que no te quita ojo. Yo iría a preguntarle qué quiere —me susurra al oído mi madre señalando con la cabeza.

—Voy a ocuparme de ese asunto ahora mismo, mamá.

Me despido con una sonrisa y voy directa hacia él.

—Lo veo muy bien acompañado, señor Shelby. —Cuando llego a su altura le doy un beso en la mejilla.

—Creo que ahora lo estoy mucho más, señorita Pierce —responde entre susurros.

—Lia, estás impresionante, ese vestido te queda... ¡guau! —dice Anna.

Bree y ella también han venido. Van disfrazadas del Sombrerero Loco y de la Reina de Corazones, a su manera, eso sí.

—Gracias. Adoro a Katherine, es uno de mis personajes favoritos de *Crónicas vampíricas*, malvada pero toda una superviviente. A mí me encantan vuestros disfraces, y muchas gracias por venir, aprecio mucho que estéis aquí teniendo en cuenta que es un viaje un tanto largo. —Y me fundo en un abrazo con ellas.

—Era imposible decirle que no a Eiden. Además, hemos aprovechado para revisar unas cosillas del restaurante... Ya sabes, la maquinaria nunca para —añade Bree.

—En el fondo os encanta, no podéis dejar de maquinar cosas nuevas para los restaurantes —le dice Anna a su mujer.

Todos nos reímos porque es cierto, son un poco adictos al trabajo, pero disfrutan con ello, les apasiona, y creo que de ahí procede parte de su éxito.

Las horas van transcurriendo y me lo estoy pasando realmente bien, y juraría que no soy la única, pues todos los que me acompañan en esta fiesta de cumpleaños tardía también están

disfrutando. Veo a Kai y Samara con un micro en la mano y empiezo a temer lo que pase a continuación...

—Por favor, que venga la cumpleañera con nosotros.

Todo son vítores y palmas para que me reúna con ellos, y lo hago mientras siento que las mejillas se me encienden por la vergüenza.

—Lia, queremos decirte que te queremos mucho, pero que esto no puede ser una buena fiesta si no hay alguien que haga un poco el ridículo y, como tú fuiste a la que se le ocurrió la idea de que todos tuviéramos que venir disfrazados, hemos pensado que, como penitencia, nos tienes que cantar una canción...

Me muero de la vergüenza..., pero estoy tan motivada y me lo estoy pasando tan bien que estoy dispuesta a todo.

—Venga, pero vosotros dos vais a cantar conmigo.

Los primeros acordes de «The River», de Daisy Jones & The Six, empiezan a sonar por los altavoces y, cuando las voces de Billy y Daisy comienzan a oírse, nosotros tres nos lanzamos a ello también.

El público improvisado da palmas y nos anima, Eiden se parte de risa ante el espectáculo que estamos dando. Nos entregamos en cuerpo y alma y nos estamos viniendo arriba. La estampa es digna de ver: la novia cadáver, Eduardo Manostijeras y Katherine Pierce cantando un rock and roll como si fueran unas estrellas de la música. Cuando acabamos nuestra actuación estelar, Eiden me está esperando y me agarra de la cintura.

—Esta noche está deslumbrante, señorita, pero esperaba un poco más de atención por su parte.

—Bueno, es que, entiéndame, los fans me estaban aclamando, tenía que atenderlos —le contesto haciéndome la interesante.

«Can’t Help Falling in Love» empieza a sonar mientras veo como Kai me guiña un ojo.

—¿Me concede este baile?

—Estaba tardando en proponérmelo.

Apoyo los brazos sobre sus hombros. Me coge por la cintura y nos comenzamos a mecer al ritmo de la melodía mientras la voz de Elvis nos acuna. Noto como apoya los labios suavemente en mi cuello.

—Te quiero, Lia —me susurra—. ¿Eres feliz?

—No te haces una idea de cuánto.

Poso mis labios en los suyos y, dejándome ir entre sus brazos, sé que, pase lo que pase, mi felicidad siempre estará aquí, con todos ellos. Pero en especial con este chico de mirada azul y hoyuelos, descarado y que siempre consigue hacerme reír, que ha sabido abrirse paso entre mis partes rotas y que estuvo y se quedó mientras yo me iba reconstruyendo.

Y, finalmente, la chica perdida de ciudad encontró su lugar en el mundo junto al chico de pueblo que cumplió su sueño en la gran ciudad. Y la vida nos brindó una segunda oportunidad y empezó a saber a sal, a azúcar, a oler a flores, a libros y a felicidad.

Epílogo





—Y, bueno..., esta es nuestra historia, aunque quizá queráis saber qué ha sido de todos nosotros, ahora que han pasado algunos añitos.

—Espera, espera, espera —me corta Eiden.

—¿Qué... qué pasa? Había pensado en ponerlos un poco al día. A mí, como lectora, siempre me gusta saber qué ha sido de los personajes sobre los que he leído tiempo después, y estoy segura de que se preguntan, por ejemplo, qué ha sido de tu prima y Kai, con esa declaración que se marcó nuestro ricitos favorito...

¿A que estáis de acuerdo conmigo?

—Ya, cielo, pero todo lo has contado tú y ahora me gustaría ser quien los ponga al día de lo que nos ha pasado, a nosotros y a todos los que han formado parte de nuestra historia.

—Vale, nene. Todo tuyo.

Lia os ha dejado en mis manos, espero no liarla.

Querido lector, me complace contarle mediante estas líneas lo acontecido en este nuestro pequeño y bienaventurado pueblo,

llamado River Town... Siga leyendo para descubrir los secretos más truculentos de la alta sociedad de nuestros...

—¡Eiden! ¿Qué haces? —me pregunta Lia, que ya se está oliendo que algo tramo...

Perdón, perdón, pero es que, después de escuchar durante horas a Lia hablar sobre lady Whistledown y los Bridgerton, me he dejado llevar un poco por la emoción.

Bueno, aunque ha quedado claro que lo mío es la cocina, yo también quiero hablar con vosotros, que digo yo que para eso soy una parte esencial de la historia, ¿no? Guapo, con talento y el tío con más suerte del mundo porque tengo a mi lado a la mujer más preciosa, inteligente, graciosa...

Pero, vaya, si habéis llegado hasta aquí, todo esto ya lo sabéis. Me estoy estrujando los sesos para encontrar la manera más original y dinámica de poneros al día. ¿Alguna idea? Tú, la chica con los pósits en la mano, ¿nada?, ¿no?

«Eiden, piensa, piensa...». ¿Cómo os puedo contar cómo ha sido nuestra vida durante este tiempo de manera divertida?

Creo que ya lo tengo... Os daré una pista: algo nuestro, pero también vuestro. Podríamos jugar a un juego... ¿Estáis pensando lo mismo que yo? Pues claro que sí... Venga, a la de tres, todos juntos: uno, dos y tres...

¡¡¡Oklahoma!!!

—Nena, te necesito. —Porque para jugar a esto hacen falta dos.

—No, si es que ya sabía yo... —contesta poniendo los ojos en blanco.

Hay cosas que nunca cambian y, cuando me desafía y saca esa parte guerrera suya, sigue poniéndome un poco tontorrón. Cuando llega a mi altura, la agarro por la cintura y la siento en mi regazo. Cuando estamos en el mismo espacio me cuesta mantener las

distancias, mis manos se mueven solas por su cintura y mi boca empieza a jugar con su cuello; huele tan deliciosamente bien que me resulta imposible estar lejos de ella sin tocarla, sin besarla, sin susurrarle lo jodidamente increíble que es. Pero esta vez hago uso de toda la contención de la que cuento y me acerco a su oído para decirle los planes que tengo.

—He pensado en jugar a Oklahoma y que, de esa manera, se enteren de todas las novedades.

—Oye, pues es muy buena idea —dice orgullosa.

—Claro, nunca olvides que sigo siendo el mejor —contesto haciendo gala de mi ego—. Venga, empieza tú.

Espero que estéis preparados porque allá vamos...

—Voy a empezar por algo fácil. ¿Seguimos juntos? —pregunta Lia.

—Cariño, creo que acabas de malgastar una pregunta. Pues claro que sí, juntos y muy revueltos. Nos hemos mudado a una casa un poco más grande, aunque no puedo decir dónde está ni quién vivía en ella, porque me estaría adelantando a los acontecimientos. Ahora te pregunto yo: ¿sigues trabajando en la Libreristería?

—Sí, y no solo eso, ahora también es mía en parte. Margorie y yo somos socias. A mis treinta y cinco años puedo decir que soy copropietaria de un negocio que va viento en popa. Ella ha tenido que bajar el ritmo desde que su corazón la avisó de que tenía que parar y tomarse la vida algo más relajada. Desde ese suceso que nos mantuvo a todos un poco preocupados, Fernando se vino oficialmente a vivir con ella y tenemos nuevos miembros en la oficina. Se llaman Gabriel y Valeria y adoran los libros y las flores, pero tengo que mantenerlos lejos el uno del otro, porque saltan chispas cada vez que están juntos. Mi turno de preguntar. ¿Qué tal están Hugo y su hermana Heather?

Se me ha escapado la tos cuando ha nombrado a los nuevos miembros de la tienda, son peores que yo y eso ya es decir.

La cosa es que, a Gabriel y a Valeria, los he pillado ya varias veces haciendo cosas que no deberían hacer en un establecimiento público, ya me entendéis, pero Lia no lo sabe y yo les prometí a los chavales que no diría nada, y siempre mantengo mis promesas. Todos hemos tenido veinte años y ganas de comernos el mundo y otras cosas... Ya me entendéis también... Pero volviendo a Hugo y su hermana...

—Él ha regresado al pueblo y trabaja con mis padres y mis tíos. Ahora es el encargado de viajar para negociar con los proveedores. Por su parte, Heather al final sí que encontró a su doctor macizo en la ciudad y vive allí desde que terminó las prácticas. Suelen venir en Navidad y en verano. ¿Y Millie y El Refugio? —pregunto para que Lia sea la encargada de contaros esta parte.

—Millie nos dejó, una tarde de otoño. Se fue peleando hasta el último minuto, porque estaba empeñada en ir en autobús hasta la casa de mi madre y no la dejamos. Ahora están viviendo juntas, en la gran ciudad; son la Serena van der Woodsen y la Blair Waldorf de las jubiladas. Me muero de risa con ellas. El Refugio lo está gestionando Eiden junto con el Marlou. Era una pena cerrarlo y, aunque el primer año fue un poco locura, hemos conseguido una estabilidad. Y ahora la pregunta que todos estáis esperando. ¿Samara y Kai siguen juntos? —plantea Lia.

—¡¡¡Oklahoma!!! —grito.

Me niego a tener que comerme el puto marronazo de contaros qué ha sido de mi prima y de Kai.

—Eiden...

Lia me mira y pone esa cara a la que soy incapaz de decir que no, así que termino contestando.

—Vale, está bien. Pues, sí, juntos y revueltos, como nosotros. Se mudaron juntitos hace tiempo, tienen un perro al que han llamado Dream Black Tercero y, si antes renegaban de las muestras de afecto en público, una vez que formalizaron lo suyo, se les pasó y siguen compartiendo su amor por todo el pueblo, algo que me encantaría que no pasara cada vez que me cruzo con ellos. Debo decir que lo mejor de esos dos es mi perrisobrino; esa masa de pelo negro se ha llevado mi corazón y alguna que otra chuleta de mi restaurante.

Y eso nos lleva a retomar la primera pregunta que me ha hecho Lia, y a poder contaros dónde estamos viviendo nosotros ahora. Mi prima nos vendió su casa al poco de irse a vivir con Kai y aquí estamos ahora, en nuestro precioso jardín, viendo la puesta de sol y recordando que a veces las segundas partes no solo son buenas, sino que son mejores que las primeras.

—¿Quieres hacerme alguna petición especial, Lia? —pregunto juguetón, y veo como me responde con una sonrisa traviesa.

—Oklahoma...

Esta mujer acabará conmigo algún día, os lo juro.

Y ahora, si me perdonáis, tengo algunos asuntos pendientes que atender con la señora Hugh. Y, sí, he dicho «Hugh» y no «James», con todas las letras, los anillos, los invitados y las flores, sobre todo las flores.

No fue una boda demasiado grande, nos acompañaron todas las personas importantes para nosotros, nuestra pequeña familia de River Town y, por supuesto, también Bree y Anna, que, aunque no sean residentes oficiales, después de la inauguración del Marlou se quedaron tan enamoradas del pueblo que cada vez que tienen la oportunidad vienen a pasar unos días con nosotros.

A las dos les va genial en New Lake. Bree sigue al pie del cañón al frente de La Rivière —si no fuera por ella me hubiera sido imposible

mantener los dos restaurantes y El Refugio— y Anna continúa deleitando a la ciudad con su repostería.

Pero volviendo a la señora Hugh, no os penséis que Lia me lo puso fácil. Me costó que me dijera que sí... La primera vez que se lo propuse fue jugando a este juego, y su respuesta fue «Oklahoma», ¿os lo podéis creer? Pero ya sabéis lo que dicen, el que la sigue la consigue y, con treinta y seis años a mis espaldas, a burro no me gana nadie, y hasta que no me dijo la respuesta que yo quería escuchar seguí pico y pala... hasta que aceptó.

Me está mirando impaciente, lamiéndose los labios lentamente y, joder, me está volviendo loco. Si viviera mil vidas, la encontraría en cada una de ellas. Sigo deseando cada parte de su ser como la primera vez que mis ojos curiosos la vieron a través de aquella ventana y desde entonces nunca he podido sacarla de dentro de mí. Se sacrificó por nosotros, por mí, y eso será algo por lo que siempre estaré en deuda con ella, pues apostó por mí cuando ni yo mismo lo hacía. Soy el hombre más afortunado del jodido mundo, no puedo decir más. Cuando se cruzó en mi camino, fui bendecido.

¡Ah! Y una última cosa antes de decirnos adiós para siempre: nunca desistáis de alcanzar vuestras metas o sueños; si queréis algo id a por ello, intentadlo, luchad y buscad siempre el lugar donde seáis felices, porque, a veces, solo al perdernos volvemos a encontrar el camino que siempre estuvo esperándonos.

Agradecimientos

Como lectora, debo confesar que una de mis partes favoritas de los libros son los agradecimientos. Siempre termino emocionándome como una tonta con las palabras que se escriben aquí. Para mí, es como el último bocado que te deja ese regusto dulce de un buen postre.

¿He soñado muchas veces con escribir los míos en una novela escrita por mí? Sí.

¿Me parece increíble estar haciéndolo ahora mismo? También.

¿Conseguiré escribir esto sin deshidratarme de tanto llorar? Lo dudo. Pero vamos a intentarlo.

Primero, quiero darte las gracias a ti, que sostienes esta obra entre tus manos. Gracias por darme la oportunidad de perderte entre sus páginas. Espero que hayas sentido esta historia con el mismo cariño con el que la escribí. Ojalá te hayas enamorado de Eiden y Acalia, de su nosotros, de sus miedos y, sobre todo, de River Town. Ese pequeño pueblo que nació en mi imaginación y que tantas veces me ha servido de refugio personal. Gracias, de corazón.

A mi editora, Esther Escoriza. Gracias por cuidar y mimar tanto *Bajo el cielo de River Town*. Gracias por tus consejos, por apostar por mí y darme la oportunidad de cumplir este sueño. Mi relato no podría haber encontrado mejor casa ni mejores manos. Gracias a todo el equipo de MatchStories, porque sin ellos nada de esto sería posible.

A mi familia, por estar siempre, por celebrar mis logros y por sentiros orgullosos de cada paso que doy. Si soy quien soy es también por vosotros.

A mis amigas: las del tridente, las del equipo de investigación y las del Akelarre. Todas y cada una de vosotras sois una parte esencial

de mi vida. Me habéis sostenido incluso cuando no sabíais que lo hacíais. Os quiero muchísimo.

Noe, lo que los libros han unido, que no lo separe nadie. Primi, no sé si compartimos ADN o solo apellido, pero me da igual: seguiré dejándome achuchar por ti como si fuéramos familia de toda la vida. Te quiero mucho.

Ester, porque toda morena necesita su rubia, como Acalia y Samara, estábamos destinadas a encontrarnos.

Itsas, la mejor lectora cero de todos los tiempos. La maternidad nos unió y Xaden Riorson nos hizo muy amigas. Bueno, y Damiano David también...

A mis chicas lectoras, las que nos enamoramos de todos los protagonistas sin remedio.

Maddi y Ari, gracias por apoyar mis sueños incluso sin saber que esta historia algún día vería la luz.

A Alma, por compartir la misma locura que yo con cierto cocinero; espero que no seas muy *hater* con mi pequeño.

Sara, gracias por acompañarme en este viaje, por verme cuando yo no era capaz. Por las noches eternas, por los *stickers*, por ser mi cómplice en los días buenos y mi refugio en los días malos. Por reír conmigo hasta que nos duele el estómago y por estar a mi lado incluso cuando no tengo palabras. Tu amistad es uno de los regalos más bonitos que la vida me ha dado, y no hay distancia que pueda cambiar eso. Qué suerte tenerte en mi vida... aunque seas *team* Stefan.

A las escritoras que me enseñaron a soñar y me hicieron enamorarme aún más de la literatura. Fuisteis cobijo cuando no tenía dónde esconderme. May, Raquel, Myriam, Lucía, Andrea, María, Paula, Anabel: os admiro, sois inspiración, aunque es probable que nunca leáis esto. Gracias.

A mis hijos, porque los amo con todo mi ser.

A Rubén, por demostrarme que te pueden querer bien incluso cuando estás roto. Por aceptar mis miedos, mi carácter y la capricornio que llevo dentro. No es fácil llevar veintidós años juntos, pero algo estaremos haciendo bien para seguir amándonos y apoyándonos como lo hacemos.

Y, por último, quiero darme las gracias a mí misma. A esa niña que aún vive dentro de mí. El camino no siempre ha sido fácil, pero lo he conseguido.

Si me he dejado a alguien por mencionar, lo siento. Entendedme, es mi primera vez y ahora mismo estoy intentando ver algo a través de mis lágrimas, así que, por si acaso...

A cualquier persona importante que mis neuronas no hayan sido capaces de recordar.

Y ya está. Os quiero mucho a todos.

Hasta que nos volvamos a leer.

Banda sonora

«Te regalo», ℗ 2017 Carla Morrison bajo licencia exclusiva de Cosmica Artists, interpretada por Carla Morrison.

«Feel It», ℗ 2020 Agora SA, bajo licencia exclusiva de Universal Music GmbH, interpretada por Michele Morrone.

«The River», ℗ 2023 Amazon Content Services LLC, bajo licencia exclusiva de Atlantic Recording Corporation para el mundo, interpretada por Daisy Jones & The Six.

«The Boy Is Mine», ℗ 1998 Atlantic Recording Corporation para Estados Unidos y WEA International Inc. para el mundo fuera de Estados Unidos, interpretada por Brandy.

«Say You'll Be There», ℗ 2021 Virgin Records Limited, interpretada por Spice Girls.

«Ain't No Mountain High Enough», ℗ 2008 Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Marvin Gaye y Tammi Terrell.

«California Love», ℗ 1998 Death Row Records/Interscope Records, interpretada por 2Pac, con la colaboración de Roger Troutman & Dr. Dre.

«Good Golly, Miss Molly», ℗ 2013 Concord Music Group, Inc., interpretada por Little Richard.

«Johnny B. Goode», ℗ 2005 Universal-Island Records Ltd., interpretada por Chuck Berry.

«Great Balls of Fire», ℗ 1961 Sun Label Group, LLC, interpretada por Jerry Lee Lewis.

«Disfruto», ℗ 2012 Carla Morrison bajo licencia exclusiva de Cosmica Artists, interpretada por Carla Morrison.

«Unwritten», ℗ 2004 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Natasha Bedingfield.

«Hola perdida» ℗ 2023 Sony Music Entertainment Chile S.A., interpretada por Luck Ra y Khea.

«Wee Wee Hours», ℗ 1988 UMG Recordings, Inc., interpretada por Chuck Berry.

«Cuando hables con él», ℗ 2025 Universal Music Spain, S.L.U., interpretada por Aitana.

«The First Time», un lanzamiento de Sony Music Italy / Arista Records ℗ 2025 Sony Music Entertainment Italy S.p.A., interpretada por Damiano David.

«All I Want for Christmas Is You», ℗ 1994 Sony Music Entertainment, interpretada por Mariah Carey.

«Jingle Bell Rock», ℗ 2014 Gusto Records, Inc. Nashville, Tennessee, interpretada por Bobby Helms.

«Friday», ℗ 2011 Rebecca Black, interpretada por Rebecca Black.

«Santa Claus Is Back in Town», ℗ 1957 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.

«Jingle Bells», esta compilación ℗ 2017 Universal Music Enterprises, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Frank Sinatra.

«Gangsta's Paradise», ℗ 2013 +Mas Label / Empo, interpretada por Coolio con la colaboración de Kylian Mash y Rico Bernasconi.

«Shallow», esta compilación ℗ 2018 Interscope Records, interpretada por Lady Gaga y Bradley Cooper.

«Can't Help Falling in Love», ℗ 2007 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.

Biografía

ZURI ELIDAN nació en un pueblo de Bizkaia (País Vasco) en 1988. Es maquilladora profesional y ha realizado diferentes colaboraciones en cine, teatro y campañas publicitarias. Apasionada de los libros desde muy pequeña, siempre ha soñado con escribir las historias que imaginaba en su cabeza.

Todavía recuerda con cariño lo que le dijo una de sus profesoras de Literatura: «Que las palabras te den las alas que necesitas para volar».

En la actualidad compagina la maternidad con las redes sociales.

Puedes encontrar más información de la autora en:

Instagram y TikTok: @zhureta

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Bajo el cielo de River Town
Zuri Elidan

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Inma Moya
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Zuri Elidan, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-08-31084-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Ni yo tan santa ni tú tan Claus

García, Yanira

9788408310914

408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella domina el caos. Él lo provoca. Bienvenidos a la romcom navideña con más tensión del año.

Querido Santa Claus:

No creo que te sorprenda que te escriba para explicarte el lío tan gordo en el que me han metido este año. ¿Ha sido el destino? ¿El karma? ¿Una ingesta de setas alucinógenas? ¿Todo a la vez?

A lo que vamos… **¡Él también está aquí!** ¿Que a quién me refiero? No pongas esa cara, seguro que sabes de quién te hablo. **No te dejes engañar por ese hoyuelo** tan mono horrible que tiene, **ni por la sonrisa** pícara estúpida que sigue usando como arma de destrucción masiva, **ni por ese encanto** que parece deslumbrar a todas. **Sigue siendo tan guapo y sexi imbécil** como siempre.

En fin, Santa, he decidido comportarme como una persona racional. Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me lo encuentre por ahí? ¿Que tropiece y caiga en sus brazos? ¿Que recuerde cuánto lo he echado de menos? ¿Que aún me tiemblen las piernas cuando diga mi nombre? ¿Que quiera comérmelo… a besos?

Repite conmigo, Santa: **no me cae bien. No me gusta. No lo quiero.**

Me crees, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te encontré en Bisáu

Cámara, Sonia

9788408305156

352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El legado inolvidable de Sonia Cámara: una historia de amor que rompió todas las barreras.

«Nunca imaginé **el giro que daría mi vida** cuando en abril de 2018 me ofrecieron una misión en Bisáu como enfermera. **Casi diez meses allí lo cambiaron todo.** No solo descubrí un país, **un idioma y una cultura diferentes, sino que además hice amigos que dejaron una huella profunda en mí.** Y, sobre todo, **encontré a Du,** quien se convirtió en **mi compañero.** Pero también tuve que afrontar la dureza de lo que significa un **"amor prohibido"** y los obstáculos diarios para luchar por él.

Siempre que compartía mi historia con Du, alguien me decía que debía escribir un libro y contar **el camino que recorrimos para ser quienes fuimos.»**

Este proyecto era el sueño de Sonia, pero la enfermedad no le permitió terminarlo.

Du, el amor de su vida, ha hecho posible que su historia vea la luz. Como una promesa cumplida, como el testimonio de **una historia que merecía ser contada.**

Ahora será también vuestra, como Sonia siempre quiso, como Sonia siempre soñó que sería: **eterna.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Enhebrados por Navidad

Zárate, María

9788408310969

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El friends to lovers navideño que te hará creer de nuevo en el amor.

Sophie odia la Navidad. No es que no le guste, es que le trae malos recuerdos. Solo hay dos cosas que la salvan siempre de convertirse en un Grinch: **las bufandas que Liam le regala** y **pasar las fiestas con él y con Jordan**, sus compañeros de piso y de vida.

Por eso, cuando este año Jordan anuncia que se va a Australia a principios de noviembre y tienen que adelantar la entrega de regalos, lo que Sophie no espera es que Liam no le dé la bufanda.

Un beso. Una noche. Y una duda que Sophie ya no puede ignorar.

«La Navidad es la época más mágica del año gracias a novelas como esta. La pluma de María y sus personajes son el mejor regalo para estas fechas», Isabelle Parrish.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una Navidad muy fun, fun, fun

Maxwell, Megan

9788408296409

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor tan mágica como la Navidad.

Adriana Peña, técnica de sonido de Navacerrada, **vive tan enamorada del famoso cantante estadounidense Deacon**

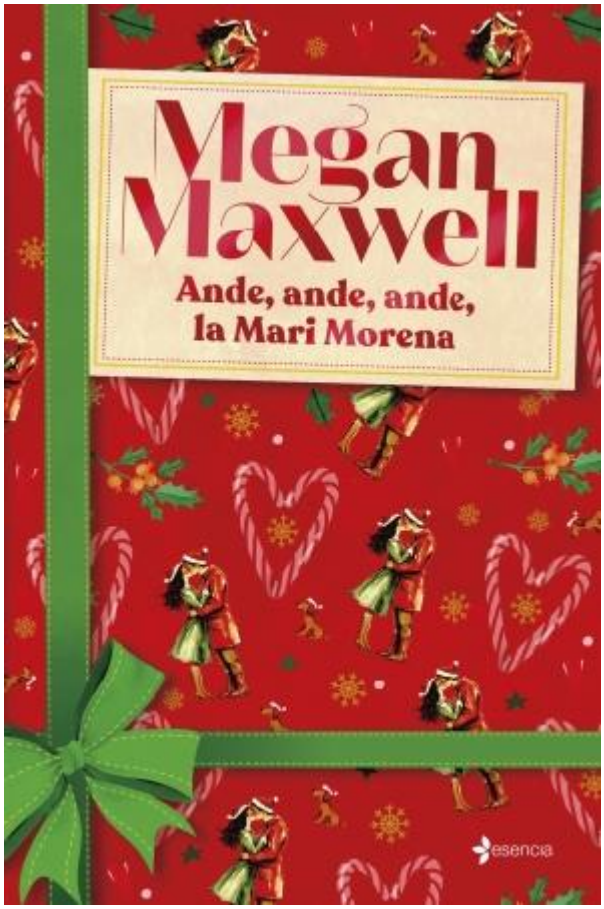
Black que incluso lleva tatuada una frase de una de sus canciones. Por eso, cuando le ofrecen trabajar en la gira asiática de Deacon, acepta emocionada. Aunque su **relación es puramente laboral**, una noche coinciden en el *spa* del hotel y hablan de todo menos de trabajo. Disimular estando a solas con su *crush* se le hace muy difícil, pero debe ser profesional, así que se **calla sus sentimientos**.

Tras una dolorosa ruptura, **Deacon se sumerge en su gira** mundial y no quiere saber nada de su ex. Al finalizar el tour, Adriana **lo invita a pasar las fiestas en su hogar** en Navacerrada. Deacon, que odia la Navidad, acepta sin saber que el espíritu navideño lo espera.

¿Cómo lograrán Deacon y Adriana sobrevivir con sus diferencias?

Una historia de amor ambientada en Navidad con la que soñarás y te enamorarás, y en la que nada de lo que ocurra te dejará indiferente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ande, ande, ande, la Mari Morena

Maxwell, Megan

9788408310716

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Porque la Navidad no es lo que tenemos, sino a quien tenemos.

A **María**, una morenaza de bandera, urbanita por excelencia, le encantan la ropa buena, los viajes de lujo y los hoteles de varias estrellas y algún cometa. Su vida va viento en popa. Tiene un novio banquero inversionista, dos hermanos a los que adora, dos buenas amigas, una perrita preciosa… Pero lo que más le gusta es **trabajar en la empresa familiar de joyería fundada por su abuelo,** que ahora dirige su padre.

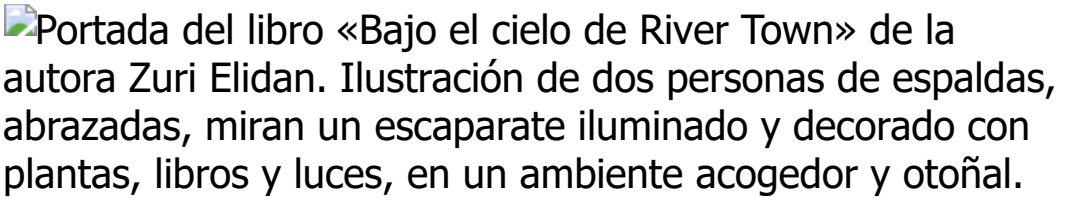
Nicoláses un veterinario que, por circunstancias de la vida, **tuvo que dejar su vida glamurosa** en la que viajaba por todo el mundo **para instalarse en una granja en Galicia.** Es un hombre muy familiar al que le gustan el campo y los animales y, sobre todo, adora a los suyos.

María y Nicolás no pueden ser más diferentes. Pero cuando a ella, de un día para otro, el mundo se le pone del revés y decide hacer un viaje, **sus caminos se cruzan.** Y, cuando el destino, sin avisar, mueve sus hilos (algo que la Navidad propicia, ¡y de qué forma!), **ellos solo pueden dejarse llevar…**

No te pierdas la nueva novela de Megan Maxwell.

¿Estás preparado para volver a creer en la magia de la Navidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada del libro «Bajo el cielo de River Town» de la autora Zuri Elidan. Ilustración de dos personas de espaldas, abrazadas, miran un escaparate iluminado y decorado con plantas, libros y luces, en un ambiente acogedor y otoñal.